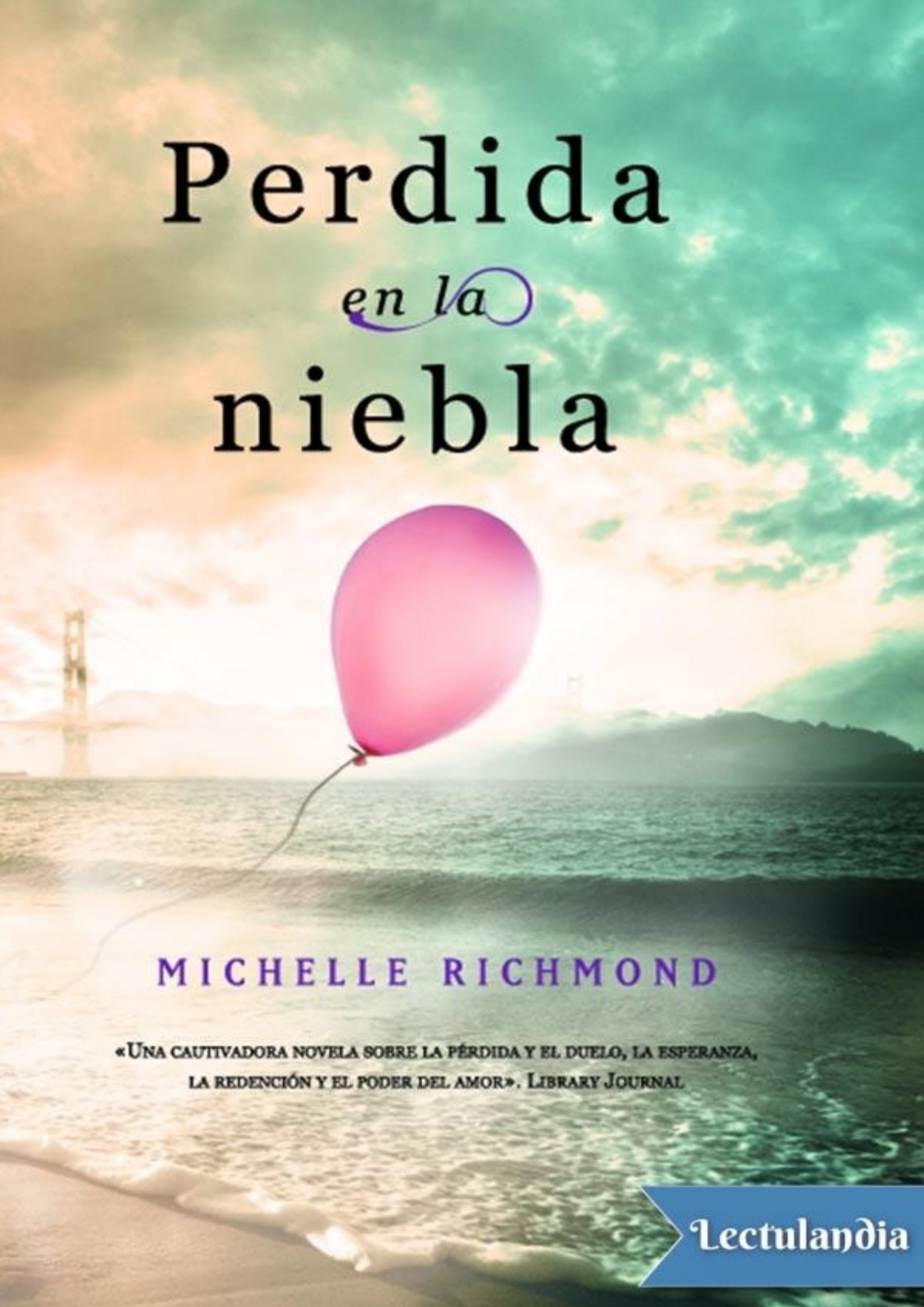
Perdida en la niebla



MICHELLE RICHMOND

«Una cautivadora novela sobre la pérdida y el duelo, la esperanza, la redención y el poder del amor». Library Journal

Lectulandia

Emma, una niña de seis años, desaparece en medio de la espesa niebla de San Francisco. Puede que se la haya tragado el traicionero Pacífico o que alguien se la haya llevado en una llamativa furgoneta aparcada junto a la playa. Lo único que sabe Abby, quien estaba a punto de convertirse en su madrastra, es que la niña se ha desvanecido sin dejar rastro. Desolada por la pérdida y acosada por la culpa, Abby se niega a aceptar que Emma pueda estar muerta y repasa una y otra vez los recuerdos de aquella mañana, cada nimio detalle de los últimos instantes junto a la niña, en busca de una pista que la pueda llevar a recuperarla.

Cuando los días se transforman en semanas y las semanas en meses, cuando incluso el padre de Emma pierde la fe en encontrarla y la policía y los voluntarios van olvidándose del caso, Abby continua peinando la playa y las calles de la ciudad. Con la esperanza casi perdida y su vida en una completa encrucijada, realizará un último viaje. En un mundo ajeno, rodeada de costumbres extrañas y junto a otro mar igualmente abierto, se encontrará con el descubrimiento más inesperado, y la verdad de la desaparición de Emma le golpeará con la fuerza de una ola poderosa y gigantesca.

Lectulandia

Michelle Richmond

Perdida en la niebla

ePub r1.0
Titivillus 31.07.18

Título original: *The Year of Fog*
Michelle Richmond, 2007
Traducción: Griselda Cuervo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Bonnie y John

Capítulo 1

Ésta es la verdad, esto es lo que sé: íbamos paseando de la mano por la playa en Ocean Beach; era una mañana fresca de verano, típica del mes de julio en San Francisco. El denso manto blanco de la niebla se extendía sobre la arena y el mar, una bruma envolvente y tan espesa que no podía ver más allá de unos cuantos palmos delante de mí.

Emma estaba buscando erizos de mar planos, esos que se llaman dólares de arena. A veces la marea trae cientos de ellos hasta la orilla, intactos y de un blanco deslumbrante, pero ese día la playa estaba sembrada de mitades y fragmentos rotos. Emma tenía un gran disgusto. Es una niña que prefiere las cosas perfectas: los dólares de arena tienen que estar enteros, los libros del colegio impecables, el cabello de su padre recortado y bien peinado, justo por encima del cuello de la camisa.

Estaba pensando en el pelo de su padre, en los suaves cabellos oscuros rozando ligeramente el cuello de su camisa, cuando Emma me tiró de la mano.

—¡Corre! —me dijo.

—¿Qué prisa tenemos?

—¡Igual las olas se los llevan!

Pese a la mala suerte que habíamos tenido hasta ese momento, Emma estaba convencida de que en el tramo de playa que se extendía ante nosotras se escondía un tesoro de dólares de arena perfectos.

—¿Te apetece que vayamos a comer algo al Louis's Diner? —sugerí yo—. ¡Me muero de hambre!

—Yo no.

Trató de soltarse de mi mano. A menudo me parecía —por más que no dijera nada — que su padre la consentía demasiado, y entendía por qué: era una niña sin madre y él trataba de compensarle la carencia.

—Suéltame —me exigió retorciendo su mano en la mía con una fuerza sorprendente.

Me agaché y la miré a la cara fijamente: aquellos ojos verdes me devolvieron la mirada con aire resoluto. Yo sabía que la adulta, la que era más grande, más fuerte, más inteligente, era yo; aunque también me daba cuenta de que en un duelo de voluntades Emma siempre me ganaría.

—Pero no te alejes, ¿eh?

—No.

Me dedicó una sonrisa radiante porque sabía que había ganado.

—A ver si me encuentras un dólar de arena precioso.

—Te voy a traer el más grande —prometió extendiendo los brazos a los lados para mayor énfasis.

Ese pequeño misterio de seis años, esa maravillosa réplica femenina de su padre, se alejó dando saltitos, tarareando sin despegar los labios una canción que acababa de

oír en la radio hacía unos minutos. Al contemplarla, sentí que me invadían la alegría y el miedo: dentro de tres meses iba a casarme con su padre; todavía no le habíamos contado que me mudaría a su casa, que le haría el desayuno, la llevaría al colegio y asistiría a sus festivales de ballet como solía hacer su madre. No, como debería haber hecho su madre.

—Le convienes a Emma —había decidido Jake—. Serás mucho mejor madre que mi ex mujer.

Y siempre que me lo decía yo me preguntaba: «¿Y tú cómo lo sabes? ¿Por qué estás tan seguro?». Contemplé a Emma con su cubo amarillo, sus zapatos de loneta azul, los negros cabellos recogidos en una cola de caballo que se balanceaba al viento. Tuve la impresión de que se alejaba de mí a toda velocidad y me pregunté cómo iba a hacerlo, cómo iba a convertirme en la madre de esa niña.

Miré por el visor de la Holga, plenamente consciente al oír el clic del disparador —un único sonido suave, como si la cámara fuera de juguete— de que Emma quedaría reducida a una imagen borrosa de 15 × 15 en blanco y negro: se movía demasiado rápido y no había suficiente luz. Hice girar la rueda para pasar la película, volví a disparar y pasé la película de nuevo. Para cuando apreté el disparador una última vez ella casi había desaparecido.

Capítulo 2

Éste es el error por tanto, el momento de mi gran fracaso. Si todo el mundo tiene una decisión por la que daría cualquier cosa para poder retractarse, ésta es la mía: una forma en la arena me llamó la atención. Al principio parecía algo así como una camisa de niño, tal vez una mantita que alguien hubiera tirado; instintivamente miré a través de la cámara porque a eso es a lo que me dedico, me gano la vida sacando fotos, a dejar constancia material de lo que veo. A medida que me iba acercando, la cabeza peluda comenzó a aparecer con más nitidez ante mis ojos, la espalda arqueada, las motas negras sobre la piel blanca. La diminuta forma estaba rebozada de arena, la cabeza apuntaba hacia mí, las aletas descansaban delicadamente a ambos lados del cuerpo.

Me arrodillé junto a la cría de foca al tiempo que alargaba la mano para tocarla, pero algo me detuvo: los ojos negros humedecidos, abiertos y mirándome fijamente, no pestañeaban; la brisa mecía los bigotes tiesos del morro y las tres pestañas sobre cada ojo. Entonces vi la herida del vientre, medio oculta por la arena, y sentí que se despertaba un impulso maternal en mi interior. ¿Cuánto tiempo me entretuve con la cría de foca? ¿Treinta segundos? ¿Un minuto? ¿Más?

Un diminuto cangrejo se arrastró por la arena junto al dedo gordo de mi pie y al verlo me acordé de esas criaturas minúsculas de que estaba repleta la playa de mi infancia en Gulf Shores; mi hermana Annabel los atrapaba con tarros de conservas y contemplaba maravillada sus vientres sonrosados, mientras los animales trataban de trepar para escaparse repiqueteando con las patas sobre las paredes de cristal. El cangrejo levantó un pequeño montículo de arena con las patas traseras y luego desapareció. Transcurrieron otros diez segundos.

Miré hacia el este, en dirección al parque donde la niebla desaparecía de forma abrupta topándose de repente con el azul del cielo. A mí, trasplantada a esta ciudad desde el resplandeciente y bochornoso sur, había acabado por encantarme la niebla, su dramática presencia, la manera en que amortigua el sonido, la forma en que simplemente se acaba de pronto en vez de ir diluyéndose y repentinamente la opaca blancura da paso a la claridad. Al pasar de la niebla a la luz del sol, se tiene la sensación de estar emergiendo, mientras que ir en dirección contraria es como adentrarse en un misterioso abismo de cuento.

Justo más allá de la playa, a lo largo de la carretera, la Great Highway un coche fúnebre iba a la cabeza de un cortejo de automóviles en dirección sur hacia Pacífica. Me acordé del último funeral al que había asistido, el de un tipo perfectamente sano que no había cumplido los treinta y se había roto el cuello haciendo montañismo: era amigo de un amigo y no lo conocía bien, pero coincidimos en una cena y habíamos estado hablando sólo dos semanas antes del accidente, así que me pareció que lo correcto era ir a su funeral. Ese recuerdo me llevó otros cinco segundos.

Miré al frente, hacia donde Emma debía estar, pero no la vi. Eché a andar. Un

frescor blanquecino lo saturaba todo a mi alrededor y era imposible calcular las distancias. Tomé con fuerza la Holga de plástico imaginando lo bien que iban a salir las fotos, el contraste de los oscuros cabellos negros de Emma sobre el fondo de la gélida playa blanca.

Pensé en la cría de foca muerta, en cómo se lo explicaría a Emma. Me imaginaba que debía de ser algo que las madres saben hacer instintivamente; sería una gran prueba, la primera de muchas para mí. En ese instante mi pensamiento no se centraba en Emma. Aceleré el paso, ansiosa por averiguar si la niña habría visto la foca muerta, pensando que estaría bien si veía algo así ese día, sola en la playa conmigo; ella se asustaría al ver el animal y yo tendría la oportunidad de adoptar el papel de madrastra cariñosa.

No sé exactamente en qué momento me di cuenta de que algo no iba bien. Seguí andando y no la vi. Extendí los brazos hacia delante siendo consciente, incluso en el momento mismo en que lo hacía, de lo inútil de aquel gesto: ¡como si pudiera apartarse la niebla con las manos!

—¡Emma! —la llamé.

El pánico no se apoderó de mí de inmediato, no, tardaría unos cuantos segundos, casi un minuto. Al principio no fue más que una especie de caída gradual, una sensación de vértigo, como la que solía tener de niña cuando me metía hasta la rodilla en las aguas del golfo de México, cerraba los ojos en medio del abrasador sol de Alabama y dejaba que la corriente se fuera llevando la arena bajo mis pies: primero desaparecía la que quedaba justo debajo del arco del pie, luego la que se había colado entre los dedos, y al final perdía el equilibrio y acababa cayendo hacia delante en medio de las olas, tragando agua de mar y abriendo por fin los ojos para contemplar de nuevo el deslumbrante mundo girando a mi alrededor.

—¡Emma!

Empecé a gritar más fuerte, llamándola mientras notaba la arena deslizarse bajo mis pies al avanzar; eché a correr, luego volví sobre mis propios pasos. «Se está escondiendo —pensé—, tiene que estar escondiéndose». A pocos metros de la cría de foca muerta había un muro de alcantarillado de hormigón cubierto con grafitis: corrí hacia él, me la imaginé allí agachada, aguantándose la risa, con el cubo apoyado sobre las rodillas; la visión era tan clara, parecía tan real que casi me pareció haberla visto de verdad, pero cuando llegué al muro resultó que no estaba allí. Apoyé la espalda en la pared, noté que se me revolvían las entrañas y acabé vomitando en la arena.

Desde donde estaba podía ver a lo lejos la silueta del edificio de los baños públicos junto a la playa: salí corriendo hacia ellos sintiendo que me invadía el miedo; incluso entonces yo ya sabía, de alguna manera, que aquella búsqueda no era la misma que al principio. Crucé la carretera y fui primero a los baños de señoras, que estaban oscuros y desiertos; luego di la vuelta para ir a mirar en los de caballeros: las ventanas tenían cristales esmerilados y por ellos se colaba una luz tenue que

iluminaba las baldosas del suelo; metí la mano en la papelera buscando su ropa, sus zapatos. Me puse de rodillas para buscar detrás de los urinarios mientras contenía la respiración para combatir el penetrante hedor. Nada.

Estaba temblando mientras regresaba hacia la playa, tenía los dedos de las manos entumecidos, la garganta seca. Subí a una duna y comencé a caminar en círculos, sin ver nada aparte de la blanca niebla densa e impenetrable, sin oír nada aparte del lejano murmullo de los motores de los coches que circulaban por la Great Highway. Durante un instante me quedé inmóvil. «Piensa —me dije en voz alta—, piensa y no te dejes llevar por el pánico».

Ante mis ojos se extendía el tupido manto de niebla que cubría casi un kilómetro de playa, luego se veía la colina que llevaba hasta Cliff House, la Camera Obscura, las ruinas de los Baños Sutro y el Louis's Diner. A la derecha había un largo paseo, la carretera y, más allá, el parque, el Golden Gate Park; a mi espalda, kilómetros de playa; a mi izquierda, el océano Pacífico, gris y espumoso. Estaba de pie justo en el centro de un laberinto de bruma con paredes invisibles e infinitas posibilidades. Una niña desaparece en una playa. ¿Adónde va esa niña?

Capítulo 3

Volveré una y otra vez a ese momento, apuntaré los detalles en un cuaderno, lo llenaré de torpes bosquejos, de gráficos de tiempos y movimientos, página tras página trataré de recuperar el pasado; fingiré que la memoria es fiable, que no se erosiona tan rápida y definitivamente como las líneas de la pantalla de una Pizarra Mágica. Me diré a mí misma que, enterrado en algún lugar del intrincado rompecabezas de mi mente, hay un detalle, una pista, un dato nimio que me ha pasado por alto y que me llevará hasta Emma.

Más tarde querrán saber el momento exacto en que me di cuenta de que no estaba; querrán saber si vi algo raro en la playa, si oí algo en los instantes previos o en los que siguieron a su desaparición. Ellos —la policía, los periodistas, su padre— me harán las mismas preguntas una y otra vez, mirándome a los ojos con desesperación, como si al repetirlas pudieran hacerme recordar, como si a base de pura fuerza de voluntad fuera posible conjurar pistas donde no hay ninguna.

Esto es lo que les digo, esto es lo que sé: estaba paseando por la playa con Emma. Era un día frío y había mucha niebla. Se soltó de mi mano. Me detuve a fotografiar una cría de foca y luego alcé la vista hacia la Great Highway, y cuando volví a mirar ya no estaba.

La única persona a la que le contaré toda la historia hasta el último detalle es a mi hermana Annabel. Sólo mi hermana sabrá de los diez segundos que desperdicié mirando a un cangrejo y los cinco del cortejo fúnebre. Sólo mi hermana sabrá que quería que Emma viese la foca muerta, que en el momento antes de desaparecer yo estaba distraída ideando formas de que me quisiera. Para los demás elegiré mis palabras con cuidado, separando los detalles importantes de las cosas triviales que puedan despistar; a ellos, les daré esta versión de los hechos: hay una niña, se llama Emma y está paseando por la playa; aparto la vista unos segundos y cuando vuelvo a mirar ya no está.

Ese instante concreto se abre ante mis ojos como una flor, se desvela como una serie de instantáneas, igual que un laberinto indescifrable; estoy de pie en el centro del laberinto y no puedo distinguir las sendas que acaban en un callejón sin salida de la que me llevara hasta la niña perdida. Sé que debo confiar en que la memoria me muestre el camino. Sé que tengo una oportunidad de dar con la solución.

La primera historia que cuente, la primera pista que revele, determinará el curso de la investigación: el detalle incorrecto, la pista incorrecta conducirán irremisiblemente a la confusión mientras que la correcta marcará el camino hacia una niña preciosa. ¿Debería contarle a la policía lo del cartero en el aparcamiento; lo de la moto; lo del hombre en un coche, un Chevy Chevelle naranja; lo de la furgoneta amarilla? ¿O es la foca lo que importa, el muro de contención, la ola? ¿Cómo distinguir entre lo relevante y lo superfluo? Un solo fallo en el relato, un solo error en la selección de los detalles y todo se desintegrará.

Capítulo 4

Pi por radio al cuadrado es igual al área de la circunferencia. El tiempo es un continuo que se extiende en ambas direcciones hacia el pasado y el futuro hasta el infinito. Estas cosas las aprendí en el colegio.

Cuando tenía quince años y estaba en el Instituto Murphy, el doctor Thomas Swayze, un personaje fascinante y misterioso del que se rumoreaba que había obtenido su doctorado por correo, dibujó un inmenso círculo en la pizarra; luego escribió un montón de números y fórmulas alrededor de la circunferencia y sobre una línea recta que había trazado desde el centro del círculo hasta el borde. Se le marcaban los bíceps bajo las mangas de la camiseta blanca. «Radio, diámetro y circunferencia», dijo despertando delirantes deseos adolescentes con su voz de locutor de radio. Se volvió para mirar a la clase, pasándose el diminuto cono de reluciente tiza blanca de una mano a otra al tiempo que me miraba fijamente.

La luz cegadora del sol se colaba por la larga fila de ventanas haciendo que los cabellos cobrizos de la chica que se sentaba delante de mí resplandecieran como el fuego; la chica olía a chicle de fresa. Mi mano sobre el pupitre envuelta en luz ardiente: tenía pequeñas motas de sangre alrededor de la uña del pulgar, justo donde me había estado mordisqueando los padrastros con ahínco. Noté un zumbido sordo en mi cabeza. El doctor Swayze se volvió hacia la pizarra: algún objeto oculto en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros azules había hecho aparecer en la tela un círculo perfecto de color más desvaído.

«Y todo esto es el área», dijo.

Se me separaron las rodillas involuntariamente y sentí las gotas de sudor formándose entre el asiento de plástico y mis muslos.

Años atrás, la señorita Monk, mi profesora de tercero, había hecho girar las manecillas de un gigantesco reloj de cartón al tiempo que ensalzaba las virtudes del tiempo: los segundos eran granos de arena —había dicho—; los minutos, guijarros; las horas, los ladrillos con que se construían pasado, presente y futuro. Nos habló de días y años, décadas y siglos; nos habló del milenio, para cuando todos nos habríamos hecho ya mayores; extendió sus voluminosos brazos y susurró la palabra «eón». En medio de aquel aula prefabricada, en medio del manso zumbido del aire acondicionado que combatía el calor de Mobile en abril. La señorita Monk, mi profesora del curso, 76 - 77, predicó y resplandeció y sudó.

Yo estaba sentada en mi pupitre de madera, mirando aquel círculo inmenso con sus manecillas atrapadas para toda la eternidad, y lloré. La señorita se me acercó y posó sus húmedos dedos tibios en mi cuello: «¿Qué te pasa, Abby?». Me apoyé contra su ancha y maternal cintura, hundí el rostro entre los pliegues de poliéster y confesé: «No entiendo el tiempo». No era el reloj en sí, las «y medias» y las «menos cuarto», las «y cinco» y las «menos diez» lo que me confundía sino la esencia de la naturaleza del tiempo. Y no era capaz de encontrar las palabras para explicárselo a la

señorita Monk.

Lo que más me molestaba eran los largos periodos que separaban la hora de irse a la cama de la hora de levantarse, esas horas oscuras en las que la mente emprendía terribles viajes fantásticos. Yo sabía que el tiempo era un lugar donde uno podía perderse, un lugar donde la más absoluta felicidad y el horror más profundo podían perdurar para siempre, aunque cuando me despertara, mi madre seguiría teniendo el mismo aspecto, mi hermana Annabel no habría envejecido y mi padre se levantaría, se pondría un traje y se marcharía al trabajo como si nada hubiese cambiado. Estaba convencida de que no vivía en el mismo mundo que ellos, de que mi familia dormía mientras yo viajaba; me sentía portadora de una gran responsabilidad, como si hubiese sido la elegida para soportar una pesada carga en nombre de toda la familia.

No olvidé la voz de la señorita Monk y, mucho después de haber aprendido la hora, todavía me seguía inquietando el ritmo cadencioso e imparable del reloj. Sentada en clase del doctor Swayze, con la mirada fija en el insulso reloj de pared en metal cromado que había encima de la pizarra, deseé que hubiera algún modo de detenerlo, de hacer que los días duraran más.

«¿Cómo medimos el área del círculo?», preguntó el doctor Swayze.

En mi mente, el círculo surge como un diminuto punto en algún lugar del cosmos, diminuto como el cuerpo de una niña. La niña está en la playa, se agacha para recoger un dólar de arena; una figura alta aparece entre la niebla; una mano le tapa la boca con violencia; unos brazos fuertes la elevan por los aires. Con cada paso que da la figura desconocida, el círculo se hace más grande. Con cada segundo, el área de posibilidades aumenta.

¿Dónde está la niña? Una desquiciante ecuación encierra la respuesta: pi por radio al cuadrado.

Capítulo 5

La habitación es pequeña, con sillas de plástico duro y suelo de cemento; en un rincón, un toque extraño de la mano de una secretaria o una esposa detallista: una mesa baja con un mosaico de tablero y una lámpara bonita encima. La bombilla da un chasquido y luego zumba cuando una polilla revolotea por, el interior de la pantalla. Un gran reloj metálico de pared va marcando los segundos. Jake está en otra habitación, tras una puerta cerrada, conectado a un artefacto. El agente que acciona el polígrafo le está haciendo preguntas al tiempo que sigue la evolución de su ritmo cardíaco, observando atentamente en busca de cualquier indicio: de un motivo oculto, una mentira cuidadosamente disimulada.

—Ante todo tenemos que investigar a la familia. En nueve de cada diez casos resulta que fue el padre o la madre, o ambos —fueron las palabras del detective Sherburne la noche anterior.

Me miró a los ojos cuando lo dijo; esperaba que me estremeciera pero no lo hice.

—No soy la madre —respondí—, ni siquiera la madrastra. Todavía no. La madre se marchó un buen día hace tres años. ¿La están buscando?

—Estamos considerando todas las posibilidades.

El tiempo pasa, el círculo se expande y yo espero mi turno.

Hay policías en grupitos por toda la comisaría, solos o en pareja: tomando café en vasos de plástico blanco, cambiando el peso de pie, bromeando en voz baja sobre sus cosas. Uno está con la mano en la pistola, la palma apoyada suavemente sobre el metal como si el arma fuera una extensión de su cuerpo. Ayer Jake volvió tan rápido como pudo de Eureka, donde había ido a pasar el fin de semana con un amigo. Nos pasamos la noche en la comisaría rellenando formularios, respondiendo a preguntas, repasando cada detalle. Ahora son las ocho de la mañana; ya han pasado casi veintidós horas. Mientras yo estoy aquí sentada, esperando, ¿quién está buscando?

No es ningún secreto que cuanto más tiempo pasa desaparecido un niño más difícil resulta encontrarlo. La dificultad crece a cada segundo. El tiempo es el mejor amigo del secuestrador y el peor enemigo de la familia. A cada minuto que pasa, el secuestrador se aleja más en una dirección indeterminada y el área de la búsqueda, el diámetro de posibilidades, crece.

Ayer por la tarde, Sherburne se presentó en el café Beach Chalet a los diez minutos de que apareciera el primer coche patrulla y asumió el mando inmediatamente. Ahora está trabajando en su despacho; lleva una camisa azul celeste y una corbata de un tono extraño y fosforescente, sin duda un regalo que se siente obligado a ponerse. Me lo imagino en su casa, preparándose para ir a trabajar en medio del caos doméstico, imagino una esposa feliz y un par de niños muy limpios. De algún modo, su presencia me consuela: me recuerda a Frank Sinatra con su frente despejada, el aseado corte de pelo y esos ojos azules de párpados ligeramente caídos; se mueve con una gracia que resulta un tanto anticuada.

Nuestras miradas se cruzan, él alza una mano con los dedos extendidos y vocaliza las palabras «cinco minutos», luego alarga la mano hacia el vaso de café, se lo lleva a los labios, da un sorbo y lo vuelve a dejar en la mesa. Han pasado seis segundos más. Supongamos que Emma está en un coche que circula a cien kilómetros por hora: en seis segundos un coche que circula a esa velocidad puede cubrir una distancia de ciento sesenta y siete metros aproximadamente. Si esa cantidad se eleva al cuadrado y se multiplica por pi, en el tiempo que ha tardado en dar ese sorbo de café, el área de la búsqueda se ha expandido más de 87 571 metros cuadrados. Si cada sorbo añade 87 571 metros cuadrados y hay cien sorbos por café, ¿qué tamaño tendrá el círculo para cuando se lo haya terminado?, ¿y cuántos cafés tendría que tomarse para que el círculo se expandiera hasta ocupar todo el planeta?

Considero todas las posibilidades de un cuerpo humano en movimiento. ¿Se llevó el secuestrador a Emma de la mano? ¿La cogió en brazos? En ese caso, ¿qué longitud tienen sus zancadas?, ¿cuántos metros puede recorrer en un minuto y hasta dónde fue a pie?, ¿a qué distancia estaba el coche? ¿Se resistió ella? Y de ser así, ¿lo habría obligado eso a ir más despacio? ¿Tratará de calmarla cuando se queje de que tiene hambre?

Me imagino una furgoneta aparcada frente a un restaurante en alguna carretera polvorienta. Dentro están sentados un personaje de aspecto sospechoso y una niña, desayunando. Tal vez quiere que confíe en él, así que la niña está tomando tortitas con chocolate y una dosis nada recomendable de sirope, y leche chocolateada también. ¿Se le ocurriría a Emma comer despacio para retrasar su partida? «Tómate tu tiempo —pienso deseando que el mensaje le llegue telepáticamente viajando por el vacío—. Mastica despacio cada bocado». Me acuerdo de una canción que solíamos cantar en el campamento de las Carolinas, en mis tiempos de infeliz miembro de las *girl scouts*: «Cincuenta veces cada bocado hay que masticar y luego un sorbo de zumo dar…». Durante esos minutos que pasan en el restaurante no se mueven en ninguna dirección, el reloj no avanza, el círculo permanece estático.

Ésta no es la única posibilidad, la policía ya está empezando a inclinarse por la teoría del ahogamiento.

Ayer, poco después de que llegaran los agentes, apareció el barco guardacostas. Yo estaba en la playa respondiendo a las preguntas mientras observaba la embarcación avanzar por las gélidas aguas y entonces apareció por el norte, sobre mi cabeza, un helicóptero naranja que inclinó la nariz hacia el océano al tiempo que el tuac-tuac de las aspas se hacía cada vez más fuerte; me recordó a las películas sobre Vietnam. Unas horas después, bien avanzada la tarde, el barco guardacostas desapareció. El océano era de un negro azulado bajo un cielo más oscuro y se había levantado el viento empujando la niebla hacia el este. Mientras la arena me golpeaba las mejillas y el cuello, de repente me invadió la preocupación por Emma, que sólo llevaba puesta una sudadera: tendría frío con este viento. Deseé que llevara calcetines pero no recordaba si era así.

En algún momento llegó Jake. No me acuerdo de cómo pasó, sólo de que durante una eternidad no estaba y luego de repente sí estaba. Las luces rojas y azules de los coches patrulla lanzaban destellos sobre la tenebrosa playa. El aire traía un olor a quemado proveniente de alguna hoguera cercana. Había unos cuantos surfistas volviendo a la orilla enfundados en neopreno negro, que les daba el aspecto terso de la piel de las focas. La policía los interrogó uno a uno.

Al final se nos acercó alguien del Servicio de Guardacostas: llevaba un uniforme que parecía recién planchado pese a que había estado trabajando todo el día.

—De noche no podemos hacer gran cosa, seguiremos por la mañana —nos informó.

—Pero si está ahí afuera, ¿qué probabilidades hay de encontrarla? —quiso saber Jake.

El oficial de guardacostas bajó la mirada y clavó la punta del pie en la arena.

—Es difícil de decir, depende de las mareas. A veces los cuerpos acaban apareciendo en la orilla, otras no.

—A Emma le aterroriza el mar, nunca se habría acercado al agua —dije yo mirando a Jake para que confirmara mis palabras.

Sherburne se volvió hacia mí. El viento agitó las páginas amarillas de su bloc de notas.

Le expliqué que hacía poco había llevado a Emma a la fiesta de cumpleaños de una cría mandona llamada Melissa que vivía en Millbrae: un montón de niños alborotados jugaban a grandes gritos al Marco Polo en una piscina con el fondo de teselas amarillas; Emma, mientras tanto, permanecía sentada con las piernas cruzadas en una tumbona, aterrorizando a una mariquita que había tenido la desgracia de posarse en su refresco de zarzaparrilla con helado. «Se negó a meterse en el agua», le dije. Podía ver a Emma con su traje de baño azul allí sentada, con tanta claridad como si tuviera su foto delante: de vez en cuando entornaba los ojos, miraba hacia el agua resplandeciente de la piscina y movía un centímetro el pie, como si estuviera a punto de reunir el valor suficiente para zambullirse, pero nunca lo hizo. En el coche, de vuelta a casa, cuando le pregunté si se lo había pasado bien, puso sus piececitos en el salpicadero y respondió: «No me cae bien esa Melissa».

Sherburne me miró con pena, como si eso no probara nada en absoluto, y por la manera en que bajó la cabeza y puso la mano en el hombro de Jake me di cuenta de que no me creía.

—Es una niña muy inteligente —añadí, desesperada por hacer que entendiera—, si hubiera creído ni por un minuto que se acercaría al agua, no le habría soltado la mano.

Entonces Jake me dio la espalda para clavar la mirada en el océano y supe que una pequeña parte de él, que en algún resquicio profundo de su mente racional la idea estaba comenzando a perfilarse como una verdadera posibilidad: Emma podía haberse ahogado.

—Tengo dos hijos —dijo Sherburne—. Haré todo lo que pueda.

Ahora Jake sale por la puerta con la cabeza baja. Le rozo el hombro cuando nos cruzamos y él rehúye el contacto como si le hubiera picado algo, luego me mira con ojos hinchados y enrojecidos. Con un esfuerzo visible mueve la mano hacia mí, me agarra los dedos y luego me los suelta.

«¿Cómo has podido? —me dijo a los pocos instantes de enterarse—. ¡Por Dios, Abby!, ¿cómo has podido?». Fue por teléfono, él todavía estaba en Eureka: le temblaba la voz y estaba llorando. Ahora veo en su cara que le supone un esfuerzo no repetir esas palabras, no entonar una y otra vez esa letanía enfurecida. Y yo estoy pensando: «¿Cómo he podido?». El sentimiento de culpa es una sensación física, un dolor constante y horrible.

El agente del polígrafo está de pie en el umbral de la puerta con las manos en las caderas, sonriendo con la naturalidad de un vendedor puerta a puerta.

—Norm Dubus —se presenta al tiempo que me da la mano—. ¿Preparada?

Todo es blanco y negro en la habitación y hace mucho calor. El radiador eléctrico que hay bajo la ventana emite un zumbido, las resistencias despiden un fulgor anaranjado. Huele a sudor y a café quemado. Dubus cierra la puerta y me hace un gesto para que me siente, me rodea el pecho con unos cables, me indica que me ponga derecha y ajusta la altura de la silla para que tenga los pies bien apoyados en el suelo.

—Relájese, voy a hacerle unas preguntas.

En la mesa, delante de él, hay un cuaderno de rayas y junto a éste un aparato dorado con una aguja. Dubus le da a un interruptor y el aparato se pone en marcha; la aguja empieza a moverse marchando al hacerlo las cuatro líneas rectas de color azul en el papel. Al principio las preguntas son triviales:

¿Se llama usted Abigail Masón?

¿Nació usted en Alabama?

¿Fue a la Universidad de Tennessee?

¿Reside en la actualidad en el número 420 de la calle Arkansas, Bloque 3, San Francisco, California?

Apunta las respuestas en el cuaderno, verifica la marca de la aguja, hace anotaciones. Al cabo de un rato cambia el tipo de preguntas:

¿Han discutido usted y Jake últimamente?

¿Tiene hijos?

¿Quiere tener hijos?

¿Alguna vez se ha peleado con Emma?

El cabello de Norm es negro y brillante a excepción de un par de mechones canosos en las sienes, tiene granitos amoratados en la línea de nacimiento del pelo y huele a manzana verde: ha debido de teñirse el pelo hace un par de días como mucho, seguramente esa misma mañana.

Ha pasado media hora desde que arrancó el polígrafo.

¿Ha castigado alguna vez a Emma?

¿Sabe dónde está Emma?

¿Ha tenido algo que ver con su desaparición?

¿Perdió usted los nervios?

¿La ahogó usted?

¿Mató usted a Emma?

Cuando la sesión llega a su fin me derrumbo. Norm me ofrece un pañuelo de papel y se inclina para soltar los cables que conectan los puntos de pulso en mi cuerpo con el aparato. El dulce olor a manzana de su champú se hace más intenso.

—A Emma le encanta la salsa de manzana —me sorprendo diciendo.

El arquea una ceja, me sonríe con aire distraído y oigo en mi cabeza una cantinela absurda, de las típicas que riman y te enseñan en el parvulario: «A de abeja, A de Adán, A de Abraham».

—Hemos terminado —me informa Norm—, ya se puede ir. —Y luego en tono más suave—: Es pura rutina, hay que hacerlo.

—Sí, lo sé.

A de Adónde.

A la puerta de la comisaría está esperando una reportera del Canal 7 acompañada de un cámara. Jake mira directamente a la cámara y habla ante el micrófono que sostiene la mujer con el brazo estirado.

—Si tienes a Emma, por favor déjala en libertad, simplemente llévala a algún lugar público y luego márchate, nadie sabrá quién eres.

La reportera agita el micrófono delante de mis narices. Lleva un maquillaje que da a su rostro un aspecto reluciente y plastificado, tiene los labios perfilados ligeramente por fuera del perímetro natural.

—¿Qué relación tiene con la niña? —me pregunta.

—Soy la prometida de su padre.

La mujer se cuela entre Jake y yo.

—¿Y aún siguen en pie los planes de boda?

—Ahora lo que quiero es encontrar a mi hija —le contesta él.

Ella lo asedia con más preguntas, sin esperar nunca lo suficiente como para obtener una respuesta completa: «¿Cómo se siente?». «¿Dónde está la madre de Emma?». «¿Tiene alguna idea de quién podría haber hecho esto?». Sé de sobra que anda buscando la declaración perfecta, un arranque de amargura, una afirmación que implique a la madre, la mención de algún vecino raro o un pariente perturbado, cualquier cosa que haga su reportaje más interesante.

Jake se enfrenta a sus preguntas sin inmutarse, con profesionalidad, ni una sola vez se muestra impaciente ni se derrumba: este californiano tenaz que nunca pierde el control está hecho para los momentos de crisis. El padre de su tatarabuelo fue lo que se llamaba un *forty-niner* [«uno del 49»], o sea, uno de los muchos que llegaron durante la Fiebre del Oro de 1849, y su padre también fue *un forty-niner* —él del

equipo de fútbol americano, los San Francisco Forty-niners—, una estrella cuyo nombre aún aparece en las páginas de deportes, todo un mito; murió alcoholizado con cuarenta y pocos años. Jake también jugó en el instituto y era bastante bueno, pero tuvo claro que quería dejarlo cuando su padre murió. Aun así, todavía conserva algo de la fanfarronería típica de los jugadores de fútbol, una afable confianza en sí mismo con la que siempre consigue ganarse a todo el mundo.

Observándolo, no me cabe la menor duda de que dará bien en cámara: los telespectadores admirarán la actitud de sutil sobriedad, los frondosos cabellos ondulados que siempre lleva ligeramente despeinados, ese labio inferior carnoso que se muerde cuando considera la respuesta a una pregunta, las gafas de montura discreta que le dan el aspecto de un intelectual apacible; les encantarán los hoyitos de su picara sonrisa aniñada, la manera en que clava la mirada en sus zapatos cuando le dedican un cumplido. Pienso en los telespectadores y cómo nos verán en la pantalla y nos juzgarán, igual que yo misma, como telespectadora, he hecho en el pasado.

Vamos en coche a casa de Jake en la calle Treinta esquina con Lawton. Hay una reportera esperándonos. Jake se detiene para hacer otra declaración rogando que liberen a Emma sin hacerle daño. Una vez dentro de casa, cerramos las cortinas y nos quedamos en medio del cuarto de estar a oscuras, sin hablar y sin tocarnos, simplemente permanecemos allí de pie con los brazos bajos, cara a cara. Las cosas de Emma están esparcidas por todo el salón: en la mesa de café, una varita mágica hecha con papel de plata; en la cesta que hay junto a las escaleras, una maceta que estaba haciendo para la clase de manualidades; debajo del sofá, las zapatillas de ballet rojas que le gustaba ponerse para andar por casa.

Me apoyo contra su pecho y lo abrazo; siempre hemos encajado mejor así, de pie, con mi cabeza apoyada justo a la altura de su esternón y él rodeándome con sus brazos de un modo que me hace sentir segura. Pero esta vez no me abraza sino que me da unas palmaditas en el hombro —una, dos, tres—, como si le estuviera dando el pésame a un conocido.

—Lo siento mucho —me disculpo.

Él baja la mano.

—Ya lo sé, no es…

Pero no puede decir que no me echa la culpa, no es capaz de decir que no es culpa mía porque lo es y lo piensa.

Se lleva las manos a la espalda para soltar las mías y luego sube las escaleras y entra en la habitación de Emma cerrando la puerta a su espalda. Los muelles de la cama chirrían y sus sollozos llegan hasta el piso de abajo a través de los tablones del suelo. Pienso en la cama de Emma, en el edredón amarillo con flores blancas, las pequeñas almohadas bajo las que le encanta esconder cosas: lápices de colores, vestidos de las muñecas, billetes de dólar flamantes. Transcurren unos minutos antes de que se oiga movimiento en el piso de arriba: los andares pesados de unos pies que se arrastran, otra puerta que se cierra, luego el repiqueteo del agua corriente en el

lavabo del baño.

Leslie Gray del Canal 7 da la noticia de la siguiente manera: «Una niña de seis años de San Francisco, nieta del legendario *forty-niner* Jim Balfour, desapareció ayer en Ocean Beach. Pese a que el padre y la prometida de éste aún no han sido completamente descartados como sospechosos, fuentes allegadas a la policía han informado de que ambos superaron la prueba del polígrafo. Las autoridades están tratando de localizar a la madre, separada del padre desde hace tiempo. La policía teme que la niña podría haberse ahogado».

Aparece en pantalla una fotografía de Emma, el retrato del colegio del año pasado; tiene el flequillo mal cortado, lleva puesta una boina azul y le falta un diente justo en el centro, uno de los incisivos. Me acuerdo del día que le hicieron esa foto: yo la ayudé a elegir la boina y me convenció para que le rizara el flequillo con las tenazas del pelo. Recuerdo haberle puesto la mano sobre la frente para no quemarla con las tenazas, igual que solía hacer mi madre, mientras ella parloteaba sobre un niño llamado Sam que había envenenado al canario de la clase. Me di cuenta de que estaba empezando a caerle bien.

Leslie Gray arruga la frente con un gesto ensayado provocando una serie de surcos en su maquillaje color melocotón:

«Cualquier persona que pueda haber visto a la niña debe ponerse en contacto con esta línea 900». Un número parpadea en la pantalla. Levanto el teléfono y lo marco: la chica que responde a mi llamada no debe de tener más de diecisiete años.

—Línea novecientos de Niños Desaparecidos —entona con voz animada—, ¿en qué puedo ayudarle?

Me entran ganas de pedirle que por favor encuentre a Emma, quiero decirle que a Emma le encantan las patatas fritas de bolsa con vinagre y sal, y que ha estado yendo a clases de violonchelo; quiero contarle que Emma sacó un diez en el último examen de ortografía y que le he estado enseñando a usar una cámara de fotos. Pero se me hace un nudo en la garganta y no digo nada.

—¿Sí? ¿Dígame? —La voz de la chica pasa de jovial a irritada—. ¿Diga?

Y se corta la llamada.

Capítulo 6

Para el trabajo, siempre he usado mi Leica R8 —es fácil de manejar y permite máximo control de las imágenes—, pero en los últimos meses había empezado a tener la impresión de que a mis fotografías les faltaba algo, una cierta profundidad que no alcanzo a describir; quería probar una cámara sin tanto artilugio, sin lentes especiales y teleobjetivo de precisión, por eso llevaba la Holga ese día en Ocean Beach: como no tiene enfoque automático y sólo dos posiciones de la lente, la Holga es la cámara de visor óptico más sencilla que existe.

Es medianoche del día siguiente a la desaparición de Emma. Jalee ha salido, a buscarla. Hoy unos cuantos voluntarios dieron una batida por Golden Gate Park con intención de cubrir las 1017 hectáreas de parque, incluidos los tupidos bosques y los campos de fútbol, el jardín botánico, los lagos, las áreas de juego y los picaderos de caballos. Una agente de la policía del parque llamada Bud dirigió la búsqueda a caballo; la reconocí de cuando Emma, Jake y yo hicimos la visita guiada de los establos del parque del Presidio en primavera. Ese día, que ahora parece que fue hace siglos, la oficial Bud le enseñó a Emma cómo dar zanahorias a los caballos con la mano. Había varios niños en el grupo y pasé algo de apuro cuando Emma, loca de la emoción, se coló a hurtadillas para ponerse la primera en la fila: yo no recordaba haber sido tan lanzada de niña y, sintiéndome entre preocupada y divertida, me pregunté para mis adentros qué nuevas formas adoptaría la precocidad de Emma a medida que se fuera haciendo mayor.

Esta noche, la búsqueda me lleva de vuelta a mi apartamento, al cuarto oscuro de ambiente fresco y fuerte olor a productos químicos. Saco el rollo de la Holga y luego la película de éste y la enrollo con cuidado alrededor de los discos del tanque. Es algo que he hecho cientos de veces pero me tiemblan las manos. Dejo la película en el tanque de revelado, pongo la tapa y enciendo la luz del techo; compruebo la temperatura del líquido de revelado, echo la solución química en el tanque y lo agito suavemente. Luego sigo con el baño de paro y la solución de fijación, midiendo al segundo los tiempos de cada tarea, plenamente consciente de que el que tengo entre mis manos es el rollo de fotos más importante de toda mi vida. Al final abro la tapa del tanque, aclaro la película con agua, la desenrollo y la cuelgo a secar.

Son las tres de la madrugada cuando corto los negativos en tiras de tres y las deslizo una por una en el portanegativos de la ampliadora, ajusto la distancia hasta que la imagen está perfectamente enfocada, entonces coloco el papel fotográfico sobre la superficie del marginador y expongo la película: cuatro segundos por impresión. Luego toca ir metiendo el papel en las bandejas: líquido de revelado, baño de paro, fijado y finalmente agua.

Una foto captura un momento con cierta exactitud y, no obstante, me sorprenden sus limitaciones, la historia que la imagen no consigue contar. Hay una que es un primer plano, su cara a escasos centímetros de la cámara: una amplia sonrisa, un

churrete de harina en la cara como recordatorio de nuestra aventura de hacer tortitas esa misma mañana. En la segunda foto está a unos metros de distancia, agachándose para examinar un dólar de arena, de perfil, con el pelo de la coleta a un lado tapándole la cara. En la tercera sale de espaldas, una pequeña figura en la parte de la izquierda; si esta foto estuviese colgada en una galería o en el salón de alguien, resultaría misteriosa, bonita: una niña de cabellos negros, la blanca niebla, una amplia extensión de playa.

Pero falta algo esencial en las fotos; falta la verdad, falta la respuesta. Una y otra vez las escudriño con una lupa, buscando una sombra oscura acechando entre la niebla o una pista en el grano, algún significado oculto o alguna cosa sencilla y obvia que me haya pasado por alto. Escudriño las imágenes con toda mi atención hasta que se me nubla la vista, resistiéndome a creer que, sencillamente, ahí no hay nada. Son las siete de la mañana cuando salgo del cuarto oscuro, angustiosamente decepcionada.

Para todo problema existe una solución; eso solía decir mi madre cuando yo era niña y he ido por la vida creyéndomelo. Pero ahora ese viejo dicho resulta mera palabrería, un autoengaño optimista sin ninguna aplicación práctica. Lo único que sé es esto: hay una niña y se llama Emma; estábamos paseando por la playa; estaba allí, y luego ya no estaba. No hay forma de recuperar ese instante, no hay forma de modificar el guión: aparté la vista. No se puede hacer nada para cambiar eso.

Capítulo 7

El teléfono suena y suena. Me veo a mí misma a lo lejos, agarrando con fuerza el auricular con una mano y en uno de los dedos de esa mano llevo puesto el anillo de compromiso con una esmeralda. Todo da la impresión de ser imposible, una pesadilla; como si se tratara de una escena horrible pero de la vida de otra persona.

Por fin responde un hombre con voz aguda y un tanto forzada.

—Policía, buenos días —dice—, ¿llama usted por una emergencia?

—Se me ha perdido una niña —respondo con voz temblorosa.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—Hace treinta y cinco minutos.

Miro al reloj casi sin creérmelo. Treinta y cinco minutos. ¿Qué puede pasarle a un niño en treinta y cinco minutos?

—¿Dónde la vio por última vez? —me pregunta el hombre.

—En la playa de Ocean Beach. Volví hasta el aparcamiento a buscarla pero no estaba.

—Lo importante es no perder la calma —me dice.

Pero yo sé que está equivocado porque no perder la calma implica algún tipo de descanso, de inmovilidad, sentarse a esperar.

—¿Dónde está usted ahora?

—En el Beach Chalet.

—Hable más alto, casi no la oigo.

—En el Beach Chalet.

El volumen de mi propia voz me sorprende y la gente que hay en el restaurante se vuelve hacia mí y me mira fijamente: hay un hombre con un delantal que envuelve cubiertos en servilletas, una pareja con los cuerpos llenos de tatuajes que se toman a medias una tortilla en una mesa junto a la ventana, un grupo de estudiantes alemanes que miran la carta. La dueña del restaurante, una mujer con un prematuro aire maternal y fuerte acento ruso se acerca a mí y se retuerce las manos con gesto nervioso.

—¿La niña es su hija? —me pregunta la voz al otro lado de la línea.

—No, es la hija de mi prometido.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis y medio. —Vuelve a subir el volumen de mi voz—. Por favor, mande a alguien, ¿es que no va a mandar a nadie?

—Tiene que calmarse, señora, estoy solicitando un coche patrulla que llegará enseguida.

—¿Y cuánto va a tardar?

—Cinco minutos. No se mueva de donde está, espere a que lleguen los agentes.

Suena tan seguro de sí mismo, ni un ápice de nerviosismo en su voz… Me consuela vagamente el estricto orden del protocolo, me imagino la solicitud

retransmitiéndose por radio y cómo la captan los receptores de los coches patrulla de un montón de agentes perfectamente entrenados: en cuestión de segundos estarán conduciendo a toda velocidad hacia Ocean Beach con las sirenas ululando y seguro que en unos minutos encuentran a Emma.

—Le traigo un café —me dice la mujer rusa al tiempo que desaparece por la puerta de la cocina.

El hombre que envuelve los cubiertos en servilletas se acerca y me pone una mano en el hombro.

—¿Cómo se llama la niña?

—Emma. Emma Balfour.

Se quita el delantal y lo lanza encima de la barra.

—Voy a ver si está en el parque.

Me resisto a la imagen que me pasa por la cabeza: Emma con un extraño detrás de un árbol en un sendero de gravilla. Miro el reloj: treinta y nueve minutos. A estas alturas ya podría estar en cualquier parte.

La pareja llena de tatuajes se toma los últimos bocados de tortilla a toda prisa.

—¿Qué podemos hacer? —me pregunta ella al tiempo que se tira de la chaqueta hacia abajo.

—No sé —contesto—, no puedo pensar.

—Podríamos volver al aparcamiento —sugiere él—, para apuntar las matrículas.

Parece tan deseoso de hacer algo que casi se diría qué está encantado, como si se hubiera visto inmerso de repente en una situación de película y éste fuera el papel de su vida.

—Llevaos esto. —Les doy la Holga—. Sólo quedan cinco fotos.

—Te la traemos luego —me asegura la chica, y deja un billete de veinte en el mostrador.

Los adolescentes alemanes no paran de alzar la vista de la carta y cuchichear, como si toda la escena fuera de algún modo parte del espectáculo, una pieza de teatro para su entretenimiento.

La rusa vuelve con una gran taza de café, una jarrita con leche, dos sobres de azúcar y una cuchara.

—Vamos a encontrar a tu hija —me tranquiliza.

Descuelgo el teléfono otra vez y llamo a Jake al móvil, casi deseando que no me responda; me imagino volviendo a llamarlo un poco más tarde, cuando la hayamos encontrado. Una parte de mí cree que, en unos minutos, todo esto habrá terminado y la vida volverá a la normalidad. Emma sólo está jugando al escondite, o se fue corriendo al baño, o se perdió en la niebla y tardó un rato en encontrar el aparcamiento. Seguramente ahora está esperando junto al coche, tiene que estar. Debería haberme quedado allí y esperar un poco más.

El teléfono de Jake suena dos veces, tres. Sé que en cuanto se lo diga la pesadilla se convertirá en realidad. Me responde al quinto tono.

—¿Abby? —Oigo barullo por detrás, la voz de un comentarista deportivo, el ambiente de la multitud de espectadores. No sé por dónde empezar—. ¿Estás ahí? —insiste.

—Tengo que decirte una cosa.

La muchedumbre se deshace en vítores y aplausos, y Jake también anima fugazmente.

—¡Delgado acaba de hacer un *home run*!

—Jake, tienes que volver a casa —le digo, y hasta calculo al mismo tiempo cuánto tardará en recorrer los más de cuatrocientos kilómetros si sale ahora mismo, si se pasa los límites de velocidad y no para a llenar el depósito, y no hay mucho tráfico.

—¿Cómo?

—Tienes que volver. Es Emma.

—Casi no te oigo.

—Emma —repito yo.

El tono de su voz cambia.

—¿Le ha pasado algo?

—No está.

—¡¿Qué?!

—Emma. No está.

Alza la voz hasta alcanzar un agudo prácticamente desconocido para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Estábamos en la playa, dando un paseo.

¿Cómo terminar la conversación? Nada que tenga que ver con ese momento parece real. Sé que debe de haber palabras adecuadas pero no tengo ni idea de cuáles son. Todo esto es una interferencia en el tiempo, un error, una broma; en cualquier momento, Emma aparecerá por esa puerta.

—¿Qué quieres decir? —insiste él.

—Había una foca muerta, una cría, aparté la vista unos segundos, te juro que no fueron más que unos segundos, y cuando volví a mirar ya no estaba.

—Pero… ¿Dónde está ahora?

¿Dónde está? Una pregunta válida. La pregunta obvia. ¿Cómo responderla?

—Perdida —digo, como si simplemente se hubiera extraviado como ocurre a veces con los niños, como si me estuviera esperando pacientemente en algún sitio—. La policía viene de camino.

Varios segundos de silencio total al otro lado de la línea y luego la voz de un desconocido.

—¡Eh, tío! ¿Te pasa algo?

Más tarde me enteraré de que es la voz de un vendedor de perritos calientes. A Jake se le han doblado las rodillas: está de pie siguiendo el partido con atención y haciendo una señal con dos dedos para decirle al hombre cuántos perritos calientes quiere, y en unos segundos está sentado en el suelo. No, sentado no, de rodillas, caído

de rodillas sobre el cemento.

—Es imposible —musita Jake—. Abby, ¿cómo has podido?

Se oye el ruido de fondo de un bate golpeando una pelota de béisbol y el rugido de la muchedumbre.

Conocí a Jake hace un año en el instituto donde imparte clases. Yo daba una charla con diapositivas sobre fotografía de paisajes del suroeste del país para un grupo de alumnos de los últimos dos cursos: antes de apagar las luces vi a un hombre sentado solo en la última fila que parecía un tanto fuera de lugar; tenía el pelo negro y ondulado y gafas de montura plateada, y llevaba una camisa azul de las de botones en las puntas del cuello. Cuando volví a encender las luces me hizo un gesto con los pulgares indicando que le había gustado.

Abrí un turno de preguntas; no había ninguna. La profesora de Historia del Arte, una morena anoréxica con un flequillo muy corto, hizo un par de preguntas para compensar la falta de interés de sus alumnos. Cuando sonó el timbre los chavales se apresuraron por los pasillos empujándose unos a otros y dando gritos. Aquella actividad repentina levantó una desagradable nube de olor a adolescencia: perfume barato, laca, sudor y lujuria acumulada. Cuando por fin se hizo la calma de nuevo, el tipo de la última fila estaba de pie delante de la tarima.

—Has dado una charla de lo más interesante —dijo.

—Sólo lo dices para ser amable.

—La verdad es que son un público muy exigente, te las has ingeniado para mantenerte en tu sitio. —Alargó el brazo para darme la mano—. Me llamo Jake.

—¿No se supone que hay que llevar pase para moverse por el instituto?

—La última hora no tenía clase (era mi hora de comer) y ahora tampoco tengo, es mi hora de permanencia; no me apetecía nada quedarme sentado en la sala de profesores.

Entonces fue cuando se apagó la luz dejándonos completamente a oscuras.

—Recortes presupuestarios —me explicó Jake—: todas las luces se apagan con temporizadores automáticos.

No quedaba nadie más que nosotros en el auditorio. Los dos alargamos la mano hacia el interruptor del proyector al mismo tiempo y cuando nuestras manos se tocaron la energía estática provocó un fugaz chasquido.

—Saltan chispas —bromeó él.

Yo sonreí.

Avanzamos por los pasillos abarrotados, un caos de mochilas, iPods y teléfonos móviles, un auténtico invernadero de feromonas en colisión. Aquel lugar daba la impresión de ser impredecible, inseguro, era como si en cualquier momento alguien pudiera sacar una pistola o un cuchillo y se desencadenara una pelea. Un chaval delgaducho con un jersey que le quedaba inmenso chocó los cinco con Jake, y una cría embutida en una minifalda de vinilo le lanzó un beso. Varios estudiantes gritaron su nombre. Yo me pregunté cómo se las habría ingeniado para ganarse su confianza;

a mí nunca me habían gustado los adolescentes, ni siquiera cuando era uno de ellos y asumía que el sentimiento era mutuo: seguro que lo notaban, que intuían mi rechazo y podían oler mi miedo.

—¿Qué asignatura enseñas? —le pregunté al tiempo que giraba el torso para evitar chocar con un televisor sobre una mesa con ruedas que empujaba por el pasillo un crío obeso y medio calvo.

—Filosofía.

—¿Y te gusta?

—Para serte sincero, sólo me toca un curso de filosofía al año, el resto es fútbol e Historia de los Estados Unidos.

—Todo un hombre renacentista…

—Más bien un soldado de fortuna —respondió—. ¿Quién te lió para que vinieras a dar la charla?

—Tuve un momento de debilidad y me apunté como voluntaria para el proyecto Artistas en las Aulas. Esto no es exactamente lo que yo tenía en mente, más bien me había imaginado a un montón de criaturas monísimas de tercero de primaria con petos y coletas.

—¿A qué tipo de fotografía te dedicas?

—A la que pague el alquiler, sobre todo eventos de empresas y bodas, y un poco de restauración de fotos antiguas para completar.

—Mi madre también hacía fotos —me informó Jake—. Sobre todo de trenes, paisajes, calles abandonadas… Sólo era una afición pero se le daba bastante bien. He pensado muchas veces que me habría gustado heredar ese talento.

Pasamos del húmedo interior fluorescente a la claridad de la luz del sol. Desde el aparcamiento se veían a lo lejos el mar y el halo de niebla que ceñía la ciudad igual que un resplandeciente collar blanco rodeando un retazo de brillante azul. Jake metió el proyector en el maletero de mi coche, me dio la mano y dijo:

—Supongo que ahora viene cuando nos decimos adiós.

Parecía estar esperando a que lo sacara de su error, pero yo hacía tanto que no le pedía una cita a nadie que se me había olvidado cómo se hacía.

—Gracias por ayudarme con los bártulos —respondí deseando que me pidiera el número de teléfono pero, en vez de eso, me dijo adiós con un gesto forzado y echó a andar.

Estaba a punto de girar la llave para arrancar cuando reapareció su rostro al otro lado de la ventanilla abierta, apoyó las manos en el borde del marco y se inclinó hacia mí.

—Oye, ¿haces algo mañana por la noche?

—La verdad es que tengo dos entradas para el partido de los Giants.

—¿En serio? —se sorprendió él.

—Nos vemos junto a la estatua a las seis y media.

—¡Allí estaré!

Le dije adiós con la mano con mi mejor cara de «tampoco es que me importes tanto». De camino a casa, no podía dejar de pensar en sus manos apoyadas en el marco de la ventanilla y la forma tan tierna que tenía de meter el pie derecho ligeramente hacia dentro cuando caminaba.

A la noche siguiente cuando llegué a la estatua de Willie Mays, Jake ya me estaba esperando. Mientras cenábamos perritos calientes y patatas fritas con ajo me hizo un montón de preguntas, camelándome de algún modo para que revelara una lista completa de los trabajos que había tenido, el tiempo que habían durado mis relaciones anteriores, el contenido de mi colección de cedés e incluso el nombre del cocker spaniel color champán que tuve a los siete años. Ninguno de los dos prestamos demasiada atención al partido.

Cuando estaba a punto de terminar la octava manga sacudí las migas que habían caído en mi regazo y dije:

—Me siento como si acabara de tener una entrevista de trabajo…

Él se encogió de hombros.

—Sólo pregunto sobre lo importante.

—Entonces ¿el puesto es mío?

—Eso depende. ¿Quieres el trabajo?

—No sé mucho sobre la empresa.

Para entonces los Giants ganaban de ocho.

—¿Has venido en coche o en tranvía? —me preguntó Jake.

—En tranvía; me iba mejor.

—Bueno, pues te llevo a casa.

Después nos pasamos un buen rato de pie en la calle frente a mi apartamento, charlando sobre cosas sin importancia; ninguno de los dos sabíamos muy bien cómo poner punto final a la cita. Al cabo de unos minutos él se metió las manos en los bolsillos, miró al suelo y me dijo:

—¿Y cómo ves el tema de los niños?

Yo me reí.

—¿No te estás precipitando un poco? Si ni siquiera me has besado todavía…

Agarrándome por la cintura me atrajo hacia él y consiguió desconcertarme por completo con un beso largo y lento que me supo a poco.

—¡Bueno! —dijo—. Y ahora que ya hemos solucionado ese tema…

—Suenas igual que Alvy en *Annie Hall* —respondí yo—. Me estoy acordando de esa escena en que van por la calle después de la primera cita y él le da un beso sólo para evitarse la situación incómoda cuando se despidan luego.

—Ésa es mi película favorita de Woody Allen —me contestó—. No, la segunda después de *Delitos y faltas*.

Nos miramos unos segundos, sonriendo un tanto desconcertados y yo tuve esa sensación de sorpresa mezclada con felicidad que se siente cuando conectas con alguien.

—Ahora en serio —continuó Jake—, ¿cómo ves el tema de los niños?

—En honor a la verdad he de decir que eres el primer hombre que me ha preguntado eso en la primera cita.

—Me gusta que las cosas estén claras desde el principio.

—Bueno, pues… supongo que me gustaría ser madre algún día, pero no siento la presión del reloj biológico, si es eso lo que estás preguntando…

Me besó de nuevo, durante más rato esta vez, con una mano apoyada por debajo de mi cintura y la otra sujetándome el codo de un modo tierno que me resultaba familiar. Habían pasado años desde mi última ruptura: la relación había acabado de mala manera, con un rosario de desagradables llamadas de teléfono que duró meses. Mientras Jake me besaba, sentí como si un muro se derrumbara en mi interior.

Tomó un mechón de mis cabellos entre los dedos y me lo colocó por detrás del hombro.

—Imaginemos que conocieras a un tipo inteligente, divertido y guapo.

—¿Conoces alguno?

—Imaginemos que ese tipo tuviera una hija. Aun así, ¿podrías enamorarte de él?

Me lo quedé mirando, buscando algún indicio de que estuviese bromeando, pero no lo encontré.

—Lo dices en serio.

—Tiene cinco años. Se llama Emma.

Recuerdo con toda claridad la imagen que pasó por mi cabeza en ese momento, una idea tonta: nos vi a ambos con una niñita, en un parque. La niña se columpiaba y yo la empujaba para darle impulso, los cabellos le flotaban a la espalda mientras se balanceaba llegando cada vez más alto. Algo en la idea de encontrarme con la familia ya hecha me resultaba sorprendentemente cómodo. Y entonces me di cuenta de que la foto no estaba completa.

—¿Y la madre? —quise saber.

—Lisbeth se marchó hace un par de años. Conoció a un tipo que tocaba en un grupo, se metió en un ambiente raro, y luego un día volví a casa del trabajo y no estaba. Seguramente fue el peor día de mi vida; para entonces las cosas ya iban bastante mal entre nosotros pero yo todavía la quería, o puede que simplemente creyera que podía rescatarla, ayudarla para que volviese a ser como cuando la conocí.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. —Jake hizo una pausa—. Después de que se marchara, no supe nada de ella durante varios meses, y luego hubo una serie de llamadas atropelladas para pedirme dinero. Hará cosa de seis meses me llamó en plena noche, hecha un mar de lágrimas y deshaciéndose en disculpas, dijo que ya no se metía nada, que ya no andaba con aquel tipo y que quería intentarlo de nuevo. Lo triste es que no preguntó por Emma ni una sola vez. Creo que Lisbeth siempre vio la maternidad como una carga, como algo que la lastraba.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que se mantuviera alejada, que nos las estábamos arreglando la mar de bien sin ella. Para entonces yo ya le había dicho a Emma que su madre no iba a volver. Puede que no me hubiera olvidado completamente de Lisbeth, no creo que se pueda olvidar del todo a una persona a la que se ha querido de verdad, pero sabía que no era buena para Emma y no quería que volviera a entrar en nuestras vidas. —Entonces sonrió con una timidez que contrastaba con la otra cara que me había mostrado esa noche—. ¿Sabes?, la verdad es que no he tenido muchas citas desde que se marchó. ¿Te he asustado?

Mientras estábamos allí de pie, él con las manos sobre mis hombros, yo notando todavía el gusto a café y chocolate de sus besos en la boca, me di cuenta de que aquello no era la cita sin complicaciones que había anticipado tan sólo unas horas atrás. Le rocé con el dedo una cicatriz que tenía en la barbilla.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Fue Mike Potter, cuando tenía nueve años: batalla campal en el patio del colegio.

Me puse de puntillas y besé la cicatriz, luego lancé un suspiro profundo. Nunca había salido con un hombre que tuviera hijos y no estaba segura de cuáles serían las reglas.

—¿Cuándo puedo conocerla?

—Pronto.

Al cabo de dos semanas, un sábado caluroso, fuimos a tomar burritos al Pancho Villa y luego a ver una peli infantil en el Balboa. Emma se sentó en medio con un cubo inmenso de palomitas en el regazo. En varias ocasiones alargué la mano para tomar un puñado topando con la de ella o la de Jake. Cada vez que él me rozaba, sentía como una sensación cálida que me recorría todo el cuerpo y tenía la impresión de que algo duro como la roca se resquebrajaba en mi interior. Hubo un momento en que Emma se inclinó hacia delante y Jake alargó el brazo, me puso la mano en la nuca y me atrajo hacia él; nos besamos con prisas y cierta violencia, como adolescentes cuyos padres están a la vuelta de la esquina.

Durante las semanas que siguieron, las sesiones de cine de los sábados se convirtieron en una rutina: Emma sentada en el medio y aquellos besos furtivos que me abrumaban; Jake ponía el brazo sobre el respaldo del asiento de la niña, posaba la mano en mi cuello y la dejaba allí durante toda la película. Para cuando aparecían los créditos en pantalla yo tenía el cuello ardiendo, se me nublaba la vista y el deseo me provocaba una sensación de debilidad. Jake solía acariciarme con el pulgar justo donde empieza la primera vértebra, o deslizaba la mano un poco más abajo, o trazaba sendas sobre mi piel con el dedo; y yo perdía el hilo de la historia, se me olvidaban los nombres de los personajes, me despistaba en medio de diálogos que eran clave para entender las otras tramas paralelas… Todavía tendrían que pasar horas antes de que pudiera tenerlo para mí sola, antes de que volviéramos a su casa, Emma estuviera dormida en su habitación y nosotros nos desnudáramos en silencio para meternos en

la cama a hacer el amor bajo las capas de mantas mientras fuera se oía el solitario lamento animal de la sirena de niebla.

Al cabo de unos meses, cuando ir al cine los sábados ya se había reducido a un plan que hacíamos cada tres o cuatro semanas y las noches consistían en dormir plácidamente junto a un cuerpo conocido más que una ocasión para hacer el amor apasionadamente, en una ocasión me desperté de madrugada para encontrarme a Jake en vela y tendido sobre un costado, observándome.

—¿No puedes dormir? —le pregunté.

—Te estaba contemplando.

—¿Porqué?

—Estoy esperando a que empieces a hablar en sueños y me reveles tus secretos más oscuros y mejor guardados.

—Ya los sabes.

Yo estaba boca abajo, con la cabeza vuelta hacia él. Alargó la mano y me acarició el cuello.

—Me sé de memoria la piel de tu nuca —dijo—. Si me vendaran los ojos y me pusieran delante un centenar de cuellos, sería capaz de reconocer el tuyo.

Me acerqué y le di un beso. Hicimos el amor de la forma tranquila y pausada en la que siempre me había imaginado que lo harían las parejas casadas y, en algún momento, nos quedamos dormidos antes de terminar; yo me quedé tendida sobre él, con la cabeza apoyada en su pecho. Al rato me despertó el crujir de las tablas del suelo de madera, alcé la vista y me encontré con Emma de pie en el pasillo; la luz del baño estaba encendida y ella envuelta en la claridad que salía por la puerta abierta, inmóvil. Me puse la bata y fui hasta donde estaba, le tomé la mano y me la llevé de vuelta a su habitación.

La niña parecía desconcertada.

—Estabas caminando dormida —le expliqué mientras la arropaba.

—¿En serio?

—Sí, y ahora vuelve a dormirte.

—Pero ¿te quedas conmigo? —me pidió.

—Claro que sí.

Me senté al borde de la cama hasta que se durmió. En cierto modo, ya quería que fuese mía.

Capítulo 8

A la policía lo que le interesa son los hechos: los movimientos de la marea, el ángulo en que incide el sol, la dirección del viento, las horas y los lugares exactos. A partir de esos hechos construyen escenarios y a partir de ahí deducen una serie de posibilidades que a su vez se clasifican conforme a una jerarquía específica de probabilidades. Cada búsqueda gira en torno a un conjunto claro de reglas generales que deben aplicarse con precisión a ese caso específico. Las pistas han de considerarse y luego ser descartadas o seguirse hasta el final conforme a los dictados de la lógica. El orden es de vital importancia para la investigación.

—La clave para resolver cualquier caso —me informa un vigoroso agente— es la deconstrucción. Hay que desmantelar el conjunto para identificar las piezas una a una, porque las piezas son más relevantes que la suma de todas ellas.

Por supuesto que sé que no es así: la suma en sí misma lo abarca todo, la suma es Emma y ha desaparecido.

No hay un solo minuto del día en que no vuelva a aquel lugar mentalmente, a esa playa, a ese laberinto envuelto en la niebla que es el instante preciso en que me di cuenta de que no estaba. Cada vuelta a ese momento viene de la mano de una claridad más profunda, el tiempo se ralentiza hasta detenerse, surgen nuevos detalles, igual que un bajorrelieve sobre la superficie plana y gris de la memoria: una bolsa de papel marrón arrastrada por el viento que asciende en espirales hacia el cielo; tres pajitas de plástico alineadas en la arena; el tapón de una botella, boca arriba y con la frase «Lo sentimos, ¡inténtelo de nuevo!» impresa en el interior. En esta presentación a cámara lenta, en esta reconstrucción en bucle continuo es donde espero encontrar la pista que me llevará hasta ella. Pero no puedo evitar preguntarme si los detalles que van emergiendo cada vez que emprendo viaje hacia mi subconsciente son producto de los recuerdos olvidados o de la imaginación: la verdadera tarea es separar los hechos de los deseos.

Quiero que vuelva y, al desearlo, creo algo de la nada. Me acuerdo de haber ido hasta la parte de atrás del muro de hormigón convencida de que la encontraría allí. Lo deseaba con tal desesperación que hasta construí la imagen en mi cabeza, una imagen vibrante y llena de vida: Emma esperando acurrucada detrás del muro con el cubo amarillo sujeto entre las rodillas. Cuando di la vuelta y Emma no estaba detrás del muro, volví a la realidad como si un látigo me golpeara el rostro, y con la realidad llegó un terror tan intenso que me dobló por la mitad y se me revolvieron las entrañas.

Alcé la vista hacia los peldaños de hormigón que conducían al paseo, el aparcamiento y, más allá, la Great Highway. No se habría marchado en esa dirección, se había pasado toda la semana suplicando para que la llevara a la playa, lo que le interesaba era la arena, no la ciudad que había del otro lado; así que quedaban las otras tres direcciones: norte, sur y oeste. Una tarea multidireccional restringida por

las limitaciones lineales del movimiento: el cuerpo sólo puede moverse en una dirección en un momento determinado, y la capacidad del ojo humano para detectar el movimiento está restringida a un campo de 180°, pero las tareas más importantes requieren más espacio y un campo de visión de 360°.

Si en ese momento crucial me hubiera acordado del Chevelle naranja y el hombre sentado solo frente al volante, medio oculto tras el periódico, tal vez habría decidido actuar de otro modo: parecía totalmente ajeno a nuestra presencia pero, en retrospectiva, podría haber estado esperando el momento oportuno para actuar. O tal vez la respuesta estaba en la furgoneta amarilla, en aquel surfista guapo de pie junto a la puerta del conductor, encerando la tabla, y en la mujer tras las cortinillas de la parte trasera que había saludado a Emma con la mano.

Si hubiera pensado en ellos, habría vuelto corriendo al aparcamiento, tal vez ése habría sido mi primer impulso. Y si hubiese llegado al aparcamiento a tiempo, tal vez me habría encontrado con el surfista metiendo a Emma en la furgoneta. ¿Y el cartero sentado sobre el muro de contención comiéndose un sandwich? Podría haber mirado en la parte de atrás de su camioneta de reparto, podría haber apartado los paquetes lanzándolos por los aires mientras la buscaba dentro de aquel pequeño espacio a oscuras.

Sin embargo, en vez de eso me fui a buscarla a los baños y luego me dirigí hacia el norte en dirección a Seal Rocks. A veces Emma y yo íbamos hasta la parte de la playa que quedaba justo debajo del acantilado y Cliff House, a escuchar a las focas; a ella le gustaban sus ladridos agudos y la manera en que estiraban el cuello y se balanceaban las unas sobre las otras igual que bañistas perezosos.

Pero llegué hasta el final de la playa y ella no estaba. Fue entonces cuando recordé la primera cosa que te dicen de niño «por si te pierdes»: no te muevas de donde estás hasta que te encuentre alguien. Sólo entonces me acordé del aparcamiento, de mi coche, de la naturaleza extremadamente lógica de Emma. No es de esa clase de niños que se dejan llevar por el pánico. ¡Claro! —pensé—, habría vuelto al coche a esperarme. Fui corriendo.

No estoy segura de cuántos minutos pasaron antes de que yo subiera por la pendiente que daba al aparcamiento sintiendo que una esperanza nueva comenzaba a anidar en mi pecho: por supuesto que Emma estaría allí, de pie junto al coche, un poco enfadada conmigo por haberla perdido de vista. Tal vez habría estado llorando o, lo más probable, haciendo pucheros. O quizá me la encontraría sentada sobre el capó contemplando el botín de dólares de arena que llevaba en el cubo. Estaría allí, seguro. Esa niña a la que yo había acabado queriendo de verdad no se había perdido. La tragedia, en la versión completa que altera la vida para siempre, era algo que les ocurría a otros. Las niñas como Emma no desaparecían ni se ahogaban ni acababan en manos de secuestradores. El pánico que me atenazaba era infundado. Y después —pensé—, cuando el peligro hubiera pasado, le contaría todo a Jake; nos sentaríamos los tres a la mesa como una familia y Jake y yo nos miraríamos sin decir nada,

abrumados y profundamente agradecidos pero sin reconocer jamás en voz alta lo cerca que habíamos estado de una desgracia innombrable.

Sólo me llevó unos segundos distinguir mi coche, un breve instante sobrecogedor fue todo lo que me hizo falta para comprobar que no estaba allí; otro para darme cuenta de que me había dejado el móvil en casa. Entonces fue cuando me dirigí hacia el edificio más cercano, el Beach Chalet, furiosa conmigo misma por no haber llamado desde Cliff House.

Ahora sé que unos pocos instantes cruciales podrían haberlo cambiado todo, pero esas posibles decisiones se han perdido para siempre. La realidad pura y simple es que lo hice todo mal.

—¿En qué estabas pensando? —me pregunta Jake la tercera noche, ya muy tarde, mientras estamos tendidos en la cama sin poder conciliar el sueño, sin que ninguna parte de nuestros cuerpos se toque—. Ya sabes que Ocean Beach es un monstruo.

—Fueron sólo unos cuantos segundos —respondo yo.

—Pero Ocean Beach no es como las playas de donde tú te criaste, a ésta hay que respetarla. ¿Es que no has notado la corriente? ¿Acaso no has visto los carteles?

Por supuesto que sí: hay carteles de madera cada unos cuantos cientos de metros en los que pueden leerse sobrecogedoras advertencias:

OLAS INTERMITENTES DE TAMAÑO Y FUERZA INESPERADOS. SE HAN DADO CASOS DE MUERTE DE BAÑISTAS E INCLUSO PERSONAS QUE DESDE LA ORILLA HAN SIDO ARRASTRADAS POR EL MAR.

—Sé que sigue viva —le digo—, sé que no se ha ahogado. Él se vuelve hacia mí. —No sabemos nada.

A las cuatro de la madrugada me despierto y encuentro vacío el lado de Jake en la cama; las luces del piso de abajo están encendidas: Jake está en la cocina, de pie delante de la encimera con la mirada perdida clavada en la cafetera. Se me pasa por la cabeza la idea de que las noches van a ser el momento más difícil; podemos llenar los días con actividad, con búsquedas y llamadas telefónicas y organizando a los voluntarios, pero siempre va a llegar el momento de marcharse a casa. Nos sentiremos así todas las noches hasta que Emma vuelva, atrapados e impotentes, deseando que llegue por fin el día.

—¿Cuándo deja de ser demasiado pronto para empezar a llamar a la gente? —me pregunta.

Está lloviendo. La luz roja de un semáforo parpadea al final de la calle y cada parpadeo se refleja un instante sobre el asfalto mojado haciendo que el mundo parezca triste, inquieto, insomne. Hay un hombre corpulento con camiseta negra y vaqueros frente a la lavandería del otro lado de la calle, solo.

—¡Mary! —grita el hombre al tiempo que inclina levemente la cabeza hacia abajo, como si la mujer con la que habla estuviese de pie a su lado.

Se oye el ruido de algo que se desliza en la cocina y luego un golpe suave. Me doy la vuelta y me encuentro a Jake en el suelo abrazándose las rodillas; le tiemblan

los hombros, deja escapar un gemido interminable, un lamento desvalido que le surge de las entrañas. Entro en la cocina y me arrodillo a su lado, lo abrazo, lo que más deseo es poder darle algo pero no se me ocurre nada que pueda aliviar el dolor que le he causado.

—¿Dónde puede estar? —solloza él.

¿Dónde? La fenomenal cantidad de posibilidades me cae encima dejándome paralizada. Es imposible decidir por dónde empezar. Veo la playa en un círculo en medio de un fondo en negro, como si la mirara a través de la lente de una cámara: una mujer se agacha para hablar con una niña; echan a andar y la cámara se desvía para enfocar algo blanco e inerte en la arena. Los segundos pasan. A medida que la cámara sube más y más alto, el círculo se expande hasta captar toda la playa, las ruinas de los Baños Sutro, la Great Highway, los molinos de viento abandonados, los bisontes peludos pastando en el parque, el Golden Gate, los barcos esparcidos igual que botones blancos sobre la tela azul del agua de la bahía, las hileras frágiles de casitas que salpican las colinas de Daly City, el inmenso cementerio de Colma, la interminable extensión sombría de Pacífica. La lente sigue subiendo, el área de la búsqueda aumenta a una velocidad espeluznante.

—Su amigo Sven daba una fiesta de cumpleaños esta tarde —murmura Jake—. Tenían que ir a jugar a los bolos a Sea Bowl.

—La llevaremos cuando vuelva.

—La probabilidad… —comienza a decir Jake, pero es incapaz de terminar la frase.

Sé que se refiere a las estadísticas que nos dio Sherburne ayer: cada año se producen sesenta mil secuestros de niños no perpetrados por un familiar; de ésos, ciento quince acaban siendo de larga duración a manos de desconocidos, de los que salen en las noticias; de esas ciento quince víctimas, la mitad sufren abusos sexuales, el 40 por ciento son asesinados y un 4 por ciento no aparecen jamás. Pero el 56 por ciento de los casos, es decir, sesenta y cuatro niños, aparecen. No tengo la menor duda: Emma es uno de esos sesenta y cuatro. Sencillamente tiene que serlo.

Capítulo 9

Después de ponerse el sol el cuarto día, aparco el coche en el fuerte Point, al pie del Golden Gate, a unos ocho kilómetros al norte del lugar en que desapareció Emma. Camino por el paseo marítimo buscando pistas por la estrecha playa de piedras. No tengo claro qué estoy buscando exactamente: ¿una prenda de vestir, su boina amarilla, un improbable mensaje garabateado por una mano infantil?

La última vez que estuve aquí fue con Emma y Jake, hará unos tres meses. Tengo una foto de ella al pie del puente, alzando la vista hacia las fenomenales galerías con arcadas para la artillería que se levantaron a toda prisa en vísperas de la Guerra Civil. Con tan sólo seis años, Emma ya empezaba a perfilarse como historiadora, tenía un montón de preguntas sobre los soldados que en su día ocuparon el fuerte de ladrillo: dónde dormían y qué comían, y si sus padres podían venir a vivir en el fuerte con ellos o no.

Hago una parada en el café Warming Hut para darle un montón de octavillas al encargado. Un poco más adelante, camino hasta el final de un pantalán flotante. Hay un hombre de pie al borde del mismo, completamente inmóvil; el sedal de su caña describe una curva cóncava en su trayectoria hasta el agua. A su lado hay una nevera portátil con un único pescado sobre un fondo de hielo escarchado; el pescado agita la cabeza y los espasmos recorren su cuerpo plateado.

—Ésta es una foto de mi niña —digo al tiempo que le muestro la octavilla—. Ha desaparecido.

El hombre me mira a los labios en vez de a los ojos y entonces me doy cuenta de que es sordo. Niega con la cabeza y se vuelve otra vez hacia el agua. Durante un instante de desconexión, por un segundo que escapa al inexorable avance del tiempo, deseo que Emma estuviera aquí conmigo porque ha estado aprendiendo lenguaje de signos en el colegio; tan pronto como el pensamiento cruza mi mente me doy cuenta de lo absurdo que es. Durante las semanas que siguieron a la muerte de mi madre, en más de una ocasión me sorprendí llevándome el auricular a la oreja para llamarla sin recordar que se había ido. Me pasa lo mismo con Emma: tengo la esperanza de encontrármela frente por frente cada vez que me doy la vuelta.

Acabo mi ronda alrededor de la medianoche en el Palacio de Bellas Artes. Los patos del estanque no hacen ruido, sopla un viento gélido por entre las columnas; a la luz de la luna, las figuras de mujeres sollozantes esculpidas en lo alto de las columnas parecen cobrar vida, es como si sus lágrimas estuvieran hechas de algo más que piedra. Los vagabundos se acurrucan en sus sacos de dormir deshilachados entre las urnas y las estatuas. Me voy acercando a hablar con ellos uno a uno, entregando billetes junto con las octavillas con la esperanza de que tal vez alguno haya visto algo.

Unas pocas horas más tarde entro en mi apartamento de Potrero Hill sin encender las luces, subo a tientas las escaleras, me quito los zapatos con los talones y me dejo

caer en la cama. Tengo la impresión de que justo acabo de cerrar los ojos cuando suena el teléfono; es mi hermana Annabel que me llama desde Wilmington, Carolina del Norte.

—¿Qué hora es? —le pregunto mientras alargo la mano hacia mis gafas.

—En la parte del mundo donde vives tú, las siete de la mañana. ¿Qué tal lo llevas?

—No demasiado bien.

—Me encantaría poder ir a San Francisco.

Sé que lo dice de verdad, que daría cualquier cosa por estar aquí ayudando con la búsqueda. Hubo un tiempo en que viajaba sin parar pero no ha salido de Wilmington desde que a su hija pequeña, Ruby, le diagnosticaron una forma severa de autismo el año pasado. Ruby tiene cinco años y es una niña dulce y distante que se comunica por medio de un complicado sistema de gestos con las manos; casi no soporta que la toquen y su sensibilidad al ruido es tan exagerada, que el teléfono y el timbre de la puerta de la casa de Annabel no suenan sino que parpadean.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me pregunta Annabel—. ¿Necesitas dinero?

—Tengo algo en el banco.

—¿Cuánto es algo?

—No mucho, he cancelado todos los trabajos que tenía para el mes que viene.

—¿Cuánto pagas de alquiler?

—Mil doscientos, y eso sí que no me lo pueden subir gracias al programa de control de alquileres.

—Oye, te haré una transferencia de mil doscientos dólares a tu cuenta corriente a primeros de cada mes hasta que todo esto acabe.

—¿Todos los meses? —le pregunto con el corazón en un puño—. Ya es bastante desgracia imaginarme una semana más sin noticias de Emma, no puedo ni considerar la posibilidad de que esto vaya a durar meses.

—Ojalá la encontréis mañana mismo, pero así por lo menos tendrás una cosa menos de que preocuparte.

—No puedo aceptar tu dinero, Annabel.

—No lo vamos ni a discutir. A Rick acaban de nombrarlo socio. Asunto zanjado.

—Gracias, te lo devolveré.

—Abby, ¿estás bien? —me pregunta.

—Todo parecía ir encajando —le respondo yo—, todo parecía tan perfecto…

Le cuento a Annabel que el viernes pasado fui a casa de Jake a primera hora para estar con Emma cuando él saliera camino de Eureka a pasar el fin de semana con su amigo Sean Doherty, un compañero de habitación de los tiempos de la universidad que se acababa de divorciar. Sean estaba en plena fase de depresión y Jake acudía al rescate dejando a Emma a mi cargo. Cuando volviera de Eureka le contaría a Emma que nos íbamos a casar.

Esa mañana, Emma y yo desayunamos tostadas francesas y chocolate caliente en

el Tennessee Grill y luego hicimos una muñeca de trapo con un juego de manualidades; le pusimos rodillas de retales y le hicimos los ojos con botones azules; el pelo era de lana negra gruesa. Por la tarde fuimos a ver una película de dibujos animados sobre una niña de nacionalidad indeterminada que está enferma, se hace amiga de un caballo y salva el pueblo donde vive de la destrucción. Emma había comido demasiadas chucherías, por lo que de regreso a casa le dolía la tripa y se puso a llorar. «Aprende a decir basta», pensé mientras alargaba la mano y le frotaba la espalda para consolarla.

Cuando llegamos a mi casa le di un vaso de agua y se hizo un ovillo en el sofá acurrucándose junto a mí mientras le leía el cuento del viejo Asdrúbal y los piratas. Acabó durmiéndose con la cabeza apoyada en mi hombro y yo me quedé un rato más allí sentada leyendo en silencio, acunada por la agradable sensación de releer mi libro favorito de la infancia mientras disfrutaba del peso de la cabeza de Emma sobre mi hombro. Cuando la tomé en brazos y empecé a subir las escaleras para llevarla a la cama abrió los ojos fugazmente, medio adormilada y sólo el tiempo suficiente para musitar buenas noches.

Me puse el pijama y me metí en la cama a su lado. Contemplándola mientras dormía me sentía feliz. Tal vez la maternidad era algo que sí sería capaz de hacer o, si no la maternidad, entonces esto otro: ser su madrastra, interpretar este papel que quedaba a medio camino entre el de madre y el de amiga. Emma era una niña con mucho carácter, a veces hasta difícil de controlar (igual que lo había sido yo), pero mientras dormía daba una engañosa sensación de placidez. Pensé en mi madre, que me había tenido a los veintidós años y a quien ahora me parecía estar viendo de pie en el umbral de la puerta de mi cuarto con su albornoz y los cabellos pelirrojos recogidos en una cola de caballo, tal como la recordaba que aparecía cada noche durante toda mi infancia. Me pregunté si ella también había tenido la sensación, igual que yo ahora, de cargar con una gran responsabilidad.

—Fue la primera vez en todos estos años que sentí una conexión con mamá —le confieso a Annabel—, como si por fin estuviera empezando a entenderla. Me gustaría que siguiera viva para poder contárselo.

Por muchos triunfos que cosechara en mi carrera, independientemente de lo interesante que pudiera ser mi vida, sabía que mi madre me consideraba una inmadura que no había acabado de encontrar su camino. Para ella, sin un marido y unos hijos simplemente iba a la deriva.

—¿Alguna vez te he contado lo que me dijo poco antes de morir? —le pregunto a Annabel—. Cuando volví a casa para cuidarla, un día me hizo prometerle que encontraría un buen hombre, alguien que quisiera tener hijos. Y yo hice la cosa más estúpida del mundo: se lo prometí, pero con los dedos cruzados por detrás de la espalda porque por aquel entonces la verdad es que no veía niños en mi futuro. No es que no quisiera tenerlos, sencillamente no eran una prioridad. ¿Qué clase de persona le miente a su madre en su lecho de muerte?

—Estoy segura de que no eres la primera —me tranquiliza Annabel—. Y además ella seguramente sabía de sobra que le mentías.

—Pero lo más extraño de todo es que, de hecho, he cumplido la promesa: conocí a Jake, me enamoré de él, me enamoré de Emma… A veces tengo esa sensación extraña de que mamá lo ha organizado todo desde el más allá, de que es una especie de broma cósmica…

—La creo perfectamente capaz.

Le cuento a Annabel que Emma y yo nos levantamos temprano el sábado por la mañana para hacer tortitas.

—Me gané unos cuantos puntos dejándole cascar los huevos y dar vueltas a la mezcla. La verdad es que yo lo veía así, no sé si me explico…, me refiero a que tenía la sensación de que, con Emma, había empezado con un montón de puntos negativos en mi contra: no era su madre; Jake pasaba mucho tiempo conmigo cuando hasta entonces estaba acostumbrada a tenerlo para ella sola… Yo no tenía ni la más remota idea de cómo hacer feliz a una niña pequeña y cada cosa que hacía bien era un punto positivo que me ganaba; pensaba que cuantos más puntos consiguiera más le gustaría a Emma.

—Abby, tú le gustas.

—No, es que no es ni siquiera eso, lo que quería era conseguir que me quisiera, sentía que cada minuto que pasábamos juntas era una especie de prueba.

Al final, por primera vez, le cuento a Annabel toda la historia sin dejarme ningún detalle: cómo sentí una ligera punzada de felicidad cuando vi a la cría de foca muerta, cómo me imaginé la gran instantánea, la oportunidad de oro de consolarla y enseñarle no sé qué lección importante sobre la trascendencia de la vida; incluso le cuento que sonreí a uno de los tipos que había en el aparcamiento, un surfista que estaba encerando la tabla junto a su furgoneta amarilla; le cuento que quizá mi sonrisa fuera demasiado amistosa; le cuento que, por un segundo, me pregunté cómo sería darle un beso.

—No es ningún crimen pensar en besar a alguien —opina Annabel.

—Lo sé. Lo que quiero decir es que tal vez yo no estaba del todo en lo que hacía; tendría que haberme concentrado en Emma, quizá si no hubiese estado tan distraída eso nunca habría pasado.

—No te hagas esto, Abby —me aconseja mi hermana.

Me vienen a la mente las palabras del joven policía que se portó tan bien conmigo intentando consolarme la primera noche en la comisaría.

—Le podría pasar a cualquiera —dijo.

Sé que no es cierto: a Annabel no le habría pasado, a Jake no le habría pasado; no les habría pasado porque ninguno de los dos habría apartado la mirada.

Capítulo 10

Mi vecina Nell Novotnoy cree que los libros pueden ser nuestra salvación.

Nell vive al lado, en el *loft* de su difunto hijo Stephen, quien se lo dejó hace seis años cuando murió a los treinta y cinco: lo había pagado en los años buenos del bum de las empresas «punto com». Ahora el rostro ajado de Nell contempla a los transeúntes desde pósters repartidos por toda la ciudad: es la portavoz de la Marcha contra el Sida, el proyecto de sensibilización Quilt of Hope y la Fundación de Madres para la Investigación sobre el Sida.

También es bibliotecaria y lleva treinta años trabajando en la biblioteca del Instituto de Mecánica de la calle Post. Todos los lunes pasa por mi casa con algún libro que ha escogido para mí. Gracias a Nell he conocido a John Fante y Josef Skvorecky, Halldor Laxness y Lars Gustafsson, los diarios de Robert Musil y los ensayos de Edmund Wilson. Para casi cualquier autor que le nombres es capaz de citar una obra suya. Para casi cualquier año es capaz de decirte los ganadores de los principales premios literarios.

Seis días después de la desaparición de Emma llamo a la puerta de Nell: su apartamento está caldeado y flota en el ambiente el olor inconfundible de macarrones con queso caseros. Esta última semana me ha estado dejando platos y tartas a la puerta, se ha ofrecido a hacerme la colada, a ayudarme en lo que sea. Ahora me guía hasta la mesa de la cocina y me sirve una taza de café.

—Habla —me dice Nell al tiempo que se aparta un mechón de abundantes cabellos negros de la cara—. Se me da bien escuchar.

—Sigo tratando de averiguar si hay algo que se me escapó ese día —reconozco —, algo que vi o algo que oí pero que no consigo recordar. Algo que pareciera insignificante en su momento pero que podría orientarme en la buena dirección. Me siento como si tuviera en mi poder la llave mágica que desvela todo este misterio, pero enterrada bajo una tonelada de basura, y no tengo la menor idea de qué hacer para encontrarla.

—¿Sabes lo que decía san Agustín?: «Grande es este poder de la memoria, grande en extremo, Dios mío, estancia espaciosa, infinita».

Se levanta para sacar los macarrones del horno, llena dos cuencos y me entrega un tenedor.

—Come.

Mi cabeza me dice que están deliciosos; son los mismos macarrones con queso por los que tan sólo una semana antes lo habría dejado todo, pero ahora parecen no saber a nada y me cuesta tragar.

—Has adelgazado —me informa Nell sirviéndome una cucharada más—. Ya sé que la comida es lo último en lo que piensas en estos momentos, pero aun así, no puedes funcionar con el depósito vacío. —Se termina su cuenco de macarrones y luego va hasta la librería—. La memoria es una ciencia —me dice mientras pasea la

mirada por los títulos—. Se han escrito montañas de cosas al respecto.

A los pocos minutos hay un montón de carpetas y libros apilados sobre la mesa de la cocina: tratados sobre cómo almacena información el cerebro, fotocopias de artículos acerca de la recuperación de los recuerdos, escritos de Aristóteles, Raimundo Lulio y Robert Fludd sobre el arte de la nemotecnia.

—¿Y todo esto lo tenías por casa?

Nell se encoge de hombros.

—Deformación profesional. —Hojea los libros marcando unas cuantas páginas con papelitos autoadhesivos amarillos, me enseña diagramas del cerebro, del elegante perfil del hipocampo, la forma almendrada de la amígdala y el misterioso lóbulo temporal—. Está todo ahí —sentencia dándome una palmadita en la cabeza—, ahí es donde encontrarás la respuesta. Es un hecho ampliamente documentado que los acontecimientos traumáticos o de gran carga emotiva desbaratan la memoria y se hace más difícil acceder a la información. Pero ésta sigue ahí, simplemente tienes que averiguar cómo llegar hasta ella.

Esa misma noche, ya tarde, estoy sentada en casa con un cuaderno y un lápiz y me sumerjo en los libros que me ha prestado Nell. Leyendo uno publicado recientemente por un conocido profesor llamado Stephen Perry y que se titula *Strange Memory*, me entero de la historia de Sherevski, el hombre que no podía olvidar. Perry cita una obra clásica, *Pequeño libro de una gran memoria*, en el que el neuropsicólogo Aleksandr Luriia se refiere a su paciente Sherevski simplemente como S. Me resulta sorprendente que un hombre con tantos recuerdos quedara reducido a una sola letra.

¿De qué se acordaba S.? Todas las palabra, todas las conversaciones que había oído desde la infancia; todos los alimentos que había comido, todos los sonidos que había oído, todos los rasgos de todas las caras que había visto. A diferencia de los amnésicos que son incapaces de recordar, S. padecía la imposibilidad de olvidar: cualquier texto, cualquier conversación era igual que un campo minado; una sola palabra podía desatar una avalancha de recuerdos que le impedían seguir el hilo de sus pensamientos.

Imaginemos una calle de una ciudad cualquiera en un día cualquiera, imaginemos que en esa calle hay un amplio paseo pavimentado que conduce a miles de recuerdos permanentes; imaginemos que no existe la memoria a corto plazo, que no existe el concepto de «poco memorable», que recordamos los escaparates de todas las tiendas, hasta la última persona que hemos visto tras los cristales y la postura en que estaban todas y cada una de ellas. Supongamos que en esa calle hay una librería y que, de pasada, miramos dentro y vemos unos cuantos libros expuestos; ya nunca olvidaremos no sólo los títulos sino también las cubiertas, el orden en que estaban colocados, la mujer que estaba haciendo cola junto a la caja, cómo ladeó la cabeza cuando se dio la vuelta y nos vio; nunca olvidaremos el color del pintalabios que llevaba —rojo—, el contorno de su pierna —esbelta y delgada y ligeramente

levantada—, la sandalia de cuero negro resbalándole por el talón. Como tampoco olvidaremos al hombre que estaba tras la caja registradora, su corte de pelo, el reloj de oro en su muñeca. Aceleramos el paso y seguimos adelante, plenamente conscientes de que en esos escasos segundos acabamos de proporcionarle a nuestra memoria miles de impresiones que tendremos que llevar a cuestas toda la vida. Mientras caminamos con ese pensamiento en la cabeza, nos damos un golpe en el dedo gordo del pie, miramos hacia abajo y vemos al culpable: una baldosa suelta en la acera. Esto también lo recordaremos para siempre: la baldosa ligeramente levantada, la sensación de dolor en el dedo, la imagen de nuestro propio zapato en movimiento. Y no seremos capaces de olvidar el hecho de que, ese día en concreto de ese año en concreto, en ese lugar en concreto, estábamos considerando nuestra propia maldición, la condena a recordar absolutamente todo hasta el último día de nuestras vidas.

¿Qué es una búsqueda sino un ejercicio simultáneo de esperanza e impotencia? La esperanza es lo qué hace la búsqueda posible; la impotencia lo que la convierte en absurda al mismo tiempo. Quiero creer que, oculto en las profundidades de la materia gris, entre los complejos pliegues de córtex cerebral y el cuerpo calloso, el hipocampo y la amígdala, existe un único detalle, una nimiedad, un recuerdo preciso y crucial que basta para salvar a una niña desaparecida.

Igual que Funes, el héroe abrumado por los infinitos recuerdos del famoso relato de Borges, lo que más deseaba S. era sencillamente olvidar. En cambio, lo que yo quiero sobre todas las cosas es recordar, ver con absoluta claridad los acontecimientos de ese día en Ocean Beach. Estaría más que dispuesta a renunciar a una vida entera de recuerdos —cumpleaños y mañanas de Navidad, primeras citas y vacaciones estupendas, libros maravillosos y bellos rostros— a cambio de un solo recuerdo, el que de verdad importa, el que me llevaría hasta Emma.

Capítulo 11

El centro de operaciones está en Castro, en un local comercial desocupado que ha cedido algún buen samaritano: los transeúntes que pasan por delante se encuentran con los ojos de Emma que los miran desde cientos de octavillas que cubren los cristales del escaparate. Los voluntarios se sientan en largas mesas a meter cartas en sobres y contestar al teléfono, y todo el mundo lleva el uniforme: una camiseta blanca con el rostro de Emma y debajo la frase «¿Has visto a Emma?» por delante y, por la espalda, en grandes letras negras, un número 800 y la dirección de la página web, www.buscandoaemma.com.

La mayoría de los voluntarios son alumnos de Jake pero también hay profesores, amigos, unas cuantas personas que conozco del mundillo de la fotografía, y desconocidos que respondieron a las peticiones de ayuda y los anuncios por palabras en Internet.

Ha pasado una semana desde que Emma desapareció. Yo me he dedicado a recorrer las calles a un ritmo frenético, corriendo de acá para allá constantemente, y Jake ha estado organizando los grupos de ayuda; su forma de encarar la situación ha sido metódica, racional, planificada, igual que hace con todo lo demás.

Un mapa de la zona de la bahía de San Francisco dividido en cuadrantes y sembrado de chinchetas de colores para indicar lugares relevantes cubre casi toda la pared. Los teléfonos suenan, el murmullo de voces se eleva y luego vuelve a bajar. Un chaval con acné y el pelo repeinado está dando instrucciones a un grupo de adolescentes.

—Colocad estas octavillas donde podáis dentro de la zona sombreada del mapa —les indica—; en cafés, librerías, supermercados, ¡donde sea! —Luego les va pasando a todos una caja de zapatos que contiene un montón de chapas con la cara de Emma—. Poneos una de éstas y llevaos unas cuantas más para regalar por ahí, queremos que todo el mundo sepa qué aspecto tiene.

El grupo se dispersa y el chaval se me acerca y me da la mano.

—Abby Mason —me presento.

—Sí, ya lo sé —me responde el chico—, yo me llamo Brian. —Tiene esa actitud de confianza excesiva en sí mismo mezclada con unos modales encantadores y típicos de un delegado de clase o un presidente de las juventudes demócratas de la localidad—. ¿Quiere que le asigne una zona o ha venido a ver al señor Balfour?

—Las dos cosas.

Brian me da un montón de octavillas y un mapa.

—La persona que iba a salir a repartir por Colma no se ha presentado, resulta que hoy tenía una competición de atletismo, así que la puede sustituir usted.

Me señala una zona en la fotocopia del mapa con un rotulador naranja fosforescente. Cada cuadrícula de cinco centímetros cuadrados en el mapa equivale a un área de veinte kilómetros cuadrados; yo me imagino el cuadradito que me ha

tocado como un laberinto imposible de tiendas, bloques de apartamentos y casas, zanjas, contenedores, coches y setos.

Jake me ve y se acerca.

—¿Hay novedades? —le pregunto.

—No desde la última vez que hablamos.

Eso fue hace una hora. Hemos estado viviendo colgados del móvil, en un constante ir y venir de llamadas, intercambiando información y palabras de ánimo. Han surgido docenas de pistas pero la policía no sabe cuáles seguir: unos tipos creyeron verla en un restaurante chino en Pescadero al mismo tiempo que otra persona que *hacía footing* en Oakland, un cajero de un 7-Eleven cerca de Yosemite y un cartero de San Diego también informaban de haberla visto. La ex mujer de Jake, Lisbeth, sigue sin aparecer.

—Ojalá estén juntas —me dijo Jake cuando empezó todo—. Nunca pensé que diría algo así pero, ¡Dios mío!, sólo espero que estén juntas, así por lo menos…

No terminó la frase pero yo sabía lo que estaba pensando: si su ex mujer estaba detrás de lo ocurrido, por lo menos Emma seguiría viva.

Me estoy acordando ahora de lo que más de una vez le he oído decir al detective Sherburne en relación a Lisbeth: «No es tan fácil localizar a una persona que en realidad no quiere que la encuentren».

La cara de Emma me mira desde la camiseta de Jake. A mí me parece exactamente igual que la de verdad con su risa grave y cantarina. Emma, que puede pasar de feliz a malhumorada en no más de cinco segundos; Emma, que se muere por los sandwiches de pan casero con manteca de cacahuete y miel. Pero para quien no la conoce debe de parecer igual que cualquier otra niña con hoyuelos, pelo negro y ojos verdes. Todas esas llamadas de teléfono que intercambiamos Jake y yo a lo largo del día, ¿nos unen o nos separan cada vez más? Emma podría estar en Pescadero o en Oakland o en Yosemite o a escasos veinte metros de aquí, encerrada en el apartamento de alguien, drogada y desorientada. Las octavillas dicen: «Cabello negro. Ojos verdes. Altura, 1,20 m. Vista por última vez con sudadera roja, vaqueros azules y zapatillas de deporte azules marca Paul Frank con su nombre, Emma, bordado en la puntera». Pero el secuestrador podría haberle cortado y teñido el pelo fácilmente, cambiarla de ropa… Podría estar con su madre, asustada pero relativamente a salvo, o podría estar en poder de un psicópata.

Jake recorre el local con la mirada, luego se sienta frente a una mesa y se aprieta los ojos con el talón de las manos. Seguro que desearía no haberme conocido jamás. Me muero por abrazarlo y decirle cuánto lo siento, que estoy convencida de que la encontraremos; pero hay demasiada gente y demasiado ruido. A medida que las horas transcurren con dolorosa lentitud, a medida que el área de la búsqueda se va expandiendo, lo mismo ocurre con la distancia que nos separa.

Al principio de nuestra relación, a los dos nos sorprendió la cantidad de cosas que teníamos en común. Iba mucho más allá de ser los dos de los Giants y que se nos

diera bien citar frases de las películas de Woody Allen; nuestras madres habían muerto de cáncer y nuestros padres habían desaparecido del mapa, aunque es cierto que por razones diferentes: el de Jake por culpa del alcohol, mientras que yo había perdido al mío por culpa de su nueva mujer y unos hijos más jóvenes, por el deseo irrefrenable de él —tras el divorcio traumático de mi madre— de empezar de nuevo.

En nuestra cuarta cita, una visita a la exposición de William Eggleston en el Museo de Arte Moderno de San Francisco seguida de una cena en el Last Supper Club, Jake y yo hablamos de nuestras familias.

—Cuando te haces adulto se supone que simplemente tienes que aceptar que tus padres desaparezcan —dijo él—, pero a mí nunca me ha resultado fácil hacerlo. El hecho de haber crecido no evita que te sientas como huérfano. Creo que por eso me afectó tanto que Lisbeth se marchara. Hace mucho tiempo que decidí que la familia sería mi prioridad absoluta y cuando ella se fue sentí que había fracasado: ahí estaba Emma (sólo tenía tres años), sin madre, y no podía dejar de pensar que era culpa mía.

Pensándolo ahora creo que esa noche —por primera vez— me permití considerar el significado de la palabra «amor»; que acepté —por primera vez— lo profundos que eran mis sentimientos hacia Jake. Después de aquello, todo fue tan rápido… Y de repente me encontré con que estábamos hablando de matrimonio y me parecía lo más natural del mundo que las cosas evolucionaran así.

En las semanas anteriores a todo eso, la boda era lo que más ocupaba mi cabeza. Por supuesto ahora ya no importa. Ayer salió el tema por primera vez y Jake estuvo de acuerdo en que deberíamos posponerla (la palabra que ninguno de los dos pronunciamos fue «indefinidamente»). Ahora, todas nuestras esperanzas se centran en un momento indeterminado del futuro, en el instante preciso y perfectamente visible en alguna línea temporal en que Emma aparezca. Momentos después de que desapareciera, yo estaba convencida de que ese instante llegaría en cuestión de minutos pero, a medida que fue pasando el día, adapté mis esperanzas a la posibilidad de que fueran horas. Cuando llegó la mañana siguiente ya me había mentalizado para enfrentarme a varios días de incertidumbre y ahora, conforme van transcurriendo los días sin el menor indicio, sin la menor pista, sólo queda la posibilidad impensable de que este horror pueda durar varias semanas.

En el momento en que me marcho del centro de operaciones con un montón de octavillas en el bolso suena una canción en la radio, una de esas melodías pegadizas que no me puedo quitar de la cabeza, un tema de Wilco que se oye por todas partes desde hace un par de semanas, y me sorprendo tarareándola sin despegar los labios. Nunca hasta ahora me había fijado en la letra: «Todas las canciones son como un regreso —canta la voz en la radio, y luego el estribillo facilón y deprimente se repite una y otra vez—: Todo ocurre siempre un poco más tarde». Miro el reloj, hago mis cálculos —pi por el radio al cuadrado— y una serie de números comienza a desfilar por mi cabeza a ritmo acompasado.

Llevo años sin ir a Colma y con motivo: no es más que un desfile de centros

comerciales de segunda clase y cadenas de restaurantes, uno detrás de otro; la autovía es de cuatro carriles y no hay aceras. Pego octavillas en los cristales de sitios como Burger King, tiendas baratas de decoración y bricolaje tipo Cost Plus, Pier 1 y Home Depot, grandes almacenes de gangas como Payless Shoes y Marshalls, y supermercados especializados en chollos, BevMo. La mayoría de los encargados son amables y se interesan. En los almacenes Nordstrom Rack, una mujer embarazada me pide unas cuantas octavillas más y promete pegarlas por la zona de Westlake. «¡Pobres padres! —comenta al tiempo que se pasa la mano por el abultado vientre—. No me lo quiero ni imaginar».

Alrededor de la medianoche, después de haber hablado con cientos de dependientes y haber mostrado la foto de Emma a cualquiera que se dignara mirarla voy a Target, que es la única gran superficie de todo Colma que abre hasta tarde. La iluminación de la tienda es tan excesiva que casi hace daño a los ojos. La empleada de la puerta alarga el brazo para entregarme una cesta y yo se la cambio por una octavilla; saca unas gafas del bolsillo, se las pone y decreta: «¡Qué niña tan mona! Se me rompe el corazón… ¿Cuánto ha pasado ya, una semana? Seguramente ha acabado tirada en alguna zanja».

Camino sin rumbo fijo por los amplios pasillos entregando octavillas a los pocos clientes que quedan haciendo compras de última hora. En un momento dado me encuentro frente a la Dream Time Barbie, la versión para la hora de dormir con su camisoncito de franela, zapatillas con pompones esponjosos y una bolsa de plástico transparente al hombro en la que lleva un peine, un champú y un antifaz diminutos. Meto a la Barbie en mi bolsa y, de repente, todos esos juguetes de plástico en colores chillones que me habrían parecido de tan mal gusto la semana pasada me resultan de lo más atractivos. Añado al botín una pelota roja de espuma, una cuerda de saltar transparente rellena de purpurina morada, el juego de mesa Operación y un perro con pilas que ladra, se tumba panza arriba y va a buscar las cosas que le tires. Incluso los juguetes de niña que siempre he detestado ahora me parecen bonitos: el horno para hacer pasteles, la Barbie Malibu —tan playera—, un micrófono con altavoz para cantar las canciones de las Spice Girls…

Voy camino de las cajas con la cesta repleta cuando las imágenes de un televisor en la sección de electrónica captan mi atención: la fotografía de Emma aparece en un pequeño recuadro a la derecha de la archiconocida Leslie Gray, la presentadora especializada en sucesos: «La policía ha interrogado a Martin Ruiz, profesor de literatura en el instituto donde trabaja Jake Balfour, que fue ingresado en el ala de psiquiatría del hospital Kaiser Permanente el pasado mes de febrero y que recientemente fue dado de alta».

Conozco a Ruiz, que intentó suicidarse después de un divorcio traumático (lo que explica la temporada en el psiquiátrico): Jake lo invitó a cenar un par de veces y me pareció un hombre profundamente deprimido que trataba de ocultar su tristeza con bromas y cantidades de alcohol ligeramente excesivas. Me cayó bien de inmediato, y

a Emma también; le construyó a la niña un castillo de naipes impresionante en el cuarto de estar después de los postres. Estoy convencida de que no tiene nada que ver con todo esto porque no había nada en él que me resultara extraño o sospechoso, pero luego me doy cuenta de que ya no puedo estar segura de nada: también estaba convencida de que Emma estaría segura conmigo y de que Jake volvería de su fin de semana fuera y seríamos una familia feliz. Todo lo que creía saber, todas las normas básicas, ya no tienen sentido.

Un chico de unos dieciséis años con el uniforme rojo de Target está de pie junto a la sección de auriculares viendo la tele. Según el letrerillo de su camisa se llama Pete.

—¿Necesita que la ayude a encontrar alguna cosa?

—No, gracias.

Pete se vuelve hacia el televisor.

—Mi madre está todo el día pegada a la tele siguiendo esta historia, cree que el padre tiene algo que ver —me informa—, que es mucha casualidad que justo estuviese fuera de la ciudad el día en que secuestraron a la niña, pero yo apostaría por el profesor de literatura chiflado, ¿y usted?

La tienda empieza a dar vueltas a mi alrededor y me apoyo en un mostrador.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el chaval al tiempo que se apresura a sujetarme para que no me vaya al suelo.

Dejo la cesta en cualquier parte y me dirijo hacia la salida.

—¡Eh! —me llama Pete al tiempo que echa a andar hacia mí—. ¡Eh, se deja sus compras!

El aparcamiento está casi desierto, los carteles luminosos con letras de neón proyectan sombras algo fantasmagóricas sobre el asfalto reluciente. Una mujer camina hacia la puerta de la tienda empujando una hilera de carritos —por lo menos veinte— que me hace pensar en una larga serpiente roja cascabeleando a su paso. Un coche lleno de adolescentes pasa a toda velocidad y toma la curva justo a tiempo para evitar chocar con la serpiente; la mujer sacude la cabeza y lanza un improperio, el conductor vocifera un insulto a modo de respuesta y por las ventanillas abiertas del vehículo se escapan unos compases fugaces de música: la canción de Wilco otra vez.

Capítulo 12

Hace ya varios años fui a Nueva York con una amiga a celebrar que ella cumplía los treinta. Por aquel entonces, un chico que yo conocía de la universidad, alguien a quien en otro tiempo amé profundamente, vivía allí; llevábamos muchos años sin hablar pero me había acordado a menudo de él, y aunque no tenía su dirección y su teléfono no aparecía en la guía, eso no impidió que lo fuera buscando por todas las esquinas: en el delicatessen Dean en el ballet que fuimos a ver al Lincoln Center; entre los parterres del Shakespeare Garden, en el tren C que lleva a la parte alta de la ciudad…

En dos ocasiones me pareció verlo a lo lejos, pero al acercarme resultó que era otra persona. Empecé a preguntarme si lo reconocería después de diez años. ¿Y si había engordado o se había cortado el pelo o ahora le daba por ir trajeado? ¿Era una tontería por mi parte pensar que me daría cuenta de que era él con sólo mirarle a la cara, por el arco de las cejas o cierto gesto típico suyo? ¿Estaba buscándolo a él o a la persona que era diez años atrás? Comencé a plantearme si no me habría tropezado ya con el sujeto en cuestión sin darme cuenta, si no me habría sentado a la mesa de al lado en un restaurante o si nuestros codos no se habrían rozado al cruzarnos por la calle.

Ahora es Emma la que está por todas partes, cada vez que doblo una esquina, siempre que abro la puerta del apartamento, cuando voy al banco… La busco por los parques y las áreas de juego para niños, los restaurantes y los cines; recorro los moteles destartalados de la zona de Tenderloin y los hoteles de cuatro estrellas de Union Square, las caóticas tiendas del barrio chino, los cafés de moda en North Beach… Ninguna niña de la altura aproximada de Emma se libra de ser blanco de mi curiosidad y foco de mis esperanzas. Recorro las colinas de Noe Valley, arriba y abajo, escudriñando las caras de los niños que pasan en bicicleta. Voy a todas las clínicas de la ciudad y clavo la mirada en los rostros cabizbajos bañados por la deslumbrante luz de neón de las salas de espera. Voy a pie por las colinas hasta Oakland.

La mañana del décimo día de la desaparición me acerco en coche al cabo de Point Reyes, subo a la parte más alta del faro y recorro con los prismáticos las playas circundantes y el mar. Luego emprendo el descenso, observando las paredes de la torre en busca de una manita o un pie asomando por una grieta de los inmensos muros. El día 11 peino las lavanderías de autoservicio y las hamburgueserías de Richmond, y las abarrotadas calles residenciales de Sunset. Esa noche me paso diez horas en tranvía y trolebús yendo de un extremo a otro de la ciudad como una loca y con un montón de monedas de veinticinco céntimos tintineando en el bolsillo. El tren rápido que da servicio a toda la bahía lo dejo para el día 12. El día 13 lo dedico al tren que recorre todo el Estado.

El día 14 voy en tranvía de cable a los muelles de Fisherman’s Wharf, me abro

paso entre los turistas que compran postales y tofes hechos con agua salada hasta llegar a un café: pido una ración de cangrejo y me siento a ver pasar a la gente. Los rostros de los desconocidos adquieren expresiones asesinas. Veo a un hombre saliendo de una tienda de souvenirs: tendrá unos cincuenta años, pálido, con vaqueros y un jersey bonito y, debajo del brazo, lleva un paquete envuelto delicadamente en papel de seda blanco. Incluso mientras lo sigo, sé de sobra que aquello no tiene sentido, que hay una probabilidad entre veinte millones de que ese hombre sea un secuestrador. Sé que me estoy comportando de un modo irracional pero no puedo evitarlo. Camino a corta distancia pero no lo suficientemente cerca como para llamar la atención. Lo sigo hasta la plaza Ghirardelli, a una pastelería donde pide una taza de café y una porción de bizcocho de limón, y luego bajando por el Muelle 39 donde se sienta en un banco a leer el *Chronicle*. Por fin llega un ferry de Sausalito y los pasajeros desembarcan; una atractiva italiana con un curioso sombrero rojo se abre paso hacia él entre la multitud: se abrazan y él le entrega el regalo. Yo me alejo sintiéndome perdida y completamente estúpida.

El día 15 vago por la zona de Embarcadero, subiendo por Stockton y doblando luego a la izquierda en Montgomery para emprender el ascenso por unas escaleras estrechas dejando a mi paso coquetos bloques de apartamentos con las puertas entreabiertas hasta llegar a la cima de la colina Telegraph, donde está la Torre Coit en pleno parque Pioneer. En el interior de la torre doy una vuelta completa por la planta baja con esos murales inmensos de formas redondeadas y colores brillantes: mujeres recogiendo calas, hombres de anchas espaldas bebiendo cerveza en bares impolutos… Subo por la escalera de caracol hasta arriba del todo y contemplo las calles que descienden hacia la bahía, el Golden Gate y la isla de Alcatraz. Desde aquí, el mar parece tranquilo y hasta agradable, en absoluto peligroso.

Afuera me encuentro con el carrito de un vendedor ambulante de bebidas, pido una Coca-Cola y un perrito caliente, pago y le entrego una octavilla al tiempo que le explico:

—He perdido a mi niña.

Él se pone las gafas que lleva en la cabeza y sostiene la fotografía en alto.

—La he visto en televisión —me responde—. Lo siento mucho, de verdad que lo siento. —Hace un gesto con la mano en dirección al montón de octavillas que llevo —. ¿Tiene unas cuantas más? No me cuesta nada repartirlas a la gente; con la de perritos calientes que vendo, hablo con muchas personas al cabo del día.

El día 16 alquilo una bicicleta cerca del parque del Presidio y voy pedaleando hasta China Beach y el fuerte Point, paso el Golden Gate y sigo hacia el imponente paisaje de Headlands. Me quedo a pasar la noche en el albergue juvenil situado sobre los acantilados y el mar embravecido. Doy vueltas por los pasillos. Durante el desayuno —huevos y tostadas de pan fermentado—, enseño la fotografía de Emma a un puñado de mochileros que me escuchan respetuosamente y prometen mantener los ojos bien abiertos, pero luego vuelven a sus animadas conversaciones sobre comprar

hachís barato en Phuket y pillarte una disentería en Bombay.

Día 17: cerca de la plaza Alamo merodeo discretamente por bares en penumbra que apestan a porro, visito las tiendas donde hacen tatuajes y las de toda clase de artículos relacionados con la marihuana, y por fin subo camino de Upper Haight donde pego la foto de Emma en tiendas caras y se la enseño a un grupo de turistas apiñados frente a la casa de los Grateful Dead en Ashbury; después deambulo por los amplios pasillos de la tienda de discos Amoeba Records donde Jake y yo solíamos ir a relajarnos curioseando y también entrego octavillas al montón de clientes «a la última» que hacen cola para pagar. En Colé Valley pregunto a una florista y a una camarera, me recorro la terraza del café Reverie y también hablo con el encargado de la ferretería Colé, a quien le llevo comprando desde hace diez años el diminuto árbol de Navidad. Dondequiera que vaya doy mi número de teléfono indiscriminadamente, animando a completos desconocidos a que me llamen si ven algo. Todo el mundo tiene lo mismo que ofrecer: compasión pero no respuestas.

El día 18 recorro los callejones tranquilos de Chinatown dando la impresión de estar totalmente fuera de lugar en medio de un mar de rostros de ojos rasgados. Ancianos que pasean sin prisas con las manos entrelazadas a la espalda se detienen y me miran. En la calle Waverly se oye el repiqueteo de los dados tras las puertas cerradas a cal y canto de una casa de juego. Me convierto en turista en mi propia ciudad, en observadora de barrios, escrutadora de caras, espía. San Francisco, que siempre me ha parecido tan pequeño, ahora se me hace descomunal, una vasta topografía de cosas irrelevantes, todas confabulando para ocultarme la verdad. No tengo la menor idea de lo que busco, ni la más diminuta pista de por dónde empezar a buscar, en qué calle, qué día y a qué hora. Emma está por todas partes y no está por ningún sitio.

Mientras tanto, Jake cada vez se aleja más. La mayor parte de las noches duermo en su casa, insiste en que me quede allí mientras él se marcha en el coche a dar vueltas, a buscar: «Alguien tiene que estar aquí, por si acaso», dice. ¿Por si acaso qué? Es como si una parte de él creyera que Emma aparecerá por la puerta un día de éstos.

Vuelve de las batidas nocturnas con la ropa sucia, el pelo revuelto, los cristales de las gafas manchados: la transformación ha sido tan rápida, tan completa, que si se compararan dos fotos suyas —una de hace tres semanas y otra de ahora— parecería que son de distintas personas. Sé que se está esforzando por no odiarme, que intenta no echarme la culpa, pero a veces lo sorprendo mirándome fijamente —desde el otro lado de la mesa por las mañanas, cuando estamos tomando el café y planeando la búsqueda del día; o por la noche, cuando sale del baño con el cuerpo aún envuelto en el vapor de la ducha—, y lo que leo en su rostro no se parece en nada a la expresión de un hombre que ha encontrado a la mujer con la que quiere casarse. Es una mirada de desconcierto, de ira. Sé que cambiaría de buen grado todos los meses que hemos pasado juntos, todos nuestros planes, por un solo segundo más con Emma; y me

sorprende darme cuenta de que yo también haría lo mismo.

Capítulo 13

Un Chevelle naranja: pintura nueva y neumáticos gastados; ventanillas medio bajadas; la Virgen María balanceándose en el retrovisor. En el asiento del conductor había un hombre de cabellos grises, barba crecida y camisa azul leyendo el periódico; vi el titular de reojo cuando pasamos por su lado: «Tensión creciente en las relaciones con China».

—Mira —exclamó Emma señalando con el dedo un regimiento de hormigas que cruzaban el asfalto llevando a cuestas un cangrejo muerto; fascinada, se agachó para ver de cerca la procesión—. ¿Dónde se lo llevan?

—A casa.

—¡Ah! —se maravilló—, lo van a cuidar.

—Eso es —contesté yo maravillándome de su enternecedora inocencia, y entonces hizo algo inesperado: alzó su pala roja de plástico y golpeó el cangrejo con fuerza aplastándole el caparazón.

Las hormigas se quedaron inmóviles.

Luego alzó la vista hacia mí muy satisfecha.

—¡Las he matado!

—Pues sí.

Pero entonces el caparazón comenzó a moverse de nuevo: esta vez lo que alzó Emma fue el pie y aplastó tanto al cangrejo como a las hormigas.

—¡Hala! —sentenció al tiempo que balanceaba en la mano el cubo amarillo.

Seguimos caminando por el aparcamiento hacia la playa. Miré con el rabillo del ojo al hombre del Chevelle: allí seguía, tomándose el café y leyendo el periódico. Sobre el salpicadero del coche había una figurita de una bailarina hawaiana a la que iba dando golpecitos con el dedo para que se bamboleara adelante y atrás mientras leía.

Tengo la impresión de que cada día que pasa me acuerdo un poco mejor de la cara de aquel hombre, de algún otro pequeño detalle sobre el coche: un rasponazo en el capó, una franja amarilla pintada a los lados… Pero cuanto más claros se hacen los detalles, más me asaltan las dudas sobre mi propia memoria. La memoria, por lo visto, se hace más impresionista a medida que pasa el tiempo: se supone que los contornos se vuelven borrosos, los colores se atenúan, las formas se funden. Pero en realidad es al revés y lo que empieza como impresionismo acaba por convertirse en una fotografía en primer plano, cada vez más cercano hasta adquirir una concreción alarmante, y ¿cuántos de esos detalles son reales y cuántos fruto de la imaginación?

Durante mi primer año en la Universidad de Tennessee asistí a un curso obligatorio sobre técnicas de estudio: la primera mitad de la clase estaba dedicada a la memoria y se me ha olvidado casi todo lo que nos contaron, pero algo que sí recuerdo es la relación que existe entre el espacio físico y la memoria. Por ejemplo, un alumno que se sienta todos los días en el mismo sitio retendrá la información mejor que el

que cada día se pone en uno diferente; si uno no se acuerda del orden específico de ciertos acontecimientos, por lo general ayuda volver al lugar donde se produjeron porque, al ver de nuevo la disposición del espacio y los detalles del entorno, la memoria temporal podría activarse. Y, si se te ha perdido algo, lo mejor que puedes hacer es volver sobre tus propios pasos hasta el último lugar donde te acuerdas de haber tenido todavía en tu poder el objeto en cuestión.

Con todas esas cosas en mente, todos los días voy en peregrinaje a Ocean Beach. Emma desapareció a las 10.37; yo vuelvo cada día de 10.00 a 11.10 para dejar media hora de margen en ambos sentidos. No es sólo mi propia memoria lo que espero recuperar mientras recorro de nuevo el camino que seguimos un día tras otro, sino que también estoy buscando el Chevelle naranja, la furgoneta amarilla, la moto, la camioneta de correos, a cualquiera que pudiese haber visto a Emma ese día. Estoy buscando pistas.

Encuentro muchas cosas en esta fría y larga extensión de arena gris, pero nunca lo que busco. En la intersección del bulevar Sloat y la Greath Highway, en la mezcla de cemento y piedra del espigón medio derruido, me encuentro un fragmento irregular con una inscripción borrosa: sólo consigo descifrar las palabras «en memoria» y «fallecido en 187…» (el último número no se lee).

Me acuerdo de un dato sobre la historia de la ciudad que me contó Jake al poco de empezar a salir: a principios del siglo XIX, Ocean Beach era la última frontera de una inmensa zona de dunas costeras que se extendía varios kilómetros hacia el interior conocida como Outside Lands, los territorios exteriores, y era propiedad de México. No fue hasta 1848 cuando el gobierno estadounidense se anexionó los Outside Lands y tuvieron que pasar casi veinte años más hasta que formaron parte de la ciudad. Aun así, para los habitantes de San Francisco aquella playa remota de densa niebla y dunas inhóspitas era como otro mundo y, durante lo que quedaba de siglo, en los Outside Lands no hubo nada más que tabernas y cementerios.

Después, una ley de 1901 prohibió los enterramientos dentro de los límites de la ciudad y los cementerios quedaron abandonados. Para 1950 se habían cerrado por completo todos y la mayoría de los cuerpos se trasladaron al sur, a Colma. El Cementerio Municipal —para indigentes y minorías— se demolió en 1909 y una vez retiradas todas las tumbas sin identificar se aprovecharon las lápidas: en el parque Buena Vista te encuentras a cada paso con palabras y fechas grabadas en los desagües de piedra y hay fotos de Ocean Beach en las que se ven las colinas de arena cubiertas de lápidas descartadas junto a un espigón en obras.

En 1912 comenzaron a construir el campo de golf de Lincoln Park encima del Cementerio Municipal. Jake y yo hemos jugado allí unas cuantas veces y llevábamos a Emma con nosotros; le encantaba el largo paseo por las verdes colinas, las vistas increíbles: desde la calle Diecisiete veíamos el Golden Gate y la entrada de la bahía. Me he preguntado en más de una ocasión si los golfistas sabrían lo que había bajo sus pies. En 1993, durante el transcurso de un proyecto de renovación, aparecieron

trescientos cadáveres junto con toda una serie de objetos con los que habían sido enterrados: rosarios, dentaduras y vaqueros Levi’s. El descubrimiento llevó a las autoridades locales a investigar qué había ocurrido con los once mil cuerpos enterrados en su día en el Cementerio Municipal que no habían podido identificarse en Colma una vez realizado el traslado: no aparecieron por ninguna parte, simplemente se diría que fue como si los hubieran dejado atrás.

Capítulo 14

La lente de la Holga es exactamente lo opuesto a lo que debería ser una óptica con lente de calidad. Está fabricada con un plástico barato, que a menudo recibe distorsiones. El resultado es por ello totalmente impredecible, un foco suave que según la situación ambiental se comporta de uno u otro modo.

SOCIEDAD LOMOGRÁFICA

Ahora no consigo recordar si Emma iba corriendo o saltando; trato de recrear el momento en mi cabeza, el momento en que se alejó de mí: ¿se estaba riendo?, ¿por qué no le pedí que fuera más despacio? Sabía que iba demasiado deprisa, a demasiada distancia de mí; sabía que la imagen saldría borrosa y, sin embargo, apreté el disparador sin pensar, como si no fuera más que una instantánea, prescindible. ¿Cómo habría podido yo saber que sería mi última foto de ella?

Ahora, por muchas veces que positive la tercera foto del rollo de Ocean Beach, por más que experimente con el foco y el tiempo de exposición, sobrexponiendo y subexponiendo para ajustar la luz y el contraste, la copia sale gris y se nota mucho el grano, siempre es imprecisa. En primer plano, la cría de foca: el pelaje blanco con motas negras salpicado de arena, las vértebras de la columna. Emma a lo lejos. La película en blanco y negro y el efecto de suavidad que produce en las imágenes la luz brumosa dan un toque misterioso, onírico.

Cada foto es un único instante, aparentemente completo, pero falta el contexto: la respiración contenida, la absoluta quietud, el hecho de que la cría de foca estuviera muerta; lo que falta es el secuestro, que ocurrió más allá de mi campo de visión.

En los días siguientes a la desaparición de Emma dejé volar la imaginación y ésta me llevó a cientos de sitios horribles. Por ejemplo, la vi atrapada en las fauces de una ola gigantesca, dando vueltas y más vueltas en medio de la oscuridad con el agua salada entrándole en los pulmones; me imaginé la horrible sensación de pánico que habría sentido mientras el agua la arrastraba hacia el fondo. Pero eso no es lo que ha ocurrido. Jake y yo la hemos llevado a la playa docenas de veces y nunca se ha acercado al agua, ni siquiera para meter un dedo. Lo que dice Jake sobre Ocean Beach es verdad —las olas son salvajes e imprevisibles—, pero aun así, para ahogarse, Emma tendría que haberse acercado mucho a la orilla. Y sencillamente no lo haría.

Capítulo 15

Es el día 20, once de la noche, y estoy otra vez al teléfono con Annabel.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—En los estanques de pesca del Golden Gate Park.

—Pero ¿te has vuelto loca? —me riñe—. Es peligroso.

—Tengo spray antivioladores.

—Pero ¿qué haces ahí?

—La policía dice que han buscado hasta en el último rincón del parque, pero eso es imposible, es demasiado grande.

Una vez, Emma, Jake y yo fuimos a los estanques un sábado, a una clase de pesca con mosca: es una de las cosas que hace que Jake sea tan buen padre, que se empeña en que Emma esté constantemente aprendiendo cosas nuevas. Ese día el agua de los tres inmensos estanques de cemento brillaba iluminada por el sol que se colaba por las copas de las coníferas; hoy en cambio está envuelta en bruma. Me acuerdo de como Emma, de pie a varios pasos de distancia del borde, me agarró la mano con fuerza y me preguntó: «¿Cubre mucho?».

Mi voz suena extraña en medio del silencio de este lugar. No le digo nada a Annabel sobre la inmensa trampilla que hay a un lado del estanque, de cómo he intentado levantar la pesada tapa y me ha sorprendido encontrarme con que no estaba cerrada con llave, de que la he levantado, he apuntado con la linterna hacia la oscuridad del interior y, con mucho cuidado, he ido bajando por los resbaladizos peldaños. No le cuento que ayer por la noche, mientras estaba tumbada en la cama sin pegar ojo, pensé en los estanques y la trampilla, y me imaginé a Emma acurrucada allí abajo, a oscuras y temblando de frío, prisionera de algún psicópata.

La he llamado mientras bajaba oyendo el eco de mi voz reverberar en las paredes. He llegado al fondo y no he encontrado nada.

Ahora tengo en la mano una diminuta mosca de pesca de madera pintada de color púrpura iridiscente, con plumas blancas y un pelo extrañamente lustroso. Sintiendo el leve peso en mi mano, desvío la mirada hacia los estanques envueltos en sombras. ¿Sería posible esconder un cuerpo aquí?

—Quiero que vuelvas al coche ahora mismo —me ordena Annabel—. No pienso colgar hasta que no sepa que estás en un lugar seguro.

Paso por delante del pabellón de piedra y avanzo por los senderos jalonados de lavanda y romero; a lo lejos, veo la cúpula cobriza del museo Young por encima de las copas de los árboles lanzando destellos sorprendentes a la luz de la luna. Me meto en el coche y cierro la puerta.

—¿Has puesto el seguro del pestillo? —me pregunta Annabel.

—Suenas igual que mamá.

Mi hermana lanza un suspiro.

—¡De verdad que a veces me asustas!

Arranco el coche y voy para casa. Antes me encantaba conducir por el parque de noche: en la oscuridad, parecía menos un oasis urbano y más una selva en los últimos confines del mundo; ahora me parece un escondrijo de marginados y asesinos.

—Por cierto —continúa Annabel—, estaba pensando… ¿Te acuerdas de Sarah Callahan?

—¡Claro! Me había olvidado por completo, pero cuando pasó todo esto me vino a la mente de inmediato.

—Yo pienso en ella constantemente —reconoce mi hermana—, ¿alguna vez te he contado que solía dejar que le copiara en los exámenes de matemáticas? Lo hacía sólo porque quería desesperadamente una amiga. Un par de semanas antes de que desapareciera me invitó al cine para celebrar su cumpleaños y yo me inventé una excusa para no ir.

Pese a que yo rara vez había hablado con Sarah, me acordaba de su cara. Fuimos a un colegio privado de chicas bastante pequeño y todo el mundo se conocía. Los grupos eran poco menos que blindados y no te podías salir del tuyo; lo que diferenciaba a Sarah del resto era que ella no pertenecía a ninguno. Hasta donde yo sé, no tenía a nadie.

—Recuerdo que se traía la comida en una tartera roja que dentro tenía otras tarteras más pequeñas —rememora Annabel—. Todos los días extendía aquellas cajitas de plástico en el suelo (la del sandwich, la de las patatas fritas, la de las galletas) y comía un poco de cada una por turno hasta que se lo terminaba todo. Y no bebía nada hasta que no quedaba ni una miga.

Un martes, al principio del segundo semestre, el director vino a clase y nos preguntó si alguien había visto o hablado con Sarah en los últimos días. Nadie respondió. «Haced memoria —insistió el director, pero seguía sin haber respuesta—. Está bien —se rindió al fin con voz sombría—, podéis continuar con la clase».

Esa tarde, el director recorrió todas las aulas haciendo la misma pregunta y recibiendo la misma respuesta, o más bien falta de respuesta. Al final del día ya circulaba el rumor de que el señor y la señora Callahan habían visto a Sarah por última vez el lunes por la mañana antes de marcharse a sus respectivos trabajos. El lunes por la noche, los Callahan volvieron tarde a casa de una cena y Sarah no estaba.

El conductor del autobús dijo que no había aparecido en la parada esa mañana. El martes por la tarde vino la policía al colegio junto con los padres de Sarah y estuvieron haciendo preguntas. No me acuerdo demasiado de los padres, sólo de que el padre parecía distraído y la madre llevaba una gruesa bufanda azul pese a que hacía calor. Todas las chicas tenían su propia teoría sobre lo que había pasado: tal vez a Sarah la había raptado un asesino en serie; quizá se había escapado de casa con un chico mayor, alguien de veintitantos años que era su amante; o podía ser que estuviera en un bus camino de Nueva York donde acabaría cayendo en la prostitución o se convertiría en una estrella de Broadway. Incluso era posible que los padres supieran algo pero lo estuviesen ocultando.

Durante los días que siguieron a su desaparición, Sarah fue inusitadamente popular pero, al cabo de unas cuantas semanas, ya había pasado la novedad: los profesores dejaron de mencionarla y las alumnas, con el tiempo, más bien se olvidaron. En abril encontraron su cuerpo entre unos robles en el parque Blakeley State, con la cuerda que había servido para estrangularla todavía alrededor del cuello. Estaba desnuda de cintura para abajo. El hombre que la mató había dejado muchas pistas y lo arrestaron enseguida. Cuando descubrieron el cadáver, ni un sólo profesor hizo la más mínima mención, tal vez porque pensaron que era mejor que su muerte pasara lo más inadvertida posible. Fue como si nunca hubiera existido.

—Siempre me he preguntado si yo habría podido hacer algo por ella —se sincera Annabel ahora—. Me acuerdo de un policía que salió en televisión un par de días después de que desapareciera: dijo que cada día que transcurría se reducían drásticamente las probabilidades de encontrarla con vida. Para cuando había pasado un mes fue como si la policía también se hubiera rendido, pero el tipo que detuvieron contó que la había mantenido con vida durante siete semanas. La deberíamos haber buscado todos.

Si Sarah hubiera sido una chica popular, lo más seguro es que en el colegio se hubiesen unido esfuerzos para buscarla, nos habríamos reunido en el aparcamiento del supermercado Delchamps con varios padres preocupados haciendo de organizadores y habríamos hecho batidas en grupos por toda la ciudad, entregando octavillas puerta por puerta; habríamos celebrado vigilias con velas, habríamos llorado por ella. Pero, en vez de eso, Sarah se borró de la memoria colectiva en un abrir y cerrar de ojos sumiéndose en una oscuridad aún más profunda de la que la rodeaba cuando estaba viva.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —indago yo.

—Para que no cometas el mismo error.

—La policía cada vez se inclina más hacia la teoría de que Emma se ha ahogado; hasta Jake está empezando a considerar la posibilidad.

—Tienes que fiarte de tu instinto, ¡a la mierda lo que digan los demás!

Se oye la voz de un niño en la habitación al otro lado de la línea.

—Alex, cariño —dice Annabel—, ¿qué haces levantado?

—Debe de ser tarde ahí —comento.

—Dale las buenas noches a tía Abby.

—Buenas noches, Abby —me desea un Alex adormilado.

—Buenas noches.

Y entonces, como si se hubiera acordado de repente, mi sobrino añade:

—¿Cuándo voy a conocer a Emma?

—Pronto —le contesto tragando saliva.

Annabel vuelve a ponerse al teléfono.

—¿No se lo has contado? —le pregunto.

—Confío en que no será necesario —me responde—, confío en que, si espero lo

suficiente, todo esto terminará.

—Yo también.

—Te llamo mañana —se despide.

Capítulo 16

La tarde del día 23 echo a andar y me presento en casa de Jake sin avisar. Reina un silencio extraño que sólo interrumpe el pitido de la tetera en la cocina. Voy hasta allí y apago el fuego.

—¿Jake?

Nada.

Subo al piso de arriba y estoy de pie en el pasillo cuando oigo apenas una voz, no una voz de alguien que conversa sino algo mucho más leve, un canto monótono. Miro a través de la puerta entreabierta hacia la penumbra que envuelve la habitación de Jake: está de rodillas junto a la cama, de espaldas a mí, moviendo los codos ligeramente. El suelo de madera cruje un poco bajo mis pies y se da la vuelta, sorprendido. Ha estado llorando y sostiene un rosario en la mano.

—¡Ay, perdona! —me disculpo.

Asiente con la cabeza y me mira a los ojos un instante, luego vuelve la cabeza y reanuda sus letanías. Cierro la puerta y me quedo de pie en el pasillo otra vez con la espalda apoyada en la pared, desconcertada por la solemnidad del momento. En todo el tiempo que lo conozco, nunca ha sido un hombre religioso: lo educaron en la fe católica pero dejó de ir a misa cuando era un adolescente y empezó a interesarse en serio por la filosofía.

Me acuerdo de las iglesias de baptistas sureños de mi infancia, del zumbido grave de la voz del predicador durante la invitación: «Jesús te está llamando, ¿a qué esperas?», decía mientras a sus espaldas el coro ataviado con largas túnicas blancas se balanceaba ligeramente mientras cantaba *Ven tal como eres*. Puedo oler el perfume dulzón de mi madre, sentir la ligera presión de su mano sobre mi espalda. Yo estaba convencida de que el predicador, allí de pie en los escalones frente al púlpito, me estaba mirando directamente a los ojos, esperando.

Sabía exactamente lo que mi madre quería: que me levantara del banco y echara a andar por el pasillo hasta el altar; quería que tomara la mano del pastor, que llorase cuando él me rodeara los hombros con el brazo al tiempo que me guiaba hacia la salvación. «Si fuera capaz de hacerlo, si fuera capaz de ponerme allí de pie delante de toda la congregación y pronunciar la profesión de fe, entonces me querría del todo». Pero, por más que deseara oír la llamada de Dios, no podía; así que me quedaba allí sin moverme, una semana tras otra, año tras año, escuchando las suaves voces del coro, oliendo el perfume de mi madre, notando su mano en mi espalda, pero no iba. Esperaba que el Espíritu Santo me susurrara al oído y cuanto más tiempo pasaba sin oír nada, más segura estaba que nunca lo oiría.

Ahora, de pie junto a la puerta de la habitación de Jalee mientras él reza y llora a los pies de la cama donde tan a menudo me ha hecho el amor, siento ese familiar y viejo anhelo, el deseo de sentir que la misteriosa mano de Dios me toca en lo más profundo. No. Lo que deseo no es tanto Dios sino el sentimiento de comunión que

implica tener fe, una comunión no con un poder superior sino con el hombre que quiero.

A lo largo de toda mi infancia, esa incapacidad mía para oír la voz de Dios hizo que me separara de mis padres, fue como si se erigiera entre nosotros un alto muro imposible de escalar. Hasta Annabel pasó una época, antes de los años rebeldes, en que sí que iba hasta el altar y tomaba la mano del predicador, lloraba y rezaba, y se decretó que estaba salvada. Fueran cuales fueran las grietas que se abriesen luego en su relación con mis padres —y hubo muchas—, yo sabía que siempre la considerarían la hija que había aceptado la salvación, la hija para la que había esperanza; mientras que yo siempre sería una criatura extraña que no alcanzaban a comprender.

Al día siguiente, Jake me convence para ir a misa: es el último sitio donde quiero ir, pero ahora mismo no tengo derecho a negarle nada.

En una iglesia cavernosa a unas cuantas manzanas de Ocean Beach nos arrodillamos y nos ponemos de pie mientras un hombre vestido con una especie de túnica larga que le llega hasta los pies habla en voz baja. Cuando llega el momento de comulgar, Jake me agarra por el codo incitándome a ir; lo sigo por el pasillo y espero mi turno en fila. Jake se arrodilla ante el sacerdote, se persigna y abre la boca para recibir la oblea en la lengua. La iglesia está fría, el órgano suena demasiado alto. Miro a Jake, la piel pálida de su nuca, el contraste de ésta con los oscuros y suaves cabellos algo largos por la parte de atrás, y me doy cuenta de que ya no le conozco.

Cuando llega mi turno me arrodillo, hago la señal de la cruz sintiéndome un tanto incómoda, abro la boca ante la mano de un desconocido y noto el sabor salado de su dedo cuando deposita la oblea seca e insípida en mi boca; la áspera moqueta se me clava un poco en las rodillas. Al alzar la vista hacia los inexpresivos ojos del sacerdote tengo la sensación de estar cometiendo una grave ofensa, sigo a Jake hasta donde se encuentra otro sacerdote que limpia con un paño el borde de un pesado cáliz de plata y luego me lo acerca a los labios. El sonido lastimero del órgano no cesa.

Después, ya en el coche, Jake me dice:

—Siento que la estoy recuperando.

—¿La…?

—La fe.

—¿Estás seguro de que no estás simplemente aferrándote a algo que te ayude a sobrellevar la situación?

—Puede, pero eso no significa que no sea real.

Llegamos a un semáforo en rojo; una mujer cruza con tres niños pegados a sus talones: uno de ellos, una niñita, nos mira y sonríe. Durante una fracción de segundo sus cabellos claros se vuelven negros, el rostro se vuelve familiar y le estoy sonriendo, no a una niña desconocida sino a Emma. Luego la ilusión se desvanece en un instante.

—Tienes que haber sentido algo —me dice Jake mirándome esperanzado.

—No.

—Tampoco pasa de la noche a la mañana, ven conmigo a misa otra vez la semana que viene.

—Es una pérdida de tiempo.

—Sólo es una hora.

Cambia el semáforo y arrancamos lentamente. Abro la guantera y la vuelvo a cerrar, sólo para hacer algo.

—No puedo fingir que creo en algo que no significa nada para mí.

Jake pone el intermitente y giramos a la izquierda en la calle Lawton.

—No podemos pasar por esto solos.

—No estamos solos —argumento yo—, nos tenemos el uno al otro. ¿Qué ha sido de tu saludable agnosticismo? ¿Qué hay de la filosofía?

Lanza un suspiro.

—Reconozco que es un poco raro, no pienses que no he tenido serias dudas, pero debo encontrar la manera de que tenga sentido.

—Igual no hay manera de que tenga sentido. El hecho es que hay gente horrible suelta por el mundo y una de esas personas tiene a Emma y a nosotros nos toca encontrarla.

Para el coche en la entrada, se abre la puerta del garaje y luego rechina al cerrarse a nuestras espaldas. Nos quedamos sentados en el coche en medio de la oscuridad; él posa las manos sobre su regazo y alza la vista al techo.

—Es muy pequeña. Una ola podría habérsela llevado, eso explicaría que no vieras a nadie en la playa, que no oyeras nada.

—Hay otras explicaciones posibles.

—Pero la policía cree que…

—¡No me importa lo que crea la policía! —Trato de controlarme y no alzar la voz —. ¡No es su hija!

—Tampoco es hija tuya.

Abre la puerta del coche, sale y se mete en casa.

Sigo allí una media hora, o quizá más, envuelta en el olor a gasolina quemada y periódicos viejos apilados en el cubo de reciclaje. Los segundos van pasando en mi cabeza, el círculo de posibilidades se expande al tiempo que algún coche imaginario se la lleva cada vez más lejos de nosotros.

Al cabo de un rato, cuando ya nos hemos acostado, Jake no para de moverse y me despierta. Lo rodeo con un brazo y me doy cuenta de que está empapado de sudor, retiro un poco la sábana para destaparle los hombros y entonces se despierta.

—Estás sudando a mares.

Parpadea y se pasa la mano por el pelo: durante un instante me mira y juro que da la impresión de que ni me reconoce.

—No encuentro la postura —se disculpa—, me voy a dormir abajo.

—No, si alguien tiene que dormir en el sofá ésa soy yo.

—No, de verdad, ya voy yo. Sólo por esta noche; tú vuelve a dormirte.

Sale con la almohada apretada contra el pecho y una manta que saca del armario, y baja las escaleras. Lo oigo encender la luz y acomodarse en el sofá. Y luego el sonido amortiguado del televisor.

Cuando bajo a las seis de la mañana ya se ha ido. Sé que está deambulando por las calles, como hace todas las mañanas, mirando las ventanas de casas, apartamentos y coches aparcados, buscando. Yo no tardaré mucho en salir en otra dirección a hacer lo mismo.

Capítulo 17

Casi al final de mi primer semestre en la Universidad de Tennessee, mi madre me contó una historia: íbamos en el Chevrolet Impala con el remolque de alquiler lleno de libros, ropa, todo lo que con tantas esperanzas me había llevado para emprender mi nueva vida en la universidad. Mi madre se había presentado en mi apartamento el día anterior para anunciarme que me iba con ella a casa y que no volvería a la universidad hasta el otoño. Tuvimos una gran bronca. Me negué pero me recordó que no tenía ni dinero ni trabajo, es decir, no tenía forma de pagarme el alquiler.

Esto es lo que había pasado: se encontró un montón de fotos que me había hecho mi novio Ramón el año anterior. Cuando se tomaron esas fotos yo tenía dieciséis años y él veintisiete, y éstas eran un verdadero —y gráfico— testimonio de lo que hacíamos cuando estábamos juntos, así que, tras una larga charla con el pastor de jóvenes de la iglesia, mis padres decidieron que lo que me pasaba era que tenía un deseo sexual desmedido.

—Te hemos apuntado a un grupo —me informó mi madre cuando apareció en mi apartamento.

—¿Qué clase de grupo?

—Un grupo de terapia para adictos al sexo.

—¿Adictos al sexo? —le pregunté llena de incredulidad.

—Tu padre y yo hemos visto las fotos, Abby. Esas cosas no son normales.

—¿Cómo habéis tenido la desfachatez de mirarlas? ¡Son algo privado!

Yo estaba furiosa. No quería volver a ninguna faceta de la vida a la que me arrastraban de vuelta. Para entonces, Ramón ya no estaba, había muerto en un accidente de moto unos pocos meses atrás, y a mí se me hacía insoportable el mero hecho de imaginarme a mis padres fisgando entre lo poco que quedada de nuestra relación, examinándolo todo como si fueran las sórdidas pruebas de un crimen.

Para mediodía del día siguiente ya estábamos en la carretera. Fuimos haciendo camino bajo una de esas tormentas típicas del sur que se nos echaba encima intermitentemente: tan pronto llevábamos los limpiaparabrisas a tope y la carretera se volvía una masa borrosa llena de peligro, como emergíamos a la luz del sol en una carretera seca que avanzaba por entre interminables campos verdes. Ella no paraba de hablar y yo tenía la mirada fija en la inmensa extensión de pastos suavemente ondulados y fingía no oírla.

Cerca de Linden, en Alabama, se puso a llover con tanta fuerza que los limpiaparabrisas ya no servían de nada y mi madre aminoró cuanto pudo y salió de la autovía para parar un rato en un restaurante de carretera. Pedimos dos cafés y el favorito de mi madre, una porción de pastel de pacanas especialidad de la casa. No había nadie más excepto la mujer de detrás del mostrador y un camionero de aspecto tosco que llevaba tres cruces de oro en cada oreja. Fuimos hasta uno de los reservados y mi madre se sentó de frente a él para que no pudiera echarme la vista

encima.

El café estaba quemado y no había leche ni crema, sólo un poco de sucedáneo de crema no lácteo tan pasado que se había solidificado. Mientras estábamos allí sentadas, caladas y exhaustas, esperando a que amainara la tormenta, me puse a idear un plan para escapar. Cuando me había marchado a la universidad en el mes de agosto había tenido la sensación de que por fin las cosas comenzaban a ir bien, y entonces Ramón murió en septiembre y me dio la impresión de que —a excepción de Annabel— con él desaparecía lo único que todavía me ligaba a mi vida anterior. Sentada en aquel restaurante de carretera con mi madre, tuve la desesperante sensación de estar viajando marcha atrás en el tiempo.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a Gatlinburg? —preguntó mi madre mientras le quitaba el envoltorio al pastel de pacanas.

—No, ¿cuándo fue eso?

—Tú tenías diez años.

Había estado en Gatlinburg una vez con las *girl scouts* pero no me acordaba de haber ido con mi familia. Y sin embargo, mi madre estaba sonriendo al recordar y parecían habérsele suavizado las facciones, así que no reconocí no tener ningún recuerdo de aquello.

—Nos lo pasamos de maravilla —continuó ella—, viajamos toda la noche con vosotras dos dormidas en el asiento trasera y llegamos a Gatlinburg por la mañana, ¿te acuerdas? El hotel estaba justo al lado del río Little Pigeon. Fuimos en funicular hasta la cima de la montaña y nos hicimos una foto de esas que imitan a los retratos antiguos, luego bajamos esquiando y nos tomamos un chocolate caliente en un viejo vagón de tren que habían convertido en restaurante. El camarero os trajo una porción extra de tarta de manzana a cada una.

Sonaba todo tan agradable y hogareño que, poco a poco, fueron volviendo los recuerdos; mientras la lluvia batía los cristales y el camionero tarareaba suavemente para sus adentros sin despegar los labios, fui recomponiendo el puzle de la memoria con la ayuda de mi madre. Era la primera conversación civilizada que habíamos tenido en meses.

—El agua estaba helada —comenté al recordar que habíamos metido los pies en el río y que las inmensas rocas de la orilla estaban cubiertas de nieve.

—¿Te acuerdas que bajaste en trineo con tu padre?

Por supuesto que sí: yo me senté delante, él me rodeó con los brazos y bajamos a toda velocidad por la ladera con el viento golpeándonos la cara.

—Sí, y me comprasteis una muñeca india en una tienda de recuerdos —añadí recordando las trenzas tiesas y el vestido de piel decorado con cuentas, los ojos que parpadeaban y el olor a plástico.

Dejó de llover, mi madre se llevó a la boca el último trozo de pastel y volvimos al coche.

—Ahora conduzco yo —me ofrecí voluntaria y, para mi sorpresa, me dejó y creí

que tal vez a partir de entonces las cosas serían distintas entre nosotras.

Pensé que, al cabo de un par de días de estar de vuelta, podría convencerla para que se olvidara de esa tontería de la terapia para la adicción al sexo y me dejaría volver a la universidad, pero en cuanto nos incorporamos a la autovía se agarró al salpicadero con ambas manos y contuvo la respiración para por fin mascullar entre dientes:

—¡Mira por dónde vas!

Se había roto el hechizo.

Casi no hablamos durante el resto del viaje y a ella no se le olvidaron las razones por las que me había traído de vuelta a casa. Resultó que iba a pasarme los siguientes meses sentada en una habitación abarrotada en compañía de un orientador cristiano de aspecto baboso que se llamaba Sam Bungo y una docena de adictos al sexo. En defensa de mi madre he de decir que no podría haberse imaginado ni remotamente que mi educación sexual empezaría de verdad en las clases de Sam Bungo, que los alumnos se reunían los fines de semana en aparcamientos y moteles desvencijados. En realidad, hasta ese momento, mi deseo sexual había sido de lo más normal, nada de particular, y de repente comencé a pasar un montón de tiempo con aquella gente que tenía el sexo en la cabeza las veinticuatro horas del día. Era como obligar a un jugador de póquer aficionado a andar pegado a un puñado de profesionales de Las Vegas.

Al cabo de unos años de esa conversación en el restaurante de carretera, Annabel vino a verme a San Francisco durante las vacaciones de primavera. Una tarde salió el tema del viaje a Gatlinburg.

—¿Y yo dónde estaba? —preguntó mi hermana.

—¿Cómo que dónde estabas? ¡Con nosotros!

—Pero ¡si yo nunca he ido a Gatlinburg!

—Imposible, no nos habríamos ido de vacaciones sin ti.

—Voy a llamar a mamá para preguntarle —decidió Annabel—. Te juro que no me lo estoy inventando, yo no estaba.

Marcó el número de nuestra madre y puso el altavoz pero sin decirle que yo también la estaba oyendo.

—Mamá, ¿dónde estaba yo cuando hicisteis aquel viaje a Gatlinburg? —se interesó mi hermana.

—¿Qué viaje?

—Abby dice que cuando ella tenía diez años fuimos todos de vacaciones pero yo estoy segura de que nunca he estado en Gatlinburg.

Se hizo una larga pausa y luego mi madre dijo:

—¡Ah, eso! ¿Así que te lo ha mencionado? Bueno, pero dime qué tal te va en la universidad.

—Todo bien, no cambies de tema.

—Eso fue hace años, ya no me acuerdo bien.

—Mamá…, ¿por qué no fui yo?

Oía a mi madre masticar al otro lado de la línea, sonaba a palomitas; había estado muy delgada toda su vida pero el caso era que siempre que hablaba con ella por teléfono estaba comiendo. Por aquel entonces no sabíamos que el cáncer ya había empezado a avanzar, un pequeño manojo de células furiosas multiplicándose bajo su piel.

Mi madre dio un sorbo de algo y se puso a masticar el hielo.

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —le preguntó a Annabel, que me miró y sonrió al tiempo que yo subía el volumen del altavoz.

—Claro.

—Nunca fuimos a Gatlinburg.

—Pero Abby dice…

—Sí, ya lo sé. Prométeme que no se lo dirás, pero el hecho es que me lo inventé.

—¿Y por qué demonios hiciste una cosa así? —se indignó mi hermana.

—Quizá ya no te acuerdas, pero tu hermana tuvo una adolescencia muy difícil. Debía de creer poco menos que yo era «la pérfida Joan Crawford» y ella la hija adoptada que escribió *Queridísima mamá*, aquel libro poniéndola verde, y yo quería que por lo menos tuviera un buen recuerdo de su infancia.

—¿Así que le mentiste?

—Lo dices como si fuera algo gravísimo. Lo único que quería era darle un recuerdo bonito, sobre todo después del lío con aquel abusador de menores, Raúl.

Entonces fue cuando ya no me pude callar más.

—Ramón, mamá, se llamaba Ramón, y no era ningún abusador de menores sino mi novio.

—¡¿Qué estás haciendo tú ahí?! —se sorprendió mi madre—. ¡Me habéis engañado!

—No puede ser —me resistí yo—, me acuerdo del viejo vagón de tren convertido en restaurante y del río Little Pigeon y el funicular.

—Debes de estar pensando en el viaje que hiciste con las *girl scouts*.

Típico de mi madre emplear ese tono desdeñoso después de que la hubieran cazado en una mentira.

—Imposible, ¿cómo voy a estar mezclando los recuerdos?

—Bueno, la cuestión es que nunca fuimos a Gatlinburg, ésa es la verdad. Eso sí, no me dirás que la historia no era buena…

Más tarde Annabel y yo fuimos a tomar algo a Sadie’s y mi hermana estaba tan tranquila, pidiendo, un vodka Martini con una gota de limón como si tal cosa y haciéndole caídas de ojos a un tipo con pantalones de cuero.

—Si lo piensas, tiene su gracia —dijo—, ¿qué más cosas nos habrá contado que tampoco sean verdad?

Esa noche no pude dormir. Annabel se había ido a una fiesta con el de los pantalones de cuero y yo me quedé sola en mi estudio de Mission; el ruido de las

motos y la música rap se colaba por las rendijas de la ventana y allí estaba yo, boca arriba con los ojos como platos. Permanecí así mucho tiempo, recordando otros momentos que eran parte de mi propia versión de mi vida, cosas que veía con toda claridad en mi cabeza: pedalear en una bici verde por un barrio donde todas las casas estaban vacías; ir a por pacanas con Annabel en la casa de campo que tenían los abuelos en Alabama; mi padre enseñándome a llevar el timón en una excursión de toda la familia a la isla de Petit Bois… Me asaltó la duda de cuánto de todo eso sería verdad: sabía que debía tomarme el cuento de mi madre más a la ligera, que no debía verlo más que como una historia graciosa pero, en vez de eso, me sentía engañada. No podía confiar en mi madre y, peor aún, no podía confiar en mi memoria.

Tal vez ésa sea una de las razones por las que me atrae la fotografía, porque salvo si se han hecho retoques, lo que aparece en una foto estaba realmente allí cuando se tomó, es una versión de los hechos de la que te puedes fiar, incluso si no es más que la historia vista a través de los ojos de una persona. A pesar del inevitable componente de distorsión, pese a la diferencia entre lo que el ojo ve y lo que la cámara registra, una fotografía sigue siendo una prueba evidente, un registro histórico, un momento inmortalizado de modo que la veracidad física de la instantánea es más precisa que el recuerdo.

Ahora bien, los fotógrafos no están exentos de cometer errores: miro una y otra vez las fotos del último día en Ocean Beach; las últimas, las que hizo la pareja en el aparcamiento unos cuarenta y cinco minutos después de que Emma desapareciera, no revelan nada porque cuando les di la cámara se me olvidó mencionar que la Holga era un poco especial. La mayor parte de las cámaras están diseñadas para evitar las exposiciones múltiples, pero la Holga te deja apretar el disparador tantas veces como quieras sin tener que pasar la película: la furgoneta no aparece en las fotos, ni el Chevelle naranja, ni la camioneta de correos ni la moto; en vez de todo eso, hay unos contornos borrosos de coches y rostros de desconocidos superpuestos, y además todas las fotos tienen algo, bien un dedo asomando por una esquina, bien un mechón de pelo…

Capítulo 18

Una cosa es cierta y de ésta estoy segura: había una furgoneta Wolkswagen amarilla con la chapa oxidada en algunos sitios; en la parte de atrás había unas cortinillas azules de tela fina descorridas hacia un lado y una mujer estaba mirando por la ventana. Tenía el rostro muy bronceado y el pelo rubio y corto; saludó a Emma con la mano y la niña le devolvió el saludo. Algo en el gesto de la mujer —en el ángulo en que tenía ladeada la cabeza, la manera de alzar la barbilla cuando sonrió— me pareció familiar, me dio la impresión de que la había visto antes en otro lugar.

Estábamos en el aparcamiento que hay encima de la playa, hacía frío y las olas rompían contra la orilla con fuerza. La playa estaba prácticamente desierta, sólo había unas cuantas personas corriendo, gente paseando al perro, los vagabundos asentados en el lugar y una pareja de turistas enfundados en sendas camisetas naranja chillón que llevaban inscrito: «Superviviente de Alcatraz». Emma iba de mi mano y yo me sentía extraordinariamente bien, como si, a los treinta y dos años, la vida por fin acabara de comenzar para mí. Me encantaba el frío, el olor a mar, la niebla gris de aquella mañana de verano. Me encantaba aquella niña.

La puerta del copiloto de la furgoneta estaba abierta y había un hombre de pie, con un traje de neopreno azul marino puesto solamente hasta la cintura. No tenía vello en el pecho pero sí un tatuaje de una ola rompiendo que se curvaba justo por encima del pezón derecho. Estaba encerando la tabla que tenía apoyada contra el costado de la furgoneta. La tabla era de un color rojo desvaído y tenía un símbolo en el centro. Los bíceps del surfista se marcaban mientras aplicaba la cera describiendo círculos con la mano sobre la tabla. Era terriblemente guapo, por más que se notara a la legua que le habría venido bien un baño; tenía la piel morena, de un tono dorado profundo, y sus cabellos rubios estaban pidiendo a gritos que les pasaran un peine.

—¡Buenas días, señoritas! —nos saludó, y cuando sonrió se le hicieron tres hoyuelos, uno en cada mejilla y un tercero debajo del ojo izquierdo.

—Hola —respondí.

Le guiñó el ojo a Emma y ésta me miró como preguntando qué se suponía que debía hacer ya que sabía de sobra que no debía hablar con desconocidos. Le apreté fugazmente la mano para tranquilizarla.

—¡Eh! —lo saludó ella a su vez dedicándole una de esas sonrisas suyas, levantando ligeramente la boca hacia la derecha.

Y luego ya estábamos fuera del aparcamiento, en la playa. Todo ese intercambio duraría a lo sumo veinte segundos.

Se lo conté con pelos y señales al detective Sherburne en la comisaría la noche que desapareció Emma pero obvié el detalle de que, mientras Emma y yo bajábamos los peldaños en dirección a la playa, me imaginé cómo olería el pelo del surfista de cerca: a mar y a sol.

Sherburne asintió con la cabeza, manteniendo los brazos cruzados sobre su breve

torso; de vez en cuanto los descruzaba y garabateaba algo en un cuaderno de páginas amarillas.

—No es fácil encontrar un vehículo si no se tiene la matrícula —musitó.

—Era una furgoneta amarilla, oxidada, con cortinas azules en las ventanas. Había algo raro en esa pareja, no sabría decir el qué, y cuando volví al aparcamiento después de que Emma desapareciera la furgoneta ya no estaba.

—¿Y el Chevelle?

—Ni rastro, como tampoco estaban la camioneta de correos ni la moto.

Después de repetirlo por enésima vez, empecé a tener dudas sobre mi propia historia, sobre la secuencia de acontecimientos y los pequeños detalles. ¿Y si de tanto contar lo mismo había modificado ligeramente los hechos? ¿Y si había cambiado el orden y sustituido unos detalles por otros? ¿Sería eso motivo suficiente para que la policía ignorara mi relato por completo? Sabía de casos en que los padres habían dicho una cosa un día, otra ligeramente diferente al siguiente, y al final la investigación había acabado en un callejón sin salida: toda la energía se centra en la familia mientras que otras posibles pistas no se consideran, así que yo era muy consciente de que, en definitiva, que encontraran a Emma dependía de la memoria, un arte altamente impreciso; su vida dependía de que yo recordara correctamente todos los detalles, todas las veces que me los preguntaran.

Sherburne asintió con la mirada fija en la foto de la niña que estaba pinchada en un corcho.

—Mire, es una niña muy mona, y la gente es amable con los niños guapos, lo que no significa necesariamente que sean secuestradores.

Un panel de corcho cubría media pared y en él había cientos de fotos de niños tomadas en las situaciones más dispares: fotos del colegio, en un picnic, jugando en el parque. El extremo derecho estaba reservado a los casos más recientes, los de niños desaparecidos en los últimos seis meses; en cada foto había una fecha escrita a mano con rotulador grueso de tinta negra; la de Emma la habían colocado arriba del todo. Me sorprendió darme cuenta de que, en medio de ese mar de caras, la de ella no resaltaba: sobre el corcho no era más que simplemente otra víctima, otra niña desaparecida.

El extremo izquierdo era donde tenían las fotos de los casos resueltos y todas las fotos estaban marcadas con un sello rojo que decía «caso resuelto» en grandes letras mayúsculas; también había pinchadas notas de agradecimiento de los padres, recortes de periódico con titulares del estilo de «Encontrada niña desaparecida en San Rafael». Ahora bien, la mayor parte del espacio lo ocupaba la sección central —todos los niños desaparecidos en California en los últimos cinco años y cuyos casos aún seguían abiertos—: algunas fotos iban acompañadas de progresiones de edad en bocetos (el pelo algo más largo o corto, las sienes más despejadas, los labios más delgados…). En todos esos dibujos las miradas eran atormentadas y expectantes. Me pregunté dónde irían a parar las fotos cuando hubieran transcurrido cinco años y se

me pasó por la cabeza una imagen de un archivador inmenso en algún almacén del sótano con miles de fotos marchitándose en sus respectivas carpetas de cartoné marrón, condenadas a que nadie las mirara nunca más.

Capítulo 19

Día 26. La reunión se celebra en un aula del City College de San Francisco. Llego veinte minutos antes de la hora y para matar el tiempo camino por el sendero que recorre todo el campus: un conjunto de edificios tristemente urbano, una amalgama de formas angulares con poquísimas ventanas y dispuestos sin mayor atención aparente a la cuestión estética. En el césped de la parte delantera hay una estatua de cemento en honor a algún santo católico de brazos extendidos que bendice la avenida Phelan.

A las siete y cuarto de la tarde estoy en la entrada del edificio, el Cloud Hall, haciendo acopio de valor para entrar. En el interior hay humedad y el aire está algo viciado; los suelos son de cemento desnudo, las paredes están pintadas del proverbial verde que caracteriza este tipo de construcción. Subo las escaleras hasta el tercer piso y localizo el aula 316 donde un hombre está organizando los pupitres en círculo; me sonríe y alarga la mano.

—David.

—Abby.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Tres semanas y cinco días, ¿y tú?

—Siete años.

Hago los cálculos mentalmente: dentro de siete años, Emma tendrá trece, será una adolescente lo suficientemente mayor como para tener la regla, salir con chicos e ir al cine con amigos. Soy incapaz de imaginarme siete años de ausencia; soy incapaz de imaginarme cómo se las arregla este hombre para seguir adelante.

—¿Niño o niña? —me pregunta.

—Una niña pequeña, tiene seis años, ¿y tú?

—Jonathan tendría doce ahora. ¿Cómo se llama?

—Emma.

Asiente con la cabeza.

—¡Ay, claro! ¡Ya decía yo que me sonaba tu cara! He estado siguiendo la historia por la televisión.

Debería contarle a David que no he venido por el apoyo moral, para abrir mi corazón y llorar en el hombro de todo el mundo, sino que lo que espero encontrar es de naturaleza bastante más práctica: quiero que alguien que ha pasado por lo mismo me diga cómo seguir buscando, qué errores evitar y lo que habría hecho de otra manera.

David se acerca a una mesa que hay en la esquina, mide unas cuantas cucharadas de una lata de café y las echa en un filtro de papel; me da la jarra.

—¿Te importaría llenarla con agua del surtidor de ahí afuera?

El eco de mis pasos retumba por el pasillo. Es miércoles por la noche y no hay prácticamente nadie en las aulas. Las paredes están cubiertas de anuncios ofreciendo

tutorías de inglés y clases de taekwondo. El surtidor está al final de un largo pasillo; hay un chicle pegado en el borde. Me viene a la mente una tarde que pasamos en el zoo, hace casi un año, Jake, Emma y yo paseando por el sendero junto a las jaulas de los tigres; uno que estaba tumbado al sol sobre una roca nos miró y parpadeó.

—Tengo sed —dijo Emma.

Había un surtidor unos pocos metros más adelante.

—Te echo una carrera —la reté yo.

La dejé ganar y cuando llegamos la alcé para que pudiera beber. Ella llevaba una camiseta sin mangas y la piel de sus axilas estaba suave y húmeda.

Sólo hacía un par de semanas que conocía a Jake y todo estaba yendo muy rápido; mientras sostenía a Emma en alto junto al surtidor comprendí que si me iba a enamorar de él también me tendría que enamorar de ella. Jake traía equipaje, era un dos por uno o nada. Me sorprendió la facilidad con que la niña había empezado a fiarse de mí, cómo extendió los brazos y simplemente se limitó a esperar que la levantara; me desconcertaba la inesperada rotundidad de aquella personita, cómo estiró el cuello hacia delante para llegar mejor al chorrito de agua y luego agitó las piernas en el aire cuando terminó para darme a entender que la bajara. Yo nunca había pensado en los niños como gente en realidad, para mí eran más bien criaturas extrañas que iban camino de convertirse en algo mejor. No obstante, allí, de pie, sujetando a Emma vi a una niña que ya tenía su propia personalidad, su forma de ver el mundo y ser parte del mismo. La bajé y ella fue corriendo hasta su padre, que la aupó y dio unas cuantas vueltas en círculo con ella en brazos mientras Emma soltaba grandes carcajadas. Algo se removió en mi interior —miedo, excitación, alegría—. «¡Dios mío —pensé—, me tienen en el bote!».

De vuelta al aula vierto el agua en la cafetera y le doy al botón; el agua comienza a gorgotear.

—¿Cómo lo consigues? —pregunto—. ¿Cómo sigues buscando?

—No busco, ya no. Encontramos a Jonathan en octubre; lo identificaron por los dientes. Estaba enterrado en un campo de ajos en Gilroy.

—Lo siento mucho.

—Sigo viniendo a las reuniones porque necesito estar con gente que sepa lo que es. Cuando alguien se te lleva a un niño es como si te mudaras a otro país y no hablases el idioma: abres la boca para decir algo y tienes la sensación de que nadie te entiende; la gente que conoces de antes, sobre todo los padres de los amigos de tus hijos, te evitan porque eres un recordatorio andante de sus miedos más terribles… Es como si todo el mundo se diera cuenta de que no eres como ellos.

—Tal vez adquirimos un cierto aspecto —aventuro yo—, irradiamos cierta aura de tragedia.

—¿Leche?, ¿azúcar? —me ofrece David.

—No, gracias.

Me da una taza de café y se sienta en un pupitre de madera; yo me coloco frente a

él al otro lado del círculo. Todo me hace sentir como si hubiera vuelto al instituto: los pupitres demasiado pequeños, el aula permanentemente avejentada, el olor a goma de borrar.

—Hay algo curioso —le comento—. Hasta ahora siempre había tomado el café con leche y azúcar, pero cuando Emma desapareció me pasé al café solo.

—Es normal. Después de que secuestraran a Jonathan se me olvidaba ponerme la corbata para ir al trabajo, llevaba siempre los calcetines desparejados, no me acordaba de cortarme las uñas ni de regar las plantas ni de echar gasolina; los detalles cotidianos se hacen irrelevantes.

Da un sorbo de café. Yo miro el reloj: faltan cinco minutos para la hora en que se supone que debe dar comienzo la reunión. ¿Cuánta distancia puede recorrerse en cinco minutos?

—¿Tu mujer viene alguna vez a las reuniones?

—Nos separamos a los dos años de la desaparición de Jonathan. —David extiende las manos sobre el pupitre, se las queda mirando fijamente y por fin aprieta los puños—. Todos los que vienen al grupo están separados o divorciados. Jane y yo éramos la pareja perfecta, o eso creíamos, pero el dolor de que se hubieran llevado a Jonathan era insoportable, nos veíamos el uno al otro como un doloroso recordatorio permanente de lo que habíamos perdido. Y además siempre está la cuestión de la culpa.

—¿Cómo ocurrió? —me intereso sintiendo que la historia ejerce sobre mí una atracción similar a la que otros deben sentir por la de Emma.

—Jane estaba en Minnesota visitando a su madre y yo me había llevado a Jonathan al río Russian a pasar el fin de semana para celebrar el Día del Padre. Estábamos haciendo una excursión en canoa con un grupo de padres y sus hijos. Me puse a montar la tienda y le di permiso para que fuera a buscar ranas con otros dos chavales algo mayores que él. No hacía ni diez minutos que se habían marchado, yo estaba clavando la última clavija en la tierra cuando los otros dos críos llegaron corriendo del bosque con un ataque de histeria: en cuanto los vi supe que había pasado algo terrible. Por lo visto se les había acercado un hombre armado que, por alguna razón, escogió a mi hijo.

—Ahora me acuerdo de la historia, estuvieron buscando al culpable durante semanas.

—El revuelo que se montó en los medios fue delirante. El interés que desatan estas cosas en la gente es morboso pero aguantas a los periodistas entrometidos y el hecho de ser el blanco de la curiosidad de todo el mundo porque piensas que podría ser una ayuda. Con toda la gente que ve las noticias de la tarde crees que, al final, encontrarán a tu hijo.

Se me encoge el corazón al recordar la multitud de voluntarios que recorrieron los bosques provistos de linternas y *walkie-talkie*. La historia salió hasta en el programa *Los más buscados* y en la CNN, hubo pósters, octavillas y vigilias con velas y, a pesar

de todo eso, no consiguieron encontrar a su hijo.

—Jane nunca me perdonó que lo perdiera de vista, y aunque lo hubiera hecho habría dado lo mismo porque yo nunca me perdoné. Todas las mañanas al levantarme, lo primero que me viene a la mente es esa condenada tienda; si le hubiera dicho a Jonathan que esperara hasta que terminase…

—Había una cría de foca —intervengo yo— muerta. Estoy totalmente obsesionada con ella: ¿y si la foca no hubiera estado allí?, ¿y si no hubiera llevado la cámara? Aparté la vista de Emma durante cuarenta segundos, un minuto como mucho.

—Es una maldición con la que cargamos todos: pensar en los segundos.

—Y luego había un cortejo fúnebre en la Great Highway —continúo—. Nadie me mandaba mirar pero no pude evitarlo. Me pasa algo parecido con los cortejos fúnebres y los accidentes de coche: es deprimente y morboso pero, incluso a sabiendas de que debe respetarse la privacidad de las personas, me resulta imposible no mirar. —David asiente con la cabeza mientras reflexiona sobre lo que digo—. No soy la madre —le explico.

—Ya.

—Soy la prometida del padre de Emma.

—Sí, ya lo sé.

Me pregunto si eso me quita importancia a sus ojos puesto que, por muy culpable que me sienta, por mucho que esté sufriendo, no alcanzo a comprender verdaderamente el dolor de un padre cuando pierde a un hijo.

—¿Y tu prometido no ha querido venir?

—Está ocupado en el centro de operaciones.

—¿Y? —insiste David como si pudiera leerme la mente.

—Le parece que el grupo de apoyo es una pérdida de tiempo. De hecho creo que está empezando a considerar que yo soy una pérdida de tiempo también. Solíamos estar tan bien juntos…, pero por supuesto ahora las cosas han cambiado y no le culpo, aunque yo me empeño en seguir pensando que cuando la encontremos todo volverá a ser como antes.

—Ya conocerás las estadísticas, supongo —me responde suavemente al tiempo que alarga la mano para rozar levemente la mía—; tienes que estar preparada para lo peor.

Cuando noto el contacto de su piel con la mía, de repente me arrepiento de haberle contado tantas cosas.

Aparece una mujer en el umbral y David aparta la mano. La recién llegada lleva la camisa y los pantalones arrugados y tiene mirada de cansancio; parece que le pasa algo con el pelo pues hay sitios en que clarea y en cambio en otros tiene más, y en una zona justo encima de una oreja está completamente calva.

—Sharon —la saluda David poniéndose de pie; luego va hasta la puerta y le pasa el brazo por los hombros para guiarla hacia un pupitre.

Ella le dedica una mirada ausente.

—Hola —me saluda la mujer.

—Hola.

La reconozco, su historia no paró de salir en las noticias durante semanas y luego no se supo más. Me avergüenza darme cuenta de que se me había olvidado la animadora de instituto que desapareció de un cine un sábado por la tarde sin dejar rastro.

La mujer se atusa el pelo y se queda con varios mechones entre los dedos pero no parece darse cuenta.

—Catorce meses, tres semanas y dos días —entona sin necesidad de que le preguntemos—. Se llama Tanya y mañana cumplirá quince años.

Capítulo 20

Entre los libros que me ha pasado Nell hay uno titulado *Tiempo perdido: el problema de olvidar* en el que se citan las palabras de Aristóteles en *De la memoria y el recuerdo*: «Sucede a menudo que uno no puede recordar de momento, pero puede conseguirlo buscando y acaba por hallar lo que quería».

Veintiocho días después de la desaparición de Emma llamo a Nell a la biblioteca y le pido un ejemplar del libro de Aristóteles. Me lo trae esa misma noche. La mejor manera de buscar, sugiere Aristóteles, es hacerlo secuencialmente: «Cuando un hombre desea recordar algo […] intentará hallar un punto de partida para un movimiento o impulso que le conduzca al que él busca», es decir, recordar un acontecimiento de principio a fin «iniciando muchos movimientos o impulsos, hasta que al fin inicia uno de tal clase, que conducirá efectivamente al objeto de su búsqueda».

Así que lo que tengo que determinar es el «punto de partida», la cosa que me llevará hasta «el objeto», o la pista que necesito para recordar. Pero este método asume que quien busca tiene alguna idea de la naturaleza del acontecimiento que trata de encontrar, y ahí es donde mi búsqueda se detiene ya que no sé si debería estar tratando de recordar las facciones del rostro de un desconocido, el número de matrícula de un coche, el sonido de una voz en la distancia o algo completamente distinto. El único desenlace aceptable es éste: Emma de vuelta en casa, a salvo. Pero todo lo que lleva a ese resultado deseado, los pasos específicos que debería dar para llegar al mismo, siguen siendo un misterio para mí.

Se me ocurre que tal vez mi punto de partida no sea el correcto: todas estas semanas me he estado centrando en esos momentos terribles en la playa, pero quizá la historia comienza antes. Puede que haya algo que se me ha estado escapando porque me he quedado atascada en un periodo de tiempo demasiado reducido. Tal vez la pista me la dará algo en los días o semanas anteriores a su desaparición. Saco un cuaderno de tapas negras en el que he ido apuntando todos los recuerdos, todos los detalles. Las páginas están repletas de bocetos, gráficos, nombres o características identificativas de todas las personas con las que he estado en contacto regular, incluida la cajera del supermercado, el repartidor de UPS y la mujer que saca a pasear a su gran danés todas las mañanas por los alrededores de la casa de Jake.

Empiezo una página nueva y trato de reproducir todos los pasos, uno por uno, empezando desde el día anterior a la desaparición: todas y cada una de las tiendas en que entré, con quién hablé, todas las comidas, todas las cenas, todos los clientes. A veces me despierto ya bien entrada la noche, sentada sobre los talones con el cuaderno sobre el regazo; cuando trato de mover las piernas es como si un millón de alfileres me atravesaran la piel. Repaso las notas —el resultado de cinco días de aburrida rememoración minuciosa—, buscando en los detalles insignificantes algún atisbo de la verdad. Nada.

A la noche siguiente voy a casa de Jake a meter cartas en sobres sentados a la mesa del comedor, sin hablar. Hemos estado enviando octavillas a cadenas de radio y televisión de todo el país, a departamentos de policía, *sheriffs*, universidades… Hoy nos estamos encargando de los hospitales. Últimamente, el tiempo que pasamos juntos siempre es así: en silencio, enfrascados en alguna tarea rutinaria, con las manos ocupadas. Cuando Jake me habla, es sólo para contarme que ha subido el dinero de la recompensa o que ha habido noticias de que alguien podría haberla visto. Al final siempre son falsas alarmas que no llevan a ninguna parte, igual que nuestras conversaciones.

—Deberíamos salir —le propongo.

Pienso que si pudiéramos alejarnos de todo durante un par de horas, si consiguiéramos pasar una pequeña fracción del tiempo que estamos juntos en un lugar que no sea el centro de operaciones o esta casa en la que el ambiente es deprimente, entonces quizá lográramos conectar de nuevo y, al hacerlo, tal vez encontraríamos la manera de ayudarnos a sobrellevar toda esta situación.

—¿Cómo?

—Solos, tú y yo, a cenar, a uno de los sitios a los que solíamos ir. Por ejemplo, al Park Chow o el Liberty Café.

—¿Para hacer qué? —me interroga mirándome como si me hubiese vuelto loca.

—Para comer algo que no haya pasado por el microondas, para tomar una copa, relajarnos y hablar. No hemos parado un minuto desde que…

No sé cómo terminar la frase: «secuestrada» es demasiado terrible pero «desaparecida», de algún modo, es incluso peor.

—No estoy preparado para salir, todavía no —declara al tiempo que despega la cinta que protege la parte encolada del sobre, lo cierra y deja la carta en una bandeja de escritorio.

—En el grupo de apoyo dicen que hay que mantener un mínimo de normalidad en la vida diaria.

—¿Normalidad? —me reprocha Jake con la voz a punto de quebrársele. Agarra la bandeja y desparrama todos los sobres que hay dentro sobre la mesa en el espacio que nos separa—. Cada una de estas cartas la abrirá un empleado de un hospital que luego irá a comparar la foto de Emma con los rostros de los cadáveres sin identificar que tienen en el depósito… ¡Y tú quieres que actuemos con normalidad!

Recojo los sobres y los vuelvo a poner en la bandeja.

Él niega con la cabeza.

—Me siento como si todo se desintegrase a mi alrededor.

—Lo sé, lo siento mucho.

Volvemos a nuestra tarea silenciosa y mientras trabajamos mi mente está en otra parte. Empiezo donde lo dejé la noche anterior, cinco días antes de que desapareciera Emma, y repaso todas mis actividades de ese día, una por una: los sitios donde estuve, la gente con la que hablé. Cinco días, seis, siete.

Ocho días antes de que sucediera: una reunión con un cliente en mi estudio, para un reportaje de boda en el parque del Presidio; luego tuve el concierto de violonchelo de Emma y al terminar fuimos a tomar un helado a Polly Ann's, donde te dan opción de elegir el sabor o arriesgarte a hacer girar una rueda enorme que tienen a ver qué sale. Emma, siempre tan aventurera, eligió darle a la rueda y acabó tomando un helado de plátano. Yo, en cambio, me decanté por el Rocky Road de chocolate con leche y «nubes» de malvavisco. A Emma no le gustó el suyo y, típico de ella, insistió para que intercambiáramos. Aún faltaba para la hora en que Jake iba a llegar a casa… ¿Dónde fuimos a pasar el rato?

—¡Claro! —exclamo en voz alta.

Jake alza la vista, sorprendido.

—¿Qué pasa?

La expresión en sus ojos es inconfundible: de esperanza.

—Ocho días antes, Emma y yo pasamos el día juntas, ¿te acuerdas? Tú tenías una reunión en el instituto y nosotras fuimos a la oficina de turismo que hay en Ocean Beach, al otro lado de la carretera, para que viera las pinturas murales.

—¿El sitio ese justo debajo del Beach Chalet?

—Sí. Se me debe de haber olvidado porque como solíamos ir tan a menudo no me pareció significativo. Casi no había nadie: Emma y yo, el chaval que estaba trabajando detrás del mostrador y una mujer rubia de entre treinta y cinco y cuarenta años: por la expresión de su cara daba la impresión de que no había tenido una vida fácil, fumaba un cigarrillo tras otro. La oí charlar con el chaval y decirle que estaba de vacaciones con su marido. La única razón por la que me fijé en ella fue porque hablaba más alto de lo normal; llevaba unos pantalones de tela satinada que hacían un ruidito susurrante cada vez que se movía.

»El chaval le preguntó cuánto tiempo iban a quedarse en San Francisco y ella le contestó que no lo sabía, que como tenían coche iban improvisando sobre la marcha.

—¿Y eso qué tiene que ver con Emma? —quiso saber Jake.

—La mujer no hacía más que tamborilear con los dedos en el mostrador y mirar a su alrededor con aire nervioso. Hubo un momento en que posó la mirada en Emma durante unos segundos pero a mí no me miró ni una sola vez. Y nada más, luego se marchó.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—La mujer de la furgoneta amarilla en Ocean Beach, la que saludó con la mano a Emma, creo que era la misma que vimos en el Beach Chalet.

—¿Estás segura?

—Yo diría que sí, es decir, no me fijé ni la miré a los ojos pero desde luego se parecían muchísimo.

Jake se levanta de la mesa inmediatamente y descuelga el teléfono de la pared de la cocina.

—Voy a llamar al detective Sherburne —me anuncia.

—¿Está segura? —me pregunta Sherburne al cabo de un minuto cuando Jake me lo pasa.

Se oye la televisión al otro lado de la línea.

—Sí.

—Ha pasado un mes, es raro que de repente se acuerde de algo a estas alturas.

—De verdad que creo que era ella.

—No quiero sonar negativo, Abby, pero si algo he aprendido con este trabajo es que cuanto más tarde se recuerda algo relacionado con un hecho, menos probable es que el recuerdo sea preciso.

—No me lo estoy inventando.

—Yo no he dicho eso, es sólo que sospecho que su mente podría estar gastándole bromas pesadas. En realidad, el ser humano es capaz de creer casi cualquier cosa si es necesario.

—No lo entiende, en mi cabeza lo veo con total claridad y, además, es lo mejor que tenemos, ¿no? Deje que venga a la comisaría para que se haga un retrato robot. Los puedo describir a los dos, a la mujer y al surfista de la furgoneta.

—La verdad es que no utilizamos los servicios de un retratista salvo que la pista sea sólida.

Me imagino un enorme libro de cuentas escondido en las dependencias de la policía en el que quedan registrados los dólares y céntimos de dólar cada vez que se realiza un gasto. Tal vez no haya presupuesto para retratos robot en un caso como éste, quizá estén reservando los fondos para apuestas más seguras.

—¿Tiene alguna idea mejor? —le pregunto.

Se produce un largo silencio. Oigo a la mujer de Sherburne hablando en un segundo plano: quizá le doy pena, o puede que simplemente quiera que Sherburne cuelgue de una Vez, pero estoy casi segura de que le dice que me deje salirme con la mía.

Antes incluso de colgar, ya empiezo a dudar de mi propia historia, a buscar los cabos sueltos de mi memoria: deben de pasar docenas de rubias con el rostro ajado por Ocean Beach todos los días…, por no hablar de los cientos de surfistas errantes. ¿Y si Sherburne lleva razón y mi imaginación sólo está yendo hasta donde no llega mi memoria?

—¡Dios mío, espero que esto nos lleve a algún sitio! —murmura Jake al tiempo que me rodea con los brazos.

Es agradable que me abrace así. Hace tanto tiempo que no nos abrazamos, tanto tiempo que no me dedica una mirada que pueda considerarse tierna ni que sea remotamente. Le rodeo la cintura y me aferró a él, aspirando su olor, esa mezcla de almidón y algo más tan característica, ese aroma dulce tan particular que solía envolverme todas las noches mientras me quedaba dormida con la mejilla apoyada en la cálida piel de su espalda.

Capítulo 21

Día 33. Se llama Amanda Darnell: me dice que me relaje y me ofrece un café y unos donuts. Los donuts todavía están calientes y el olor dulce que invade la habitación me recuerda a los sábados por la mañana en Alabama, cuando era pequeña y mi madre nos llevaba a Annabel y a mí a la tienda de la cadena Krispy Kreme que había en el bulevar Government a contemplar las hileras de donuts —empapados de azúcar glas — que se deslizaban por los inmensos rodillos plateados.

—Acaban de abrir un Krispy Kreme en Daly City, cerca de mi casa —me cuenta Amanda—; total, que he engordado más de dos kilos en un par de meses, y ahora encima van a poner una hamburguesería, un In-N-Out Burger… ¡Que Dios se apiade de mí!

Lleva vaqueros, jersey de cuello vuelto rojo y unos pendientes largos de plumas que le llegan hasta los hombros. Empieza por preguntarme a qué me dedico, dónde me crié, si me gusta o no cocinar…

—La cocina no es mi fuerte —confieso—, pero hago unos panecillos caseros con salsa que te encantarían. El truco es ponerle beicon picado a la masa.

—Me podría comer uno de ésos ahora mismo.

Estamos sentadas codo con codo en unas sillas cómodas y ella tiene delante el cuaderno de dibujo sobre la mesa, abierto por una página en blanco. Ha traído un portalápices de plástico lleno de tizas, lápices y gomas de borrar. Esta habitación de la comisaría está pintada de un tono verde cálido y llena de plantas frondosas en maceteros de barro, pero no hay cuadros en las paredes.

—¿A ti te gusta la cocina? —le pregunto.

—Hago un pastel de pollo bastante decente.

Es agradable hablar de algo tan trivial como la cocina, que me traten como una persona normal y no como una víctima o una delincuente pero, aun así, no se puede negar para qué he venido. Me sorprendo mirándole las manos, las largas uñas pintadas de rosa y los anillos de turquesas.

—Bueno, entonces —intento que mi tono sea despreocupado—, ¿esto cómo va?

—Vamos a jugar a algo parecido a los recortables, pero con caras. —Saca un librito delgado y lo pone sobre la mesa delante de nosotras—. El Catálogo de Identificación Facial del FBI —me explica. El libro contiene cientos de fotos de barbillas, pómulos y ojos, narices y orejas, cabezas…—. Primero haremos a la mujer y luego al hombre. Empecemos por la forma de la cabeza; si alguna te resulta familiar señálamela.

Paso las páginas dejando atrás mandíbulas cuadradas y frentes estrechas, formas ahuevadas y circulares, ovaladas…

—Ésta —digo al tiempo que señalo una mujer de cara alargada y frente ancha.

Amanda comienza a dibujar.

—Tú ve diciéndome. La que manda aquí eres tú; si te parece que algo no está

bien, dilo. —Pasamos de la forma de la cabeza a los ojos: algo hundidos y ligeramente caídos—. ¿Así? —me pregunta.

—Sí, ésa es la forma, pero los tenía más separados.

Luego hacemos los pómulos —no demasiado marcados— y la nariz —estrecha y con la punta ligeramente redondeada— que Amanda dibuja con rapidez levantando la vista cada pocos segundos para observar mis reacciones. Dibuja y borra, difumina los trazos con el pulgar, se inclina hacia delante para soplar los trocitos de goma. Comienza a surgir un rostro reconocible y mis recuerdos se hacen cada vez más claros mientras sigue dibujando. Me vuelven a la cabeza pequeños detalles que no tienen nada que ver con la mujer: un cochecito de niño vacío de color rojo aparcado junto al Beach Chalet; una caja de cartón de un restaurante de comida rápida sobre el mostrador de información; un árbol caído en una maqueta del Golden Gate Park.

Sin embargo, cuando llegamos a las orejas me quedo en blanco y no consigo recordar si las tenía pequeñas o grandes, de soplillo o bien pegadas, ni si llevaba o no pendientes.

—Es normal —me tranquiliza—, a la mayoría de la gente le cuestan mucho las orejas.

El pelo es fácil: rubio, liso y grueso. Amanda añade sombreado al rostro y me pide:

—Señálame cualquier cosa que te parezca que no está bien. Tómate tu tiempo, sin prisa.

Al cabo de dos horas completamos el proceso.

—Es ella —sentencio sorprendida por la exactitud del retrato—. Eres increíble, ¿hiciste Bellas Artes?

—Fui a clases de dibujo en el colegio pero estudié psicología. Lo fundamental no es tanto la parte artística sino saber escuchar, hacer las preguntas adecuadas. No se trabaja con la propia imaginación sino con los recuerdos de otra persona…

Saca otro libro de su bolsa y lo pone en la mesa, el mismo tipo de catálogo pero esta vez con caras de hombres. Una hora y media más tarde ya tenemos el segundo boceto. Ese día en la playa, el hombre de la furgoneta amarilla parecía tan normal, igual que cualquier otro surfista… ¿Es el boceto o las largas semanas de espera, impotencia y miedo lo que hace que ahora su rostro me parezca menos amable, hasta sospechoso? Las facciones que entonces me resultaron atractivas —el ojo vago y los cabellos revueltos por el viento, los pómulos marcados y los labios carnosos— se me hacen sospechosas hasta cierto punto. Al contemplar esa cara, los recuerdos de aquel día se agolpan en mi mente: la arena fría, la niebla blanca, la esperanza que sentía mientras caminaba de la mano de Emma; y luego el pánico, la sensación de que el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—Le doy los bocetos al detective Sherburne y él hará las copias para el contacto del FBI, que a su vez las distribuirá por sus oficinas de todo el país. A ti también te

darán una copia, claro.

Esa noche en mi casa, como no consigo conciliar el sueño, hago una foto de una foto de Emma que tengo en un álbum, me siento en el sofá y trato de dibujarla. Empiezo por la forma de la cara —ancha y redondeada—, luego los inmensos ojos de largas pestañas oscuras, la nariz respingona, la boca diminuta. Estoy esmerándome con una de las inquietas cejas cuando de repente paro en seco, incapaz de hacer un solo trazo más. A las dos de la madrugada me tomo cuatro pastillas para dormir. Me despierto todavía en el sofá a la mañana siguiente, con las piernas dormidas y la cabeza abotargada y pesada. El boceto sigue en mi regazo: es tan malo e impreciso que ni siquiera se ve claro si se trata de un niño o una niña; no se parece en nada a Emma. Me pregunto cuánto tardaría en borrárseme de la memoria su cara, cuánto tiempo tendría que pasar para que ya no fuese capaz de distinguir los errores de un boceto mal hecho.

Capítulo 22

—Cuéntame algo que no sepa —le dije a Jake en una ocasión.

Llevábamos tres meses saliendo. Yo me había enamorado pero todavía no se lo había dicho; estábamos cenando en Foreign Cinema, en una mesa fuera bajo la inmensa carpa con una lámpara de calor zumbando levemente sobre nuestras cabezas. Habíamos empezado la noche con ostras y ya estábamos a mitad de la segunda botella de Chardonnay. Al fondo del restaurante se veían las imágenes de un Marión Brando joven y lleno de confianza en sí mismo bailando en un bar abarrotado de gente en *El último tango en París*. Emma se había quedado en casa con la canguro.

—Mucho antes de que existieran los Giants hubo un equipo que se llamaba los San Francisco Seáis —me contestó Jake—. Durante una única temporada en 1914 jugaron en un campo de Ewing Field, al oeste de Masonic, y en aquel sitio a veces había tanta niebla que en una ocasión tuvieron que mandar a uno de los chavales disfrazados de mascota a la mitad del terreno de juego para informar a Elmer Zachar, un jugador de los Oakland Commuters, de que se había terminado la manga.

—Interesante —musité yo—, pero me refiero a algo sobre ti.

—Eso es más difícil.

—Piensa.

—Bueno, a ver: llegué a la final del Campeonato Nacional de Cubo de Rubik de 1984.

—Me tomas el pelo…

—No, señorita.

—¿Y por qué no me lo has dicho nunca?

—¿Y qué esperabas? ¿«Hola, me llamo Jake y hace veinte años se me daba muy bien el cubo de Rubik»?

—Yo que tú lo dejaría caer siempre que tuviera la menor oportunidad.

—Para el cubo hay que tener paciencia y ser sistemático. ¿Sabes cuántas combinaciones posibles hay? —Jake escribió un número en su servilleta—: 43 252 003 274 489 865 000.

A medida que se le acababa el espacio iba haciendo las cifras más pequeñas.

—¡No sé ni leer semejante número!

—¡Yo tampoco, ni idea!

—Entonces, ¿cómo eres capaz de acordarte?

—No lo recuerdo todo de golpe sino por trozos y con cada uno tengo algún tipo de asociación. Por ejemplo: 43 es la edad que tenía mi padre cuando murió; 252 son las cuadrangulares de Bobby Murcer, y así sucesivamente…

—Yo nunca he sido capaz de terminar el cubo de Rubik. Jamás.

—Si te encerrara en una habitación con el cubo, agua y comida, al final no te quedaría otra; simplemente es un tema de probabilidades matemáticas.

—El año que fuiste finalista, ¿cuánto tardabas tú?

—26,9 segundos. El récord mundial son 13,22, lo tiene un chaval finlandés llamado Anssi Vanhala.

Pinchó un trozo de sepia con el tenedor y alargó el brazo para acercármelo a la boca.

—Si eres tan bueno para las matemáticas, a ver si resuelves éste: ¿cuántos minutos crees que tardaremos en pagar y llegar a tu casa?

—No es más que un cálculo aproximado pero yo diría que unos treinta y cuatro; más cinco para pagar a la canguro y ponerla en la puerta.

Le hizo al camarero una seña con la mano.

Cuanto más conocía a Jake, más sentido tenía que hubiera sido tan bueno con el cubo de Rubik: se enfrenta a todo en la vida como si se tratara de una tarea que conseguirá terminar siempre y cuando no tire la toalla, todo es metódico e inspirado por la lógica. Tal vez el que crea que una cantidad suficiente de persistencia y planificación le permitirá resolver cualquier problema es lo que hace que esté tan seguro de sí mismo. O lo estaba, porque ahora sus planes se han desbaratado: cinco semanas, veinte mil octavillas, más de veinte entrevistas en la radio, 247 voluntarios, dos retratos robots de personas a quien la policía busca en relación con el caso… Y, aun con todo, sigue sin haber el menor rastro de Emma. Todavía no han conseguido dar con Lisbeth, su ex mujer, y él ha perdido toda esperanza de que Emma pueda estar con ella.

Ayer por la noche fui a su casa con las cosas para pasar la noche en una bolsa. Venía de entregar los bocetos de la pareja de la furgoneta en el Canal 4, pero la productora de las noticias de las seis me dijo que el contenido del programa ya estaba completo. Era mi tercer intento frustrado de que mostraran los retratos robot. Aunque no lo dijo, esa mujer estaba pensando que Emma ya no era noticia.

—¿Qué llevas ahí? —quiso saber Jake clavando la mirada en mi bolsa.

—Es que… hace tiempo que no paso la noche aquí y pensé…

—No es un buen momento.

—Nunca va a ser un buen momento. —Me quité el abrigo y lo dejé en el respaldo de una silla—. No quiero perderte a ti también —añadí y, tan pronto como las palabras salieron de mi boca supe que no debería haberlas pronunciado.

De repente sentí vergüenza por haber venido con la bolsa, vergüenza por haber pensado que podía hacerle olvidar, al menos durante unos minutos, cómo había destrozado su vida.

—Voy a salir —me anunció.

—¿Adónde vas?

—No lo sé.

—¿Quieres pasar por mi casa luego?

No me contestó, simplemente se puso la chaqueta y abrió la puerta.

—¡Háblame, dime lo que te pasa por la cabeza!

Estaba de pie en el umbral de la puerta, con un pie fuera.

—Me siento como si ya no tuviera vida —me soltó aún dándome la espalda—; siento que he hecho todo lo que he podido y nada ha funcionado; siento que, sea lo que sea por lo que está pasando mi hija, si es que todavía sigue viva, no puedo hacer absolutamente nada para ayudarla. —Se dio la vuelta para mirarme—. Cuando todo esto empezó había un pensamiento que no se me iba de la cabeza, que cuando encontrara al culpable lo mataría yo mismo. Me juré que le haría pagar por lo que había hecho y la ira me ayudó a seguir, pero ahora ya ha pasado más de un mes y no me quedan fuerzas para la ira. Nunca debería haberme ido fuera ese fin de semana y jamás debería haberte dado permiso para llevarla a Ocean Beach; fue una estupidez. ¿Y para qué?, ¿para que un viejo amigo que se había divorciado me llorara en el hombro? Además, sigo dándole vueltas en mi cabeza, dando marcha atrás en el tiempo y especulando con las formas en que todo esto se podría haber evitado, hasta hubo un momento en que le eché la culpa a Sean por haber engañado a su mujer, que para empezar es por lo que ella lo dejó y acabé yendo a visitarlo… Pero el hecho es que fui yo quien los presentó hace veinte años… Es un bucle infinito de cosas que podría haber hecho de otra manera que al final siempre me lleva al mismo sitio: nunca debería haberme marchado.

—¡No tenías forma de saber lo que iba a pasar! Nadie hubiera podido prever algo así.

Avanzó un poco y cuando la luz le iluminó el rostro me di cuenta de que estaba moreno, muy moreno, como los obreros de la construcción; le vi la marca del cuello de la camisa y me fijé en el contraste con el color natural de su piel —mucho más pálido en comparación— un poco más abajo. Durante un instante no até cabos y me desconcertó ese bronceado tan saludable que lo hacía parecer más joven, pese a las noches sin dormir y la tensión. Y entonces caí en la cuenta: era de pasar tanto tiempo en la calle, recorriendo la ciudad durante horas, buscando.

—No —admitió—, pero debería haber estado aquí. Así que, dime: ¿qué se supone que debo hacer?, ¿pegarme un tiro o seguir así durante los próximos cincuenta años, odiándome, envidiando a cada padre que veo en la calle con sus hijos? ¿Sabes lo que pienso cuando veo a una niña de la edad de Emma? Que desearía que hubiera sido ella y no la mía, y me odio tanto por pensar eso, que me pongo enfermo de verdad, pero no puedo evitarlo. Desearía que hubiera sido cualquier otro niño.

Me estremecí cuando alzó la voz, sentí que se me hacía un nudo en el estómago. El Jake que yo conocía nunca hubiera hablado de ese modo, pero no quedaba nada del Jake que yo conocía y esa terrible transformación era culpa mía.

—Tienes cara de estar horrorizada —me dijo—, y deberías. Cuando veo a los chavales en el colegio, a los hijos de mis amigos, críos a los que he visto crecer… Voy a la iglesia y rezo, pero mientras estoy allí arrodillado, ésos son los pensamientos que corren por mi mente, que desearía que hubiera sido cualquier otro niño, una docena, una veintena de niños en vez de Emma. ¿Qué clase de persona desearía algo así?

Me miró durante unos segundos, luego dio media vuelta y salió dando un portazo. La casa se quedó en absoluto silencio, y hacía frío; de la cocina llegaba un leve olor a basura. Descorrí la cortina y vi que arrancaba el coche y se alejaba; esperé hasta que giró la esquina y luego subí al cuarto de Emma. Ella y yo solíamos jugar a un juego en el que nos sentábamos dentro de su inmenso armario y fingíamos que era una nave espacial. Las dos juntas nos inventábamos un montón de complicadas reglas para la nave: en cuanto cerrábamos la puerta el tiempo se detenía, dejábamos de envejecer y ya no necesitábamos comida ni agua ni aire; si cerrábamos los ojos éramos capaces de ver el futuro, y así era como resolvíamos misterios y nos hacíamos famosas en el mundo entero. Entré en el armario, cerré la puerta y probé el viejo truco: cerré los ojos y me concentré, imaginé que era el futuro y estaba con Emma allí dentro. En ese futuro ella tenía la misma edad que el día en que desapareció; en ese futuro no había cambiado, y Jake tampoco. En ese futuro todo iba bien y éramos una familia normal y corriente que lleva una vida común.

Capítulo 23

Día 42. Ya es tarde por la noche y estoy conectada a Internet, respondiendo a los correos electrónicos que han llegado a buscandoaemma.com, cuando alguien llama a mi puerta. Por un momento me dejo llevar por la fantasía de que será Jake que viene a pasar la noche, pero es a Nell a quien veo por la mirilla.

Abro la puerta. Viene en albornoz y con el pelo mojado. Huele como a menta.

—Ya sé que es muy tarde —se disculpa— pero pensé que te podría interesar este artículo que acabo de encontrar sobre hipnosis forense. ¿Sabías que ha habido ocasiones en que los recuerdos que se recuperan a través de la hipnosis se han admitido como pruebas en un juicio?

—¿Descafeinado? —le ofrezco.

Asiente con la cabeza.

—Gracias.

Mientras sirvo el café —el suyo solo y el mío con un poco de Bailey's, una costumbre que he adquirido en las últimas semanas— abre la carpeta que trae y saca una fotocopia de un artículo con fotografías: el hombre de la primera me resulta familiar pero no sé de qué me suena; debajo está la foto de una niña sonriente vuelta ligeramente hacia la derecha, con un peinado parecido al que solía llevar yo cuando era pequeña —a finales de la década de los setenta—: un generoso flequillo hacia los lados para retirarlo de la frente.

—Ted Bundy —me informa Nell—. Su condena por el secuestro y asesinato de Kimberly Leach —continúa señalando a la niña— fue posible gracias al testimonio del único testigo ocular, un hombre llamado Clarence Anderson. Anderson acudió a la policía a los cinco meses de la desaparición, pero no recordaba nada que pareciera significativo, así que el ayudante del fiscal solicitó que lo sometieran a hipnosis, después de lo cual fue capaz de identificarlos a los dos, hasta describió las ropas que llevaban. Su testimonio constituyó la prueba circunstancial que faltaba para que todas las piezas encajaran.

Mi vecina saca de la carpeta una tarjeta de visita.

—No te sientas presionada —me dice—, pero este señor es amigo de un amigo; tiene la consulta en North Beach.

La tarjeta es blanca con el nombre —James Rudolph— en letras de imprenta rojas y, debajo, una única palabra en cursiva —«hipnoterapeuta»— seguida de un número de teléfono y una dirección de correo electrónico.

—A estas alturas ya estoy dispuesta a intentar cualquier cosa —reconozco yo.

—¿Por qué no lo llamas ahora mismo?

Descuelgo el teléfono.

—Si me hubieran dicho hace un par de meses que estaría llamando a un hipnotizador para pedir una cita no me lo habría creído.

Marco el número y me responde una mujer después del primer tono.

—¿Dígame?

—Eeh… creo que debo de tener mal el número…

—¿Quiere hablar con Jimmy? —me pregunta con un fuerte acento de Boston.

—¿Con quién?

—Rudolph, Jimmy Rudolph.

—¡Ah, sí, eso es!

—Un momento, por favor.

Se oye ruido de pasos al otro lado de la línea y un hombre se pone por fin al teléfono.

—Sí, dígame.

—Llamaba por la hipnosis.

—Sí, claro, disculpe la confusión; hoy trabajo desde casa y he desviado las llamadas. ¿Cuándo le gustaría venir?

—¿Cuándo podría ser?

—¿Qué le parece mañana? —me contesta—. A la una en punto.

—Bueno, pues… muy bien.

—Traiga ropa cómoda.

Se corta la comunicación.

—¿Y…? —me pregunta Nell.

—La verdad es que no estoy muy segura.

Se encoge de hombros.

—En cualquier caso, vale la pena intentarlo. Es sabido que sufrir un trauma puede bloquear los recuerdos de ese acontecimiento en concreto. Supuestamente, la hipnosis permite burlar las propias defensas psicológicas y acceder a información que el cerebro está reprimiendo.

Nell rebusca entre los papeles de la carpeta y saca una fotocopia en color de un cuadro de William Waterhouse: dos hombres recostados codo con codo, casi idénticos de no ser por los colores pues uno es pelirrojo, pálido y su figura está muy iluminada, y se apoya contra el hombro del otro en actitud somnolienta; éste en cambio tiene el cabello oscuro y la piel morena y está en penumbra, envuelto en una mortaja. A los pies del primero hay dos flautas y al costado del otro una lira.

—Hipnos —me explica Nell—, el dios griego del sueño, junto con su hermano Tánatos, dios de la muerte.

Tiene mucho más que contarme sobre el tema de la hipnosis, sobre historias de precedentes en juicios, extraños objetos de coleccionista, las dos principales teorías sobre hipnosis que prevalecen hoy en día…

—La corriente que se centra en la recuperación de los recuerdos —continúa— sostiene que las experiencias de una persona están almacenadas en una especie de banco de memoria y la hipnosis ayuda a acceder a las mismas. La corriente que prima la construcción de recuerdos, en cambio, postula que el pasado se reformula constantemente en interés del presente y que los recuerdos se construyen basándose

en una serie de factores.

Una vez más me maravilla la capacidad de Nell para aprender, su habilidad para absorber y procesar grandes cantidades de información sobre un tema en un momento determinado.

No puedo evitar preguntarme si su apasionado interés por la información tendrá algo que ver con la muerte de su hijo, si el consumo constante de hechos no será un intento de llenar un vacío que nunca mengua; me imagino su pena como un agujero negro insaciable que succiona los conocimientos a una velocidad temible, el mismo agujero negro en interminable expansión que se ha apoderado de mi mente y mi corazón en estas largas semanas desde que desapareció Emma. Nell alimenta su vacío aprendiendo cosas y yo el mío con una búsqueda que no tiene fin.

Al día siguiente, cuando llego a casa, me saluda desde su puerta.

—Bueno, ¿qué tal? —se interesa.

—El tipo es un pirado. Me sentó en un sillón que parecía sacado del Ejército de Salvación, su despacho apestaba a tabaco y la sesión resultó tan relajante como ir a las rebajas. Cuando terminó intentó convencerme para que fuera a no sé qué curso que da el mes que viene en Tahoe.

—Es una lástima —se lamenta—, parecía una opción que merecía la pena explorar.

No le cuento a Jake nada de la hipnosis: la psicología alternativa no entra en su esquema mental y me imagino que todo esto le parecería una farsa ridícula, un intento inútil de agarrarse a cualquier cosa. Pero el hecho es que, a estas alturas, yo me aferraría a cualquier cosa, participaría en la farsa más ridícula si existiera una posibilidad, por remota que fuera. No hay otra alternativa.

Capítulo 24

En una ocasión, cuando éramos niñas, Annabel y yo ahorramos la paga de todo un mes y con el dinero hicimos un pedido por correo a Juguetes para Toda la Vida: habíamos visto un anuncio de unos caballitos de mar en miniatura en la contraportada de una revista para niños: costaban sólo 4,95 dólares, costes de envío incluidos. Ese verano, durante semanas esperamos sentadas en el porche de la entrada con sendos vasos de Tang, aquel refresco en polvo que se hacía con agua, y una baraja de Uno, aguardando a que llegara el repartidor de UPS.

Pero los caballitos de mar no llegaron por UPS sino, con una total falta de ceremonia, por correo normal, en un sobre marrón acolchado. Cuando lo abrimos me llevé una gran decepción al ver que el embalaje ponía «artemisas salinas» y no «caballitos de mar», y que las artemisas en cuestión ni siquiera estaban vivas: no eran más que una especie de pepitas de color pálido envueltas en papel celofán. El acuario en sí era de plástico endeble, de unos veinticinco centímetros de alto por quince de ancho. El juego completo también incluía un paquete de guijarros de colores que esparcimos por el fondo del acuario. Aun así, Annabel y yo no perdíamos la esperanza: echamos las artemisas en el agua y esperamos a ver qué pasaba.

Al cabo de un par de horas, por fin, una de las pepitas comenzó a crecer y luego empezó a moverse hasta que eclosionó y empezó a nadar. Ni nos molestamos en ponerle nombre porque estaba claro que aquello no era un caballito de mar, ni siquiera una artemisa salina, sino más bien una especie de langostino mutante. En una semana todos los langostinos se nos habían muerto. Nuestra madre tiró aquel agua estancada por el retrete y zanjó el asunto con un «bueno, niñas, ya se ve el resultado que dan las cosas de Juguetes para Toda la Vida».

Todavía pasaron unos cuantos años hasta que, un día que fui al acuario con Ramón, por fin vi un caballito de mar.

—Hippocampus —leyó él señalando el panel de información con el dedo—. Del griego *hippos* (caballo) y *campus* (monstruo marino).

Observamos a un par cambiando de color para luego ejecutar una especie de baile de lo más complicado. El panel explicaba que la mayoría de las especies de caballitos de mar eran monógamas y que, durante la gestación, el macho y la hembra se saludaban con una danza todos los días y después se separaban hasta el día siguiente.

—Muy sexy —sentenció Ramón.

Los animales iban cambiando las tonalidades brillantes de sus cuerpos ante nuestros ojos, al tiempo que hacían delicadas piruetas en el agua desplazándose de un lado a otro.

El panel informativo también contaba que era el macho —y no la hembra— el que soportaba el embarazo: fertilizaba los huevos en una especie de bolsa que tenía en el abdomen y era él el que cargaba con ellos hasta que el embarazo llegaba a término. Ramón me hizo dar la vuelta y me atrapó contra el cristal mirándome con un

brillo pícaro en los ojos.

—Hasta eso sería capaz de hacer por ti si te casaras conmigo.

—Pregúntame dentro de diez años.

—Para entonces ya será demasiado tarde —me respondió.

Luego me soltó y me di perfecta cuenta de que se había enfadado. Él quería que la relación avanzara más deprisa, de hecho quería llevarla a un punto al que yo sabía que nunca llegaría, puesto que veía claramente que era demasiado mayor para mí y que había cosas que yo quería hacer con mi vida en las que él no tenía cabida. No me habría podido imaginar el poco tiempo que nos quedaba para estar juntos. No me habría podido imaginar que, en menos de un año, él habría muerto.

Estoy hojeando uno de los libros de Nell sobre la memoria y me encuentro con una ilustración que me llama la atención: un caballito de mar en brillantes tonos verdes y azules. El título del capítulo es «La función del hipocampo». El hipocampo es una parte del cerebro de forma curvada situada en el centro de cada lóbulo temporal justo encima del oído. Se llama así porque a los primeros anatomistas les pareció que tenía forma de caballito de mar. A pesar de que la función del hipocampo sigue siendo en gran medida un misterio, los neurólogos sí saben que es fundamental para aprender datos nuevos, recordar acontecimientos recientes y transferir información nueva a la memoria a largo plazo. Si el hipocampo está dañado, los recuerdos antiguos permanecen intactos pero no se forman los nuevos.

Es como si una línea invisible demarcara el espacio en mi mente creando una división temporal tan profunda como un abismo insalvable que separa el antes y el después de que Emma desapareciera. En alguna parte de mi cerebro está almacenada toda una vida de recuerdos, una intrincada red de información racional y emocional —impresiones sensoriales, voces y breves películas con las imágenes de acontecimientos tanto importantes como triviales—, todas esas cosas que componen la historia personal de cada uno. Emma está allí, y Jake, y Ramón, Annabel, mi madre, mi infancia. Lo único que tengo que hacer para revivir un momento feliz que haya pasado con alguien a quien quiero es conjurar uno de los billones de recuerdos almacenados y, sin embargo, no puedo evitar preguntarme por qué mi memoria ha sido de tan poca ayuda respecto al día en que desapareció Emma. ¿En virtud de qué sinapsis en concreto se escogieron los detalles que se almacenarían y los que por el contrario serían desechados?

Capítulo 25

Jake y yo vamos en coche a los Baños Sutro una fría mañana de finales de agosto. No hay más que unos cuantos turistas por allí; un ligero olor a pescado y a los cipreses que bordean los acantilados cercanos impregna el aire. Ninguno de los dos menciona lo que nos ha traído hasta aquí, ninguno se atreve a poner palabras al miedo mientras nos asomamos desde el borde del aparcamiento y contemplamos las ruinas grises envueltas en la bruma.

Un equipo de búsqueda cubrió toda esta zona en las cuarenta y ocho horas siguientes a la desaparición de Emma y no encontraron nada. Además, yo ya he venido un par de veces también. No hacemos más que volver sobre nuestros propios pasos, buscar en los mismos sitios una y otra vez.

Lo que queda de los viejos Baños Sutro son estas ruinas justo al final de la península. Los baños, que se inauguraron en 1869 y fueron pasto de las llamas setenta años más tarde, eran un edificio pintado de verde con un inmenso techo de cristal; ocupaba una extensión de unos ocho mil metros cuadrados y contenía quinientos diecisiete vestuarios privados, seis tanques con más de catorce millones de litros de agua de mar y un anfiteatro con paseo incluido con capacidad para siete mil personas. Ahora sólo quedan las bases de los pilones de hormigón y da la sensación de que fuera el fin del mundo, de que el Apocalipsis ya hubiera llegado a esta pequeña parte del acantilado y la playa, aunque sin afectar al resto de la ciudad.

Cuando sube la marea, la corriente arrastra cosas más allá de los baños hasta la bahía, pero algunas se quedan encalladas entre las ruinas para luego ser arrastradas de nuevo a mar abierto. Al mirar hacia abajo en dirección a esa especie de catacumbas y contemplar cómo las olas pasan por encima de los muros derruidos, se tiene la sensación de estar en otra época, una mucho más oscura: la inmensa estructura circular que en su día sirvió como tanque en que se almacenaba el agua de mar que iba a los baños está ahora llena de agua de lluvia estancada con una fina capa de verdín en la superficie.

—Mi padre venía aquí a nadar de niño —murmura Jake—. Tengo una foto suya de pie en un trampolín con uno de esos trajes de baño negros de lana que se alquilaban antes.

Miro por los prismáticos hacia las frías aguas del Pacífico: por el mar un tanto picado una barcaza avanza hacia la bahía; hay una montaña de cajas de transporte con caracteres chinos apiladas en tres hileras sobre la cubierta. Muevo los prismáticos un poco y ya no estoy viendo la inmensidad del océano sino una catacumba con cosas flotando: una lata de Coca-Cola que se está volviendo rosa de estar a la intemperie, una prenda de vestir deshilachada, un libro con cubiertas de pasta blanda empapado. Voy deteniéndome en cada compartimento, uno por uno, aterrorizada por lo que podría ver: quienes cometen los crímenes más atroces tienen que esconder la evidencia en algún sitio, una semana sí y otra también se encuentra un cuerpo sin

vida en algún descampado, contenedor o edificio abandonado. No quiero ni pensar en los millones de sitios donde se podría esconder el cuerpo de una niña, pero es imposible no pensarlo, imposible no imaginar las posibilidades más terribles.

Jake está de espaldas a mí y, aunque no lo dice, sé que está rezando. Desde aquel día en que lo acompañé a misa no me ha presionado para que vuelva, pero sé que él sí ha estado yendo todas las semanas y charlando de vez en cuando con el sacerdote. Me enfurece que prefiera dar rienda suelta a toda su amargura en presencia de un extraño y que confíe en mí tan poco además de pensar que el grupo de apoyo es una pérdida de tiempo. Esta mañana me sorprendió mucho que llamara para pedirme que viniera con él, pero también me sentí agradecida porque hubiese hecho el gesto de acercarse, para intentar —a su manera— conectar de nuevo.

Escudriño las ruinas una última vez.

—Nada —decreto con una sensación de alivio en el pecho.

Todo el cuerpo de Jake se relaja, como si alguien hubiera soltado una cuerda que lo tensaba.

Bajamos por el empinado sendero dejando atrás los baños; al final hay un túnel oscuro excavado directamente en la roca y la temperatura baja de repente en cuanto entramos. Hay eco y el ruido constante de agua que gotea por las paredes hasta caer salpicando en los charcos del suelo. Al otro lado se ve la luz del día entrando por la boca del túnel. Jake hace algo que llevaba semanas sin hacer: me da la mano. Salimos por la otra punta; las rocas bajo nuestros pies está húmedas y resbaladizas, y el agua se cuela entre ellas. A lo lejos, las colinas de los Marine Headlands se extienden hacia el mar con sus contornos afilados suavizados por la niebla.

—¿Te acuerdas de cuando trajimos aquí a Emma? —me pregunta.

—Sí.

—Le entusiasmó que fuéramos a explorar el viejo fuerte —recuerda al tiempo que mete la mano en el bolsillo provocando el tintineo de las llaves que lleva dentro —. ¿Te acuerdas de lo que insistió para que volviéramos al coche a por sus muñecas para que tú les sacaras una foto a todas encima de un cañón?

Se le quiebra la voz, me rodea los hombros con los brazos y se aferra a mí. Tal vez si Emma hubiese muerto, si hubiéramos visto cómo ocurría y asistido al funeral, podríamos soportar los recuerdos. Quizá seríamos capaces de repetir cosas que solía decir, de rememorar las excursiones que hicimos con todo lujo de detalle. Tal vez si estuviera muerta descubriríamos algún lenguaje con el que hablar de ella. Pero no saber dónde está, no saber si está sufriendo, si está sola, si tiene miedo, hace que todo eso sea imposible. Cada agradable recuerdo que provocamos con nuestras palabras viene acompañado de otras imágenes, más oscuras, que acechan en un segundo plano.

El viento despeina a Jake tapándole la cara con los cabellos; tiene el jersey de lana salpicado de gotas de agua salada. Nos quedamos un rato allí, de pie y en silencio, temblando y con la mirada fija en las gélidas aguas.

Desde aquí podemos ver las figuras de los surfistas igual que diminutas hormigas

negras mecidas por las olas, esperando. Una vez leí en algún sitio que una ola puede viajar miles de millas por el océano antes de llegar a la costa. Los surfistas parecen muy relajados ahí sentados a horcajadas sobre sus tablas, pero la verdad es que sus cuerpos deben de estar conectados de algún modo no sólo con la superficie del agua sino también con lo que pasa por debajo; gracias a una especie de truco de magia o un instinto o unos poderes especiales, deben de ser capaces de identificar el momento exacto en que esa ola que viene viajando desde tan lejos arrastra el fondo de una forma determinada y empieza a formarse la pared de agua. Hasta parece una casualidad cósmica que la ola y el surfista acaben siquiera encontrándose.

Capítulo 26

La Holga se inventó en Hong Kong en 1982. El nombre viene del término *ho guong* que significa «muy brillante»; está hecha casi toda de plástico y las piezas no encajan perfectamente. El resultado es que la luz se cuela por las rendijas que quedan y eso provoca haces y vetas de sobreexposición en las imágenes. Las fotografías hechas con esta cámara siempre desconciertan un poco, es como encontrarte de pronto en medio del sueño de otra persona.

La cuarta foto del carrete es una doble exposición, dos imágenes distintas una encima de la otra: Emma alejándose de mí y la cría de foca muerta captada a varios metros de distancia. El resultado es que parece que Emma esté flotando unos cuantos centímetros por encima de ésta; entre sus diminutos pies y el animal hay una banda de luz resplandeciente.

Me imagino lo que pensaría alguien que viera esta foto al cabo de los años sin más explicación, sin saber nada de que se trata de una doble exposición: seguramente quien contemplara la imagen asumiría que esas dos figuras —la niña y la cría de foca — estuvieron realmente en esa posición, en ese momento, de manera simultánea. Tal vez se imaginaría que ella estaba saltando por encima de la foca, lo que explicaría el poco espacio que separa sus pies del cuerpo curvado del animal. No sospecharía que, en ese momento, faltaban escasos segundos para que la niña se topase con su secuestrador.

Cuando vemos una instantánea, fuera de contexto y sin un marco de referencia temporal, inmediatamente creamos una historia, una manera de encontrarle sentido. Todos llevamos un *voyeur* dentro, todos entramos en una relación unidimensional con la persona que aparece en la foto: nosotros miramos y ésta es observada y, por lo general, los que miran son los que tienen el control.

Capítulo 27

Es 22 de septiembre. Dos meses justos desde que Emma desapareció.

Gracias a un viejo conocido que trabaja en la cadena de televisión NBC, Jake ha conseguido aparecer en *Today*, que presenta Katie Couric, el típico programa de las mañanas, de entrevistas y demás, con un gran nivel de audiencia. Se marchó en el vuelo de madrugada a Nueva York ayer por la noche. En pantalla parece ligeramente distinto pero no estoy segura de por qué, aunque luego me doy cuenta —mientras le explica a la presentadora la desaparición de Emma y describe pequeños rasgos característicos como la diminuta cicatriz del antebrazo o el lunar justo a la derecha de la nariz— de que lleva maquillaje: un poco de base, un toque de corrector de ojeras…, otra transformación más a medida que, gradualmente, cada vez me cuesta más reconocerlo.

NBC muestra un vídeo casero de Emma patinando por la acera, saludando a la cámara cuando se acerca. Después a Katie Couric se le llenan los ojos de lágrimas y da paso a la publicidad.

—Estamos buscando a la madre de Emma —dice Jake en un momento dado, y luego mira directamente a la cámara—: Lisbeth, si me estás viendo, necesito hablar contigo.

Hay una intimidad extraña en la forma en que lo dice, a pesar de que su petición esté siendo retransmitida para una audiencia de varios millones. Y al verlo pienso que es él quien se está agarrando a cualquier cosa. Si Lisbeth quisiera que la encontraran, a estas alturas ya se habría dejado ver. Aparece una fotografía en pantalla, un primer plano de su cara, la misma foto que Jake le dio a Sherburne al principio de la investigación. «Una de las pocas que he conservado —me dijo a mí—. Las habría tirado todas pero pensé que algún día Emma querría saber qué aspecto tenía su madre».

En la foto, Lisbeth lleva una larga melena oscura y tiene la cara delgada; está sonriendo pero no de manera muy convincente; la han recortado para mostrarla en pantalla. Recuerdo la foto original y lo que no se ve en ésta: Emma de bebé en un cochecito a su lado. La primera vez que vi esta foto me sorprendió el hecho de que Lisbeth no estuviese mirando a Emma ni la tocara; estaban en la calle, un día de niebla, y una fina franja de luz blanca separaba a madre e hija.

Nunca le dije a Jake que comprendía a la mujer de la foto: tenía unas pronunciadas ojeras y manchas de leche en la camiseta donde ésta se apretaba contra los pezones de sus voluminosos pechos; por la mirada y la postura se veía claramente que todavía se estaba recuperando después de haber estado veintitrés horas de parto y una cesárea de urgencia, un dolor físico que yo ni alcanzo a imaginar.

Jake me llama por la tarde desde el aeropuerto de LaGuardia para decirme que viene en el siguiente vuelo.

—Quizá lo que nos hacía falta era esta pequeña separación —añade con tono

optimista pero cauteloso.

A lo largo del día llegan montones de pistas y hay muchas visitas a www.buscandoaemma.com. Al día siguiente, mientras comemos una pizza en el Sausage Factory, justo al lado del centro de operaciones, Jake habla de todas las cosas que haremos juntos cuando Emma vuelva a casa: iremos a Disneyland, haremos un crucero por Alaska… No le recuerdo que, tan sólo unos días atrás, estaba convencido de que Emma se había ahogado. Jake solía ser la persona con el temperamento más estable del mundo, nunca tenía cambios bruscos de humor ni daba virajes repentinos de opinión pero, ahora, cambia de perspectiva de un día para otro y nunca sé en qué estado me lo voy a encontrar.

Se le cae el tenedor al suelo dos veces y él, que por lo general es de una pulcritud absoluta cuando come, tiene la pechera de la camisa llena de migas.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—No he dormido. En una temporada. Igual en una semana. El fin de semana pasado limpié el garaje. ¿Te lo puedes creer? ¡El garaje, como si importara! Pero llevaba tanto tiempo sin ocuparme de nada y ya me había recorrido hasta el último rincón de la ciudad tantas veces, había hablado con todo el mundo que encontraba a mi paso… No podía dormir y me sorprendí camino del cuarto de Emma, pero no fui capaz de entrar ahí otra vez. Tenía que ocupar con algo las horas de la noche y al final limpié el garaje.

Sé a qué se refiere con «ocupar con algo las horas». David, de Padres de Niños Desaparecidos, me ha estado animando para que vuelva a trabajar.

—No tienes que empezar al mismo ritmo de antes —me dice—, sólo unos cuantos encargos, para ir viendo qué tal hasta que estés preparada para lanzarte otra vez.

Según él es el primer paso para volver a poner mi vida en orden.

—¿Cómo voy a reconstruir mi vida si me falta una de las piezas fundamentales? —argumento yo.

—Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por Jake —me responde—. El trabajo te ayudará a tranquilizarte, créeme; después de que Jonathan desapareciera, el trabajo fue lo que me salvó.

Pensé que tal vez tenía razón y que, incluso si no la tenía, yo ya había aceptado demasiado dinero de Annabel, así que la semana pasada respondí con pocas ganas a una llamada de un potencial cliente. Decidí empezar con algo fácil, nada arriesgado, una boda o una fiesta infantil de cumpleaños o la inauguración de un restaurante.

Después de comer voy a mi tienda de fotografía favorita, Adolph Gasser, donde todo sigue exactamente igual: un revoltijo de equipos para la iluminación en la parte de atrás, lo más caro en vitrinas cerradas con llave; unos cuantos libros y estaciones de impresión digital en el centro de la tienda; la única diferencia es que ahora hay una foto de Emma en el cristal. La misma octavilla que sigue pegada a los postes de teléfono y los escaparates de toda la ciudad. Me imagino que la gente que pasa por

delante ya no se fija, que para ellos se trata simplemente de la foto de una niña que desapareció hace un par de meses, una historia triste pero que no forma parte de sus vidas en absoluto.

Me encuentro a Marly tras el alto mostrador de madera, en el mismo sitio que el día antes de que Emma desapareciera: tiene veintinueve años, estudia en la Escuela de Bellas Artes de California, es muy corpulenta y lleva medio cuerpo tatuado. En los seis años que llevo viniendo, ha habido una sucesión —aparentemente interminable — de estudiantes de fotografía tras ese mostrador.

Escojo unos rollos de película, pilas y papel y lo llevo todo a la caja, donde se lo entrego a Marly junto con la Visa.

—Te hemos echado de menos —me saluda al tiempo que pasa la tarjeta por el lector—. Lamento lo de Emma.

—Gracias.

Mete mis compras en una bolsa de papel y siento una sensación rara al salir con ella en la mano, como si fuera un elemento de atrezo de una obra de teatro que ya ha concluido.

Camino de la parada del tranvía paso por delante de una hilera de televisores en el escaparate de una tienda de electrodomésticos, todos sintonizados en el mismo canal. El rostro de Emma aparece en las pantallas: los cabellos negros de Emma, la sonrisa con hoyitos de Emma, el flequillo en escalera de Emma; en decenas de pantallas a la vez. Luego aparece un *sheriff* de pie ante un atril con un inmenso micrófono delante y una multitud de periodistas y curiosos a su alrededor. Noto un nudo en la garganta y se me pasa por la cabeza lo peor: han encontrado a Emma y está muerta.

Oigo los frenos de un autobús en la calzada a mis espaldas, la gente sigue caminando por la acera, alguien me roza la espalda con el brazo al pasar; una hija y una madre se paran delante del escaparate: la niña debe de tener unos catorce años, lleva vaqueros ajustados y un top que deja a la vista medio talle.

—¿Habrá noticias de la niña desaparecida? —me pregunta.

—No sé —respondo.

—Es una lástima —comenta la madre—: hay cientos de niños que mueren todos los días en Oriente Medio pero aquí sólo nos fijamos en esta niña; porque es blanca, mona y americana.

Dicho eso menea la cabeza y agarra a la hija del brazo. Prosiguen la tarde de compras, con un montón de bolsas en cada mano.

Entro en la tienda de electrodomésticos y subo el volumen de uno de los televisores: es el *sheriff* de Morro Bay a unas cuatro horas al sur de aquí. A su espalda hay una fila de hombres trajeados y uniformados, todos tratando de no salirse del plano; uno con la cara enrojecida y unos cuantos mechones de pelo peinados hacia atrás sobre la calva da un paso al frente, supuestamente para ajustar la altura del micrófono, pero se ve que lo que quiere es acercarse a la cámara.

—Disponemos de nueva información sobre el caso de Emma Balfour —anuncia

el *sheriff*. Mi primera reacción es de sorpresa seguida del familiar pánico (el corazón desbocado, una pesadez y un hormigueo en la cabeza), y luego por fin una cautelosa llama de esperanza; todo eso en escasos segundos, mientras espero que siga hablando —. A mediodía de hoy, una mujer se personó en la comisaría diciendo ser Lisbeth Balfour, madre de la niña desaparecida, y hemos podido comprobar que ésta es efectivamente su identidad. Ahora podrán ustedes hablar con ella brevemente y yo también estoy a su disposición para responder a cualquier pregunta que deseen formular.

Tardo unos instantes en registrar la información; por un instante siento una alegría inmensa, a la que sigue la sospecha. «¿Por qué ahora —me pregunto—, por qué ha elegido Lisbeth este preciso momento para aparecer ante el mundo?».

El *sheriff* carraspea y se retira. Los hombres trajeados se hacen a un lado para dejar que pase la mujer, que no es en absoluto como me la imaginaba, no se parece apenas a la de la fotografía de hace casi siete años. A partir de las descripciones de Jake, me esperaba a alguien con los ojos hundidos característicos de los heroinómanos, arrastrando las palabras, con el pelo ralo, llena de moretones consecuencia de la última mala elección de novio… Pero no es el caso: es de mediana estatura, algo rellenita, con los cabellos oscuros bien arreglados y lleva un discreto traje de chaqueta azul marino.

—Me llamo Lisbeth Dalton —dice lentamente—. Lisbeth, L I S B E T H.

Hace una pausa y sonríe. Tiene los labios pintados de rojo, lleva un collar de perlas que no hace juego ni con el vestido ni con los pendientes, también de perlas. Es atractiva en el sentido en que lo podría ser la típica ama de casa de clase media; tiene la nariz recta —como la de Emma— y el rostro bronceado. Intento imaginármela con Jake pero me resulta imposible. ¿Qué vio en ella? ¿Qué sería lo que tenían en común?

—Soy la madre de Emma —anuncia—. No me enteré de la terrible tragedia hasta ayer cuando oí que mi marido…, perdón, mi ex marido había salido en *Today*.

Sé que miente. Es impensable que hubiera estado viviendo en la zona de Morro Bay y no se hubiese enterado de nada, la historia ha sido mencionada hasta la saciedad en las noticias.

Lisbeth se lleva los dedos a uno de los pendientes y de repente me doy cuenta de que tengo unos iguales: me los regaló Jake cuando cumplimos seis meses juntos, un gesto enternecedor aunque no me los pongo casi nunca porque son del estilo de los que solía llevar mi madre, todo un emblema de feminidad respetable. Se me ocurre que seguramente los de Lisbeth también fueron regalo de Jake y me siento como una imbécil; me asalta la duda de qué otros regalos habrá hecho por duplicado.

Lisbeth sonríe y se le marcan los hoyuelos en las mejillas: el parecido de Emma con su madre es innegable.

—Sólo quería presentarme públicamente —continúa hablando— y decirle al secuestrador, quienquiera que sea, que por favor me devuelva a mi hija. Y, Emma, si

me estás viendo, te quiero mucho, cielo, rezo por ti cada día; todos queremos que vuelvas a casa.

Todo esto dicho por la mujer que se fue un mes de vacaciones a Cancún —sola— cinco meses después de que naciera Emma, la mujer que abandonó a Jake y Emma hace tres años y rara vez se ha molestado en llamar siquiera.

—¿Estaba usted en contacto con su hija? —le pregunta un periodista.

—Sí —miente ella.

—¿Qué le diría a la prometida de Jake, Abigail Masón?

Se vuelve a llevar la mano al pendiente y mira directamente a la cámara.

—Lo que ha pasado me ha roto el corazón, estoy destrozada, pero quiero que esa mujer sepa que la perdono.

—Dadas las circunstancias, ¿desearía haber tenido usted la custodia de Emma? —interviene otro reportero.

—Por supuesto, pero no dejan de ser elucubraciones; lo que ha pasado, ha pasado y hay que seguir adelante. Lo importante ahora es encontrar a mi niña.

Lo que transmite Lisbeth ante los micrófonos no es desesperación ni impotencia; cada palabra, cada gesto, parece premeditado.

—Si la encuentran —plantea un tercer periodista—, ¿solicitará usted la custodia?

—Es muy probable, a fin de cuentas soy su madre. Su padre y yo hemos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero ya es hora de dejar todo eso de lado y encontrar a nuestra niña.

«¿Nuestra niña?», me indigno, espoleada por una vena posesiva que no sabía que tenía.

Llamo a Jalee desde el móvil pero no me contesta; me abro paso entre la multitud por Union Square, tan furiosa que me cuesta concentrarme en la trivialidad de llegar a casa.

Intento de nuevo localizar a Jake, esta vez en el centro de operaciones. Responde a la llamada Brian; oigo que está puesta la televisión y los teléfonos que no dejan de sonar, y también unas cuantas voces que se superponen.

—¿Has visto la conferencia de prensa? —le pregunto a Jake cuando se pone al teléfono.

—Sí, me he quedado de piedra.

—¿Qué crees que busca?

—No es fácil saberlo. Sherburne la va a citar esta tarde en la comisaría y Lisbeth ya ha accedido a someterse a la prueba del polígrafo. —Tiene la voz ronca y cansada —. El caso es que yo seguía teniendo la esperanza…

—Sí, ya lo sé.

Durante todo este tiempo Jake se ha estado aferrando a la tenue posibilidad de que Emma estuviera con su madre, y yo he hecho lo mismo porque eso por lo menos significaba que la niña estaba relativamente a salvo, como mínimo viva. No obstante, si Lisbeth hubiese tenido algo que ver, sin duda no habría dado una conferencia de

prensa.

Estos últimos acontecimientos me dejan con una profunda sensación de fracaso: otro callejón sin salida, otra esperanza rota. El área de búsqueda continúa expandiéndose.

—Voy para allá ahora mismo —le digo a Jake.

—Estoy a punto de marcharme al canal KQED para una especie de segunda parte de la entrevista con Couric; nos vemos en mi casa después.

Se corta la comunicación. Últimamente, la mayor parte de nuestras conversaciones son de este estilo, nunca nos decimos lo suficiente.

Llego a casa de Jake a las siete. No contaba con el coche aparcado en la entrada, un Cabriolet rojo. Me encuentro la puerta principal cerrada y, por algún motivo, siento que no es buen momento de usar mi llave, así que llamo con los nudillos. No hay respuesta. Toco el timbre, me abre Jake y noto inmediatamente que pasa algo cuando no me saluda con el habitual beso fugaz en los labios, una costumbre que pese a todo lo que ha ocurrido ha seguido manteniendo, una de las pocas cosas con las que todavía puedo contar: que siempre me saludará con ese beso fugaz.

—¿Tienes visita?

Asiente con la cabeza y se hace a un lado para dejarme ver el interior de la casa.

—Lisbeth está aquí.

No me da tiempo a prepararme, a ocultar mi sorpresa: está sentada en el sofá del cuarto de estar con una taza de café apoyada en la rodilla.

—Hola —me saluda sonriente.

—Abby —me presento.

—¡Ah! —me mira de arriba abajo—, la prometida.

Ardo en deseos de preguntarle cómo ha podido tener la desfachatez de venir y sentarse en el sofá de Jake como si fuera su sitio, como si los últimos tres años nunca hubieran pasado, pero en vez de eso farfullo:

—Te he visto en la televisión.

—¿Ah, sí? ¡Estaba tan nerviosa! No se me da nada bien eso de las cámaras.

Jake hace un gesto en dirección al sillón que hay junto a la ventana.

—Siéntate.

Lo dice en un tono cordial, como el que emplearía con un vecino que se ha pasado a tomar un café.

—¿Te apetece un café?

—Bueno.

—Voy a hacer más.

Desaparece por la puerta de la cocina.

Lisbeth lleva el mismo traje de chaqueta azul marino de la conferencia de prensa, pero se ha soltado los dos primeros botones.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto; parece la única cosa lógica que cabe decir a esta mujer que simplemente ha aparecido de la nada.

Da un sorbo de café.

—¿Disculpa?

—¿Qué quieres de él?

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Lo abandonaste; peor aún, abandonaste a Emma. Casi no han sabido nada de ti desde que te largaste y de repente te plantas delante de una cámara haciendo de madre desconsolada.

Apoya la taza en el borde de la mesita y cruza las piernas, con lo que la falda se le desliza por el muslo mostrando una marca de nacimiento ovalada justo debajo de la rodilla.

—¿Crees que no tengo sentimientos? ¿Crees que no quiero a esa niña?

Tiene los ojos de un verde profundo, bonitos: los ojos de Emma. Se inclina hacia delante, se remanga la chaqueta y alarga los brazos con las palmas de las manos hacia arriba; tiene la piel destrozada, un verdadero galimatías de pinchazos y venas dañadas. Instintivamente aparto la mirada.

—Ninguna madre del mundo a la que le importase su hija lo más mínimo se quedaría para que ésta la viera en semejante estado —declara al tiempo que vuelve a bajarse las mangas—. Si hubieras sido drogadicta lo sabrías, no se puede criar a un hijo estando así.

Una parte de mí quiere creerla pero no es más que un impulso pasajero. ¿Qué me impide sentir por ella la misma compasión que me despierta cualquier yonqui que pide dinero en la zona de Tenderloin? ¿Por qué esta dureza, por qué esta ira? Trato de mantener la voz calmada.

—Nunca llamaste para preguntar cómo estaba, ni siquiera le enviaste jamás una tarjeta de cumpleaños.

—Mi vida era una mierda —responde—, tenía que ponerla en orden primero.

—Pero… has debido de enterarte de que había desaparecido, ¡¿cómo no ibas a haber oído o leído algo?!

—No veo la televisión —argumenta— y no sigo las noticias; fue una amiga la que me contó lo de *Today*.

—Ya.

Jake vuelve de la cocina y me da una taza de café. En los viejos tiempos, cuando éramos igual que una pareja de una serie de televisión, yo habría gastado alguna broma sobre lo mal anfitrión que era, dejándonos solas para pasar el mal trago, pero todo esto no tiene nada de gracioso, no hay manera de salvar la situación.

—Jake me estaba contando cómo va la investigación —prosigue Lisbeth sin inmutarse, como si el desagradable intercambio de hace un segundo nunca hubiera ocurrido.

Él se instala en el sofá a su lado; sentados ahí los dos parecen una pareja, toda una historia se desvela ante mis ojos, un retrato de familia con el que no he tenido que enfrentarme hasta ahora pues no hay fotos de Lisbeth en la casa, ni una sola

instantánea de Jake, Lisbeth y Emma juntos, y Jake rara vez habla de su ex mujer. Desde que lo conozco, siempre han sido sólo él y Emma, felices de estar juntos aunque hasta cierto punto les faltase algo. Siempre tuve la impresión de que así era, pero no me había dado cuenta de que ese algo ya había estado ahí en otro tiempo; yo me imaginaba un espacio abierto esperando a ser llenado por alguien como yo, por mí. Me había entusiasmado con la idea de entrar en su familia, de completar la foto, pero al observar ahora a Jake y Lisbeth juntos me doy cuenta de que forman una pareja de manera natural, de un modo que tiene sentido: pese a que hace años que no se ven hay entre ellos una familiaridad evidente; la veo en la manera en que él se recuesta en el sofá a su lado, en la forma en que Lisbeth alarga la mano para tirar de la punta de su vestido que se ha quedado atrapada bajo la pierna de él.

Jake cierra los ojos. Parece tan cansado, tan falto de energía, que siento ganas de acercarme y abrazarlo, apoyar su cabeza en mi regazo y acariciarle el pelo como solía hacer cuando había tenido un mal día en el trabajo; quiero reclamar todo lo bueno que solíamos compartir, pero ella le aprieta la mano y Jake —y no son imaginaciones mías— le responde con el mismo gesto.

Más tarde, cuando ya se ha marchado Lisbeth, no me puedo contener y le hago a Jake la que a mi juicio es la pregunta más obvia en esos momentos.

—¿Así que ahora resulta que Lisbeth se preocupa por Emma?

Una vez más noto esa vena posesiva en mi interior: sé que Emma no es hija mía pero lo que siento por ella no es un cariño comedido y razonable que no pierde de vista los aspectos semánticos de la relación, sino un amor en el que no tienen cabida los conceptos de «madrastra» e «hijastra», y desde luego no es un amor tan dócil que me permita simplemente apartarme a un rincón cuando aparezca la madre biológica. Cuando Jake y yo decidimos casarnos fue él quien abordó el tema de la adopción: «No digo que tenga que ser ahora mismo —me explicó—, pero sencillamente es algo que tal vez nos queramos plantear en el futuro». A mí me pilló por sorpresa pero me encantó la idea y permanecí de pie un instante sin moverme, en silencio, mientras grababa en mi memoria el recuerdo de aquel momento. Ahora en cambio no sé cómo procesar esta nueva información, la presencia de Lisbeth.

—Está preocupada de verdad —argumenta Jake—, no está fingiendo.

—¡Venga ya, Jake! Piénsalo un poco: si vive en Morro Bay, tiene que haber sabido desde el principio que Emma había desaparecido, así que ¿por qué esperar dos meses antes de dejarse ver? Está muy claro, ¿no te parece? Ha entrado en escena ahora porque no le quedaba otro remedio; su foto estaba saliendo en la televisión por todo el país, sabía que alguien acabaría reconociéndola. Esta aparición repentina no tiene nada que ver con Emma sino con Lisbeth, precisamente fuiste tú quien me dijo que nunca piensa en nadie más que en ella.

—No estoy justificándola, Abby, y nunca he dicho que comprendiera por qué hacía las cosas… Para serte sincero, creo que es de otro planeta. Me ha… —Aparta la mirada sin terminar la frase.

—¿Te ha qué?

—Ha tenido el descaro de preguntarme si todavía teníamos una oportunidad.

—¿Qué oportunidad? ¿A qué te refieres?

—Ella y yo, si… cuando Emma vuelva. Quería saber si podíamos volver a intentarlo, ser una familia.

Estoy haciendo grandes esfuerzos por ignorar esta sensación de que la tierra se abre bajo mis pies; es una sensación física parecida a los temblores que se notan después de un terremoto, esa impresión de que todo es inestable, de estar completamente a merced de fuerzas que escapan a mi control.

—Eso es una locura —sentencio yo.

Se muerde el labio inferior, un gesto que me lleva de vuelta a cuando lo conocí en el auditorio del instituto.

—Sí, claro.

Pero me doy perfecta cuenta de que hay una pequeña parte de él que no cree que sea una idea tan descabellada. Ése es el gran defecto de Jake, que tiene tal capacidad de perdonar que ya resulta excesiva. Hasta ha intentado —sé de sobra que lo ha intentado— perdonarme a mí.

Capítulo 28

Al día siguiente, cuando ya voy camino de la inauguración del restaurante, me entran dudas de si seré capaz, sobre todo ahora que tengo la imagen de Lisbeth grabada a fuego en mi mente y sus palabras se repiten sin cesar dentro de mi cabeza: «A fin de cuentas soy su madre».

Para cuando llego al restaurante, está ya abarrotado. Muchas veces, cuando estoy en un trabajo, me sorprende la cantidad de gente joven, guapa, rica y sin preocupaciones que hay en San Francisco, lo numerosos que son los del peinado perfecto y el atuendo impecable. Cuando me mudé aquí a principios de los noventa, la ciudad todavía estaba algo dejada, sin pulir del todo; aún conservaba, en según qué cosas, un cierto aire de puesto fronterizo del oeste en el que artistas y escritores alquilaban estudios destartalados, incluso compartiendo habitación, y salían por antros de las zonas de Mission y Lower Haight. Francamente, me gustaba más entonces, antes de que todos los bares tuvieran carta de vinos y todos los veinteañeros tuvieran opciones de suscripción de acciones.

Mientras hago fotos de los asistentes pienso en las grandes ideas que me inundaban la cabeza cuando empecé: me proponía hacer fotos descarnadas de los inmigrantes ilegales y la pobreza urbana, las prostitutas envejecidas, las madres solteras que a duras penas llegan al salario mínimo… Cuando acabé la licenciatura en fotografía documental en la Universidad de Tennessee me mudé a San Francisco, alquilé un apartamento con cañerías en mal estado y paredes desconchadas en pleno corazón de Mission, convertí el cuarto de baño en un cuarto oscuro, me busqué un trabajo de camarera en un bar de tapas y me pasaba el tiempo vagando por las calles con la cámara en la mano. Pensé que con mis fotos podía marcar la diferencia, que con ellas ayudaría a la gente a «ver» al otro. Por aquel entonces, si me hubieran dicho que iba a terminar haciendo reportajes de inauguraciones de restaurantes de moda y fiestas de Navidad de empresas me habría reído, pero no tardé mucho en darme cuenta de que el tipo de fotografía que yo quería hacer no servía para pagar las facturas.

Las primeras fotos me resultan casi imposibles pero al final voy pillando el ritmo: soy poco más o menos igual que una máquina que identifica las escenas adecuadas, busca el encuadre, comprueba la luz, enfoca y aprieta el disparador. Luego, de vuelta a casa en el coche, mientras atravieso cúmulos aislados de densa niebla que se mueven a toda velocidad, me pregunto si Emma me lo perdonaría, el hacer algo tan banal como trabajar, sacar fotos en una fiesta mientras ella sigue en alguna parte, esperando.

Capítulo 29

Día 70. Luce el sol y las olas rompen con fuerza. Han cortado la carretera para hacer controles de erosión: la arena ha invadido los cuatro carriles y todos los semáforos parpadean en rojo. Jake me dijo una vez que, cuando era niño, la Greath Highway era una larga secundaria que discurría paralela a la costa en línea recta, donde los chavales hacían carreras con piques entre dos coches. Ahora, con la superficie cubierta de finas capas de arena arrastradas por el viento, parece abandonada: es viernes por la tarde en una de las principales ciudades del país y en su límite occidental se encuentra esta carretera desierta, esta tierra de nadie. Aparco junto al parque de Sutro Heights y subo hasta lo alto del parapeto, que es lo único que queda del imponente edificio de Sutro House que se erigió en este lugar en otro tiempo. Desde aquí tengo una vista perfecta de Ocean Beach. Hoy hace un día que no se parece en nada al de la desaparición de Emma: entonces la niebla, de un blanco impoluto, era tan densa que no se veía nada, hoy en cambio veo la playa entera que se extiende casi cinco kilómetros hacia el sur, hasta Daly City. Mientras casi todo el país se prepara para el otoño, San Francisco se va caldeando: éste es nuestro verdadero verano, septiembre y octubre. Se divisan unos puntos negros oscilando arriba y abajo en medio de las olas a lo largo de la costa: trajes de neopreno. Al principio de llegar a San Francisco conocí a un tipo que hacía surf y a veces lo acompañaba a Pacifica o Bolinas donde las olas no son tan grandes y para los principiantes es mejor, o nos comprábamos unos bocadillos en el Joe’s Deli y nos íbamos a Ocean Beach a sentarnos en una manta y ver a los surfistas más intrépidos batallando con las inmensas olas de Kelly’s Cove. Mi amigo no podía disimular su admiración.

—¡Increíble! —solía decir al tiempo que observaba a los veteranos pillar olas imponentes—. ¡Daría lo que fuera por ser capaz de hacer eso!

Siempre que ponían una película de surf en el Red Vic sacaba entradas para el día del estreno, y había visto tantas veces los documentales *September Sessiones* y *Step in to Liquid* que tenía los DVD rayados. Más o menos un año después de conocernos se volvió a la costa Este, pero no sin antes haberme contagiado su admiración por el mundo del surf. Ahora bien, nunca he tenido valor para intentarlo, debe de ser por la combinación de la velocidad, los tiburones y las aguas heladas del Pacífico; el mar en esta parte del país siempre me ha parecido precioso pero también aterrador.

Bajo a pie hacia Cliff House y el Louis’s Diner y me quedo un momento de frente al escaparate vacío de lo que era antes la famosa sala de juegos Musée Mécanique con sus sofisticadas máquinas accionadas por monedas, algunas hasta de la década de los ochenta del siglo XIX. Traje a Emma a este sitio unas cuantas veces; le encantaba la feria en miniatura con todas las diminutas atracciones que se ponían en marcha a medida que ibas echando dinero, y el órgano de la marca Mighty Wurlitzer con su rodillo de pianola, sus tubos y sus martillos; pero su favorita era Laughing Sal, la

sonriente Sal, una mujer pelirroja de juguete de tamaño natural encerrada en una hornacina: Emma le echaba monedas de veinticinco céntimos y la observaba traspuesta mientras Sal ponía los ojos en blanco, movía la cabeza y pasaba los dedos sobre un abanico de cartas de vivos colores hasta que por fin salía una carta de la buena fortuna por una ranura. Emma las iba pinchando todas en el corcho de su cuarto, donde todavía siguen: «Viajarás a tierras lejanas». «Un apuesto desconocido te traerá noticias sorprendentes».

Me llegan de lo alto las ráfagas de olor a hamburguesa del Louis's Diner y me doy cuenta de que no he comido nada desde ayer. Bajo por la empinada pendiente hasta Kelly's Cove y me dirijo al sur, sorprendida como siempre por la variedad de cosas que trae el mar cada día hasta esta extensión de arena que he recorrido cientos de veces desde que Emma desapareció: hoy la playa está sembrada de peces muertos, un calcetín de hombre empapado, un tubo vacío de pasta de dientes, macizos de algas, una raqueta de tenis rota, un madero medio podrido… Cada pocos cientos de metros hay restos de las hogueras en torno a las que los adolescentes se reúnen a tomar cervezas por la noche, las chicas de los surfistas bailan y los sin techo calientan sus latas. Mientras Richmond es el distrito de los rusos, Mission el de los mexicanos, Pacific Heights el de los obscenamente ricos y Bernal Heights el de ecologistas convencidos, Ocean Beach desafía las fronteras de los barrios de San Francisco: todo el mundo viene aquí y se mezclan los unos con los otros en medio del viento y la niebla.

Hoy no hay un solo dólar de arena entre los desechos —naturales y de origen humano— que siembran la playa, pero sobre la arena pueden verse manchas negruzcas y el aire huele a alquitrán.

Algo así como medio kilómetro más abajo me encuentro con dos niñas, hermanas, de unos diez y once años, que están recogiendo conchas en la orilla. Van descalzas y con los vaqueros remangados por encima de la rodilla y no paran de reír.

—¿Dónde están vuestros padres? —les pregunto—. No habréis venido solas, ¿verdad?

La más alta agarra a su hermana de la mano. Dejan de reírse de inmediato y se alejan mirándome de reojo, con desconfianza. Busco a mi alrededor pero no veo ni rastro de ningún adulto. ¿Quién será el insensato capaz de dejar que vengan aquí solas?

En la intersección de Judah con la Great Highway cruzo los cuatro carriles y voy hasta los baños en los que busqué frenéticamente a Emma aquel día al poco rato de que desapareciera. Una sin techo se está lavando: a sus pies, en el suelo, tiene desplegado todo el contenido de su neceser que se reduce a un peine de plástico, un trozo de jabón, un tubo de cacao de labios nuevo y un estuche de colorete de plástico. La fuerza de la costumbre me lleva a sacar una octavilla del bolsillo sin pensarlo.

—Estoy buscando a una niña —le informo.

Echa un vistazo rápido y me devuelve la octavilla.

—Sin ánimo de ofender, ¿y quién no? —me responde.

Cruzo la calle La Playa, paso la curva donde los trolebuses de la línea N-Judah se reúnen igual que un ciempiés gigantesco y giran para emprender otro periplo de ida y vuelta hacia el interior. El viento arrastra arena que me golpea el cuello por detrás, oigo el rugir de las olas, puedo oler el dulzor salado típico del océano justo antes de que llueva. El viento golpea los ajados rostros de las casitas cuadradas en tonos pastel desvaídos. Las mesas de las terrazas en Java Beach están vacías, sólo hay un anciano de tupida barba gris que está leyendo un ejemplar manoseado de una novela de misterio de Nelson DeMille, *La escuela del engaño*; en el lado derecho de la cara tiene un lunar verrugoso del tamaño de un doblón. Entro y pido un café americano a un camarero altísimo —se llama Darwin, según informa la chapa de su uniforme— con el pelo rapado y un hilo grueso del color amarillo característico de la campaña de apoyo a las tropas atado a la muñeca: «Lo llevo por mi hermano que está en Iraq», me explicó una vez. Darwin me ha puesto el café tantas veces que estoy empezando a sospechar que vive en Java Beach.

—¿Sigue sin haber noticias? —me pregunta al tiempo que teclea en la máquina registradora.

Niego con la cabeza.

—Tengo más octavillas —le ofrezco al tiempo que las pongo sobre el mostrador; es el noveno montón que traigo a Java Beach, uno por semana desde hace dos meses y medio.

Voy por la Avenida 48 hasta las calles que siguen orden alfabético: Kirkham, Lawton, Moraga, Noriega, Ortega, Pacheco, Quintana, Rivera, Santiago… Siempre me han encantado las calles del distrito de Sunset, el elegante rosario de nombres fácil de recitar. Doblo a la izquierda en Taraval y subo por las avenidas hacia la tienda de surf Dean’s Foggy Surf Shop, acariciando con el dedo el sobre de papel marrón donde llevo las octavillas dentro de la chaqueta. Solía venir aquí con mi amigo el surfista —ahora parece que hace un siglo—, no a comprar sino más bien a charlar, a que pasara la mano por las tablas hechas a medida, a ver a los veteranos y escuchar sus historias sobre cómo solían hacer surf en traje de baño y nada más, en los cincuenta y los sesenta. Los chicos jóvenes que siempre andan por la puerta de la tienda en vaqueros y chanclas tienen algo vagamente inquietante: hablan su propio idioma, no miran a los ojos y parecen fuera de lugar en tierra firme. Incluso en este rincón neblinoso y remoto, siempre son esbeltos y están permanentemente bronceados, con el pelo al estilo Bon Jovi encrespado y tieso por culpa de tanta agua salada. Una cuarta parte de ellos parecen modelos profesionales en su día de descanso y la mayoría da la impresión de tener una vida sexual más bien salvaje.

Dentro, tras el mostrador, hay una chica menuda con largos cabellos castaños sujetos en una cola de caballo y la típica camiseta con el cuello muy cedido en la que se lee «tía surfera». Tiene un piercing en la nariz, una piedra azul diminuta. Cuando me acerco se lleva las manos a las caderas al tiempo que sonríe y me saluda.

—¡Ey!

Me pregunto cuántos años tendrá: ¿dieciocho?, ¿diecinueve? Nunca se me ha dado bien calcular la edad, casi siempre me equivoco; seguramente es porque me fijo más en la talla que en los años. Tiene un aspecto compacto y un poco *punk*.

—Hola —le devuelvo el saludo y luego saco del sobre marrón de la chaqueta los dos retratos robot y los coloco el uno junto al otro sobre el mostrador—. ¿No habrás visto por casualidad a cualquiera de estas dos personas…?

—¡Guau! —exclama ella—, ¿eres una especie de agente especial o algo así?

—No exactamente… ¿Te suenan?

Se queda mirando los retratos durante varios segundos.

—No, ¿quiénes son?

—Él hace surf, estaba en Ocean Beach hará poco más de dos meses. Viaja con una mujer. Quería preguntarte si podrías ponerlos en el cristal del escaparate y preguntar un poco por ahí.

—Sí, no hay problema —accede enseguida.

Me doy cuenta de que no debe tener dieciocho años sino más bien veintitrés o veinticuatro: cuando sonríe le salen unas patas de gallo incipientes. Tiene un lunar en la punta del dedo anular, justo encima del nacimiento de la uña.

—Me llamo Tina, por cierto —se presenta—, pero todo el mundo me llama Goofy.

Sonrío como si lo pillara pero ella se da perfecta cuenta de que no.

—Porque soy «*goofy*» —me explica—. No tienes ni idea de qué te estoy hablando, ¿verdad? —Estira los brazos hacia delante igual que si estuviera haciendo surf y coloca también los pies y las piernas en posición, con el derecho delante—. Ya sabes, con el derecho delante igual que Frieda Zamba, mi ídolo.

—¡Ah!

Goofy es guapa de un modo desconcertante y tiene uno de los incisivos ligeramente torcido, en un ángulo curioso respecto al resto de los dientes.

—Bueno, ¿de qué va todo este rollo de detectives?

—Estoy buscando a una niña.

Le hablo de Emma, le cuento lo que pasó aquel día en la playa, que me distraje y aparté la mirada, sólo un momento pero lo suficiente.

—¡Madre mía —se compadece Goofy—, qué pesadilla! —Hace una pausa y luego añade—: Me acuerdo de ese día.

—¿Cómo?

—Ese día, cuando vi las noticias por la noche me acuerdo de haber pensado que era muy raro que dijeran que la niña seguramente se había ahogado.

—¿Por qué te pareció raro?

—Porque el mar estaba tranquilo, casi no había olas y muy poca corriente, lo que es muy raro en Ocean Beach.

—¿Qué quieres decir?

—Que me extrañó que se ahogara una niña precisamente ese día; por la mañana había ido a la playa con Tina D. que también trabaja en la tienda —hace memoria Goofy—. La llamamos Tina D. para distinguirnos aunque a mí me llamen Goofy así que en realidad no hace ninguna falta… ¡Vete tú a saber por qué lo hacemos! El hecho es que Tina D. y yo estuvimos en el agua un rato y no hicimos más que esperar sentadas en la tabla a que viniera una ola que al final no llegó. Creo que estuvimos así unas dos horas. El verano no es la mejor época para hacer surf por aquí y ya sales sabiendo que tienes pocas probabilidades de pillar una ola buena, sobre todo en sitios como Rockaway y Año Nuevo, aunque en Ocean Beach no tanto. Así que estábamos allí sentadas, mecidas arriba y abajo por las olas, con el mar como un plato, sorprendentemente en calma, y mientras tanto yo estaba pensando en el agua de mi apartamento: me la acababan de cortar porque no había pagado la factura y le iba a preguntar a Tina D. si no le importaba que fuera luego a darme una ducha a su casa.

»Y entonces de repente oí las sirenas, me volví hacia la playa y vi las luces del coche patrulla girando en medio de la niebla. Me extrañó pero supuse que igual era una redada por drogas o algo así, que habían pillado a unos críos con algo en el aparcamiento, pero al poco rato apareció el barco de los guardacostas y ahí fue cuando salimos del agua. Un poli nos preguntó si habíamos visto algo, le dijimos que no y entonces le pidió una cita a Tina D. Bastante poco profesional si se tiene en cuenta la situación. —Goofy se suelta el pelo para hacerse de nuevo la coleta y sentencia—: Aunque, claro está, yo no soy ninguna experta.

—Pero sí conoces bien el mar.

Cuando baja la mirada hacia mis manos, yo también las miro y me doy cuenta de que de tanto morderme las uñas y los padrastros me he hecho sangre en el pulgar. Ella saca un pañuelo de papel de una caja que tiene detrás del mostrador, alarga el brazo y aprieta la herida del dedo.

—Te has hecho sangre —me recrimina suavemente.

—Es un tic nervioso que tengo.

—Tienes razón, del mar sí que sé —reconoce— y no tengo ni idea de si servirá de algo, pero la verdad es que la teoría de que se ahogara no me parece nada probable. Quiero decir que por supuesto que Ocean Beach impone respeto siempre, pero por lo general cuando se ha ahogado alguien había una resaca muy fuerte, tenía explicación, pero ese día me acuerdo de estar sentada en el sofá de Tina D. pensando que no.

—Ésa es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo —le confieso—. Yo nunca he creído que se ahogara pero parece que soy incapaz de convencer a nadie más. Igual esto me ayuda.

—Espero que la encuentres —me desea esbozando una sonrisa que deja a la vista el diente díscolo—. ¡Oye!, ¿hacia dónde vas ahora?

—Hacia el parque.

—Voy contigo. Es mi hora de comer desde hace cinco minutos y voy a acercarme al Bashfull Bull 2 a por algo. ¿Has comido allí alguna vez?

—No me suena.

—¡Te acordarías! Voy a por la chaqueta y nos vemos fuera.

Es agradable tener compañía o simplemente alguien caminando a mi lado. En los últimos tiempos lo hago todo sola y me asalta la duda de si no estaré perdiendo poco a poco la capacidad de mantener una conversación normal; estoy tan centrada en lo mío que no veo más allá y me he convertido en el tipo de persona con la que ni a mí misma me gustaría relacionarme.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo surf? —le pregunto a Goofy, y noto que me hace bien preguntar, entablar un diálogo con alguien como ella, que no me juzga en absoluto, que no me mira e inmediatamente ve a una persona que cometió un error fatal e imperdonable.

—Desde los ocho años. Mi padre me enseñó antes de largarse de casa. —Me mira de arriba abajo—. Tendrías que dejarme que te enseñe, apuesto lo que quieras a que aprenderías, tienes cuerpo de surfista: piernas fuertes y menuda de cintura para arriba. Pero yo no lo dejaría para mucho más adelante, me temo que es una oferta con fecha de caducidad porque me voy a la universidad.

—¿Y cuándo es eso?

—Bueno… Todavía no me he matriculado ni nada por el estilo, pero tiene que ser pronto. —Camina como si diera una especie de pasos de baile, como si se moviera al ritmo de una melodía que sólo ella escucha en su cabeza—. Hace unas cuantas semanas me desperté un día y me di cuenta de que voy camino de los veinticinco.

—¿Qué quieres estudiar?

—Biología Marina. Me gustaría ir a la Universidad de Hawái, supongo que me podría pagar los estudios dando clases de surf. —De repente ya estamos en Noriega y me está dando una palmada en la espalda al tiempo que dice—: Aquí me quedo yo. ¿Quieres comer conmigo?

—Muchas gracias pero hoy no puedo. Me llamarás si oyes algo, ¿verdad?

—Sí, claro. Y la próxima vez que te pases, ven antes de mediodía. El Bashful Bull 2 tiene un especial para el desayuno: beicon, huevos, patatas fritas y café por tres dólares con cincuenta.

—Eso está hecho.

Una vez en el parque, sigo el tortuoso sendero pasando por el lago donde Emma y yo solíamos dar de comer a los patos, los estanques de pesca, el corral de los bisontes y el campo de golf, más allá del lago donde los árboles están cubiertos de musgo y de trampas para mosquitos del virus del Nilo occidental. Para cuando salgo por Fulton ya ha oscurecido. Un tipo joven al volante de un Mercedes negro me lanza una mirada y luego acelera para pasar un semáforo en ámbar y, al otro lado de la calle, un anciano con bastón observa la luz cambiar de rojo a verde y luego a rojo otra vez. Yo llego de Balboa, del lado de la playa. Hace años que quiero venir con la cámara a hacer fotos de los curiosos negocios que se encuentran por Richmond: la tienda de tiro con arco, la de tijeras, la de reparación de aspiradoras y máquinas de escribir, otra

de *hockey*, una de cebos y aperos de pesca. Esto es como otra ciudad, aquí no hay un solo bar de moda ni una librería ni *tiendas caras* de ropa ni restaurantes a la última.

Son más de las siete cuando llego al coche y casi no hay nadie en la calle que queda enfrente del parque, sólo una parejita enrollándose en un Honda Accord y un tipo solo en un Jeep Cherokee comiendo un sandwich y escuchando a Johnny Cash, la canción de Kris Kristofferson sobre las calles desiertas de la ciudad dormida al amanecer de un domingo: «*on the sleepin' city side-walks, Sunday mornin' coming down*».

De camino a casa llamo a Jake y le cuento lo que me ha dicho Goofy sobre la corriente.

—Tú no conoces Ocean Beach —me responde—, eso es lo que intento hacerte entender, que incluso en los días en que el mar está más tranquilo, Ocean Beach es un monstruo. Un día, cuando mi padre jugaba al rugby, uno de los defensas se alejó un poco de más de la cuenta y el mar lo acabó arrastrando; te estoy hablando de un tipo grande que se salvó porque consiguió nadar tres millas con la corriente hasta que un barco lo recogió.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que esto es una buena noticia?

—Yo sólo intento ser realista.

Llamo al detective Sherburne y su reacción es incluso menos entusiasta que la de Jake.

—No saquemos conclusiones precipitadas —me advierte—, ya sabemos cuál era el estado del mar ese día, fue de las primeras cosas que verificamos con los guardacostas.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Porque es un dato engañoso, Abby. Seguimos sin tener la menor prueba que sugiera que se trata de un secuestro.

Está tan convencido de que Emma se ha ahogado, tan seguro de que su teoría es correcta… Y a eso hay que añadir el hecho de que Lisbeth pasara la prueba del polígrafo y toda su historia pareciera concordar. «Los culpables de la mayoría de los secuestros son miembros de la familia y en un porcentaje muy alto madres que no han ganado la custodia —me recordó el detective cuando tuvo los resultados del polígrafo —. Lisbeth era nuestra mejor baza».

Sherburne nunca lo admitiría y Jake tampoco, pero sé que los dos están a punto de tirar la toalla.

Capítulo 30

Al cabo de unos días, Nell pasa por casa con otra pila más de libros. Se queda en el umbral y mira por encima de mi hombro: sé que sus ojos se han posado en el violonchelo que descansa sobre un soporte en el centro de la habitación, en la madera de caoba que he frotado hasta arrancarle deslumbrantes destellos rojizos.

—Emma sólo había recibido cuatro clases —le cuento.

—¡Ay, cariño! —me consuela mirándome de arriba abajo.

Debe de estar preguntándose por qué llevo puesto un vestido de lentejuelas azules, las joyas a juego y el pelo en un moño. Son las diez de la noche de un lunes: seguro que piensa que he perdido el juicio; y quizá tenga razón. Apenas duermo, como lo justo para seguir tirando, me paso horas sola, de día y de noche, semana tras semana, recorriendo las calles como una vagabunda, en el tranvía, abordando desconocidos con mi montón de octavillas en la mano. A menudo me sorprendo pensando en voz alta, repasando las posibilidades sin que nadie más que yo me escuche.

Antes de que todo esto pasara creía que estaba bien preparada para una situación traumática, pensaba que poseía algún tipo de fuerza interior, que podía contar con una profunda fuente en la que encontraría cordura, que si las cosas se ponían muy mal en mi vida personal siempre tendría mi trabajo. Pero no puedo concentrarme en el trabajo y, pese a que tengo algunos encargos apalabrados, mi negocio se va a pique y Annabel sigue pagándome el alquiler.

—Emma me iba a dar un concierto este fin de semana —continúo—, insistió en que se pondría el vestido de terciopelo negro de Navidad y los zapatos de charol, y quería que yo me pusiera este viejo vestido que llevé a un Mardi Gras en Mobile, hace años.

Nell entra, deja los libros en la mesa y extiende los brazos con tal rotundidad, de una forma tan maternal, que me inclino hacia ella y me derrumbo entre sollozos.

—Lo vas a conseguir —me tranquiliza acariciándome la espalda. Luego coloca bien los tirantes de mi ridículo atuendo, como si tuviera el menor sentido que lo llevara puesto—. Te sienta muy bien. —Da un par de golpecitos sobre el montón de libros con una uña pintada de rosa—. Léelos, cariño, nunca se sabe lo que podría encontrarse uno.

—Gracias, Nell.

—Y puedes llamar a mi puerta en cualquier momento, del día o de la noche, ¿estamos?

—Sí, lo tendré en cuenta.

Entonces se marcha y me quedo sola en medio del abrumador espacio vacío de mi *loft*, que solía parecerme espacioso y bien aireado y ahora me resulta cavernoso y lleno de corrientes. Y ahí, justo en el centro, en medio del haz de luz salpicado de motas de polvo que proyecta la lámpara, están el violonchelo de Emma y el silencio,

el mutismo de esas notas dulces y quebradizas que Emma le arrancaba al instrumento con tanto denuedo, prácticamente oculta tras la voluminosa caja cuando se sentaba a tocar. De todos los que tenía donde elegir, escogió el violonchelo.

La primavera pasada, Jake y yo la llevamos a un concierto de la sinfónica de San Francisco en los jardines de Stern Grove: nos sentamos en el césped sobre una inmensa sábana amarilla y ella dio sorbos de Coca-Cola y mordisqueó palitos de galleta salada durante una hora mientras sonaban las notas de una sinfonía.

Luego, mientras caminábamos hacia el coche me preguntó:

—¿Cómo se llama la guitarra esa tan grande?

—¿El violonchelo?

—El que se toca con un palo.

—Sí, ése es el chelo.

—Quiero tocar eso.

A la semana siguiente, Jalee encontró una versión a escala reducida del instrumento, un cuarto del tamaño de uno normal, en una tienda de música en Haight y apuntó a Emma a clases en Noe Valley. Trajo el violonchelo a casa y se lo dejó metido en su funda sobre la cama, para darle una sorpresa. Cuando llegó y lo vio, se entusiasmó tanto que se hizo pis encima. «Eso es lo fantástico de los niños —me comentó él por teléfono después de contarme la historia—. ¡A ver!, ¿cuándo fue la última vez que algo te hizo tanta ilusión que te hiciste pis encima?».

Una de las cosas que me atrajeron de Jake fue precisamente lo que disfrutaba de su papel de padre, su capacidad de ver el mundo con los ojos de Emma lo hacía casi inocente de un modo en que pocos hombres lo son. Cuando le conté a Annabel lo bien que se portaba con la niña, mi hermana me aconsejó: «A éste aférrate con todas tus fuerzas, un hijo feliz es algo así como un inmenso sello de calidad plantado en la frente de un hombre».

Yo me sentía tan orgullosa de que estuviera dispuesto a compartirla conmigo… de algún modo, eso hacía que su amor por mí pareciera más grande, su compromiso más firme. Una vez me dijo que, después de que Lisbeth se marchara, le preocupaba no encontrar jamás a alguien que fuese bueno tanto para él como para Emma.

—Y entonces llegaste tú —añadió— y me enamoré de ti por una docena de razones, una de las cuales es que te lleves tan bien con Emma.

—¿Y cuáles son las otras once? —quise saber yo.

—La primera de todas ese truquito que sabes hacer con la lengua —me tomó el pelo—. La número dos tendría que ser tus panecillos con salsa. En cuanto a las nueve restantes, tendrás que adivinarlas.

Lo que más echo de menos, más que las manos de Jake y su pecho y su sabor, más que su generosidad dando propinas a las camareras y esa regla que tiene de no sentarse jamás en el transporte público si eso significa que alguien tenga que ir de pie, más que su pasión por los Giants y el pastel de lima, es lo mucho que solíamos divertirnos juntos. Echo de menos los momentos en que se abalanzaba sobre mí, me

alzaba en volandas y me lanzaba en la cama mientras hacía chistes tontos hasta que me dolía la tripa de tanto reír; echo de menos sus imitaciones del cantante de *country* Dwight Yoakam y de Richard Nixon. Ahora no queda nada de todo eso y odio saber que la responsable de ese cambio soy yo.

Casi es medianoche y todavía llevo puesto el vestido de lentejuelas. He estado hojeando el manual de violonchelo de Emma —*Mi primer chelo*—, un libro de escalas, dibujos de niños sujetando el instrumento y otros que enseñan cómo poner los dedos. Me he remangado el vestido por encima de las rodillas y tengo el chelo entre las piernas: estoy intentando encontrar el do mayor. Hay una gran botella de whisky de Maker's Mark en la mesita de café: la he abierto cuando se ha marchado Nell y ya está por la mitad de la etiqueta. Soy incapaz de colocar bien los dedos sobre las cuerdas, no sé cómo sujetar el arco; intento hacer música pero lo único que consigo son unos sonidos lastimosos parecidos a los gruñidos de una foca o una ballena moribunda. Suena el teléfono.

—¿Abby? Soy Jake.

—Hola.

—Suenas rara. ¿Has estado bebiendo?

—No.

Respondo con demasiado énfasis, como un personaje de cómic con un bocadillo dibujado sobre su cabeza con un «no» en mayúsculas.

—Estás borracha.

—He bebido sólo un poco.

Me da vergüenza que me oiga en este estado. Sé que no es manera de encarar las cosas: otra prueba más que no estoy superando.

—Tienes que dejar de hacer esto —me dice—, no ayuda nada.

—Ayuda un poco.

Una larga pausa. No es un silencio cómodo, no es como los que solía haber entre nosotros cuando éramos capaces de estar un par de minutos al teléfono sin decir nada y a mí me consolaba el mero hecho de saber que estaba al otro lado de la línea.

—Lo siento —me disculpo por fin a sabiendas de que las palabras no son las adecuadas sino una muestra más de que no soy la mujer que él creía cuando me pidió que nos casáramos.

¿Qué importancia tiene que sea capaz de organizar recitales privados de violonchelo y hacer marionetas con calcetines si perdí a Emma después de unos minutos en la playa? La maternidad requiere mucho más que devoción, mucho más que simple amor.

Capítulo 31

N. era el hombre que no podía recordar.

En diciembre de 1960, mientras vivía en un cuartel del ejército del aire, su compañero de cuarto lo hirió por accidente cuando practicaba con un florete de esgrima atravesándole la nariz por el orificio derecho y la punta del florete llegó hasta el lado izquierdo de su cerebro. A partir de entonces, N. recordaría los detalles de su vida antes del accidente, por ejemplo un viaje cruzando los Estados Unidos en un viejo Cadillac que hizo dos años antes del accidente, pero nunca volvería a disfrutar de una película porque para cuando iba por la mitad ya se le habría olvidado el principio.

Imaginemos lo que debe de ser, en ese estado amnésico, intentar hacer la comida: debido a que la memoria a corto plazo permanece intacta durante unos minutos, puedes llegar a poner el agua al fuego, lavar los tomates, picar los ajos y poner la mesa; pero para cuando el agua rompe a hervir ya no te acuerdas de qué ibas a preparar ni para quién. Solamente a través de los detalles —por ejemplo, los platos intactos en la mesa o la sensación de vacío en el estómago— consigues deducir que todavía no has comido; sólo cuando suena el timbre de la puerta y al abrir te encuentras a tu hermana allí de pie caes en la cuenta de que la debes de haber invitado a cenar. Eres como un ordenador sin espacio en el disco duro: perderás todo lo que hayas escrito en cuanto cierres el documento porque no hay manera de guardar esa información para el futuro. En definitiva eres una persona con pasado pero sin presente. Nunca volverás a establecer un vínculo emocional con nadie porque no serás capaz de recordar lo que te gusta de ninguna persona nueva que conozcas; a los pocos minutos del mejor orgasmo de tu vida ya ni siquiera sabrás que lo has tenido.

Tu existencia es como si a cada minuto te despertaras de un sueño sin tener noción de dónde estás o cómo has llegado hasta ahí, sin tener ni idea de qué o quién podría estar aguardándote en la habitación contigua. Cada cosa que percibes no es más relevante que una instantánea al azar en el álbum de fotos de un desconocido. Una vida sin memoria es una vida sin sentido.

Capítulo 32

Me ha estado llamando David, el de Padres de Niños Desaparecidos: una, dos y hasta más veces al día. Sus llamadas son como una tabla de salvación que me ayudan a mantener la cabeza fuera del agua; no me habla de Dios ni de los poderes sanadores de la meditación, entiende que levantarme y entrar en la ducha, ponerme un cuenco de cereales para desayunar, las cosas más básicas y cotidianas, ha dejado de ser una rutina, que hasta las tareas más sencillas requieren un nivel de concentración que me supera. Pero hay que poner la lavadora, cepillarse el pelo, lavar los platos, llenar el depósito de gasolina, pagar las facturas, sacar la basura, vaciar el buzón…

Hay días en los que hasta vestirme supone un esfuerzo: los botones, las cremalleras, los cordones de los zapatos… Conseguir que el delgado disco pase por el agujero, colocar el deslizador de la cremallera para abajo una vez me la he subido del todo, hacer una lazada y apretarla bien. Hay mañanas en que es imposible hacer todos esos movimientos mecánicos, mañanas en las que acabo sentada al borde de la cama, con los ojos clavados en la blusa sin abrochar, incapaz de enfrentarme a la hilera de botones que me miran de hito en hito.

Cuando siento que no soy capaz de enfrentarme al día, no llamo a Jake sino a David.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—No sé qué hacer, no sé por dónde empezar.

—Vete a la cocina —me ordena—, pon agua en la cafetera, saca el café del frigorífico, mide tres cucharadas y échalas en el filtro.

Mientras se hace el café me dice que vaya a por un lápiz y un cuaderno y haga una lista; comienzo por las cosas sencillas como pagar las facturas o sacar la basura y luego paso a cuestiones más complicadas como por ejemplo llamar al detective Sherburne, dar mi paseo diario por la playa, meter cartas en sobres, ir hasta el centro de operaciones, recaudar fondos adicionales para la recompensa que ya va por los 300 000 dólares y subiendo. Al ir repasando conmigo una tarea detrás de otra, David me devuelve al mundo de los vivos hasta que por fin estoy lista para colgar y enfrentarme al día sola.

—Pero ¿y la inutilidad de todo cuanto haces? —lo interrogo una noche—, ¿cómo te enfrentas a eso?

Es más de media noche, día 84. En la calle se ven los destellos de un coche patrulla de la policía; se ha disparado la alarma de algún vehículo aparcado fuera. Últimamente ya no duermo nunca en casa de Jake, parece que nuestros cuerpos ya no encajan.

—Haz memoria —sugiere David—: antes de que empezara todo esto, ¿qué hacías cuando notabas que ya no podías más, cómo te relajabas?

—Solía irme al cuarto oscuro a trabajar.

—Pues haz eso.

—¿Cómo voy a perder el tiempo en el cuarto oscuro cuando Emma sigue sin aparecer?

—Oblígate a hacerlo, llegará un momento en que no te quede más remedio…

El cuarto oscuro, ese diminuto espacio donde en otro tiempo solía pasarme horas, aislándome de todo de la misma manera que hace otra gente con los libros o las películas. Ese lugar donde podía estar sola: yo y el resplandor de la luz roja; y el tacto terso del papel cuando lo sacas de la solución, la sólida presencia de la ampliadora, el peso del brazo mecánico cuando se coloca en posición, la precisión metódica de colocar el negativo en su sitio. Apenas he entrado en el cuarto oscuro desde aquel día de julio, desde la segunda noche después de la desaparición de Emma cuando revelé el rollo de la Holga (el cliente de la inauguración del restaurante sólo quería fotos en color así que las llevé fuera en vez de hacerlas yo misma).

—¿Ahora? —objeto yo.

—Sí, ahora.

Cuelgo, subo las escaleras hasta el cuarto oscuro y cierro la puerta. Descuelgo el delantal, me lo paso por la cabeza y me lo ato a la espalda. Permanezco varios minutos allí de pie sin saber qué hacer y por fin los viejos ritmos familiares se hacen con la situación: primero preparar las soluciones y el fregadero de agua fría; luego descolgar los negativos que dejé secando unos cuantos días antes de la desaparición, colocarlos en la caja de luz y elegir los que me interesan; uno por uno, los voy exponiendo y después voy pasando el papel por las cubetas. Al cabo de una hora el baño de agua está lleno de fotografías flotando unas encima de otras.

Son fotos de una boda que hice unos meses atrás, las que no pasé a papel para el álbum de la feliz pareja, las que los clientes no hubiesen querido ver. A lo largo de los años he ido coleccionando todas estas instantáneas naturales de las bodas con la esperanza de reunirías algún día formando algún tipo de secuencia que tenga sentido; me he imaginado una exposición en solitario en la que se cuente toda la verdad sobre la otra cara de las bodas, una de esas que arrancaría a los visitantes una sonrisa incómoda.

Este rollo en concreto es de la noche, cuando todo el mundo se había soltado ya el pelo: la novia lleva el escote torcido, igual que el gorrito de papel que se ha puesto el novio por hacer la gracia. A eso de las diez, la madre de la novia me dijo que ya podía irme a casa: «Preferiría que esta parte de la fiesta no quedara para la posteridad», me explica mientras sus dedos juguetean con las perlas del collar.

—¡Qué tontería! —discrepa la novia bastante borracha—, tú te quedas.

Así que me quedé. He aquí a la novia con la boca abierta de par en par y el moño deslavazado, brindando por su flamante esposo; he aquí a la dama de honor, una adolescente con minifalda bailando de manera más que provocativa con el padre del novio; he aquí a la tía abuela de alguien, Martini en mano, explicando con todo lujo de detalles y gestos un par de truquitos para la luna de miel.

Las fotos salen muy granuladas, tipo documental: es lo mío, por eso me contrata

la gente, me llaman a mí cuando quieren fotos naturales, no las instantáneas cuidadosamente calculadas de los novios posando con un desfile interminable de grupos en los jardines ni el bodegón perfectamente encuadrado de la tarta.

Sospecho que esta gente no sabe en lo que se mete y por esa razón no suelo enseñarles la tira de pruebas. Por ejemplo: ¿querría el novio ver la mano regordeta de su padre toqueteando a la dama de honor mientras bailan?, ¿acaso la novia no preferiría olvidar que le chilló a la encargada de las flores? Las bodas sacan lo peor de las personas. Tal vez el amor flamante y esperanzado que se respira en el ambiente alienta el cinismo e incita al libertinaje a ciudadanos que por lo general son respetuosos con la ley y el orden. Quizá las borracheras y el deplorable comportamiento generalizado son la forma que tiene todo el mundo de sacarle la lengua al concepto de un futuro perfecto, su manera de decir que «hasta que la muerte nos separe» en realidad no es más que un farol.

Cabría pensar que después de haber asistido a tantas bodas como observadora imparcial se me habrían quitado las ganas de celebrar yo también una, pero el hecho es que, muy al contrario, eso me ha hecho desear la mía aún más. Una boda, pese a todos sus defectos, sigue siendo una demostración de optimismo, la arriesgada declaración por parte de una pareja de que lo van a conseguir. Todas las bodas se sustentan en la osada suposición de que las estadísticas de divorcio no cuentan, de que esta pareja desafiará a la ley de probabilidades.

La fecha de nuestra boda llegó y pasó. Debía haberse celebrado el sábado pasado en una capillita de Yosemite, y el banquete habría sido en el Wawona, un hotel rústico al borde del parque. Cuando Jake y yo nos vimos ese día en el centro de operaciones ninguno de los dos lo mencionó. Ahora la boda parece una cuestión discutible, una frivolidad que no tiene el menor sentido en el contexto de nuestras vidas que tan radicalmente han cambiado.

La última fotografía de este rollo es de la novia y el novio de pie en la calle, esperando a que les traigan el coche a la puerta: él se ha aflojado el nudo de la corbata y ella lleva los zapatos en la mano, está de pie frente a él, que le rodea la cintura con ambas manos, tiene el rímel corrido y no le queda carmín en los labios, se le ve una esquina del relleno del sujetador por el escote del vestido; la cabeza de su flamante esposo está inclinada hacia ella, para susurrarle algo al oído; la expresión de la novia es indescifrable.

Una por una, voy colgando todas las fotos a secar. Es agradable volver a este cuarto, bajo el resplandor de la luz roja. El olor de los productos químicos me lleva de vuelta a aquel cuarto oscuro en Alabama, me lleva inesperadamente de vuelta a Ramón: la bombilla proyectaba un extraño resplandor rojo sobre sus manos mientras pasaba las fotografías de una cubeta a otra; en una tenía las pinzas con las que sujetaba el papel brillante moviéndolo adelante y atrás dentro de la solución de revelado; la otra estaba entre mis piernas y me estaba diciendo que me corriera.

«¿Correr adónde?», pensé yo. Él lo repitió, con más apremio. No estaba segura de

a qué se refería, tenía una vaga idea pero «correrse» me resultaba una palabra tan extraña, que parecía tener tan poco que ver con lo que estábamos haciendo, que yo quería que me la definiera; pero juzgué que aquél no era momento de preguntar y no quería que Ramón supiera lo inexperta que era.

Yo tenía dieciséis años, él veintisiete. Clavé las uñas en el cuero suave de su cinturón. Comenzaron a distinguirse las formas en el papel: la silueta de mi rostro mientras dormía, la curva de mi pantorrilla, el contorno acampanado de la pantalla de una lámpara. Hundió sus dedos en mí al tiempo que me susurraba al oído y yo pensé en la solitaria playa cerca del muelle de Fairhope donde me tomó por primera vez. «Tomó». A los dieciséis, ya sabía lo que quería decir esa palabra; y también sabía que Ramón no debía salir con una niña de mi edad.

El chapoteo de la solución sobre el papel y luego la imagen que se fue haciendo cada vez más nítida: la camisa a rayas de hombre que apenas me cubría las nalgas, el dije en forma de estrella de la pulsera que llevaba puesta, una mano grande que cruzaba la foto, apoyada sobre mi tobillo.

Sacó el papel de la solución de revelado y lo deslizó en el baño de paro; entonces se puso de rodillas delante de mí, me levantó la falda vaquera hasta la cintura y deslizó la lengua en mi interior. No creía estar enamorada de él, ni siquiera contaba con que nos siguiéramos viendo durante mucho tiempo; lo consideraba como una especie de instructor, mucho más interesante y hábil que los chicos de mi edad que por lo general carecían tanto de pericia como de clase. Y pese a mi juventud y falta de experiencia me daba cuenta, por la inflexión de su voz cuando pronunciaba mi nombre y la manera en que su cuerpo cambiaba de posición y su postura se suavizaba cuando yo llegaba, que para él las cosas no eran tan simples ni tan temporales.

Nos conocimos en el mes de febrero de mi penúltimo año de bachillerato. Dieciocho meses después yo me marché de Mobile para ir a la universidad en Knoxville, Tennessee. Me negué a que viniera conmigo; él me estuvo llamando todas las noches durante tres semanas, suplicándome que me lo pensara mejor. A mediados de septiembre, Annabel me llamó una noche: cuando descolgué el teléfono noté enseguida que no hablaba con su habitual descaro, no había el menor atisbo de sarcasmo en su voz y supe de inmediato que algo no iba bien.

—Es Ramón —me dijo.

—¿Cómo?

—Ha habido un accidente.

Yo estaba de pie en la cocina del apartamento de la residencia de estudiantes; me apoyé en la encimera: acababa de hacer café y de repente el olor me resultó demasiado fuerte.

—¿Y qué ha pasado?

—Iba en moto. No ha…

No era capaz de acabar la frase pero yo sabía perfectamente a qué se refería; lo que no era capaz de decir era que no había sobrevivido, lo que quería decir era que se

había ido para siempre. Resultó que Ramón estuvo bebiendo; me había llamado ese mismo día por la mañana y yo había dejado que respondiera el contestador. «Sé que estás ahí —decía el mensaje—. Tienes que hablar conmigo».

Tal vez me hice fotógrafa en parte como homenaje a Ramón. Mi idea era dedicarme al periodismo, escribir para periódicos y dejar la fotografía como afición, pero al cabo de un par de semestres me decanté por la licenciatura en fotografía.

Más tarde me di cuenta de que no tenía ni una sola foto de Ramón: siempre era él quien hacía la foto, un observador permanente que siempre veía pero sin ser visto. Traté de imaginar que habría conservado su visión aún después de morir, que seguiría siendo un ojo astuto, alerta, al que no se le escapaba el más mínimo detalle; pero incluso con la tradición del baptismo sureño en mi equipaje, aquello era demasiado y en realidad no era capaz de convencerme a mí misma de que alguna parte de él hubiera podido sobrevivir a la muerte física del cuerpo. En el fondo sabía que sencillamente se había marchado.

Capítulo 33

A las cuatro y media de la tarde del 28 de octubre, el detective Sherburne me hace una visita a domicilio. En cuanto abro la puerta me pone en las manos una caja con una tarta y debe de haber notado la expresión alarmada de mi rostro porque se apresura a decir:

—No ha pasado nada, es sólo que andaba por el barrio y se me ocurrió acercarme a ver qué tal estaban.

—Todo bien —miento.

—Es de chocolate —me informa señalando la caja—, de la pastelería Arizmendi, mi favorita. He ido a comprar pastas, vi la tarta y me pareció que estaba diciendo «cómprame para Abby Masón».

—Gracias, nunca digo que no a un poco de chocolate.

Mis palabras me suenan falsas, ridículas. Todo me suena falso y ridículo, ya no encuentro sentido a las cosas ordinarias del día a día. Han pasado tres meses y seis días. Tres meses y seis días sin noticias de ella.

—Acabo de hacer café —añado—, ¿con leche y azúcar?

—Sí, gracias.

—Siéntate, por favor.

Aquí, con el traje oscuro y la corbata de un color llamativo, el pelo perfectamente peinado y ese aire suyo que inspira confianza, lo encuentro fuera de lugar.

—Bonita casa —comenta al tiempo que toma asiento al borde del sofá y apoya los codos en las rodillas.

—Solía tenerla más limpia. Antes de…

Le traigo una taza de café y me siento enfrente en un silloncito de cuero que le encantaba a Emma, solía sentarse en él hecha un ovillo con una taza de chocolate caliente en la mano y una manta en el regazo a ver películas de Disney. Hay una marca en el brazo derecho, de un corte que le hizo ella con unas tijeras hace unos meses: quería ver una película para mayores de trece años sobre animadoras de fútbol y, como no le di permiso, cuando volví de la cocina al cabo de unos minutos me encontré con el relleno del sillón asomando por el corte. Le pregunté si había sido ella y lo negó pese a que tenía las tijeras justo delante, sobre la mesa de café. No sabía qué más hacer así que fingí creerla, y recuerdo haber pensado en su momento que no valía para imponer disciplina.

—Sólo quería decirte cuánto lo siento —murmura Sherburne con la mirada fija en el café—. No hago más que pensar en que tiene que haber algo que podríamos haber hecho de otra forma, pero no sé el qué.

—Se ha hecho todo lo que se ha podido.

Se echa hacia atrás y me mira a los ojos.

—No sé cómo decirte esto, Abby.

—Adelante, dilo sin más.

—Han pasado tres meses. Tienes que ir haciéndote a la idea de que tal vez no vuelva nunca. Sé que es terrible hasta ponerlo en palabras, pero cuando ha transcurrido tanto tiempo…

Da un sorbo de café con aire nervioso y yo pienso en sus hijos, que estarán en casa, haciendo las cosas que suelen hacer los niños: ver dibujos animados, hacer los deberes, robar dulces de la cocina antes de cenar…

—No está muerta, lo sé. ¿Cómo vamos a encontrarla si tú no crees que haya razón para seguir buscándola?

—Yo no he dicho eso, sólo quiero que estés preparada.

Me inclino hacia delante.

—Si fuera uno de tus hijos, ¿estarías preparado? —Cambia las piernas de posición y aparta la mirada—. ¿Lo estarías?

—No quiero discutir.

—No estamos discutiendo, yo sólo quiero que sepas que nada de lo que digas podrá convencerme para que deje de buscarla.

Sherburne se pone de pie.

—Lo entiendo, de verdad que lo entiendo.

Me pregunto cuántas veces habrá hecho esto mismo, cuántas veces habrá tenido que presentarse a la puerta de alguien para darles la mala noticia de que deben abandonar toda esperanza. ¿Adónde irá ahora? Me lo imagino pasando por alguna otra casa, pronunciando el mismo discurso lúgubre a la familia de otra víctima.

Lo acompaño hasta la puerta.

—No quiero que pienses que no te estoy agradecida, te has portado de maravilla con nosotros, pero no puedes tirar la toalla con Emma, todavía no. ¡Es que no puedes!

Se mete las manos en los bolsillos y mira al suelo.

—He hablado con Jake; sé que no duermes bien y con sólo mirarte me doy cuenta de que tampoco comes. La vida sigue, no queda más remedio. No puedes continuar buscando a este ritmo frenético de manera indefinida; en algún momento tendrás que volver a tu vida normal, si no lo haces te acabarás perdiendo para siempre tú también.

Me da una palmada en el hombro y cierra la puerta tras de sí. Oigo el eco de sus pisadas sobre los peldaños de la escalera mientras me digo que se equivoca, que, pese a toda su experiencia, simplemente no tiene razón. La vida no sigue. Todo se detiene y no hay forma de que vuelva a ponerse en marcha de nuevo.

Capítulo 34

A la mañana siguiente voy en coche al centro comercial de Stonestown. No es la primera vez que he buscado por Stonestown y tal vez no sea la última. No consigo quedarme de brazos cruzados, no consigo convencerme de que, como Sherburne cree, ha llegado el momento de darme por vencida.

En la zona donde se concentra todo lo de alimentación, entre los puestos, busco una niña de la altura y el peso aproximados de Emma. Ahora podría tener el pelo rubio, me recuerdo a mí misma, podría ir vestida de niño, tal vez esté prácticamente irreconocible. Busco en todas las tiendas, incluso detrás de las estanterías y en los probadores.

En los baños, voy pasando por todos los cubículos abriendo bien las puertas de cada uno. Luego espero de pie junto a los lavabos a que se vacíen los que estaban ocupados. Huele a pañales y a desinfectante. Veo las gotas de jabón líquido color rosa nacarado que se escapa de los dispensadores dispuestos igual que una hilera de bolsas de suero atornilladas a la pared. De los altavoces invisibles brotan las notas del proverbial hilo musical. Tras cada una de las puertas cerradas se esconde una diminuta esperanza. Mi búsqueda se ha visto reducida a esta especie de versión en baños públicos del típico concurso de la tele en que hay que apostar a todo o nada: «si eliges la puerta A te llevas a la niña, si eliges la B te vas a casa con lo puesto». Cada vez que oigo tirar de la cadena, cada vez que escucho el tintineo del pestillo al descorrerse, contengo la respiración mientras aguardo a que se abra la puerta y aparezca Emma: simplemente dará unos pasos hacia el centro de los baños iluminados con potentes fluorescentes, se acercará a lavarse las manos y luego alzará la vista y me verá; habrá un primer instante de confusión y luego su mente asimilará mi presencia y correrá a mis brazos; yo la sacaré de los baños para perdernos en el bullicio del centro comercial y, sin soltarnos de la mano ni una sola vez, conseguiremos escapar; se la secuestraré al secuestrador.

Uno a uno se van abriendo las puertas hasta que me quedo sola en los baños, con la mirada fija en la hilera de puertas abiertas, nueve inodoros idénticos y otros tantos idénticos cajetines plateados con papel higiénico blanco muy fino hasta el suelo.

Mientras conduzco por la carretera 280 hacia el sur, a Tanforan, voy pensando en lo que separa a lo lógico de lo irracional, lo sensato de lo descabellado. Una persona lógica basa sus esperanzas y acciones en hechos, estadísticas y probabilidades bien razonadas. Para una mente irracional, en cambio, la mera probabilidad no basta. Me digo que no puedo estar perdiendo la cabeza porque una persona que se vuelve loca no es consciente del torbellino que la arrastra; me digo que mientras siga siendo capaz de cuestionar mi propia lógica, mientras pueda identificar los pasos de mi propio proceso mental, seguiré teniendo el control.

Se tarda dos horas en llegar a Tanforan. De allí me voy a los centros comerciales de Stanford, Hillsdale y SerRamónte.

Es casi medianoche para cuando regreso a casa. Llamo a Jake y le pregunto si puedo pasar la noche allí pese a que sé lo que me va a decir.

—No deberías pasar tanto tiempo solo —le aconsejo sintiéndome muy poco honesta al hacerlo porque en realidad soy yo la que no quiere estar sola, soy yo la que no puede enfrentarse al apartamento vacío.

—Lo siento —me contesta—, pero esta noche no.

No puedo conciliar el sueño así que me planto delante del televisor. En el canal USA están poniendo *Desafío total*: Arnold Schwarzenegger encarna a un obrero de la construcción atormentado por unos sueños sobre Marte, un planeta en el que jamás ha estado. La premisa es que Schwarzenegger, sin saberlo, resulta ser un antiguo agente secreto de Marte y por tanto los sueños son en realidad recuerdos. He encendido el televisor en el momento en que un mutante con poderes mentales, empapado en una especie de moco pegajoso, le pregunta a Arnold qué quiere.

—Lo mismo que tú, recordar —responde el héroe.

—Pero ¿por qué? —replica el mutante.

—Para volver a ser yo mismo.

Capítulo 35

He aceptado otro trabajo, esta vez en Marín: una fiesta al aire libre para celebrar las bodas de plata de una pareja que tiene cinco hijos, los cuales han venido a su vez con sus hijos. Todo es perfecto: las calas decorando el patio a ambos lados, los camareros silenciosos vestidos de blanco y negro, los violinistas caminando entre los invitados mientras interpretan melodías poco memorables pero decididamente relajantes. Yo soy la que no encaja con mi bolsón de fotógrafo, las cómodas deportivas y el pelo revuelto. Aguanto a duras penas hasta que cortan la tarta y luego me escabullo hacia la casa y encuentro un baño en el piso de arriba donde trato de recobrar la compostura. Me tiemblan las manos y no soy capaz de concentrarme. Desde la ventana del baño veo la multitud de invitados allá abajo, pululando por el jardín en medio de la tenue luz del final del día. Los niños están jugando al escondite. Abro la ventana y empiezo a hacer fotos y, mientras trato de mantener mis manos firmes, soy plenamente consciente de que éstas son las fotos que les van a encantar a los clientes: una niña descalza asomándose por el tronco de un árbol mientras su hermano se le acerca sigilosamente por detrás; el niñito escondido detrás de un rosal; la niña que «la lleva» con el vestido de lino —sobado a estas alturas— y los zapatos llenos de arañazos, puesta en jarras de pie en mitad del jardín, considerando las posibilidades.

Dentro de un par de semanas, lo sé de sobra, los clientes vendrán a elegir las fotos y éstas acabarán en la repisa de la chimenea, les darán copias a los amigos, las usarán para las felicitaciones de Navidad de este año… Y los clientes estarán encantados, convencidos de que su aniversario ha quedado documentado para la posteridad, de que este momento perdurará para siempre. La seguridad de mi profesión se basa precisamente en esa falsa suposición.

Una pintura puede durar siglos, incluso milenios: la Capilla Sixtina, la *Mona Lisa*, los dibujos de las ruinas mayas son prueba de ello. La fotografía, en cambio, por su naturaleza, es una obra de arte efímera: en el momento en que una instantánea se pasa a papel, comienza el lento proceso de borrado. El propósito de una fotografía es detener el tiempo, pero el tiempo la erosiona de manera inevitable. No sólo el calor, la humedad y el manipulado pueden dañar las fotos sino que además éstas son sensibles a la luz, la exposición a la luz afecta al delicado equilibrio químico de las mismas.

Las copias en color en papel Kodak, que según la publicidad duran «toda una vida», en realidad empiezan a borrarse al cabo de una década. Incluso las copias más resistentes, las imágenes en escala de grises impresas en papel de archivo, no sobreviven mucho más de un siglo.

Las fotografías son una muestra de la eterna batalla que libramos contra el tiempo, de nuestra determinación en aferramos al momento: al delicioso bebé antes de que se convierta en una adolescente conflictiva; al apuesto joven antes de que su cuerpo sufra los estragos de la calvicie y la grasa; a la luna de miel en Hawái antes de

que la feliz pareja acabe siendo un par de extraños que malviven bajo el mismo techo. Sospecho que nuestra obsesión con las fotos se debe a un pesimismo inconfesado: nuestra tendencia natural es creer que lo bueno no dura.

Tenemos tanta fe en este precario instrumento nemotécnico, en este instante escrito con luces y sombras… Y sin embargo, las fotografías proporcionan una falsa sensación de seguridad; al igual que con nuestra engañosa memoria, si hay algo seguro es que mienten: con el tiempo se reduce el contraste, los contornos se suavizan y los detalles se vuelven borrosos. Hacemos fotos para recordar pero el olvido es parte fundamental de la naturaleza misma de la fotografía.

Capítulo 36

Ocean Beach, día 105,10.43 horas. Hay un cartero sentado en el muro de cemento, mirando al mar mientras se come una empanadilla de salchicha; tiene un vaso de plástico de McDonald's al lado y tal vez es la forma en que se sacude las migas del regazo con dos dedos —con delicadeza, con precisión—; o quizá sea el ángulo de inclinación del tronco mientras contempla el mar; puede que sea la manera en que ha cruzado los pies —los calcetines blancos son cada uno de uno tono ligeramente distinto— que no tocan el suelo… No podría decir qué es exactamente, pero me resulta familiar: al igual que el cartero que vi en el aparcamiento el día que desapareció Emma, es chino; ¿podría tratarse del mismo hombre?

Me quedo sentada en el coche un rato mirándolo, tratando de decidirme. Después de tantos días visitando la playa, la perspectiva de acertar me pone tan nerviosa como la de equivocarme. Al cabo de media hora dobla la servilleta en cuadraditos perfectos, la mete en el vaso vacío, se baja del muro y tira la basura a la papelera para por fin meterse en la camioneta de correos a escuchar música en el iPod.

Me acerco y le sonrío.

—¿La puedo ayudar en algo? —me pregunta al tiempo que se quita los auriculares.

—¿Ha oído hablar de ella? —respondo yo enseñándole una octavilla con el rostro de Emma.

—Es la niña que desapareció por aquí hace un tiempo.

—Me preguntaba si vio usted algo ese día.

—¿Cómo dice?

—Usted estaba aquí el 22 de julio, el día en que desapareció, me acuerdo de haber visto su camioneta en el aparcamiento.

—Lo siento mucho pero no era yo, solamente llevo haciendo esta ruta desde septiembre.

—¿Y sabe quién la hacía antes?

—Un tal Smith, un tipo muy majo, muy pendiente de su familia. Ahora está en el hospital. Cáncer de pulmón.

—¿Y qué me dice de ellos? —insisto mostrándole los retratos robot de la pareja de la furgoneta amarilla en esta ocasión—. ¿Le suenan?

Mira los retratos durante unos instantes, se rasca la cabeza y me los devuelve:

—Me gustaría poder ayudarla, señorita, pero no los he visto en mi vida.

Espero otra media hora metida en el coche, observándolo todo a mi alrededor, y luego me voy a casa. Ha empezado a llover. Alguien ha dibujado una rayuela en la acera con tiza azul justo delante de mi casa de la que sólo quedan unas cuantas líneas borrosas; hay un saquito relleno de arena empapado en la casilla de arriba.

Por la noche llamo al detective Sherburne. Responde al teléfono su mujer y no tengo que decirle quién soy.

—Abby Masón al teléfono —lo llama.

—Buenas noches —me saluda el detective al cabo de unos instantes.

—Disculpa que te llame a casa otra vez, pero quería saber si habíais averiguado algo más.

—Lo siento —me contesta—, pero no.

Se oye a un niño armando jaleo en la habitación contigua.

—¿Cómo está el pequeño? —le pregunto.

—Es un terremoto pero merece la pena, eso seguro.

—La cena está lista —anuncia su mujer—. ¿Has acabado de poner la mesa?

—Casi —responde él para luego dirigirse a mí—: ¿Qué tal lo llevas?

—Más o menos.

Se hace un silencio y oigo el barullo al otro lado de la línea: el repiqueteo de los cubiertos, platos, niños correteando por la casa.

—Oye, Abby, te llamaré si descubrimos algo.

—Sí, muy bien, disculpa las molestias.

Cuelgo, sintiéndome como una estúpida y pensando en la estampa familiar: Sherburne, su mujer, su hijita y el bebé sentados a la mesa; una escena sencilla que debe de estar repitiéndose en miles de hogares por toda la ciudad en estos momentos. ¡Y pensar que podríamos haber sido como ellos —Jake, Emma y yo— si no hubiera apartado la mirada! En una especie de versión alternativa de los hechos, en un universo paralelo en el que esos escasos segundos de hace unos cuantos meses se desarrollaron de manera completamente distinta, nada de esto está ocurriendo. En ese mundo paralelo simplemente somos una familia que está cenando, Emma está en casa sana y salva, Jake y yo estamos casados, y mañana por la mañana desayunaremos todos juntos y luego la llevaré al colegio.

Llamo a Jake. El teléfono suena cuatro veces y salta el contestador; en la grabación se le quiebra la voz igual que en un disco de mala calidad.

—Voy a estar en casa toda la noche —informo a la máquina—, llámame.

Meto una pizza individual en el horno y cuando está lista me la como frente al televisor, sólo para tener al menos el consuelo de esas voces desconocidas en medio de la soledad del *loft*. Están poniendo una de mis películas favoritas, *Wall Street*, en el canal A&E. Charlie Sheen —despeinado, con el traje arrugado, el nudo de la corbata flojo y mirada de lunático— discute con Michael Douglas en Central Park. La cámara describe círculos por encima de sus cabezas, acercándose y alejándose igual que un pájaro mientras el muchacho corrupto y el hombre mayor que lo ha corrompido se baten en un duelo verbal entre las sombras en el corazón de Manhattan. Al mismo tiempo yo voy ensayando los diálogos mentalmente, pensando en lo que le diré a Emma cuando vuelva: primero que la quiero, luego le pediré perdón y por fin le diré que lo que más quiero en este mundo es ser su madre. En medio de la oscuridad, mientras en la pantalla aparecen ya los créditos y los faros de los coches proyectan su luz sobre la calle mojada bajo mi ventana, estoy a punto de creerme mi propia

historia, a punto de creerme que algún día el detective Sherburne aparecerá a mi puerta con Emma de la mano y dirá: «Ya está de vuelta», y ella cruzará el umbral para lanzarse a mis brazos.

Capítulo 37

Los lóbulos frontales están justo aquí —me explica Nell al tiempo que localiza un lugar en mi cabeza con las puntas de los dedos—. Son los que controlan las funciones ejecutivas del cerebro, la consciencia del propio comportamiento y nuestro seguimiento del mismo.

Nell sigue llamando a mi puerta un par de veces a la semana, trayéndome comida casera. Bajo su atenta mirada me obligo a comer y ella habla de algún detalle interesante que ha descubierto. Esta noche el menú es de los que levantan el ánimo: frijoles, puré de patatas y carne asada.

—Hay un vaso capilar diminuto en el cerebro llamado la arteria cerebral anterior —me sigue contando—. Si se rompe, queda interrumpido el riego normal de sangre oxigenada que fluye hacia los lóbulos frontales y el resultado es lo que se conoce como una confabulación. —Mezclo los frijoles con el puré confiando en que no se dé cuenta de que no estoy comiendo nada—. He leído sobre un paciente, J. D., que permaneció en el hospital durante meses pero cuando el médico le preguntaba qué había hecho el fin de semana anterior, J. D. le contaba que había ido al cine con su novia Anna y había cortado el césped. Los recuerdos eran increíblemente vividos, hasta se acordaba del título de la película, la calle donde estaba el cine, incluso el vestido que llevaba puesto su novia. El hecho es que, en efecto, tenía una novia que se llamaba Anna y que lo había ido a ver al hospital, pero claro está que era imposible que hubiera ido al cine con ella o que hubiese cortado el césped porque no había salido de allí.

—Entonces ¿estaba mintiendo?

—No, mintiendo no. J. D. creía que estaba diciendo la verdad. La confabulación, en definitiva, es la generación no intencionada de recuerdos falsos. Un error muy común es ver la memoria como una especie de ordenador que almacena y recupera información cuando la verdad es que recordar es un acto de reconstrucción: cada vez que recordamos un acontecimiento estamos encajando toda una serie de bosquejos del mismo basados en nuestras experiencias vitales. Una persona cuyos lóbulos frontales funcionan con normalidad sabría que no había salido del hospital y que por tanto no podía haber ido al cine, pero quien padece confabulación carece del mecanismo que permite filtrar la ficción y separarla de la realidad.

—¿Y no sufrimos todos de eso en mayor o menor medida?

—¡Por supuesto que sí! Mark Twain lo resumió así: «Lo sorprendente no es la cantidad de cosas que soy capaz de recordar sino todas las que recuerdo y nunca sucedieron». Esa noche, cuando se marcha Nell, pienso en cómo completé todos los detalles de la mentira de mi madre sobre el viaje a Gatlinburg, en como deseaba tan desesperadamente creer en esa imagen de perfecta armonía familiar que creé el recuerdo de haber bajado en trineo con mi padre y haber pasado la noche viendo la tele con mi hermana en la habitación del hotel mientras nuestros padres cenaban

fuera.

Cuando le pregunté a Annabel sobre el recuerdo de toda una noche viendo la tele juntas me lo confirmó: efectivamente, una vez estuvimos toda la noche viendo *Con ocho hasta* en un televisor enano en una habitación con camas que vibraban, pero fue en Chicago y no en Gatlinburg, y no habíamos ido de vacaciones sino para asistir al funeral de uno de los amigos de la universidad de mi padre. Según Annabel, con el tiempo mi madre le confesó que la razón por la que habíamos ido todos era que sospechaba que mi padre tenía una aventura y no quería que fuera a Chicago solo porque le daba miedo lo que pudiera pasar.

La memoria se parece a una fotografía con múltiples exposiciones: los acontecimientos se superponen y al final resulta imposible distinguir los detalles de unos y otros. A medida que cumplimos años vamos acumulando más recuerdos o exposiciones múltiples y las relaciones temporales se vuelven más elásticas. Con el devenir del tiempo, al ir viviendo más y más, los minirrelatos que forman nuestras vidas se distorsionan y se corrompen hasta que, al final, lo que nos queda es una historia falsa, una ficción creada por nosotros mismos sobre la vida que hemos vivido.

Capítulo 38

Ésta es la verdad, esto es lo que sé: estaba caminando por la playa con Emma de la mano, aparté la vista para mirar una cría de foca muerta. Pasaron unos segundos. Han transcurrido tres meses, veintiocho días y doce horas y media.

Otra noche más en que Jake y yo estamos solos en su casa, con un vacío visible en el sitio en que solía sentarse Emma a ver la tele en el suelo. Son las once y llevamos horas metiendo cartas en sobres. Hacemos un descanso de media hora para ver en la tele nuestra comedia favorita, *The Office*, mientras cenamos comida para llevar de Pasquale's en la calle Sloat. Es la única cosa que todavía seguimos haciendo juntos, el único vestigio de antes de que desapareciera Emma que nos devuelve un poco a la normalidad de entonces: durante esa media hora casi podemos fingir que todo sigue igual que siempre.

—¿Cómo van las clases? —le pregunto en un esfuerzo por sacar tema de conversación.

Jake se encoge de hombros.

—Nada nuevo.

Volvió al trabajo a principios de octubre pero sólo media jornada, dice que para no perder el seguro médico aunque sospecho que más bien ha sido para no perder la cabeza.

Cuando termina el capítulo me levanto para marcharme siguiendo la rutina que ha acabado por imponerse entre nosotros: nada de pasar la noche juntos, nada de instalarnos tranquilamente en la cama cuando se apaga el televisor. Voy a por mi bolso y las llaves que están sobre la mesa y cuando me agacho para darle un beso de buenas noches él me agarra la mano.

—No te vayas.

—¿Cómo?

Tengo que hacer una pausa para cerciorarme de que he oído bien mientras él está tirando de mí hacia abajo para que me siente a su lado.

—Quédate.

Me siento. Toma mis manos en las suyas y clava la mirada en mi regazo. Veo claramente que quiere decirme algo. Todavía tengo el bolso al hombro pero no encuentro la forma de quitármelo sin hacer aspavientos raros; todo mi cuerpo está en tensión, preparado para emprender el vuelo en cualquier momento. Intento mirarlo a los ojos pero mantiene la cabeza baja y reparo en la cantidad de canas nuevas que se mezclan con sus cabellos negros.

Jake me aprieta una mano con más fuerza y por la leve inclinación de la cabeza y la forma poco habitual en que suben y bajan ligeramente sus hombros sé que está llorando.

—¿Qué pasa?

—Hoy, en el instituto.

Le froto la espalda sintiéndome como una especie de impostora, me desconcierta lo rápido que puede desvanecerse la intimidad entre dos personas, lo poco que tardan en volver a ser dos desconocidos.

—¿Qué ha pasado?

—Era quinta hora, estaba dando una clase sobre Carlomagno. Los chavales son tan educados… nadie me interrumpe, no se pasan notas en papelitos, ni siquiera hablan, y me he dado cuenta de que se compadecen de mí; todos y cada uno de esos críos, sentados en sus pupitres, sienten pena por el profesor que ha perdido a su hija.

—Dales tiempo, es sólo que están nerviosos, no saben qué decir.

—Entonces han llamado a la puerta; era Silas Smith: le di clase de Historia de Estados Unidos el año pasado, un chico listo, muy callado, que siempre lleva cinturones de cuero con hebillas raras que se hace él mismo en la clase de taller de herrería. «Tiene una llamada», me informa. Le pregunto de quién y me contesta que no lo sabe pero con un tono de disculpa tan evidente que no me cabe la menor duda de que no pueden ser buenas noticias. Así que les doy a los chavales un tema para que escriban una redacción corta y voy a la oficina; cuando llego, June Fontayne me está esperando.

—¿Quién?

—June Fontayne, la nueva orientadora académica, la típica ex hippie, una auténtica charlatana de feria con falda larga que va siempre cubierta de collares, pulseras y abalorios de pies a cabeza. Tiene la mesa llena de cristales de cuarzo, uno de esos móviles indios —«atrapasueños» los llaman— colgado del marco de la puerta, y un altar a Buda en la estantería donde debería tener los libros. Sé que hay malas noticias y que no quiero oír lo que sea que tiene que decirme: me cuenta que ha llamado la policía y que al saber que eran ellos ha decidido responder a la llamada ella misma y pasarme el mensaje, que le ha parecido que sería mejor si lo oía de sus labios, como si tuviera el más mínimo derecho a hacerme de mensajera… —«¡Ay, Dios mío!, gimoteo yo en silencio, ¿oír el qué?»—. La policía ha encontrado el cuerpo de una niña y querían que fuera a identificarlo —concluye él.

—No.

En el reloj que asoma por los puños de la camisa de Jake, la manilla del segundero se mueve con una precisión dolorosa. El tiempo se expande, nunca unos instantes parecieron durar tanto. Me acuerdo de cómo Annabel y yo solíamos contar cuando jugábamos al escondite: «uno, Misisipi; dos, Misisipi; tres, Misisipi…».

—June se ofrece a llevarme en coche pero yo quiero estar solo; voy por Portola a pesar de que la 280 habría sido mucho más rápida, creo que tenía la esperanza de que el depósito hubiera cerrado ya para cuando llegase. —Se pone de pie y empieza a recorrer la habitación arriba y abajo con las manos en los bolsillos. Yo lo único en que pienso es en llegar al final de la historia, en que me diga que no era ella—. Voy tan despacio como puedo pero al final llego, claro que llego, y por supuesto que aún está abierto. Allí estoy yo, sentado en el coche en el aparcamiento del depósito de

cadáveres pensando que no voy a ser capaz de hacer aquello, que me va a resultar imposible entrar en ese edificio y mirar el cuerpo de una niña que podría ser Emma. Pero entro, pongo la mente en blanco y entro. ¿Qué otra alternativa tenía en realidad? Por fuera no es más que un sencillo edificio blanco que incluso no está mal, con una buganvilla trepando por las paredes y unos bancos bonitos a la entrada, pero por dentro parece un hospital, completamente blanco y esterilizado. El olor es incluso peor que el aspecto: una mezcla de amoniaco y un tufo dulzón y rancio a humanidad, no un olor corporal sino otra cosa, algo peor. No se me ha ocurrido hasta más tarde, cuando volvía a casa, que lo que había olido era la muerte. En realidad la muerte tiene su propio olor. —Jake no deja de caminar arriba y abajo y ha empezado a sudar —. Hace un bochorno insoportable aquí dentro —se queja—, ¿tú no tienes calor?

Sin esperar a que le conteste va hasta la ventana y la abre, se asoma y respira hondo aspirando el aire de la noche. Un leve aroma a mar mezclado con combustible entra por la ventana. Pasa un coche por la calle a poca velocidad iluminando fugazmente el cuerpo de Jake, que a su vez proyecta una sombra sobre el sofá, la pared y la alfombra. Me mira y pregunta:

—¿Cómo crees que te tratan en un depósito de cadáveres?

—¿A qué te refieres?

—Se imagina uno que serán amables, ¿no?, que intentarán hacerse cargo de lo delicado de la situación. —Se ríe: una carcajada extraña y desconcertante—. Pues resulta que de eso nada, se limitan a hacer su trabajo y lo harían igual si estuvieran en unos grandes almacenes vendiendo cafeteras, es como si estuviesen completamente inmunizados. —Se acerca y vuelve a sentarse—. En fin, voy hasta el mostrador y le doy mi nombre a la chica, que me responde: «¿Ha venido a identificar un cuerpo?». Así, como si tal cosa. Entonces se inclina ligeramente hacia un micrófono y llama al señor Brewer. Al cabo de unos segundos se abre una gran puerta blanca de doble hoja por la que aparece un hombre: debe de haber cumplido ya los cincuenta, lleva una bata blanca de laboratorio; sonríe y me da la mano. Y luego Roger, así dijo que se llamaba, me hace un gesto para que lo siga.

»Mientras atravesamos un laberinto interminable de pasillos me cuenta que es su primera semana en este trabajo y luego empieza a hablar del programa ese de la tele, el de las citas a ciegas, que la noche anterior han emparejado a una chica muy guapa de Manhattan con el dueño de un club de Miami. Roger me pregunta si lo vi y antes de que me dé tiempo a responderle se deshace en disculpas, dice que habla sin parar cuando está nervioso.

»Para serte sincero, yo en esos momentos agradezco el parloteo —continúa Jake —, no creo que hubiera podido soportar el silencio. No me suelta un sermón como en las películas, no me dice que me prepare, simplemente camina y habla, y al llegar al final del pasillo abre una puerta y entramos en una pequeña habitación muy iluminada con tres mesas de metal alineadas en el centro —impolutas y relucientes— que me recuerdan a las del comedor del colegio, sólo que éstas están completamente

vacías, no hay ningún cuerpo sobre ellas, son sólo mesas. Siento tal sensación de alivio que se me pasa por la cabeza que todo ha sido un malentendido, o que tal vez ya ha venido otra persona y ha identificado el cadáver, que otro padre ha hecho este espantoso peregrinaje y ha encontrado allí a su hija, que ya se han llevado el cuerpo y han lavado la mesa, y que ahora él va camino de su casa. Me compadezco de ese padre pero también me alegro de no haber sido yo y estoy a punto de darme la vuelta para salir cuando Roger me avisa: "Aquí".

»Entonces es cuando abre el frigorífico; es eso: un inmenso frigorífico con cajones. Tira de uno de los cajones hacia fuera y no me da tiempo a pensar nada, no me da tiempo a taparme los ojos ni a preguntar ni mentalizarme. Simplemente tira del cajón y aparece el diminuto cuerpo mutilado de una niña; sin sábana, sin ropa, sólo el cuerpo con la piel blanca y fría, las manitas, los piececitos azulados…

Jake está sollozando. No es de los que lloran, desde que desapareció Emma sólo lo he visto hacerlo en un par de ocasiones y el hecho es que me aterroriza verlo llorar.

—Le miro el pelo —sigue contándome—; es lo primero en lo que me fijo, el pelo. Es rubia, esa pobre niña es rubia.

Los latidos desbocados de mi corazón se ralentizan, el tiempo vuelve a su curso natural y él me rodea con sus brazos y se aferra a mí con tal fuerza que creo que me va a romper una costilla. Yo también estoy llorando, de alivio, y de remordimiento también al oír lo que ha tenido que pasar Jake por culpa mía, al ser consciente del dolor que le he causado, de todo el sufrimiento y el horror en que he convertido su vida hasta entonces feliz.

Al cabo de un par de minutos me suelta, se endereza, luego se seca los ojos y apoya las manos en las rodillas.

—Después de eso soy capaz de mirarle la cara: tiene los ojos cerrados, unas orejas diminutas en las que se distinguen los agujeros de los pendientes que ya no lleva puestos. Debe de tener la edad de Emma. Tiene moratones alrededor del cuello, como si la hubieran estrangulado, y arañazos por todo el cuerpo. Roger ha debido de pensar que he hecho una identificación positiva porque me pone una mano en el hombro y clava la mirada en el suelo, y me doy cuenta de que está pensando qué decir. Cuando le digo que no es ella parece aliviado.

Jake alarga el brazo, me pone la mano en la nuca y luego me atrae hacia él y me besa. Es un beso agresivo, hambriento, sin el menor rastro de disculpa ni la más leve sombra de reserva; me besa como si sencillamente fuera ineludible, como si apartarse no fuera una opción; y entonces se despierta algo en mi interior también, un deseo que no he sentido desde hace meses, que no he querido sentir porque me parecía una deslealtad hacia Emma. Él desliza sus manos por debajo de mi falda y en un par de minutos estamos en el dormitorio, desnudos y desesperados, igual que un par de adolescentes a los que en el fondo aquella situación les resulta incómoda.

—Espera —le pido rodando hasta quedar tendida a su lado.

—¿Cómo?

—Vayamos despacio.

Nos quedamos allí tendidos un rato, simplemente acariciándonos y hablando en voz baja. Recorro su cuerpo con los dedos, deteniéndome en el bultito que tiene bajo la piel en la parte alta del muslo derecho, ese pequeño defecto físico del que he acabado por enamorarme. Él me acaricia la cicatriz de debajo del ombligo, un recuerdo de una caída que tuve patinando cuando tenía diez años. De este modo nos vamos reencontrando y, cuando penetra en mi interior, me viene a la mente nuestra primera vez, en la cama de una habitación de un hotelito de Bodega Bay, con el mar rugiendo fuera y el bullicio de un grupo de adolescentes jugando con una pelota de tela gruesa al otro lado de la ventana. Después nos sentamos en el balcón con los albornoces del hotel puestos, a beber agua con gas y hacer planes. Mientras observaba a los chavales me invadió una agradable sensación al pensar en el futuro, en cuando trajéramos a Emma a sitios como éste y ella hiciera amigos de su edad, y en que nosotros la observaríamos de cerca pero no demasiado cerca. Me prometí a mí misma que tendría una infancia feliz y una adolescencia aún mejor. Pensé en los errores de mis padres y juré que no los repetiría. La pelota de tela aterrizó a nuestros pies y uno de los jugadores nos hizo señas con los brazos para que se la tiráramos, una chica de ojos chispeantes con un traje de baño verde. «¡Buen tiro!», le comentó a Jake cuando él le lanzó la pelota.

Alrededor de las dos de la madrugada nos separamos y cada uno se bate en retirada a su lado de la cama. Jake ronca suavemente y yo me quedo tendida boca arriba pensando en la niña rubia, en el frigorífico de acero en el que está metida, esperando a que la identifiquen. Pienso en sus diminutas orejas y en los moratones del cuello. No me la puedo quitar de la cabeza y la terrible imagen grabada a fuego en mi cerebro no me deja dormir. A las tres salgo de la cama y cruzo el pasillo hasta el cuarto de Emma. La puerta está cerrada, pongo la mano en el pomo y lo giro; los tablones del suelo no están nivelados del todo y la habitación tiene un ligero desnivel después de siete décadas de frecuentes temblores de tierra: yo misma los he notado muchas veces, he sentido como la casa se agitaba y balanceaba pero siempre permanecía en pie, siempre seguía intacta. Al girar el pomo, la puerta se ha ido abriendo sola lentamente; entro y me siento en la cama. La habitación todavía conserva un tenue olor a Emma, el aroma dulce y terroso que traía de vuelta a casa después de haberse pasado toda la tarde jugando fuera mezclado con la fragancia salada y lechosa de pegamento y el olor un tanto mohoso a cartulina.

Pasa un rato. Alzo la vista y me encuentro a Jake de pie en el umbral de la puerta con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y los ojos inundados de lágrimas, observándome.

Capítulo 39

Me despierto a las cinco de la madrugada, hago café y me siento en la cocina a intentar leer el periódico, pero las líneas de diminutas palabras se vuelven borrosas, los titulares se funden formando frases sin sentido. El teléfono está sobre la mesa, a unos centímetros de mi mano. Pienso en llamar a Jake. Se oye el lamento de la sirena de un coche de bomberos en la lejanía.

Es 17 de noviembre. Día 118.

Hoy Emma cumple siete años.

Alrededor del mediodía llamo a Jake pero me salta el contestador, el mismo mensaje de antes de que Emma desapareciera. Vuelvo a llamar al cabo de una hora. Nada. Mientras subo en coche por la calle Dieciocho atravesando Eureka Valley intento planificar la conversación, pensar en todas las cosas que deberíamos decirnos.

Su coche está en la entrada y, al lado, el Cabriolet de Lisbeth.

Aparco al otro lado de la calle y me quedo unos minutos allí sentada deseando que me vea, deseando que salga a la puerta y me invite a entrar. Transcurre media hora con una lentitud increíble y entonces se abre la puerta y sale Lisbeth, se mete en el coche y arranca. En cuanto se marcha, me acerco y me quedo de pie frente a la entrada durante un par de minutos, intentando hacer acopio del valor necesario para llamar. Al fondo de la calle se oye una moto acelerando, pasan por la acera un hombre y dos niños: el hombre lleva una bolsa de supermercado y los niños van comiéndose sendos helados de cucurucho mientras parlotean a gritos sobre un conejo que es la mascota de la clase en el colegio.

Llamo al timbre y no pasa nada. Vuelvo a llamar, espero un minuto o dos y por fin meto la llave en la cerradura: las cortinas están echadas y no hay una sola luz encendida; tardo un momento en acostumbrarme a la oscuridad y entonces veo a Jake sentado en el sofá del cuarto de estar con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. A sus pies, el suelo está cubierto de regalos envueltos con grandes lazos y papel de vivos colores. Hay unas tijeras y un celo sobre la mesa.

—¿Jake? —No levanta la cabeza—. He visto salir a Lisbeth.

Sigue sin responder y no puedo evitar preguntarme por qué ha venido esa mujer, qué quiere de él. Soy incapaz de confiar en ella, no consigo creerme que lo que más le importe sea el bienestar de Emma.

Camino entre los paquetes hasta llegar al sofá y me siento a su lado; quiero tocarlo pero no sé cómo, así que me limito a permanecer sentada esperando a que me dirija la palabra, tratando de no mirar la montaña de regalos. Al cabo de un rato oigo pasos fuera, unos golpecitos, el murmullo amortiguado del sonido de papel rozando metal y un leve golpe seco cuando el correo cae en el suelo del vestíbulo. Dentro de la casa todo está en silencio. Permanecemos inmóviles durante mucho tiempo y luego, en un momento dado, noto que va oscureciendo, que se está haciendo de noche.

De vuelta a casa, el rojo de los semáforos me resulta morboso y el sonido de las radios de los coche obsceno hasta cierto punto. Como siempre, voy despacio y con las ventanillas bajadas, escudriñando las calles. Con cada cruce, con cada puerta que dejo atrás, con cada escaparate resplandeciente, me golpea una vez más la realidad de su desaparición, una realidad permanente e ineludible. Me sorprendo dando vueltas por Mission, luego volviendo hacia Guerrero y por fin me encuentro caminando por el parque Dolores. A estas horas en el parque hay dos tipos de personas: los que venden y los que compran drogas. Mientras avanzo a paso lento, las voces susurrantes me ofrecen de todo: costo, coca, metadona… Digo que no con la cabeza y pongo con brusquedad una octavilla en la mano de todos esos desconocidos.

—¿Qué coño es esto? —se indigna alguien agarrándome por el brazo cuando le doy el papel: lleva un gorro de lana rosa que me resulta extrañamente infantil y entonces me doy cuenta de que, en efecto, es una niña enjuta y pálida que no debe de tener más de quince años.

Respiro hondo tratando de disimular el miedo y repito mi mantra, la frase que se ha convertido en algo tan natural para mí como respirar:

—He perdido a mi niña.

—Pues si has venido a buscarla aquí te has confundido de sitio —contesta la chica al tiempo que me aprieta el brazo hasta hacerme daño y luego me suelta.

A los pocos minutos estoy en el coche, con las manos temblorosas apoyadas en el volante. Jake no sabe que hago esto, no sabe de mis viajes nocturnos a Ocean Beach, Golden Gate Park y Tenderloin, no sabe de todos los sitios poco recomendables por los que ando a horas poco recomendables. Él tiene sus propios métodos de búsqueda —el centro de operaciones, la radio, las listas organizadas y los mapas—, y yo los míos.

Al llegar a casa llamo a Annabel.

—Hoy cumple siete años.

—Ya lo sé, te he llamado unas cuantas veces, y Alex quería enviarle un regalo, creo que no entiende lo que pasa.

Annabel está comiendo algo; en eso se parece a nuestra madre: un apetito voraz y un metabolismo privilegiado.

—¿Te he contado alguna vez que la señora Callahan me envió una tarjeta cuando me gradué en la universidad? —me suelta mi hermana al cabo de un rato—. Fue algo muy raro: recibí la típica felicitación y un vale de Gap, pero además había una carta escrita en papel de libreta todo manoseado, como si lo hubieran arrugado y luego hubieran vuelto a alisarlo. La carta era larga y farragosa: me contaba que ella y el señor Callahan se habían separado hacía unos cuantos años y que ahora él vivía en Dallas y ella era la directora del coro infantil de una iglesia de Satsuma, en Alabama.

—He estado pensando en lo que me contaste, en como aquel tipo mantuvo a Sarah con vida durante siete semanas. ¿Dónde la tenía?

—En su casa, solamente a un par de millas de la de ella, hasta la llevó al centro

comercial a las tres semanas de haberla secuestrado para comprarle ropa. La obligó a ponerse una peluca y un montón de maquillaje para que nadie la reconociera.

Me imagino a Sarah en medio del centro comercial, la mano inmensa de su secuestrador aprisionándole los dedos de la suya con fuerza.

—¿Por qué no se escapó?

—La había convencido de que si lo intentaba mataría a sus padres.

—Hace unos días me di cuenta de que quiero ver muerto a quien sea que haya hecho esto, que le deseo una muerte lenta y dolorosa.

—¡Abby, si no pareces tú quien habla! No me puedo creer que esté oyendo esto de labios de la misma persona que organizó aquellas manifestaciones multitudinarias en contra de la pena de muerte en la universidad…

—No me siento la misma persona, no me siento yo misma. De hecho, no creo que vuelva a sentirme yo misma jamás. —Hago una pausa—. He estado haciendo listas.

—¿Qué clase de listas? —me pregunta Annabel.

—De niños que han desaparecido. Hay miles, a lo largo de varias décadas.

—¿Por qué te haces esto, Abby?

—Es como si se los hubiera tragado la niebla.

Pienso en el viaje que hicimos a San Francisco cuando éramos adolescentes: era julio y, como tantos otros turistas, estábamos pasando el verano en California. Annabel y yo íbamos en pantalón corto y un jersey delgado; nos marchamos a recorrer el Golden Gate a pie y al cabo de unos pocos segundos estábamos temblando de frío; ese día el puente estaba envuelto en una niebla tan densa que ni siquiera alcanzábamos a ver las famosas torres naranja; aquella inmensa masa blanca atravesó la bahía haciendo que el perfil de los edificios sobre el horizonte se volviera borroso. Mi hermana y yo posamos para unas cuantas fotos y, transcurridos muchos años, cuando nos reunimos en casa para repartirnos las cosas de nuestra madre, encontramos una caja de zapatos con una etiqueta que decía «Álbum del viaje a San Francisco». Nuestra madre nunca llegó a hacer el álbum pero había conservado los billetes del ferri, un llavero de Alcatraz y las fotos: es imposible decir dónde estamos ni quiénes somos, lo único que se distingue son nuestras siluetas fantasmales flotando en medio de la deslumbrante bruma blanquecina.

Capítulo 40

Día 138. Tres de la madrugada, tengo insomnio y una botella de Johnnie Walker Etiqueta Azul a mi lado, regalo del año pasado de un cliente agradecido. Fuera, ruge la tormenta y el viento golpea las contraventanas; dentro, la pantalla del ordenador lanza destellos de un tono blanco lechoso. Me he pasado horas visitando chats, contando la historia de Emma, dejando la dirección de la web a modo de tarjeta de visita: www.buscandoaemma.com. El número de visitas a la página aumenta vertiginosamente, el libro de visita virtual engorda con un sinfín de mensajes: toneladas de compasión pero ni una sola pista. Tal vez no haya prueba más fehaciente de la desesperante soledad del mundo en que vivimos que un paseo por el ciberespacio en mitad de la noche.

Sasha67 escribe: «Se parece a mi sobrina que murió de leucemia hace seis años».

Snowboard4ever dice: «Son las cuatro de la madrugada en Missoula. Llámame». Me da su número de teléfono y, de forma inexplicable, también su fecha de nacimiento: es joven, seguramente todavía está en la universidad.

Bored2Tears cuenta que está nevando en Vancouver y luego publica una lista de todas las chicas que han roto con él en los últimos quince años junto con una relación exhaustiva de los motivos.

Resulta increíble que la vasta red de circuitos que soporta Internet permanezca intacta, minuto a minuto, hora a hora, mientras los pecados y la tristeza de millones de navegantes colisionan contra ella con la fuerza de una ola monstruosa. Hay cierto consuelo en saber que la tecnología de la red es inmune a la miseria humana, que los cables y chips procesan todas esas confesiones desesperadas igual que cualquier otro paquete de unos y ceros. La muerte y la destrucción, los corazones rotos y las amenazas, las niñas desaparecidas y sus aterradas madres…, al final todo son datos que se envían, se almacenan y luego se olvidan.

Entra un mensaje instantáneo en mi dirección privada de correo electrónico, que es la que uso también para el trabajo: «¡Hola! Acabo de llegar de Finlandia. ¿Cuándo puedo pasar a recoger las fotos? Nick Eliot».

Me había olvidado por completo de él. Nick Eliot, con su pelo cortado en punta a la moda y un increíble historial de longevidad en la familia; Nick Eliot cuya bisabuela Eliza ha cumplido los 99 hace poco. Se crió en Inglaterra, en Oxford, pero lleva varios años viviendo en la zona de la bahía. La semana antes de que Emma desapareciera vino a casa con un pequeño montón de fotos para restaurar.

—Te he localizado a través de tu página web —me informó al tiempo que depositaba el sobre en mi mano con cuidado—. Me gustó tu foto, tienes cara de ser de fiar.

En vez de apartar la mano inmediatamente la dejó sobre la mía un par de segundos más de lo necesario.

Debo admitir que sentí algo, una breve descarga que viajó de sus dedos a la palma

de mi mano a través del sobre. Su olor me resultaba familiar, como a bizcocho. Llevaba un traje azul marino y una camisa de un azul más claro. Pensé en Jake y aparté la mano.

—A ver qué tenemos aquí —dije al tiempo que abría el sobre.

Una foto de Eliza a los diecisiete años luciendo un sombrero de ala ancha y un vestido con mangas de farol mientras saludaba desde el vagón de un tren; y otra de Eliza entornando los ojos, con zapatos de hebillas, sentada en los escalones del juzgado junto a su flamante esposo; Eliza al cabo de unos cuantos años con una mano apoyada en la cabeza de un niño pequeño y la otra sobre su abultado vientre. En todas las fotos, el rostro de la bisabuela de Nick estaba muy pálido, como si hubiera pasado demasiado tiempo sin ver la luz del sol.

—¿Crees que podrás arreglarlas? —me pregunta.

—Veré qué puedo hacer.

Me dio su tarjeta en la que aparecía el nada definido título de «consultor» en diminutas letras justo debajo de su nombre. Cuando ya iba camino de la puerta, de repente se dio la vuelta, se rascó la cabeza, esbozó una sonrisa ligeramente incómoda y dijo:

—No suelo hacer esto pero, cuando vuelva a recoger las fotos, ¿podría invitarte a cenar?

Yo sostuve en alto mi mano izquierda para enseñarle el anillo de compromiso pero, incluso en el mismo momento en que hacía el gesto, me pregunté cómo sería estar sentada en una mesa frente a Nick y charlar sobre libros y viajes, averiguar sus gustos y oír la historia de su familia. Desde que había conocido a Jake, ésa fue la primera vez que me topé con alguien que me hizo pensar en qué era a lo que renunciaba: la desconcertante emoción de besar por primera vez a alguien, el instante en que se conecta especialmente con una persona, la libertad de hacer algo al respecto, de seguir la estela de esa emoción hasta un final potencialmente sorprendente. Yo estaba enamorada de Jake, enamorada de Emma y feliz de haber alcanzado la cota más alta de felicidad en esta nueva vida junto a ellos, pero no podía evitar pensar en todo lo que estaría dejando atrás en el momento en que diera el sí en la iglesia.

—¡Ah! —exclamó con una sonrisa—. En ese caso, olvídalo. Felicidades.

Dos días antes de que Emma desapareciera llamé a Nick para decirle que las fotos estaban listas, pero no volví a saber nada de él hasta que hace unos días me dejó un mensaje en el contestador diciendo que había estado viajando mucho por trabajo; yo todavía no le había devuelto esa última llamada.

Ahora me pongo a escribir:

—Las fotos han salido bastante bien.

Le doy a la tecla de ‹Enter› y me lo imagino al otro lado de la ciudad, en un apartamento a la última, sentado frente al ordenador con su pijama de franela y sus zapatillas de piel.

—¿Cuándo puedo venir a por ellas? ¿Mañana?

¿Cuándo? Una pregunta sencilla; mañana es totalmente imposible. A las ocho tengo un desayuno benéfico con el Comité de Madres por unos Barrios Seguros en Marin en el transcurso del cual un puñado de bienintencionadas —y acaudaladas— madres me darán todo su apoyo mientras desayunamos fruta fresca y unas crepés delgadas como papel de fumar. De diez a once, mi vigilancia diaria en Ocean Beach. La siguiente parada es el centro de operaciones donde Brian me marcará con un rotulador fosforescente rosa una zona en un mapa fotocopiado del área de la bahía y me entregará un montón de octavillas —que él mismo ha diseñado meticulosamente — para repartir; la octavilla es ligeramente distinta todos los días, con una letra distinta o un reborde más vistoso, con la foto de Emma en un lugar ligeramente distinto de la página. El número de voluntarios ha bajado de 257 a 19 pero Brian sigue viniendo tres días a la semana después de clase.

Por la tarde volveré a Ocean Beach. Ésta es siempre la parte más difícil del día, las largas horas de inactividad que no me acercan lo más mínimo al objetivo de recuperar a Emma, esas horas interminables en las que vago por la fría playa sin rumbo fijo, cruzándome la gente que ha salido a correr o pasear al perro, las parejas de la mano, las escuálidas hogueras de los vagabundos y los surfistas congregados en las aguas grises, esperando a que llegue la ola.

Luego, por la noche, iré a casa de Jake, prepararé algo sencillo de cena y él hará llamadas a periódicos y emisoras de radio tratando de conseguir que el nombre de Emma vuelva a mencionarse en las noticias. El interés de los medios se ha reducido de forma considerable hasta hacerse prácticamente inexistente ahora que ya han pasado más de cuatro meses. Durante ese tiempo, otros niños han desaparecido en otros estados, ha habido tiroteos en una autopista de Montana, una bomba en un colegio de Nueva York, han asesinado a una embarazada en Monterrey y cerca de Eureka han tenido un terremoto. Cada día es más difícil atraer la atención hacia el caso de Emma.

Jake y yo casi no hablamos cuando voy a su casa pero ninguno de los dos parece tener una idea mejor sobre cómo pasar las noches. Aparte de aquella vez después de que él fuera al depósito de cadáveres, no hemos vuelto a hacer el amor desde que Emma desapareció.

Solíamos fregar los platos juntos y luego yo lo seguía al piso de arriba, con cuidado de no despertar a Emma; hablábamos mientras nos desvestíamos y nos deslizábamos bajo las mantas; a veces hacíamos el amor pero casi siempre nos contentábamos con estar allí tendidos charlando hasta que uno de los dos se quedaba dormido. Era como si el ritmo de nuestro matrimonio ya se hubiera establecido, como si ya tuviésemos un esbozo de cómo sería nuestra vida juntos. Yo me imaginaba que, a medida que fueran pasando los años, nuestras noches seguirían siendo más o menos así y la idea me tranquilizaba y al mismo tiempo me daba miedo.

Otro mensaje en mi bandeja de entrada:

—¿Todavía sigues ahí?

—Sí, perdón, estaba consultando mi agenda. Mañana no me va bien.

Dejo los dedos sobre el teclado y estoy tratando de discurrir qué escribo, intentando encontrar la manera de disuadirlo sin tener que decirle que mi vida está completamente patas arriba, que no estoy en condiciones de socializar, ni siquiera de ocuparme de las tareas más rutinarias, que desde que Emma desapareció me siento perdida y preferiría enviarle las fotos por correo; y entonces entra otro mensaje:

—¿Y si vengo ahora?

—Son las tantas de la noche.

—Técnicamente ya es por la mañana —responde él—. Tú estás despierta, yo estoy despierto… Acabo de hacer un vuelo de dieciocho horas desde Helsinki, tengo una reunión dentro de siete horas y, si me meto en la cama, no me despertaré a tiempo.

Me lo imagino sonriendo mientras escribe. Puede que hasta se haya sorprendido a sí mismo con su atrevimiento o tal vez es simplemente su manera natural de funcionar, las tácticas persuasivas de un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere.

—Llueve a cántaros.

—Me arriesgaré.

¿Cómo voy a negarme? Annabel no puede seguir pagándome el alquiler para siempre, Nick es un cliente y ahora mismo necesito clientes, y éste llegará talonario en mano y yo le daré las fotos: un simple intercambio de dinero por servicios prestados.

—Haré café —tecleo con resignación.

—Te veo en veinte minutos.

Me cambio el pijama por unos vaqueros y un jersey. Hago café, me cepillo los dientes, escondo la ropa sucia en el armario, paso una esponja por el lavabo del baño —¿hacía cuánto desde la última vez?—, me cambio de jersey: en vez del rojo, que me da un aspecto fantasmagórico, me pongo uno azul que favorece vagamente —o eso espero— la palidez de mi rostro. Suena el timbre.

Mientras oigo los pasos de Nick por las escaleras me pinto un poco los labios sintiéndome algo culpable al hacerlo. Éste es el dilema, esto es lo que sé: a las 3.45 de la madrugada no cuentan las apuestas que ya has hecho; a las 3.45 de la madrugada, en medio de una tormenta, cuando las calles están desiertas y las tiendas cerradas y la ciudad entera duerme, es fácil olvidarse de los compromisos, es un alivio olvidar los problemas; sobre todo cuando llevas meses sin dormir de verdad y ya te has bebido tres vasos de whiskie y el hombre que está a tu puerta te está sonriendo, da un paso al frente, te besa fugazmente la mejilla como si se tratara de una cita y no una visita de negocios, tiene el pelo mojado porque está lloviendo y un paraguas que gotea, lleva un traje arrugado aunque caro pero viene sin corbata y, aun así, a pesar de las dieciocho horas de vuelo desde Finlandia, sigue oliendo

ligeramente a bizcocho, tiene algo en la mano —una bolsita roja con un lazo dorado — y está diciendo:

—Te he traído esto, no es gran cosa, sólo un recuerdo del otro lado del charco. —La bolsa roja contiene utensilios de cocina, un batidor y una espátula de goma—. Extraña elección, ya lo sé —se disculpa Nick mientras yo le quito el papel de seda al regalo—. ¿Cocinas? Ni siquiera sé si te gusta cocinar…

—Son preciosos, gracias.

—En Helsinki —me cuenta—, todo es de diseño, hasta los utensilios de cocina. —Es cierto: la espátula y el batidor tienen los mangos de goma verde y formas esbeltas de aluminio; igualitos a los que se ven en las fotos de las cocinas de las estrellas en las revistas—. Debes de estar pensando que soy muy raro.

—Raro, no, detallista.

—Entonces debería ganarme algún punto por esto otro. —Se abre el bléiser y saca otra bolsa en cuyo interior hay un gorro de gruesa lana azul con orejeras y un pompón rojo—. Son el último grito en Finlandia. Lo vi y pensé en ti.

Me río, una carcajada de verdad, algo que no he tenido el placer de experimentar desde hace mucho tiempo.

—Gracias. Estás empapado, quítate la chaqueta. Acabo de hacer café.

Así es como Nick acaba sentado en mi cocina. Lleva los pantalones grises salpicados de puntos más oscuros —gotas de lluvia— y mientras busco las tazas en el armario ve la botella de Johnnie Walker Etiqueta Azul en la encimera y comenta:

—Para serte sincero, no me vendría mal un poco de eso.

—Estupendo, no me gusta nada beber sola. ¿Cómo lo tomas?

—Solo, gracias.

Algo en la manera que tiene de decir «solo», con una pizca de acento que no soy capaz de identificar —no es británico pero tampoco es americano— hace que me guste aún más.

Sirvo un poco de whiskie a cada uno y luego me siento a la mesa frente a él. Me sonríe y levanta el vaso.

—Por los encuentros poco aconsejables en mitad de la noche —brinda.

—Salud, pero esto es una cita de negocios, ¿no? Y eso no tiene nada de poco aconsejable…

—Claro, puramente negocios —asiente con la cabeza.

Siento el calor del whiskie en la boca y la garganta, cada sorbo que doy me produce un cosquilleo más intenso y una agradable sensación de entumecimiento en las puntas de los dedos. Durante un minuto —quizá más—, ninguno de los dos pronuncia una sola palabra y sé que tengo que contarle lo de Emma, que seguramente no se ha enterado de nada puesto que lleva meses fuera. Estoy intentando encontrar las palabras, dar con la manera de explicarle lo que ha pasado, cuando Nick alarga el brazo y me aparta un mechón de pelo de la cara. Es un gesto de lo más obvio y, sin embargo, este momento de ternura que no tiene nada que ver con la compasión me

deja sin palabras.

—Te parecerá que estoy loco —me dice—, pero he estado pensado en ti.

—¿Ah sí?

—Perdona, ya sé que no debería decir estas cosas, apenas nos conocemos y además estás prometida…

Ahora es cuando debería contarle lo de Emma, antes de que pase nada más, pero es tan agradable oír lo que dice… Quiero oírlo, quiero disfrutar de estos instantes de normalidad.

—Me recuerdas a una chica de los tiempos del instituto. Se llamaba Simone. Los mismos ojos y el mismo gesto de la boca cuando sonríes.

—Esta Simone —le pregunto sintiéndome culpable pero deseando tanto tener esta conversación con un hombre amable y atractivo, con este hombre que, a diferencia de Jake, no tiene motivos para odiarme—, ¿dónde está ahora?

—¡Quién sabe! Salimos tres veces, yo me enamoré perdidamente y entonces su familia hizo las maletas y se marcharon todos a Utah.

—Veinte dólares a que vive en una casa inmensa en Salt Lake City con un montón de niños.

—Seguramente.

—¿Tienes hermanos?

—Un hermano y una hermana, ¿y tú?

—Sólo somos dos; mi hermana es dos años más joven.

—¿Y dónde vive?

—En Carolina del Norte.

Nicle inclina el vaso para apurar las últimas gotas de whiskie, luego lo deja en la mesa y recorre el borde con el dedo. Lleva las uñas perfectamente recortadas, un tanto redondeadas, y las tiene fuertes y con un brillo saludable. Es el tipo de hombre que estaría tan tranquilo en un elegante salón de belleza, leyendo el *Wall Street Journal* mientras una joven despampanante con los labios pintados de rojo le sostiene la mano al tiempo que lima y pule.

—Así que éste es el típico *loft* mitad casa mitad despacho —murmura mientras pasea la mirada a su alrededor.

—Pues sí. Tuve suerte y firmé el contrato de alquiler antes del bum de las punto com, así que gracias al control de alquileres no me pueden aplicar subidas descabelladas… El cuarto oscuro está arriba.

—¿Puedo verlo?

—Claro.

Al llegar a lo alto de las escaleras se apodera de mí el vértigo.

—¿Estás bien? —se interesa al tiempo que alarga el brazo para sujetarme.

—Es el whiskie, ¿se está moviendo el suelo o son sólo imaginaciones mías?

—Igual es mejor que te sientes.

La cama está al final de las escaleras y más allá se encuentra la puerta del cuarto

oscuro. Estamos de pie a los pies de la cama; yo, de espaldas al colchón y él, frente a mí, sujetándome por los hombros pero manteniendo una prudencial distancia respetuosa y fraternal. ¿Cama o cuarto oscuro? ¿Cama o cuarto oscuro? En vez de elegir, simplemente pasa: mi cuerpo parece desplomarse en la cama por voluntad propia. Nick se queda de pie con los brazos a ambos lados del cuerpo.

—¿Quieres que te traiga algo, una aspirina?

—No gracias, dame un minuto y se me pasa.

Mira a su alrededor, supuestamente buscando dónde sentarse pero no hay sillas.

—Aquí —le indico al tiempo que doy una palmada en el colchón justo a mi lado —. Siéntate.

El colchón se hunde ligeramente bajo su peso. El reloj marca las 4.25, esa hora en mitad de la noche a la que nadie en su sano juicio está despierto: a las 3.15 los juerguistas más energéticos acaban de volver a casa; para las 5.00, los trabajadores más diligentes están alargando la mano para apagar el despertador; pero a las 4.25 prácticamente todo el mundo está en la cama durmiendo. No hay duda de que ésta es la hora bruja en que pasan cosas extrañas e impredecibles, seguro que lo que ocurre a esta hora puede disculparse o por lo menos olvidarse.

No me aparto cuando la mano de Nick me roza el muslo ni cuando se inclina para besarme. Es un beso delicado, suave, sin prisas y no demasiado insistente: tal vez sea lo que necesito, tal vez sea lo que me ayude a salir de este estado extraño de desconcierto en el que estoy atrapada desde que desapareció Emma. ¿Sería posible que irme a la cama con este hombre rompiera el círculo vicioso de parálisis en que estoy envuelta? ¿Acaso hacer el amor con él me despertaría, me haría recuperar los cabos deshilachados de mi salud mental? ¿Podría un simple acto reorganizar mi memoria y poner todo en orden?

Mientras me besa, hay tres palabras que se repiten en mi cabeza: «Situación, participación, sustracción». Tres palabras salidas directamente de los labios de Sam Bungo, el monitor de las sesiones para adictos al sexo a las que me obligaron a asistir mis padres cuando tenía diecisiete años. Sam no era psiquiatra, ni siquiera un terapeuta titulado, simplemente era un orientador cristiano con «o» minúscula, pero también lo mejor que podían permitirse mis padres. En su día había sido ministro de jóvenes en una pequeña iglesia baptista de Montgomery, pero había tenido que marcharse en circunstancias misteriosas. Para cuando yo lo conocí llevaba tres años encargándose de las sesiones de adicción al sexo y había reducido la respuesta a la tentación a esa fórmula que nos hacía recitar varias veces en cada sesión.

Según Sam, la situación abría la puerta al diablo: la primera defensa contra el sexo era evitar las situaciones comprometidas, las circunstancias en las que se era más vulnerable.

En cuanto a la participación, nos decía que era el enemigo: los cristianos debían mantenerse alejados de los pecadores y al hacerlo se protegerían del pecado. «No os unáis en yugo desigual», citaba directamente de la Biblia.

Y luego, por fin, estaba la sustracción. Supongamos que te encontrabas en una situación poco recomendable y que ibas claramente camino de la participación; la única alternativa que te quedaba era la sustracción: abrocharte el sujetador, subirte la cremallera y salir de allí tan rápido como fuera posible. «No vuelvas la vista atrás —nos advertía Sam—, no es mera casualidad que la mujer de Lot acabase convertida en estatua de sal».

Sam no era muy inteligente pero ahora se me ocurre que aun así quizá tuviera razón. Puede que su eslogan fuera una inspiración divina disfrazada de majadería. He roto la regla de la situación al dejar que Nick viniera; besarlo podría desde luego considerarse participación… Pero aún no es demasiado tarde para la sustracción.

—No deberíamos —le digo.

—Ya, sí, perdona. —Se apoya en un codo, suspira y me dedica una sonrisa triste —. ¿Cómo se llama tu prometido?

—Jake.

—¿Buen tío?

—Muy…

Me levanto, abro la puerta del cuarto oscuro y le doy al interruptor de la luz.

—Ven —lo invito.

Me sigue, tal vez pensando que he cambiado de opinión y me propongo seguir con el escarceo entre botes de solución y cubetas de plástico, pero una sola mirada a la habitación y la expresión de su rostro cambia.

—¿Qué es esto? —me pregunta mientras observa las fotos de Emma que cubren las paredes, cientos de ellas: Emma en el zoo, Emma en la playa, Emma en el tobogán del jardín de Jake, Emma delante del colegio de la mano de Ingmar —un niño del parvulario que le gustaba—, Emma y Jake al sol en una de las atracciones acuáticas de Tsunami Town en Crescent City.

Le cuento la historia de Emma, le cuento cómo la perdí, le cuento que es muy probable que me esté volviendo loca, y él abre los brazos y me estrecha con fuerza. Esta vez el gesto no tiene nada de sexual, no hay el menor rastro de deseo, simplemente está haciendo lo único que se le ocurre. Al final me mete en la cama con la ropa puesta.

—Si no te importa, voy a ir abajo a trabajar con el portátil un rato para preparar la reunión de mañana —me dice.

—Quédate todo el tiempo que quieras.

Una parte de mí confía en que venga a meterse en mi cama en menos de una hora y sus manos recorran hasta el último centímetro de mi piel, pero, por el contrario, mi lado más racional confía en que se marche antes de que yo tenga oportunidad de hacer alguna tontería. Me quedo dormida con el sonido del teclado de su portátil de música de fondo.

Cuando me despierto lo oigo moverse por la cocina; me cambio de ropa rápidamente, una cepillada de dientes, un poco de agua en la cara y bajo las escaleras.

Está sentado a la mesa de la cocina, de traje y perfectamente peinado, tomándose un café. Me sirvo uno yo también y me siento.

—La barba de dos días te sienta bien —le comento.

—Gracias. —Se produce un silencio incómodo en que los dos clavamos la mirada en la taza—. Siento mucho lo de ayer por la noche —se disculpa.

—No has hecho nada por lo que tengas que pedir perdón. —Le acerco el sobre con las fotos de su bisabuela desrizándolo por la mesa—. Aquí está lo que habías venido a recoger.

El posa sus dedos de uñas perfectamente recortadas en el sobre.

—Muy amable por tu parte, fingir que ésa es la única razón por la que me presenté aquí en plena noche.

—Muy amable por tu parte ser tan caballero; mucho me temo que mi fuerza de voluntad estaba algo mermada…

—Desearía haberte conocido en otras circunstancias —murmura él, y luego se acerca al fregadero y lava su taza, la pone en el escurreplatos, se seca las manos y saca el talonario del bolsillo del abrigo.

—¿Cuánto es la broma?

—Doscientos setenta.

—¡Una ganga! —exclama mientras escribe el número en el cheque con su Mont Blanc.

—Te he hecho el descuento especial con estancia de una noche incluida. ¿No las vas a mirar?

—Me fío de ti —responde al tiempo que me tiende el cheque.

Y entonces se marcha y me quedo sola, y el sol que entra por los grandes ventanales del *loft* es demasiado brillante, demasiado fuerte, como el sol de las playas de Alabama en verano, cuando un difuso contorno dorado envuelve todos los cuerpos y todos los objetos y resulta imposible distinguir nada con nitidez ni profundidad porque la luz hace que todo titile, que todo parezca irreal.

Capítulo 41

—¡Vaya tela! —exclamó Jake la primera vez que le hablé de las sesiones de terapia de Sam Bungo para adictos al sexo.

Era un día cálido, Emma estaba de excursión en el zoo con el colegio, y Jake y yo nos habíamos ido a Java Beach. Mojó una galleta de almendra en el café y dijo:

—Tengo la impresión de que el sexo te gusta, pero nunca te hubiera considerado una adicta.

El tipo de la mesa de al lado alzó la mirada del *Bay Guardian* y me miró de arriba abajo con disimulo.

—Es que no lo era, pero a mis padres se les metió esa idea en la cabeza y no hubo quien los convenciera de lo contrario.

—Supongo que ya nos conocemos lo suficiente como para que te pueda hacer esta pregunta —comenzó a decir él.

Llevaba una gorra de los Giants y una camiseta negra ajustada. Estaba guapo, muy guapo, y desde luego yo quería irme a la cama con él, algo que todavía no habíamos hecho aunque habíamos estado cerca —cerquísima— y los dos sabíamos que no tardaría en suceder, pero estábamos esperando el momento adecuado.

—¿Qué pregunta?

—La típica pregunta de cuántos hombres ha habido antes.

—Mejor no —le contesté.

—¿Qué tiene de malo?

—Bueno, pero empiezas tú.

La mesa estaba llena de migas —suyas y mías— y Jake usó el cuchillo de plástico para arrastrarlas todas hasta hacer una montañita.

—La primera fue Betsy Paducah, cuando tenía quince años; su padre era un criador de caballos de Virginia Occidental y ella había venido a San Francisco a un curso de verano sobre arte. Luego hubo Amanda Chung, a los diecisiete; Deb Hipps, mi primer año de universidad; Jane y no sé qué ese mismo año y después una novia seria desde segundo hasta que me licencié, Elaine Wayen.

Así siguió durante un par de minutos hasta terminar la lista con Rebecca Walker, hacía unos cuantos meses.

—¿Dónde conociste a Rebecca?

—En el instituto.

—¿Fue una relación de verdad o sólo una aventura?

—Duró tres meses, no sé si puede llamarse a eso una relación seria. Hasta entonces, era la única mujer con la que había salido después del divorcio: la paternidad en solitario no te deja mucho tiempo para hacer vida social. —Entrechocó su taza de café con la mía—. Hasta que apareciste tú, claro.

—¿Quién dejó a quién?

—Entonces creí que había sido mutuo pero después Rebecca se pasó varias

semanas dejándome notas furibundas en mi buzón del instituto, así que supongo que yo fui el malo.

—¿Todavía da clases allí?

Asintió con la cabeza.

—Literatura inglesa y francés.

Me imaginé a Jake sentado a una mesa de la sala de profesores frente a Rebecca Walker, haciendo esfuerzos para concentrarse en su sandwich —pavo, beicon y queso azul— mientras ella deslizaba hacia él un pie calzado con los típicos mocasines de universitaria modosita por debajo de la mesa y le susurraba en francés frases subidas de tono.

—Doce —hice la cuenta yo—, un número muy razonable.

—¿Las has contado?

—Creí que ésa era la idea.

—Te toca a ti. ¡Del primero al último!

Así que comencé por Ramón. Ramón, que fue quien me enseñó lo que era el sexo oral y las *f-stop* o «pasos» en fotografía, los orgasmos múltiples y la importancia de la sensibilidad de la película. Ramón, que me hizo cientos de fotos, que mis padres descubrieron después de que él muriera en un accidente de moto.

—Ramón tenía una hermana que las encontró junto con mi dirección después de su muerte —le expliqué—, y por lo visto le pareció que lo que tenía que hacer era enviárselas a mis padres por correo.

—La diferencia de edad era bastante grande —comenta Jake.

—Sí, ya lo sé, pero no era como te imaginas, estaba dispuesto a casarse conmigo.

Le conté a Jake que, durante su último mes de vida, por teléfono —él en Mobile y yo en Knoxville—, Ramón me había dicho: «No puedo vivir sin ti»; y que yo le había respondido: «Claro que puedes. Ahora yo estoy en la universidad, no puedo con la relación en estos momentos». Ésa fue la última vez que hablamos.

—¿Qué tipo de fotos? —pregunta Jake.

—Te lo puedes imaginar.

—Un poco sórdido todo…

—No, no era así… Es decir, es verdad que era demasiado mayor para mí pero de verdad que era muy buen tío.

—Si Emma se liara alguna vez con un tipo como ése —declara Jake—, lo perseguiría con un rifle.

No le conté a Jake más sobre los posados que hacía para Ramón, sobre cómo solía desvestirme prenda por prenda en el dormitorio del apartamento que tenía en el centro, con la luz del sol entrando a raudales por las altas ventanas; ni sobre cómo yo me quedaba de pie en el centro de la habitación, desnuda, y al cabo de un rato empezaba a tener la sensación de que los ardientes tablones del suelo se deslizaban bajo mis pies, sobre cómo me sentía aturdida, a punto de perder el equilibrio mientras él apretaba el disparador de la cámara una y otra vez. Y luego estaban los primeros

planos: un codo, una rodilla, la pálida piel del interior del muslo, un empeine, mis orejas con los diminutos pendientes de rubí que él me había regalado. Mucho tiempo después, mi madre colocó esas fotos sobre la mesita de café de cristal del salón y me interrogó: «¿¡Puede saberse qué es esto, por el amor de Dios!?».

Nunca la había visto tan enfadada. Estaba llorando. Realmente creía que me había descarrilado por completo. Mi padre no podía mirarme a la cara, estaba sentado en la mecedora en una esquina de la habitación y tenía la mirada clavada en el piano a falta de otro sitio mejor. Al piano le habían sacado brillo hasta conseguir que lanzara destellos amarillentos y sobre él había una estatuilla de un azulejo: tenía una palanquita dorada que cuando la apretabas hacía que el pajarillo cantara. Además había una hilera de muñecas rusas y fotos mías y de Annabel, de cuando éramos mucho más jóvenes, con unos vestidos de algodón a cuadros que nos había hecho mi madre. Y en la mesita de café, esas fotos, mi cuerpo desnudo, mi placer expuesto a los ojos de otros de una forma tan obvia y humillante.

—No es natural —sentenció mi padre.

—El sexo es un acto sagrado entre un hombre y una mujer a quienes Dios ha unido en matrimonio —salmodió mi madre igual que si estuviera citando el catecismo.

Mi padre asintió con la cabeza, se balanceó adelante y atrás en la mecedora y siguió sin mirarme. Era la misma mecedora en la que solía acunarme hasta que me dormía cuando era pequeña.

—Cuando haces eso con alguien, le estás entregando tu alma —continuó mi madre—. Ahora ese hombre horrible poseerá una pequeña parte de ti para siempre.

Yo estaba pensando en la moto, preguntándome si Ramón se habría dado cuenta, si sufrió mucho o si simplemente se hizo la oscuridad de repente. En el funeral, en septiembre, habían dejado el ataúd abierto y yo me quedé allí de pie junto a su hermana, a la que acababa de conocer: se parecía a él, también tenía la piel morena y los ojos verdes y ese pelo alborotado que se llevaba en los ochenta.

—Demasiado colorete —dijo al tiempo que sacaba un pañuelo de papel del bolso para pasárselo por las mejillas.

El pañuelo se manchó de rosa y yo pensé en lo poco que le habría gustado a él que le pusieran maquillaje.

Mientras mis padres me sermoneaban, la televisión estaba puesta con el volumen muy bajo, sintonizada en la cnn: la presentadora Christiane Amanpour informaba sobre la situación en Siria. Yo quería ser como Christiane, estar en la otra punta del mundo haciendo algo importante.

No le conté a Jake que me inundó un sentimiento de culpa, igual que una ola, ni que me sentí responsable hasta cierto punto de la muerte de Ramón, sino que le dije:

—Me sacaron de la universidad durante todo un semestre y tuve que empezar a ir tres veces por semana a las sesiones de terapia de un tipo muy raro llamado Sam Bungo al que le encantaban los eslóganes.

—Bastante duro para una cría de diecisiete años —musitó Jake, y yo le agradecí que no dijera nada malo de Ramón, que no me obligara a llegar hasta el final de la lista pese a que él me había dado el nombre de todas sus novias; yo no seguí.

Jake parecía tan sano y noble allí sentado con su gorra de béisbol puesta, tan dispuesto a confiar en mí.

—Bueno —añadí yo—, ¿te parece que tengo un pasado demasiado tormentoso? Todavía estás a tiempo de echarte atrás…

—Esas historias te hacen todavía más interesante y, además, igual resulta que tus padres tenían razón y, por suerte para mí, en realidad sí que eres una adicta al sexo… ¿Qué pasó con Sam Bungo?

—Es una historia rara. Me encontré con su hermana por casualidad hará unos diez años: resulta que una agente del FBI llamada Sandy Bungo vino de visita a mi clase de ciencias políticas en la Universidad de Tennessee. Es un apellido raro y me pareció que tenían un innegable aire de familia, así que al final de la charla me acerqué y le pregunté si era pariente de un tipo llamado Sam Bungo. Me preguntó de qué lo conocía y le respondí sin pensar que «solía ir a unas clases que daba». El rostro de la agente Bungo adoptó una expresión extraña y exclamó: «¡Aj!». Le pregunté qué tal le iba a Sam; resultó que estaba cumpliendo una condena de cincuenta y seis meses por algo que ella no se molestó en especificar. Yo me quedé allí de pie sin saber qué pensar y al final le pedí que lo saludara de mi parte.

Ésa fue la primera y última vez que Jake y yo hablamos de Ramón o de cualquier otra persona con la que hubiéramos salido antes, ni siquiera Lisbeth solía salir en nuestras conversaciones muy a menudo. Una cosa que me encantaba de Jake era que no le importaba dejar atrás el pasado: con él todo era avanzar, siempre hacia delante.

Capítulo 42

El último domingo de noviembre veo un Chevelle naranja en Ocean Beach. El coche está ya allí cuando llego a las diez para mi vigilancia diaria. Sorprendentemente, hay un sol radiante y se ha levantado la niebla. Un barco avanza con lentitud por el horizonte.

Apunto la matrícula y luego aparco al lado dejando dos espacios de aparcamiento de distancia. Me tiemblan las manos, se me acelera el corazón, tengo hasta el último músculo del cuerpo en tensión. El conductor es el mismo hombre que vi aquel día, con el pelo gris y la barba incipiente. Está leyendo el periódico mientras se toma un café, tiene el rostro algo más relleno de lo que recordaba y no hay ninguna franja amarilla en el lateral del coche pero, aparte de eso, los detalles coinciden: la bailarina hawaiana en el salpicadero, la Virgen María balanceándose en el retrovisor…

Llamo al detective Sherburne y me responde el buzón de voz.

—Está aquí —dice mi mensaje—, en la playa, el tipo del Chevelle naranja.

Dejo el número de matrícula y luego llamo al busca de Sherburne y a su casa también. No hay respuesta.

Observo al hombre durante media hora: no está hojeando el periódico sino leyéndolo de verdad, se pasa mucho rato en cada página. Al final sale del coche, se acerca al muro y se queda un rato contemplando el océano. Agarro mi taza de café y voy hasta la papelera a tirarla, luego me quedo por allí, a sólo unos cuantos pasos del hombre. Lleva unos zapatos buenos, demasiado buenos para ir a la playa.

—Bonito día —comenta.

—Ya iba siendo hora.

—Es mi primer año en San Francisco —me dice—, y no es exactamente como me lo había imaginado cuando decidí mudarme a California: en verano hace tanto frío que he estado a punto de hacer las maletas y marcharme de vuelta a casa.

—¿Y dónde es eso?

—Nevada, ¿y tú?

—Alabama.

—Antes tenía uno de ésos —comenta al tiempo que hace un gesto con la cabeza hacia un chico que está paseando al perro por la playa.

—¿Un niño?

—No, un perro. Un labrador marrón chocolate.

—¡Ah!

—*Frank*. El perro más tonto y más cariñoso que he conocido.

—¿Y dónde está ahora?

—Ojalá lo supiera…

El tipo transmite una cierta sensación de soledad, da la impresión de llevar solo mucho tiempo. Estoy intentando pensar en la pregunta adecuada, el enfoque correcto.

—¿Qué te trajo hasta San Francisco? —me intereso yo.

—Es una larga historia.

—No tengo prisa.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Sabes qué? Te cuento la versión resumida mientras nos tomamos un café en Louis's.

Me digo a mí misma que debo mantener la calma y sonar natural.

—¡Hecho!

Cerramos los coches con llave, caminamos por el sendero pavimentado hacia el restaurante y nos sentamos a una mesa junto a la ventana con vistas a la playa. Una pareja joven avanza hacia las ruinas de hormigón de los Baños Sutro.

—No me he quedado con tu nombre —me pregunta mientras le pone crema al café.

—Dana. —La mentira sale de mis labios con facilidad—. ¿Y el tuyo?

—Cari Renfroe.

Ahí abajo, la pareja encuentra un rincón apartado del sendero. Ahí abajo, con el mar golpeando las ruinas con fuerza, es fácil creer que estás solo. Estoy tratando de pensar cómo puedo sacarle información a Cari sin levantar sospechas cuando la chica se levanta la falda, se pone en cuclillas y empieza a hacer pis.

—Nos han dado localidades de primera para el espectáculo —bromea Cari.

La chica, totalmente ajena a lo que pasa, se toma su tiempo. Entonces su acompañante se lleva la mano a la frente para que no lo deslumbre el sol, mira hacia arriba en dirección al restaurante y acto seguido le dice algo a ella, que se sube las bragas rápidamente para por fin alisarse la falda y ponerse de pie.

—Todas las semanas pasa un par de veces —comenta la camarera—, la gente no se da cuenta de que estamos aquí arriba.

Entra una familia y se sientan en el reservado que hay justo detrás de Cari; hablan en voz baja y los padres no parecen lo suficientemente mayores como para tener tantos hijos: un adolescente, un niño de unos dos años y un bebé de meses con una cabeza de forma un poco rara. El padre se hunde en el asiento; lleva una gorra de béisbol blanca calada hasta los ojos y ordena a los niños que no hagan ruido.

—Se os oye por todo el camino de vuelta a Iowa —los regaña la madre, que se muestra muy sorprendida por los precios de la carta.

—Me ibas a contar cómo acabaste aquí —le digo a Carl.

—Mi mujer murió hace dos años, en un accidente de autobús en Guatemala.

—Lo siento.

—Sólo tenía cuarenta y tres años, estaba allí trabajando en un documental. Unos cuantos meses después mi hijo se fue a la universidad. —Abre un sobrecito de sacarina y se la echa en el café—. Así que ya no me retenía nada en Nevada.

Considero por un momento la posibilidad de que sepa exactamente quién soy. Tal vez se acuerda de mi cara desde aquel día, quizá ha vuelto a la escena del crimen. Pero todo eso, lo sé de sobra, no es verdad: otro callejón sin salida, otra posibilidad a

tachar de una lista cada vez más corta. Este hombre no es un secuestrador ni un abusador de menores ni un asesino. No tengo muy claro por qué estoy tan segura, pero lo sé. Hay gente con la que puedes convivir durante años sin llegar a conocerlos realmente y en cambio otros son como libros abiertos con todos los pasajes importantes subrayados.

Nos traen la comida: Cari le echa sal y pimienta a su tortilla.

—Alabama… Estás muy lejos de casa. Claro que por otra parte me imagino que es fácil enamorarse de San Francisco.

—Solía serlo.

—Un comentario muy misterioso.

—Estoy buscando a una persona.

—¿Ah sí?

—Una niña. Desapareció en esta playa en julio.

Su rostro cambia de expresión: de repente me reconoce y siente pena.

—Sí, lo oí, estuvo saliendo en las noticias unas cuantas semanas. —Frunce el ceño—. Emily ¿no?, así se llamaba.

—Emma, se *llama* Emma.

—Lo siento mucho, debe de ser horrible, no me lo quiero ni imaginar.

—Tú estabas aquí.

—¿Cómo?

—El día en que desapareció, tú estabas aquí, en el aparcamiento. Me acuerdo de tu coche; tenías los faros puestos y pensé en avisarte pero al final no lo hice, parecías tan absorto en el periódico…

Deja la taza de café en la mesa y me mira; de repente se da cuenta.

—Pensaste que…

Me muevo, incómoda, en el asiento.

—Estabas solo, pasamos justo por tu lado.

—¿Y has estado esperando a que volviera?

—Sí.

—¿Y?

—No eres tú, pero tenía que asegurarme.

—Por si te sirve de algo, en tu lugar, yo habría hecho lo mismo.

—¿Te acuerdas de alguna cosa? —le pregunto—. ¿Viste algo o a alguien sospechoso?

—No me acuerdo, ha sido un año malo, todo se mezcla en mi cabeza.

—Haz memoria, cualquier cosa… Era sábado, 22 de julio, diez y media de la mañana. Un día frío con mucha niebla.

Se concentra un rato y luego niega con la cabeza.

—Nada, lo siento.

—Por favor. —Mi voz suena demasiado estridente, demasiado desesperada. El padre de Iowa se nos queda mirando. El adolescente le está untando la tostada de

manteca a su hermano pequeño mientras la madre se mete sobres de azúcar y leche en polvo en el bolso. Bajo la voz—: Tiene que haber algo, tienes que acordarte de algo.

—Fue hace meses y he tenido muchas cosas en la cabeza.

En vez de volver al aparcamiento por el sendero nos quitamos los zapatos y caminamos un poco por la playa: el agua, que está helada, hace remolinos alrededor de nuestros tobillos; se oyen los ladridos de las focas que vienen de la peña de Seal Rocks.

—Tengo un apartamento en Stockton —murmura Carl—, pequeño, de un dormitorio, pero con vistas a la bahía. La primera noche que pasé allí y oí todo este barullo que parecía venir del muelle no fui capaz de adivinar qué era, sonaba como una jauría de perros… Al final me di cuenta de que eran las focas. Me pasé semanas sin pegar ojo, pensé que me había equivocado mudándome aquí, pero luego un buen día dejé de oírlas y ahora cuando voy a visitar a mi hijo a la universidad me cuesta dormir con tanto silencio, me vuelve loco.

—Supongo que con el tiempo se acostumbra uno a todo.

Hay una rusa sentada en una manta a la orilla, hablando por el móvil y mirando a su marido mientras éste mete y saca del agua a un bebé desnudo que no para de reírse.

—¿Todavía ves la cara de Emma? —me pregunta Cari—. ¿Te sigues acordando bien?

—Sí.

—El recuerdo de mi mujer se me está volviendo borroso. Si cierro los ojos puedo ver el peinado, el color de los ojos, los pendientes… pero no consigo recordar la forma de la cara. Entonces voy corriendo al tocador y miro su foto, y me acuerdo de todo otra vez. Pero al día siguiente empieza a desvanecerse de nuevo. Y su voz, ya no soy capaz de oír su voz.

—Tal vez olvidar es la forma que tiene el subconsciente de garantizar que no nos abandone el instinto de supervivencia —aventuro yo—; puede que, con el tiempo, si no podemos verlos ni oírlos claramente, la ausencia se haga un poco menos dolorosa.

—Hay una canción de Tom Petty —responde Cari al tiempo que le da un puntapié a un dólar de arena roto. Se aclara la garganta y empieza a cantar—: «7 *remember the good times were just a little bit more in focus*». Algo así como: «me acuerdo que en los viejos tiempos todo se veía un poco más claro».

Reconozco la canción, es *Here comes my girl*. Y pese a que recuerdo la letra pero no la música, de algún modo me doy cuenta de que está desafinando un poco.

Capítulo 43

Los libros de Nell están en una pila altísima junto a mi cama: por la noche, cuando no puedo dormir, los devoro, tomando notas, buscando una manera de despertar mi memoria de su letargo.

En el año 477 a. C., el poeta griego Simónides creó el arte de la nemotecnia. Simónides descubrió su vocación por casualidad cuando lo invitaron a un banquete del acaudalado noble Scopas: el poeta recitó un largo poema lírico cantando las alabanzas de Scopas pero que también tenía una parte dedicada a los dioses Cástor y Pólux. El noble, furioso por tener que compartir la gloria con los dioses, se negó a pagar a Simónides sus honorarios completos.

Al cabo de un rato, dos jóvenes llamaron al poeta para que saliera del banquete. Simónides se enteraría luego de que esos jóvenes eran de hecho Castor y Pólux en persona y de que lo habían llamado para salvarle la vida: mientras estaba fuera, el techo de la estancia donde se celebraba el banquete se hundió; la catástrofe fue tan grande que los parientes de Scopas y sus invitados no conseguían reconocer los cadáveres para los funerales pero Simónides fue capaz de identificar los cuerpos recordando dónde se había sentado cada invitado a la mesa. A raíz de ese incidente, el poeta formuló el método de los *loci*.

Es sencillo: se trata de imaginar un lugar real o ficticio —una casa o una iglesia por ejemplo, completa, con muebles en todas sus estancias— y localizar mentalmente las cosas que se desea recordar en un orden secuencial dentro de ese entorno; luego se camina por ese espacio recogiendo objetos conforme se avanza.

En el Renacimiento, Giulio Cantillo de Boloña llevó el proceso un paso más allá al construir en madera un teatro de la memoria como regalo para el rey de Francia. El teatro contenía marcas, cajitas, ornamentos y figuritas. Camillo creía que, caminando por el teatro y relacionando imágenes y palabras a los objetos físicos que albergaba la maqueta, se podía recordar lo que se quisiera. Según Camillo, cualquiera que pasara dos horas en su teatro de la memoria saldría de él siendo capaz de debatir sobre prácticamente cualquier tema con una habilidad digna del mismo Cicerón.

S., el hombre que no podía olvidar, nunca había oído hablar de Simónides ni del método de los *loci* pero, cuando su médico le daba listas de cosas o pasajes para memo rizarlos, S. se daba un paseo mental por la calle Gorky en Moscú; en su mente, mientras paseaba, iba colocando palabras e imágenes en lugares específicos a lo largo de la calle: en escaparates, en monumentos, frente a las puertas…, y luego recordar los pasajes era cuestión de simplemente visualizar mentalmente el paseo e ir recogiendo las frases en cada lugar. Por desgracia, lo que más deseaba recordar S. era precisamente cómo olvidar.

Una noche, después de haber estado leyendo sobre el teatro de la memoria de Camillo, tengo un sueño en el que me acerco en mitad de la noche a un gran edificio en medio de un campo desierto; el edificio es blando y no tiene ventanas, y en el

centro hay un gran portalón de entrada bajo un arco. Al pasar al interior me encuentro en un complicado laberinto de habitaciones abarrotadas de ornamentos: jarrones y figuras de porcelana, gruesos tapices, cajitas de varios tamaños hechas de madera, plata y jade.

Camino despacio por las estancias, tomo los jarrones en mis manos y les doy la vuelta y entonces caen en mis manos cosas que hay en el interior: guijarros, cuentas de plástico, letras del alfabeto, bolitas de papel en blanco, clips y chinchetas, conchas rotas y pedacitos de madera. También hay una rana de oro que se va de un salto en cuanto la toco y un trozo de caramelo de fresa mordisqueado. Abro las cajitas buscando algo pero sólo encuentro cosas inútiles, todos los objetos son lo suficientemente pequeños como para caber en mi mano pero ninguno tiene nada que ver con Emma, ni uno solo me da una pista sobre lo que estoy buscando. Aun así, deambulo por todas las habitaciones hasta agotar la última posibilidad.

Cuando salgo del edificio ya se ha hecho de día y el sol luce con intensidad cegadora; el campo se ha convertido en una plaza llena de gente y tiendas, hay bicicletas, vendedores, quioscos y niños jugando a la comba, hombres trajeados y mujeres luciendo vestidos de verano. Me abro paso entre la multitud a sabiendas de que hay un sitio donde debería estar pero no recuerdo dónde ni por qué ni quién me está esperando allí.

Capítulo 44

Día 147.

—¿Cómo describirías tu relación con Emma? —me pregunta Deborah Haze.

Deborah es la presentadora de un programa de entrevistas de la televisión local. Tiene unas cejas muy altas que forman unas perfectas uves invertidas, igual que los pájaros que dibujan los niños pequeños pero a la inversa. Deborah es famosa por llevar siempre cuellos altos de puntillas, al estilo de las películas de época, y maquillaje oscuro bajo la sombra de un colorete cobrizo; sus rubios y tiesos cabellos peinados hacia arriba añaden unos cuantos centímetros a su cabeza… Hago un esfuerzo titánico para no quedármela mirando fijamente.

Durante las semanas previas a la Navidad, Deborah está haciendo una retrospectiva de todas las historias que sobrecogieron al público durante el año que termina y la de Emma es la número cuatro de la serie. Nunca me ha gustado Deborah Haze pero estoy dispuesta a hacer lo que sea para conseguir que el rostro de Emma vuelva a salir en televisión.

—¿Dirías que eras como una madre para ella —sigue indagando Deborah—, o más bien una amiga?

—Supongo que intentaba ser un poco de las dos cosas.

El programa se está grabando en un inmenso almacén, al fondo del todo, en una pequeña plataforma a la que todo el mundo se refiere como «el cuarto de estar». En la televisión los sofás parecen mullidos y acogedores, pero en realidad son muy incómodos y con muelles que se te clavan en los sitios más insospechados.

—Así que eres su madre y también su amiga —sentencia Deborah al tiempo que asiente con la cabeza y aprieta los labios como si lo que acaba de decir fuera una gran revelación—. ¿Cómo consigues equilibrar los dos papeles?

La cara me arde por culpa de los focos, el diminuto micrófono me tira de la solapa. Deborah se inclina hacia delante, esperando la respuesta, y me recuerdo a mí misma que cada vez que abro la boca o miro a esa cámara se juzgan mis motivos y el interés en el caso de Emma sube o baja en función de la compasión que sea capaz de despertar yo. Me imagino un gráfico marcando los niveles de compasión del público, la línea ascendiendo o desplomándose con cada palabra…

—Bueno, no te conviertes en la madre de alguien de la noche a la mañana —respondo—, se tarda tiempo en desarrollar una relación y encontrar el equilibrio.

—¿Alguna vez pensaste que podías no estar preparada? ¿Te preocupó en algún momento no ser capaz de sustituir a su madre?

—Por supuesto. Creo que no conozco a nadie que esté totalmente preparado para tener niños, pero tampoco estaba intentando sustituir a su madre. Yo iba a ser su madrastra; hay una diferencia.

En qué consiste esa diferencia es algo que todavía no tengo muy claro: si las cosas hubieran salido como pensábamos, ¿habría acabado Emma por aceptarme como

su madre algún día o me habría mantenido siempre ligeramente en la periferia, siempre un paso por detrás de la verdadera familia? Un par de semanas después del compromiso, mientras hacíamos la cena, Jake me preguntó:

—¿Cómo quieres que te llamemos? —Yo estaba de espaldas friendo unos champiñones con ajo y mantequilla—. ¿Mami o mamá?

Me di la vuelta: a Jake le tocaba hacer la ensalada y tenía todavía en la mano el batidor que había usado para hacer la salsa; le di un lametón a las aspas: era una salsa tártara, cremosa y con el punto justo de azúcar.

—¡Venga ya! —respondí yo tratando de eludir la pregunta—. ¿Cuál es el ingrediente secreto?

—Ah ah… Es el secreto mejor guardado de la familia Balfour. —Me limpió un churrete de salsa de la barbilla—. ¿O te gustaría algo más sureño? Te puedo imaginar perfectamente de *mamasita*.

Se oyó el chisporroteo de los ajos friéndose en la mantequilla. Emma siempre me había llamado por mi nombre y no le dije a Jake que me costaba imaginarme respondiendo a ninguna otra cosa.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dije yo.

—Lo que quieras.

—Si no fuera por Emma, ¿me habrías pedido que me casara contigo?

Él retrocedió un paso.

—¿Cómo?

—¿Querrías casarte conmigo aunque no tuvieras una hija que necesita una madre?

Aparté la vista, avergonzada de mi pregunta.

—Mírame —respondió Jake al tiempo que me ponía las manos en los hombros—. Cuando no estás conmigo pienso en ti. Cuando estamos juntos en la cama me siento como si tuviera diecinueve años otra vez. Cuando leo algo interesante eres la primera persona a la que se lo quiero contar. Y cuando me compro un disco estupendo eres la primera que quiero que lo escuche. Me encanta cómo eres con Emma, pero también me encantas tú. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza y sonreí.

—¡Entendido!

Deborah se echa hacia atrás, da un sorbo de café y vuelve a posar la taza en el lugar exacto que indica una marca sobre la mesa resplandeciente. Me imagino las notas al margen de su guión: «aquí, hacer pausa dramática».

—¿Te importa que te pregunte cómo ha afectado todo esto a tu relación con Jake? Tengo entendido que habéis anulado la boda.

Esta entrevista se está saliendo de madre: Deborah, que no hace más que decir banalidades poco congruentes, está tratando de tenderme una trampa. Se me pasa por la cabeza la pregunta de qué pasaría con los niveles de audiencia si ahora contara que Jake y yo cada vez hablamos menos, que su cariño se ha convertido en resentimiento.

Si pensara que ayudaría a encontrar a Emma, no me importaría lo más mínimo llorar frente a las cámaras, pero en vez de eso reprimo las lágrimas y trato de eludir la pregunta: no se trata de Jake y yo sino de Emma.

—No la hemos anulado, la hemos aplazado. Ya pensaremos en la boda cuando encontremos a Emma.

—¿Todavía crees que eso es posible?

—Sí.

Deborah tamborilea esas uñas pintadas de esmalte color melocotón sobre el bloc con sus notas y hace un quiebro.

—¿Qué tal os llevabais tú y Emma?

—De maravilla, es una niña encantadora.

—Así que os teníais mucho cariño.

—Mucho. —Deborah parpadea: sus pestañas cubiertas de kilos de rímel parecen patas de araña—. Como cualquier niño —sigo hablando yo—, tenía sus ataques de rebeldía. —Me oigo a mí misma y caigo en la cuenta de que estoy hablando de más, intentando llenar los silencios—. Está claro que había veces en que trataba de salirse con la suya, pero es lo normal.

—Ya veo —responde Deborah. Me imagino la línea de la compasión del público cayendo en picado. Deborah ladea la cabeza y sonríe. Lleva los dientes cubiertos de una fina capa de vaselina—. ¿Así que lo vas llevando día a día?

Les hace esa pregunta a todos los entrevistados, es la marca de la casa, la frase con la que termina siempre aunque por lo general no venga a cuento ni tenga nada que ver con lo que se ha estado diciendo.

—Sí.

—Bueno, es lo único que se puede pedir, ¿no? Gracias por haber venido al programa.

—Gracias a vosotros.

Deborah se vuelve hacia la cámara.

—A continuación consideraremos esta misma historia desde un ángulo diferente. Sigan con nosotros.

Sonríe durante un par de segundos. Un tipo con una tablilla sujetapapeles que está de pie junto a la plataforma dice «Y… corten», y la sonrisa de Deborah se desvanece de inmediato; se quita el micrófono y se pone de pie.

—¿A qué te referías con «desde otro ángulo»? —la interrogo.

—Siempre busco más de una versión de las historias. —Alarga el brazo para darme la mano (tiene tanta fuerza que podría cascar nueces con esa zarpa suya)—. Buena suerte —se despide para luego bajar de la plataforma de una carrerita.

Un chaval delgaducho con una camisa de franela de leñador la sigue, llevándole el móvil y un café caro de los de Tully’s.

Se me acerca un tipo para quitarme el micrófono de la solapa y me roza el pecho con la mano.

—Perdón —se disculpa, pero me consta que en realidad no lo siente.

Camino de la salida, veo a Deborah en el vestíbulo de la entrada hablando con su siguiente invitada, que viene vestida con un jersey negro y unos pantalones también negros y un collar de perlas. Es Lisbeth. Ha adelgazado y se ha hecho mechas.

—Hola —me saluda dedicándome una sonrisa de dientes recién blanqueados.

Intento que no se refleje la sorpresa en mi cara. No me gusta la persona en que me estoy convirtiendo, no me gusta que, por su mera presencia, Lisbeth pueda hacerme sentir ira o incluso celos. Cuando Jake y yo nos conocimos, él me dejó bien claro que le resultaba un alivio que Lisbeth hubiera salido de su vida; una vez hasta me dijo que me quería más de lo que había querido a ninguna otra mujer. Y yo le creí. Todavía le creo.

Pero aun así, hay algo sobre lo que no tengo el menor control, el hecho de que, pese a todos sus defectos, pese a todo el daño que le ha hecho a Jake, Lisbeth siempre representará para él algo que yo nunca podré ser: una conexión con Emma. Fue Lisbeth la que la tuvo en su vientre durante nueve meses, fue Lisbeth la que trajo a esa preciosa niña al mundo. Sin duda Jake, en algún rincón de su mente, ve a Lisbeth como la mujer que le dio a Emma; y a mí debe verme como la que se la arrebató.

Capítulo 45

La semana antes de Navidad, Annabel me llama para decirme que hay una persona con la que le gustaría que me viera.

—La doctora Shannon es terapeuta.

Las luces de mi árbol de Navidad parpadean. Los adornos que le compré a Emma en la fiesta benéfica del colegio están por el suelo: un reno de madera con la cornamenta hecha de ramitas, un diminuto vagón de tren metálico pintado de azul, un ángel de rutilantes alas doradas. Me había imaginado cómo serían las Navidades: Jake, Emma y yo poniendo el árbol juntos con el proverbial disco del organista Booker T de música de fondo y las típicas rodajas de naranja cociéndose al fuego; Jake disfrazado de Santa Claus el día de Nochebuena, colocando los regalos al pie del árbol con gran barullo…

—¿Me estás escuchando? —se cerciora Annabel.

—Es que no creo que la terapia me vaya a ayudar…

—La doctora Shannon no es psiquiatra, su especialidad es la hipnosis.

El ángel en miniatura tiene los cabellos dorados y la cara de porcelana con los diminutos rasgos pintados a mano: brillantes labios rojos, un puntito para la nariz…; le falta un ojo.

—Eso ya lo he probado, ¿te acuerdas?

—Sí, ya, ya lo sé —replica Annabel—, pero ésta viene muy recomendada, tiene un doctorado de Stanford en biología molecular y ha publicado unos estudios muy conocidos sobre hipnosis.

Su consulta está en Palo Alto y ha trabajado para los consejeros delegados de varias empresas de la lista Fortune 500, por no mencionar al senador de Delaware cuando asesinaron a un becario suyo hace un par de años.

—¿Y qué te hace pensar que estaría dispuesta a recibirme?

—Rick le llevó un caso con éxito a uno de sus clientes más importantes. Le debe un favor. Ha accedido a una visita pero no tiene hora hasta finales de enero. Está esperando una llamada tuya.

—¿En serio?

—En serio —me confirma Annabel—. Tómatelo como un regalo de Navidad. —Se aclara la garganta y hace una pausa—. Eso no es lo único por lo que llamaba. No sé cómo decírtelo… —Otra pausa más larga que la primera.

—¿Pasa algo?

—No, no pasa nada, es sólo que…

—¿Que qué?

—Hay una carta… —dice al fin usando la expresión de nuestro padre—, ya sabes, una carta en el buzón.

Trago saliva mientras busco las palabras adecuadas:

—¡Eso es estupendo! ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Estoy de casi ocho semanas.

—¿Cuándo sales de cuentas?

—El 17 de julio.

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Rick y yo acordamos que íbamos a esperar un par de meses antes de contarlo.

—¡Felicidades! ¡Qué buena noticia!

Hago los cálculos de cabeza: se debe de haber quedado embarazada unos tres meses después de que Emma desapareciera. ¿Es posible que Rick decidiera tener otro hijo, en parte por lo que le pasó a Emma? Recuerdo una conversación que tuve con mi hermana cuando se quedó embarazada de Ruby, la segunda: «No me puedo imaginar teniendo sólo uno», dijo. Yo estaba sentada en una silla incómoda en la consulta del médico y ella tumbada en una camilla; en la pantalla se veía una diminuta forma blanca latiendo en una misteriosa bolsa oscura. Me quedé mirando aquella cabeza inmensa y el cuerpecito acurrucado de aquel pequeño ser que crecía en el vientre de mi hermana y me pregunté si yo alguna vez tendría el valor de traer un hijo al mundo. «¿Y si le pasa algo al primer hijo? —continuó Annabel—, ¿cómo ibas a ser capaz de recuperarte si no tuvieras otro de quien ocuparte?».

—¿Lo tenías pensado? —le pregunto ahora a mi hermana.

—En absoluto.

—¿Y qué opina Rick?

—Está algo nervioso pero contento.

Trato de pensar en las preguntas adecuadas, en las respuestas normales. Debería interesarme en sí quieren que les digan el sexo del bebé, si van a hacer obras en la casa para añadir otra habitación… Debería preguntar si Rick se va a tomar la baja por paternidad y cómo se las va a arreglar Annabel con Ruby y el bebé, pero en vez de todo eso estoy derramando lágrimas en el café que tengo en la mano.

—¿Abby, estás bien?

—Perdona, es sólo que…

—Oye —sigue mi hermana—, he estado investigando en Internet: en 1999 secuestraron a un niño en un parque de Nashville y lo encontraron seis meses más tarde en un apartamento a dos manzanas de su casa. En 2001, raptaron a una niña de quince años en Houston y se la llevaron a México, la encontraron el año pasado: había estado viviendo con el secuestrador en Tijuana todo ese tiempo. Detroit, 2003: una niña de nueve año se tiró de un coche que iba a más de setenta, cayó en una cuneta con hierba y la rescató un tipo que pasaba por allí haciendo *jogging*; arrestaron al secuestrador al cabo de una hora y a la niña le concedieron la llave de la ciudad.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Que todavía hay esperanza, que los milagros existen; escasean, pero existen.

Me imagino a Emma en todas esas situaciones: Emma saltando de un coche en marcha, Emma cruzando la frontera a pie, Emma saliendo por la puerta de entrada de una casa, sana y salva.

—Dale un beso de mi parte —oigo que dice alguien al otro lado de la línea.

Es Rick. Me imagino a mi hermana sentada en la cama con las piernas estiradas y un cojín a la espalda, y a Rick a su lado con la mano en su vientre.

—Dile que otro para él.

Annabel me manda un beso volado por el teléfono y se despide.

—Te tengo que dejar, es la hora de los baños.

—¿Annabel?

—¿Mmm?

—De verdad que me alegro, mucho por ti.

—Ya lo sé.

Después de colgar me bebo un dedo de whiskie mientras intento hacer acopio de valor para llamar a Jake. Cuando por fin consigo hablar con él suena como si lo hubiera despertado, o tal vez es que está deprimido.

—¡Ey! —le digo—, me está costando decorar el árbol y además es un rollo hacerlo sola, ¿quieres venir?

—Me parece que esta noche no estoy de humor.

—Puedo hacer ponche de huevo…

—¿Lo dejamos para otro día?

Se oye una voz de mujer por detrás.

—Bueno, ya me voy, no hace falta que me acompañes hasta la puerta.

—Ha venido Lisbeth —me informa Jake antes de que pueda decir nada.

—¿Cómo?

Al otro lado de la línea se oye una puerta que se cierra. Me lo imagino acercándose a la ventana y mirando fuera para asegurarse de que llega hasta el coche sin problema, como solía hacer conmigo.

—Vino ella —se disculpa—, no es que yo la llamara ni nada parecido.

—¿Y estas visitas reincidentes no te molestan?

—Por supuesto que sí.

—Pues no lo parece…

—Eso no es justo —replica él.

—¿Cómo puedes dejar que ella vuelva a tu vida mientras a mí me mantienes cada vez más al margen?

Odio el atisbo de desesperación que tiñe mi voz pero no puedo evitarlo: perder a Emma ha sido un golpe demoledor pero perder a Jake también es algo que simplemente no soy capaz ni de considerar.

—Sólo estoy tratando de aguantar como puedo y, con Lisbeth, no sé cómo explicarlo, recuerdo cosas.

—¿Qué cosas?

—Pequeños detalles sin importancia para nadie más —me responde—, como cuando Emma nació y la mujer con la que Lisbeth compartía la habitación en el hospital se pasó toda la noche viendo *El precio justo* en la tele a todo volumen y no

hacía más que discutir con las enfermeras porque querían que diera el pecho pero ella prefería el biberón. Me acuerdo de haber estado allí sentado contemplando a Emma, un bebé diminuto con mucho pelo y muy negro durmiendo plácidamente en medio de todo aquel lío. Me acuerdo de la total fascinación que despertaba en mí aquel bebé precioso y perfecto, de no poder creer que era mía.

¿Qué puedo decir a eso? Por mucho que quiera a Emma, hay momentos en los que sencillamente yo no estaba, cosas que Jake y Lisbeth siempre compartirán.

—¿Te acuerdas de cuando Lisbeth salió hace poco en el programa *Bay Area Morning*? —murmuro yo.

—Sí.

—¡Llegó a decir que echaba de menos a Emma! Después de todo lo que ha hecho…

—Igual lo decía de verdad. No es que la justifique, sólo digo que es complicado. —Lanzo un suspiro del tipo que da a entender que todo esto ya lo hemos hablado antes y que lo mejor es dejarlo, pero el caso es que no hemos hablado de esto antes, en realidad no—. Es la madre de Emma —añade él por fin—, y ante eso no hay discusión posible.

La palabra «madre» me cae encima como una losa: por supuesto que tiene razón; pienso en mis padres y cómo aguantaron veintiún años de matrimonio espantoso por una única razón: tenían dos hijas.

Puedo oír la voz de mi madre, hace casi cinco años, unas pocas semanas antes de morir: «Lo mejor que he hecho en la vida ha sido tener hijos». Y recuerdo que pensé que no quería decir lo mismo en mi lecho de muerte, que no quería que la maternidad fuera lo que me definiese, lo que hacía que la vida mereciera la pena. Yo necesitaba algo más, quería que mi trabajo marcase la diferencia; había intentado explicárselo a mi madre en el pasado y ella siempre me había mirado con pena, como si yo estuviera tristemente errada y se me estuviera pasando por alto alguna cuestión moral de vital importancia.

Cuando yo tenía diez años y Annabel ocho, mi madre nos compró un libro sobre la reproducción. Se sentó con nosotras en el sofá un domingo al volver de misa y procedió a explicarnos lo que pasa cuando dos personas se unen en sagrado matrimonio, rezan y le piden a Dios un bebé. También nos dio una información bastante imprecisa sobre un dormitorio y la voluntad soberana de Dios, luego abrió el libro y nos enseñó las imágenes: había un dibujo de una embarazada de perfil con el pelo largo, las piernas esbeltas, los pechos firmes y el vientre ligeramente abultado y, dentro de éste, una bolsa y, dentro de ésta, una diminuta espiral rizada, tan pequeña que, al señalarla en la foto, mi madre la tapó completamente con la uña de su dedo.

—¿Eso es el bebé? —preguntó Annabel apartando la mano de mi madre.

—Sí.

—Parece un caballito de mar —intervine sintiéndome ya decepcionada con todo el asunto ése de los bebés porque me acordé de los caballitos de mar de Juguetes para

Toda la Vida que habíamos comprado por catálogo y que habían resultado no ser nada de particular.

—Eso es sólo al principio —repuso mi madre al tiempo que pasaba la página.

La siguiente imagen mostraba un vientre ligeramente más abultado y, dentro de la bolsa, una cosita con aspecto de alienígena con una cabeza enorme y extremidades de pez. El último dibujo era de un recién nacido envuelto en pañales. Mi madre cerró el libro y nos dio una palmadita en la cabeza.

—Algún día vosotras también tendréis bebés.

—Yo quiero tener siete —declaró Annabel.

—¿Y tú cuántos quieres tener? —me preguntó mi madre a mí alzándome la barbilla y sonriendo.

Me acuerdo que me pareció todo un privilegio porque normalmente no era así de cariñosa conmigo, pero también que me invadió la tristeza porque ella y Annabel parecían compartir algo de lo que yo no participaba: los bebés eran suaves y tiernos, me gustaban, pero no podía imaginarme con un cuerpo extraño creciendo dentro de mí, del mismo modo que no me veía haciendo lo que por lo visto tenía que hacerse antes, ese inquietante acto que mi madre había descrito de forma imprecisa como «el sagrado matrimonio». Traté de pensar en la respuesta correcta a su pregunta, en qué podía decir que no la decepcionara.

—Pues…, ¿igual tres? —respondí al fin mirando directamente aquellos ojos de expresión dulce.

Mi madre llevaba unos pendientitos de oro y el aliento le olía mucho a café. ¿Sabría que le estaba mintiendo?

Capítulo 46

Démonos una tregua —declara Jake cuando aparece por la puerta. Es Nochebuena y se ha presentado en mi casa con entradas para el Coro Masculino Gay de San Francisco que actúa en el teatro Castro—. Te invito a una cita en toda regla, ¿qué me dices?

—Que sí, por supuesto —respondo yo—, dame un minuto que me arregle.

Es lo que hicimos el año pasado, lo que Jake lleva una década haciendo todos los años. Sé que se está esforzando por actuar con normalidad, que trata de comportarse como si hubiera algo que celebrar, como si la Navidad todavía significara algo para él. Pero no se nos da demasiado bien fingir y acabamos marchándonos en el intermedio. El año pasado, antes de la actuación, llevamos a Emma a cenar su plato favorito a Cable Car Joe's: hamburguesa, aros de cebolla y batido. Íbamos tanto a comer allí que Joe se sabía el nombre de Emma y al salir le regaló un pequeño oso de peluche con una camiseta con el logotipo del Cable Car, el emblemático tranvía al que hace honor el nombre del restaurante.

Este año en cambio nos compramos un par de sandwiches en A. G. Ferrari, que está enfrente del teatro, y nos los llevamos a casa de Jake: los comimos en el salón, con la mirada fija en el árbol de Navidad con luces pero sin un solo adorno.

—Es que no tenía humor para más —se disculpa Jake.

La única razón por la que tiene un árbol es que un par de compañeros del trabajo se lo trajeron a casa una tarde e insistieron en que lo aceptara, lo colocaron en su base junto a la ventana, localizaron las cajas con los adornos navideños en el garaje y le ayudaron a colocar las luces.

El suelo alrededor del árbol está completamente vacío.

—Deberíamos poner algún regalo por lo menos —sugiero yo.

—Ya aprendí la lección con su cumpleaños: me destroza ver unos regalos que nunca abrirá.

No le cuento nada del arrebato que me llevó a comprarle a Emma un montón de cosas, no le explico que tengo docenas de regalos envueltos con papel de regalo, escondidos en el armario del pasillo, todos elegidos especialmente para ella: un par de patines de hielo porque le prometí que este año la llevaría a una pista de patinaje al aire libre que hay en Embarcadero; una bufanda de lana rosa con gorro a juego; una muñeca de porcelana con una maletita y una sombrilla… Cosas que he pagado con la tarjeta de crédito, cosas que no puedo permitirme. Las compré todas en un solo día, apresurándome de una tienda a otra, quedándome con todo lo que me parecía que pudiera gustarle. Mientras le compraba regalos me sentí feliz, tal vez porque el hecho de elegir cosas y dirigirme con ellas camino de la caja me permitía albergar la ridícula esperanza de que Emma abriría esos paquetes el día de Navidad. Cuando llegué con los regalos a casa y los vi esparcidos por el suelo la felicidad se disipó, los metí todos en el armario y me juré que devolvería hasta el último regalo al día

siguiente. De eso hace dos semanas y todavía no he sido capaz de obligarme a abrir ese armario desde entonces.

—¿Te parece bien que pase aquí la noche? —pregunto.

—Sí, claro —me contesta, pero no se acerca ni un centímetro y me doy perfecta cuenta de que preferiría estar solo.

—Bueno, igual mejor mañana por la noche —replico yo; y entonces, incapaz de contenerme, le pregunto por Lisbeth—: Ella no está…

—No —responde Jake—, no está; va a pasar la Navidad en la costa Este con unos amigos.

—Ah…

Me siento estúpida y aliviada al mismo tiempo.

Jake me toma la mano entre las suyas.

—No tienes por qué preocuparte en ese frente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Es un alivio tan grande oírselo, ver en sus ojos que lo dice en serio.

La mañana del día de Navidad lo llamo a última hora pero todavía está en la cama.

—La verdad es que hoy preferiría estar solo, tengo trabajo.

—Pero si es Navidad…

—Me resulta más fácil fingir que no lo es.

David, de Padres de Niños Desaparecidos, me ha invitado a una fiesta en su casa pero me he inventado una excusa para no ir. La mayoría de los invitados serán gente del grupo de apoyo y no podría con el sufrimiento multiplicado, las inevitables lágrimas, las historias de Navidades pasadas, mucho más felices. Así que en vez de eso paso la Navidad con Nell: durante todo el día van desfilando por su casa para saludarla un rosario de amigos de su hijo difunto, Stephen; ella les ofrece un vaso del típico ponche de huevo y galletas y ellos le traen obsequios envueltos en papel de regalo del caro. Para las diez de la noche se marcha la última visita.

—No me puedo ir a casa —le confieso a Nell—, esta noche no me veo capaz de estar sola.

—Por supuesto que no —me dice ella—, quédate aquí, no sabes lo cómodo que es este sofá.

Me busca unas mantas y una almohada y nos quedamos despiertas hasta las tantas jugando a cartas; yo voy apuntando el tanteo en un cuaderno, intentando sin éxito concentrarme en el juego. En un momento dado, el boli se queda sin tinta y Nell saca un lápiz de un tarro que tiene en la encimera: es un lápiz ancho y plano, amarillo; me pongo a mordisquear la punta y entonces me vuelve a la mente un recuerdo de la infancia.

—¿De dónde has sacado este lápiz? —pregunto.

—Me parece que de Home Depot.

—Es curioso, el olor y el sabor me llevan hacia atrás en el tiempo: cuando era

niña mi padre se dedicaba a la construcción y a veces íbamos a visitar las obras con él; tenía unos lápices grandotes y planos, igual que éste, que usaba para hacer marcas en las maderas y me dejaba que dibujara con ellos en trozos de contrachapado que sobraban.

—Eso tiene un nombre, ¿sabes? —me responde Nell—. Es «memoria proustiana»; se llama así por la magdalena mojada en el té de *Por el camino de Swann*. Los científicos creen que las memorias olfativas son de las más poderosas a nivel emocional porque el olfato es el único sentido íntimamente ligado al sistema límbico, la parte del cerebro responsable de las emociones. Después de la muerte de Stephen empecé a llevar toda mi ropa a su tintorería y hasta empecé a pedir que me almidonaran las camisas, cosa que nunca en mi vida había hecho, pero lo hice porque el almidón que usan me recordaba a él. Si cierro los ojos cuando llevo puesta una de esas camisas, casi puedo hacer como si estuviéramos juntos en la misma habitación. —Me sonríe y coge una carta de la pila—. Bastante descabellado, ¿no crees?

—La verdad es que no —le respondo—. Yo la semana pasada salí a comprar regalos para Emma, le compré un pintauñas de la marca Tinkerbell que usaba siempre y cuando llegué a casa me pinté las uñas con él (un tono rosa horrendo), di dos capas, me bebí tres vasos de vino y luego dejé que me venciera el sueño mientras pensaba en ella y, ¿sabes lo mejor?, soñé con ella. He soñado con Emma cientos de veces desde que desapareció, pero siempre han sido pesadillas en las que la busco y no consigo encontrarla; en cambio, esta vez el sueño fue diferente: estábamos en el acuario, el viejo del parque antes de que lo cerraran, contemplábamos las estrellas de mar; ella y yo juntas, felices. Fue un sueño sensacional, era como si estuviera conmigo de verdad. Pero entonces me desperté.

—Eso es lo malo de los sueños —sentencia Nell—, que al final siempre llega el momento en que te despiertas.

Capítulo 47

Ese día en Ocean Beach Emma llevaba unos zapatos de loneta azules del treinta y cuatro, con la cara de un mono sonriente a los lados y su nombre bordado en horizontal con hilo rojo en la puntera.

El sábado 3 de enero Sherburne llama para decir que un turista ha encontrado uno de los zapatos: estaba entre un montón de rocas en Baker Beach, en el Presidio, a unos cinco kilómetros escasos al norte de Ocean Beach.

—Yo iba vestido, claro —le dijo el hombre que lo encontró a la policía—, ni siquiera sabía que era una playa nudista hasta que no estuve allí, y me dije: «¡Qué demonio, ya que estoy aquí me voy a dar un paseo, sólo se vive una vez!».

Es una playa bastante corta, no da para caminar mucho: se pueden hacer fotos del Golden Gate, leer un libro, mirar a los hombres tomando el sol desnudos desafiando al frío… Y con tan poco en que entretenerse es fácil que uno se quede con todos los detalles, como por ejemplo un zapato encallado entre las rocas. Me imagino al hombre agachándose, tirando del zapato para sacarlo, sólo por hacer algo, para no dar la impresión de que simplemente ha ido hasta allí a mirar a los hombres desnudos. Está a punto de alzar el brazo y lanzar el zapato al mar cuando se da cuenta de que tiene un bordado medio deshilachado con un nombre.

Le contó a la policía que había visto a Jake por la televisión en *Today*, que había oído la descripción que hizo del zapato de Emma y de la ropa que llevaba puesta; dijo que seguramente nunca se habría acordado de no ser porque su nieta tenía un par muy parecido.

¿Qué siente entonces? ¿Pena por el padre, ese hombre angustiado y suplicante con el pelo algo revuelto y gafas? Tal vez lo que experimenta es una alegría fugaz, la emoción de haber sido el que encontró el zapato: todos esos policías, todos esos voluntarios, todo ese tiempo buscando y al final es él, un vendedor de ordenadores de Dallas, el que encuentra la pista; quizá hasta se imagina una entrevista en televisión durante la cual describe con pelos y señales el descubrimiento, sus quince minutos de fama.

Qué fácil habría sido que hubiera mirado para otro lado, que hubiese posado la mirada en un surfista a lo lejos o una concha de mar o un bañista en vez de en las rocas. Yo, inmersa como estoy siempre en este esfuerzo mental por dar marcha atrás en el tiempo y cambiar los acontecimientos pasados, siempre desearé que así hubiera sido.

Pero ha encontrado el zapato. La policía posee ahora una prueba, por muy circunstancial que sea, para sustentar su teoría de que Emma se ha ahogado. Peor aún: Jake tiene algo en que creer, una pequeña prueba de que es cierto.

Su primera reacción al oír la noticia de labios de Sherburne es miedo mezclado con desconcierto.

—¿Estás seguro de que es de ella?

Yo estoy de pie junto a la cocina, dando vueltas a la sopa sin oír más que la parte de Jake en la conversación.

—¿Qué es suyo? —pregunto.

Jake tapa el teléfono con la mano y se vuelve hacia mí.

—Han encontrado un zapato.

Le da a la tecla del altavoz para que yo también pueda oír y la voz de Sherburne inunda la cocina.

—Prácticamente —corrobora—, claro que para estar seguros del todo haría falta que tú lo vieras. Te lo traeré esta tarde para que le eches un vistazo.

—Vendremos nosotros a verte a ti —sugiere Jake.

—No hace falta, ahora estoy al otro lado del parque, no tardo ni diez minutos en coche.

—Gracias —dice Jake, y luego, sorprendentemente, añade—: ¿Has comido ya? Abby está haciendo sopa de patata y puerro, te invitamos a comer.

Me sorprendo pensando lo raro que es que los modales de la gente permanezcan intactos incluso en las peores circunstancias, que durante toda esta pesadilla, a medida que su mundo ha ido desmoronándose, Jake siempre se ha comportado con total control de sí mismo. No le he visto perder los nervios ni desmoronarse en público ni una sola vez; sólo en privado he podido vislumbrar la profundidad de los miedos que lo atormentan.

—Gracias —responde Sherburne.

Jake cuelga, va hasta el armario donde guarda la vajilla y saca tres cuencos de la mejor porcelana que tiene. Me enternece mucho esa costumbre suya de utilizar la vajilla nueva siempre que hay invitados, por muy espontánea o casual que sea la ocasión. Uno de los cuencos cae al suelo rompiéndose en mil pedazos; Jake suelta una palabrota, se pone de rodillas y recoge los trozos con las manos.

—Estás sangrando —le digo al tiempo que me agacho para ayudarlo.

Él sigue recogiendo esquirlas ignorando la sangre.

—No puede ser suyo, ¿verdad que no?

—Ahora lo sabremos. Ve a lavarte las manos que yo recojo esto.

No hace ademán de levantarse, se queda allí arrodillado con un montón de fragmentos de porcelana en las manos ahuecadas, mirándome lleno de incredulidad.

—Si es suyo, ¿qué quiere decir eso?

—No quiere decir nada necesariamente —lo tranquilizo tratando de no perder la calma y de evitar que perciba mi miedo, intentando ser la que mantiene la cabeza sobre los hombros en este momento, a pesar de que el pánico me atenaza las entrañas.

Justo acabo de terminar de pasar la aspiradora cuando llaman a la puerta.

—Ya voy yo —anuncia Jake.

Su voz suena rara, toda la situación es rara. Me imagino a Sherburne al otro lado de la puerta con la primera prueba real que se ha encontrado desde que comenzó esta pesadilla entre las manos.

Desde la cocina oigo que Jake abre.

—¡Adelante! —invita a Sherburne a entrar, y éste responde con la mayor cortesía.

—Huele estupendamente.

Salgo al cuarto de estar, saludo a Sherburne con un beso en la mejilla y me oigo a mí misma interviniendo, uniéndome a la extraña escena en que todos tratamos de evitar la cuestión ineludible.

—No es nada especial, sólo una sopa, lo único que sé hacer aparte de panecillos con salsa.

Sherburne lleva desabrochado el primer botón de la camisa blanca y tiene la corbata ligeramente torcida: la reconozco…, es la misma que llevaba la primera noche en la comisaría. Se da cuenta de que la estoy mirando.

—Un regalo de mi hija —me explica al tiempo que sostiene la punta de la corbata en alto—; esta mañana me pidió que me la pusiera y no pude negarme, la verdad es que hace conmigo lo que quiere, ¡ya se sabe cómo son las niñas con los padres! —Esa última frase queda flotando en el aire y todos nos miramos incómodos, sin saber qué hacer—. Lo siento mucho —se disculpa al tiempo que el rubor le tiñe las mejillas; luego se aclara la garganta—. Me imagino que deberíamos sentarnos.

—Sí, claro —responde Jake.

Él y yo nos sentamos en el sofá y Sherburne se instala en el sillón justo enfrente. Jake me agarra la mano con fuerza.

Sherburne saca de su bolsillo una bolsa de plástico etiquetada con una pegatina blanca en la que han escrito a mano una serie de números y letras y el nombre «Balfour» con rotulador negro; la abre y saca un zapatito que deja sobre la mesa del café delante de nosotros.

El zapato está muy gastado y huele a mar; es un olor penetrante como el de esa especie de almeja blanca y alargada, la que llaman «ala de ángel», que Emma solía sacar de la arena en Ocean Beach. Una vez me encontré con un tarro lleno de conchas sin lavar metido en una cesta debajo de su cama: se habían muerto todas dentro de las conchas y cuando abrí el tarro se extendió por toda la habitación un olor a pescado y humedad.

Lo primero de todo me fijo en la puntera del zapato, donde había estado bordado el nombre de Emma: ya casi no se lee pero quedan restos de la *e* y una *eme* y la a está entera. El hilo es ahora de un rojo desvaído, prácticamente rosa; al lado, donde debería estar la nariz del mono, hay un agujero.

Jake se queda mirando el zapato varios segundos sin moverse, luego alarga la mano para tocarlo, acaricia la tela raída con dedos temblorosos y empieza a llorar sin hacer el menor ruido; después lo aprieta contra su pecho y comienza a balancearse abrazándolo.

Sherburne permanece sentado en silencio y yo me sorprendo mirando fijamente su corbata, sólo para apartar la vista del zapato de Emma y del rostro de Jake.

Me viene a la mente un recuerdo de la infancia, de una tarde de domingo en

Alabama; me acuerdo de los zapatos que llevaba puestos: un par de sandalias blancas con un poquito de tacón, los primeros tacones que tuve. Debía de tener once años. Acabábamos de comer y estaba ayudando a mi madre a lavar los platos. No me podía quitar de la cabeza algo que había dicho el pastor esa mañana: había mencionado que todos tenemos que tomar decisiones y que de éstas depende que vayamos al cielo o al infierno. Mi madre me iba pasando los cubiertos, uno por uno.

—¿No sería mejor no haber nacido nunca? —le pregunté.

Ella se paró en seco y bajó la mirada hacia mí.

—¿Cómo has dicho?

—Que… si no naces, no puedes ir al infierno; el infierno es la cosa más terrible que te puede pasar.

—Pero también puedes ir al cielo —me contestó mi madre—, y eso es la cosa más maravillosa que te puede pasar.

—Pero si nunca nacieras —razoné yo—, no importaría si no vas al cielo porque ni siquiera sabrías que existe. A mí me gustaría no haber nacido.

Con el tiempo dejé de preocuparme por el infierno y ahora, por primera vez en mi vida adulta, la pregunta básica del sentido de la existencia se me plantea de nuevo y me sorprendo imaginándome llena de envidia un escenario alternativo, uno en el que yo nunca hubiera llegado a ocupar mi lugar en el mundo.

Estamos en el sofá, Jake tumbado con la cabeza en mi regazo. No hay ni una luz encendida en el cuarto de estar y suena muy baja una tenue música de fondo. El olor a sopa —que no hemos probado— invade toda la casa. En las horas que han pasado desde que se marchó Sherburne nos hemos agotado de tanto llorar y hablar, de analizar todas las posibilidades; una conversación interminable que nos ha llevado siempre, una y otra vez, al mismo sitio. Hace unas horas que ha oscurecido, hemos contemplado por la ventana cómo se han ido llenando de niebla las avenidas y, en un momento dado, Jake ha sugerido que tal vez había llegado el momento de cerrar el centro de operaciones.

—Por lo menos ahora sabemos que no está sufriendo —musita por fin. Ha tardado horas en llegar a esa conclusión, en convencerse de que es cierto. Ahora ha decidido que esta versión de los hechos es la verdadera, es como si le hubieran presentado un sinfín de pruebas concluyentes—: Ahora por lo menos no tiene miedo ni le pueden estar haciendo daño.

En los meses que han pasado desde que Emma desapareció, la expresión de Jake ha transmitido tal gravedad, tal tensión, que cada vez se parecía menos al hombre con quien planeaba casarme. Hoy, a medida que pasan las horas, algo de su antigua expresión ha empezado a emerger: cierta relajación de la mandíbula, de las arrugas de la frente; ahora sus ojos tienen un brillo casi apacible.

No comparto este alivio extraño que se ha apoderado de él, yo tengo el estómago revuelto; sé que, si Jake no quiere perder la cabeza, tiene que creer que su hija ha muerto, que eso es más fácil que aceptar la posibilidad de que siga viva y sufriendo lo

indecible.

Alrededor de las diez de la noche va a la cocina y pone la sopa en la nevera, luego sube arriba y se ducha para después volver abajo envuelto en un albornoz; se queda de pie mirándome junto al último peldaño de la escalera, y dice:

—Quédate a pasar la noche.

Es la primera vez desde que fue al depósito de cadáveres que me lo pide. No hacemos el amor, apenas si hablamos, pero es agradable estar tumbados juntos en la cama, con nuestros tobillos rozándose; y es todavía más agradable, después de todo este tiempo, oírle roncar.

Me quedo allí tendida, despierta, pensando en el zapato, incapaz de creer que sea una prueba definitiva, incapaz de aceptar que signifique nada en absoluto. Seguro que hay un buen número de posibles explicaciones de la presencia de éste en Baker Beach: por ejemplo, Emma quería quitarse los zapatos pero yo no la dejé porque en Ocean Beach hay muchos cristales rotos. Tal vez cuando se adelantó separándose de mí, sencillamente desobedeció; o puede que el secuestrador se ganara su confianza animándola a descalzarse puesto que yo se lo había prohibido; es posible que el secuestro estuviera planeado hasta el último detalle y tuvieran ropa para cambiar a Emma inmediatamente y que así resultara más difícil reconocerla, en cuyo caso se habría deshecho de la ropa que llevaba puesta la niña.

¿Por qué sólo un zapato y no los dos? ¿Y qué había del cuerpo? A menos que viéramos un cuerpo, nunca estaríamos seguros del todo. Y a eso hay que añadir la gente que informa de haberla visto, los miles de llamadas al centro de operaciones, los cientos de mensajes enviados a la página web. Hace tan sólo dos días, una mujer de San Francisco que estaba de vacaciones en Florida llamó para decir que había visto una niña que se ajustaba a la descripción de Emma en la playa de Fort Walton. Esa pista acabó en nada, pero el hecho es que aún surgen pistas: con que una sola de ellas fuera correcta, Emma podría seguir con vida.

Sherburne ha argumentado muchas veces que Emma podría haberse acercado demasiado al agua sin querer, pero sólo lo dice porque no la conoce. He repasado las posibilidades mentalmente un millón de veces: ¿podría haber calculado mal la distancia al agua por culpa de la niebla?, ¿acaso habría visto un dólar de arena perfecto y, por un instante, haberse olvidado de su miedo? Siempre acabo llegando a las mismas conclusiones, que tienen más que ver con la convicción que con la probabilidad científica: no puede haberse ahogado porque eso significaría que está muerta y que, por tanto, no hay motivo para seguir buscando.

Una vez leí un artículo sobre una elefanta salvaje cuya cría había nacido muerta: un fotógrafo fue testigo horrorizado de cómo la madre daba patadas a aquel cuerpo inerte, una y otra vez, durante tres horas. Y entonces ocurrió algo: la cría hizo un leve movimiento; la madre la había devuelto a la vida a patadas —literalmente— al estimular el corazón con los golpes. Lo único que la había empujado a hacer algo así era el instinto.

Mientras que la memoria es endeble y fácilmente influenciable por el entorno exterior, el instinto es algo completamente interno. La memoria podría imponer pistas falsas —imágenes engañosas y callejones sin salida— en mis ensoñaciones sobre aquel día en la playa con Emma, y estoy dispuesta a aceptar que la memoria pueda fallarme; pero el instinto —más firme y más veraz— me dice que está viva. No que tal vez esté viva, no es una esperanza sino una certeza: a veces el instinto habla sólo en términos absolutos. Emma está viva y me está esperando.

Capítulo 48

A la mañana siguiente voy en coche hasta Baker Beach. Se ven los arcos gemelos del Golden Gate asomando por encima de la niebla y hoy no hay nadie tumbado al sol —hace demasiado frío—, sólo una pareja de adolescentes sentados a una mesa de picnic tomando rosquillas saladas con café. Están frente por frente con él mirando hacia la mesa y ella rodeándole la cintura con las piernas. Verlos así juntos, tan tranquilos y ajenos al mundo, me recuerda a mis primeros tiempos de salir con Ramón y lo que sufría esperando a que terminaran las clases: en cuanto sonaba el timbre que indicaba la hora de la comida, me echaba rápidamente la mochila al hombro y corría a la calle, donde él me estaba esperando en su destartalado jeep Wrangler. A veces nos acercábamos hasta Dew Drop Inn a tomar filetes de bagre y un batido pero casi siempre íbamos a su casa: nos quitábamos la ropa apresuradamente y nos metíamos en la cama, conscientes de que yo tenía que estar de vuelta en el instituto a tiempo para la clase de francés de la señorita Truly. El sexo era tan bueno que todavía me acuerdo, aunque a veces me pregunto si no será la nostalgia la que hace que esos días se me antojen diferentes, mejores. Puede que la razón por la que me parecía un amante tan magnífico fuera que por aquel entonces no tenía con quien compararlo.

Recorro la playa hacia el norte por entre las rocas buscando algo que al turista se le haya podido pasar por alto, pero lo único que encuentro es la típica basura que trae el mar, compuesta en este caso por latas vacías, una gorra de béisbol, un gastado florín de plata que parece fuera de lugar y anacrónico, una especie de botín de un naufragio. Me imagino a Emma aquí, aprisionada contra estas rocas, la mano de un desconocido agarrándola. No puedo apartar esa imagen de mi mente. Puede que al final la estrategia de Jake sea mejor.

Camino de vuelta a casa paso por la suya, pero no está. El teléfono del centro de operaciones suena doce veces sin que nadie responda, ni siquiera salta el contestador. Me paso un par de horas en mi apartamento respondiendo a los correos electrónicos que han ido llegando a www.buscandoaemma.com y haciendo las llamadas de rigor: tengo una lista con todos los hospitales del país y durante los últimos meses he llamado a todos por lo menos una vez; ahora estoy haciendo una segunda vuelta. Siempre es la misma historia: una telefonista que tiene voz de aburrirse soberanamente me pone con Ingresos y a partir de ahí me van pasando con una serie de administrativos ajetreados; les doy la descripción de Emma y al final recibo un exasperado «aquí no hay nadie con ese nombre ni que se ajuste a esa descripción».

Es casi mediodía cuando salgo de mi casa a pie: en mi barrio hace sol, es una de las ventajas de vivir en el bullicioso Potrero Hill. Cuando Jake y yo decidimos casarnos, consideramos brevemente la posibilidad de vender su casa de dos dormitorios en la neblinosa zona de Sunset y comprar una aquí, pero para entonces el bum de las punto com ya había hecho que los precios se dispararan. Antes de que ocurriera todo esto, había estado pensando en lo mucho que iba a echar de menos mi

barrio y el encanto de su estilo industrial y ligeramente mugriento, las viejas casas victorianas desvencijadas con los maceteros repletos de flores y los cuidados jardines rezumando optimismo, y el omnipresente zumbido del tráfico de la autovía. Solía encantarme pasear por el barrio, me podía pasar fines de semana enteros tomando cafés en Farley's, curioseando libros por las estanterías de Christopher's Books o disfrutando de una carne a la barbacoa en Bottom of the Hill. Ahora todos mis sitios favoritos tienen una foto de Emma en el escaparate y apenas me acuerdo de los tiempos de antes de que desapareciera, antes de que esta horrible incertidumbre me carcomiera noche y día.

Para cuando llego a Castro tengo la camiseta y los vaqueros empapados de sudor. Me abro paso entre la muchedumbre que siempre abarrota la zona y me dirijo al centro de operaciones. Al mirar por el ventanal me encuentro frente por frente con Brian, que está quitando los trozos de celo que se han quedado pegados al cristal: las fotos de Emma han desaparecido; los teléfonos, las mesas, las sillas y la radio también. Dentro, donde hace unos días había una docena de voluntarios, hoy sólo está Brian.

—¿Qué es todo esto? —le interrogo—. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Brian se baja del taburete en que está subido.

—¿No lo sabes?

—¿Saber el qué?

—El señor Balfour ha llamado esta mañana para decir que cerrábamos.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—La policía va a dar oficialmente por cerrada la investigación.

—Imposible, Jake me lo habría dicho.

Brian se encoge de hombros.

—Estoy tan sorprendido como tú…

—No pueden hacer esto.

Agarro una octavilla que acaba de quitar del cristal y la vuelvo a pegar.

—Abby —me advierte con suavidad—, habrá que volver a quitarla.

Me viene a la mente uno de los eslóganes de Sam Bungo: «Todas las noches, todos los días, ¡esfuérzate por mantener la AMP!». AMP era la Actitud Mental Positiva. Sam creía que con una AMP todo era posible.

—Podríamos estar *así* de cerca —protesto yo—, podría ser cuestión de horas que la encontráramos.

—Ya lo sé —admite Brian—, nunca pensé que todo acabaría de este modo. La conocía, ¿sabes?, de una vez que el señor Balfour la trajo al instituto un sábado. Yo estaba pintando pósteres para la feria gastronómica y le pregunté a Emma si quería ayudarme. No sé cómo se las arregló pero acabó metiendo un pie en la lata de pintura roja y luego fue dejando las pisadas por todo el pasillo. —Hace una pelota con las cintas de celo usadas y la tira a la papelera—. Es de locos que una niña tan preciosa pueda desaparecer así, te hace pensar que el mundo está jodido de verdad.

Me invade una impotencia que me paraliza por completo. ¿Cómo es posible que yo sea la única que aún mantiene viva la esperanza?

Vuelvo a la calle abarrotada. Es domingo y Castro es un hervidero de turistas y adolescentes, hombres jóvenes que han venido en peregrinaje desde East Bay, Marin y Antioch a esta animada meca gay que se extiende bajo la gigantesca bandera con los colores del arco iris. Se ha formado una larga cola de chicos impacientes en la calle Dieciocho a la puerta de The Badlands, y a la de Daddy's, en cambio, se congregan hombres de pelo canoso enfundados en cuero negro. Cada bar tiene su estilo y su ambiente, su clientela habitual. El aroma de humo mezclado con algo más —un olor penetrante y dulce, sexual— impregna el ambiente. Hay una multitud a las puertas del cine Castro: hoy ponen *Barbarelia* y además hay un concurso de dobles de Jane Fonda.

Una mano me roza el muslo y bajo la mirada para encontrarme con un adolescente sentado en la acera, mirando hacia arriba con los ojos inyectados en sangre; lleva un anillo en cada dedo.

—¡Eh! —me llama—, te leo un poema por veinticinco céntimos.

Le echo algo de suelto en la lata y sigo por entre la muchedumbre, bajo más allá de la calle Market y alcanzo el andén del tranvía justo en el momento en que se cierran las puertas del de la línea KIngleside. En el segundo vagón hay una niña con la nariz apoyada en el cristal y los cabellos negros cayéndole sobre los hombros. Cuando el tren empieza a moverse echo a correr y doy un puñetazo en el cristal, la niña se aparta, aterrorizada, y, por un gesto que hace, por la forma en que alarga la mano buscando la de la mujer que va a su lado, me doy cuenta de que no la conozco. Algo en mi interior se derrumba.

—¿Está bien? —me pregunta un hombre. Toda la gente que hay en el andén me está mirando—. No —le respondo—, lo siento, creí que era alguien que conocía.

Vuelvo a la calle donde la luz del sol brilla con demasiada fuerza y echo a andar. Voy sin rumbo fijo, simplemente camino toda la tarde hasta que oscurece: bajando por la calle Market hasta Montgomery, subiendo por la calle Columbus, bajando por Broadway. Cuando se pone el sol estoy en South Beach, de pie frente al puente Bay Bridge, con la mirada fija en los arcos de acero. Está entrando la niebla, que suaviza las aristas de los edificios, y entre la bruma se entrevé el resplandor amarillento de los faros de los coches. La cantidad de coches en sí es abrumadora: todos esos vehículos, millones de ellos, en los que un secuestrador podría haber escapado; todos esos portamaletas en los que podría haber escondido a una niña; todos esos puentes que un coche podría haber cruzado camino de otro lugar. Hay una niña, se llama Emma y está paseando por la playa. Noto que mi cordura pende de un hilo, tengo la impresión de que las aguas de la bahía se oscurecen y cada vez están más cerca: sería tan fácil dejarme caer hacia delante, tan fácil olvidar simplemente. Frente a mí y entre la niebla diviso los destellos azulados de las luces del estadio de PacBell Park y, al cabo de un instante, oigo el rugido de la multitud.

Capítulo 49

Con más de las nueve de la noche cuando llego a casa de Jake, que está en la cocina tirando un montón de octavillas y sobres a la papelera de reciclaje. Cuando aparezco sin llamar alza la vista y parpadea lentamente, como si estuviera emergiendo de un cuarto sin luces.

—Hola —me saluda tratando de sonreír.

—Dime que no te has dado por vencido.

—Dame alguna otra opción.

—Seguir buscando.

—Tenía un plan, Abby —me responde—: el centro de operaciones, la televisión, la radio. Me iba poniendo metas; creí que si distribuíamos diez mil octavillas surgiría una pista que nos llevaría hasta ella y cuando eso no ocurrió subí el listón: cincuenta mil octavillas, setenta y cinco mil, cien mil… Cada vez que incrementaba la cantidad pensaba que con eso lo lograríamos, que esa vez íbamos a llegar hasta ella. Y luego estaba la recompensa. Comencé con cincuenta mil dólares, luego subí a ciento cincuenta mil, después doscientos mil, cuatrocientos mil, medio millón. He vendido todas mis acciones, he pedido una segunda hipoteca y sableado a toda la gente que conozco y a un centenar que no para de ofrecer la recompensa más alta posible. Nada. Y los voluntarios: en el momento álgido llegamos a tener casi trescientos. ¿Sabes cuántas entrevistas de radio he hecho?: ciento setenta. Y cuarenta y dos apariciones en televisión. He hablado por teléfono con agentes de policía de todo el país… He hecho todo lo que he podido. Ya no se me ocurre nada más.

Voy al cuarto de estar y enciendo una lámpara: la bombilla chisporrotea brevemente y luego se apaga con un suave chasquido.

—Podríamos estar muy cerca.

—Se te olvida lo obvio —me responde. Se sienta en el sofá y toma un libro de la mesa de café, luego lo vuelve a posar. Es un libro de texto de filosofía con una portada hecha trizas y papelitos adhesivos amarillos asomando por el borde de las páginas—. Se te olvida el zapato, su zapatito: podría hacer mil entrevistas más y repartir un millón de octavillas y aun así no cambiaría nada.

Me siento a su lado.

—Estás dándole demasiada importancia al zapato; no significa nada.

Se echa hacia atrás y clava la mirada en el techo. Su mano bajo la mía está húmeda y fría, y también huele diferente, diferente a como suele, y me doy cuenta de que es porque ha lavado la ropa con un detergente distinto: desde que lo conozco siempre ha olido ligeramente a la fragancia del Skip, pero desde que Emma desapareció ha estado llevando la ropa a la lavandería de la esquina. Una vez me dijo que ya no era capaz de hacer la colada porque Emma solía ayudarlo, le encantaba separar la ropa blanca de la de color y medir el detergente.

Pasa un autobús por la calle. Se oye el tañido de la campana de una iglesia. La

distancia que nos separa se agiganta por minutos.

—La echo tanto de menos —murmura— que hay días en que no quiero ni salir de la cama. Hace un par de semanas estaba en el supermercado y metí en la cesta una bolsa de gusanos de gominola porque ella siempre esperaba que le trajera una cuando volvía de la compra. Estaba ya en la caja, la chica pasó la bolsa por el lector de código de barras y entonces me di cuenta. Me puse a llorar como una magdalena, ni siquiera podía contenerme lo suficiente como para sacar el dinero y tampoco era capaz de salir de la cola; había varias personas detrás de mí, la cajera llamó al encargado, que se acercó y me preguntó si necesitaba que me acompañara alguien al coche. Me sentí igual que un auténtico lunático. —Me aprieta la mano—. Habrá muchos días horribles, pero no podemos dejar a un lado nuestras vidas.

—No tengo intención de dejar a un lado mi vida, sólo quiero encontrar a Emma.

—Han pasado casi seis meses —me recuerda—, seis.

Su respiración se hace entrecortada y, en este preciso instante, siento que lo quiero pero de repente tomo consciencia de un hecho desconcertante: quizá la quiero aún más a ella. Experimento un anhelo tan profundo por encontrarla que tengo la sensación de estar vacía por dentro, es como si en mi interior no hubiera más que un abismo gélido. Durante los últimos seis meses, Emma ha estado conmigo cada día; tanto mi primer pensamiento cuando abro los ojos cada mañana como la última imagen que veo en mi cabeza cuando me voy a dormir son para ella: su rostro, su nombre, están conmigo a cada instante; mi vida se orienta a un único objetivo que es encontrarla. Mientras tanto, Jake se ha convertido en una silueta que se ha ido haciendo cada vez más borrosa a medida que han ido pasando las semanas, nuestras conversaciones son más y más escasas y espaciadas, los momentos de verdadera conexión se han reducido hasta casi desaparecer.

Amar a un hombre es una cosa pero amar a un niño es otra muy distinta: el segundo es un amor que lo acapara todo. Antes de conocerla, cuando la gente hablaba del tipo de amor que podía despertar un niño no los creía; y luego llegó Emma y ahora ya no puedo imaginarme el resto de mi vida sin ella. Tal vez el amor es como una varita de zahorí con la que identificas a la gente que más te necesita. Cuando me enamoré de Jake vi a Emma como parte del equipaje, pero ahora ha pasado de la periferia al centro.

Hicimos planes los tres juntos: iríamos a París para su décimo cumpleaños; a Praga cuando cumpliera doce; a los dieciséis, cuando se sacara el carnet de conducir, haríamos una ruta por Estados Unidos en coche. Me la imaginaba en el Louvre, de pie frente a la *Mona Lisa* haciendo muecas y, unos años más tarde, con vaqueros y los labios pintados de rosa pálido sentada al volante, cantando con la radio mientras Jake le hacía de copiloto desde el asiento trasero y yo revisaba las listas de cosas que ver en cada sitio por el que pasaríamos. Veo el rostro de Emma borroso, como en una fotografía con poca luz en la que el objeto se mueve demasiado rápido, pero hay suficiente de su esencia en esas imágenes como para que yo me las crea.

Jake se pone de pie y empieza a caminar arriba y abajo.

—Quiero celebrar un servicio religioso —afirma al tiempo que se muerde el labio.

Se acerca a la ventana, aparta la cortina y se queda allí mirando hacia la calle, de espaldas a mí. Por un momento la habitación se inunda con una tenue luz amarilla.

—¿Qué tipo de servicio?

—Uno en memoria suya. —Se aclara la garganta y deja caer la cortina, que vuelve a su sitio. La habitación queda de nuevo en penumbra—. Para decirle adiós.

—Todavía no, dame un poco más de tiempo.

—¿Para qué?

—Para buscarla.

—Déjalo ya, por favor, sólo estás empeorando las cosas.

Sigue de pie sin darse la vuelta cuando subo al piso de arriba y voy a la habitación de Emma: me tiendo en la cama sobre la colcha y clavo la mirada en el techo. La habitación está empezando a perder su característico olor a Emma y me pregunto si Jake se habrá dado cuenta. De aquí a un año, ¿ya no se olerá nada al entrar?

Vuelvo la cabeza y me encuentro algo en la almohada: un pelo de ella; lo tomo entre los dedos de ambas manos y sujeto bien tirante este objeto que se ha convertido en atemporal. Me lo pongo sobre la frente y deseo sentir algún tipo de descarga, una especie de comunicación telepática con ella.

Solíamos sentarnos juntas en esta cama con las piernas cruzadas a lo indio y Emma se recostaba mientras yo le hacía trencitas decoradas con cuentas de colores. Luego, durante días iba dejando un reguero de bolitas por todas partes. La casa era suya, podía detectarse su rastro en cada centímetro cuadrado: los lápices de colores en la mesa de la cocina, las sandalias junto a la puerta de atrás, una caja de zapatos llena de vestiditos de la Barbie debajo de la mesa de café en el cuarto de estar… Por las mañanas solía levantarse antes que nosotros y el sonido de sus pisadas en el piso de abajo era lo primero que yo oía al despertarme.

Ahora lo que oigo son unas pisadas fuertes que avanzan por el pasillo y luego atraviesan la cocina hasta llegar al comedor, después se dirigen al estudio lleno de trastos y por fin se detienen en el vestíbulo de la entrada. Se abre la puerta principal: tal vez Jake esté pensando en salir. Al cabo de un minuto más o menos se vuelve a cerrar la puerta pero todavía lo oigo por abajo: no hay donde ir, no hay nada que pueda hacerse, no hay forma de escapar.

Capítulo 50

Los pacientes con lesiones cerebrales suelen acordarse de su infancia con asombrosa precisión pero no son capaces de recordar cosas que ocurrieron hace un año, hablan de amigos que no han vuelto a ver en décadas como si hubiesen estado con ellos hace apenas unas horas, e incluso puede que se acuerden de los regalos que les hicieron al cumplir los cinco y en cambio no consigan leer ni dos líneas del libro más sencillo.

Todos los días repaso los recuerdos igual que un buscador de oro desesperado por encontrar una pepita en la batea. Hay demasiadas cosas ahí dentro: momentos de mi infancia que ahora no me sirven de nada, nombres y caras, lugares a los que llevo años sin ir. Lo que estoy buscando, la pista que me llevará a Emma, permanece sepultada, irrecuperable. Cada recuerdo que emerge me distrae de la tarea. ¡Tanta basura atascando los conductos por los que fluyen las ondas cerebrales! Los recuerdos me vienen a la mente con toda claridad, con sonido y movimiento incluidos, hasta con un atisbo de olor. No tengo el menor interés en esta montaña de información inútil pero ahí está, exigiendo que le preste atención.

Gulf Shores (Alabama). Tengo nueve años y estoy en la playa con mi familia. Me acuerdo de un hombre y una mujer tumbados junto a nosotros en sendas toallas de felpa amarilla; están bebiendo té helado en vasos de plástico y leyendo cada uno un libro de los de edición de bolsillo. A pesar de que deben de tener la edad de mis padres, parecen haber sido bendecidos con el don de la eterna juventud que mis padres nunca poseyeron: él lleva un traje de baño de surfista y ella un diminuto bikini negro; mi padre, en cambio, unos pantalones cortos color caqui y deportivas; mi madre se ha puesto un pareo que le llega hasta los tobillos y una camiseta. La pareja está con un niño de mi edad que no hace más que mirarme y sonreír: el cloro ha teñido ligeramente de verde su pelo rubio, está muy moreno y tiene la punta de la nariz manchada de crema.

Mientras mi familia se esconde bajo dos sombrillas en un tenderete —con nevera portátil colgada de una y sábana de cama de matrimonio extendida de lado a lado incluidos—, la familia más feliz permanece tumbada al sol con la piel reluciente y los brazos y las piernas ligeramente rebozados en arena. La mujer tiene unos pechos grandes, un escote bronceado y profundo que se precipita hacia el cierre dorado del bikini, que se ata por delante. Mi madre está haciendo un crucigrama, mi padre sigue por la radio el partido del Alabama, Annabel se ha dormido y yo observo a la familia oculta tras mis gafas de sol de Mickey Mouse, intentando idear excusas que me permitirían tocar los magníficos senos de la mujer.

El niño saca arena con una pala de plástico para echársela a su padre por la espalda.

—Hijo… —murmura el hombre sin levantar la vista del libro.

El chaval intenta lo mismo con su madre.

—¿Por qué no vas a hacer un castillo de arena? —le sugiere ella.

Él hace un gesto de fastidio, recoge cubo y pala y se marcha a la orilla donde se pasa un rato construyendo un castillo de arena sin mucho entusiasmo, luego tira el cubo y la pala a un lado y se mete en el agua a grandes zancadas. Hace calor y no corre brisa, el sol brilla tanto que casi deslumbra mirar al agua. Desde la playa, las olas parecen inofensivas pero hay unas señales en unos postes cada pocos metros que advierten: «Corrientes muy fuertes. Quienes se bañen lo harán bajo su propia responsabilidad».

El niño corre por la orilla entrando y saliendo del agua. Yo quiero ir con él pero no me dan permiso: «Para nadar ya están las piscinas», solía decir mi padre. Durante unos minutos observo al niño con envidia: no hace más que mirar para atrás a ver si alguien le hace caso; en una ocasión lo saludo con la mano, él me sonríe y entones se tira a la arena boca arriba de un brinco y hace una especie de bailecito muy gracioso con las piernas en el aire y la boca medio abierta. Al cabo de un rato me aburro de mirarlo y vuelvo a concentrarme en su madre.

No sé cuántos minutos pasan hasta que la mujer se sienta y mira hacia el mar.

—Tom —llama a su marido.

—¿Mmm? —responde él al tiempo que pasa una página.

—No veo a Charles.

La mujer se pone de pie y echa a andar hacia el agua. Su marido deja el libro en la toalla y la sigue. Luego ya no caminan sino que corren, gritando los dos:

—¡Charles!

Mi padre se pone de pie y se apresura hacia la orilla. Annabel se despierta y se despereza:

—¿Qué pasa?

En un instante, algo cambia en el ambiente: el pánico se extiende a gran velocidad por la playa en todas direcciones y, en cuestión de minutos, todos los adultos están llamando a Charles a voces. Las mujeres reúnen a sus niños con gesto protector mientras que los hombres se quitan las sandalias y se lanzan al agua. Resulta emocionante, un poco como un circo, que el sopor del día se haya transformado en caos.

Aparecen los socorristas. Los barcos de pesca anclados frente a la costa comienzan a moverse en dirección a la playa. Al poco tiempo aparece la lancha de los guardacostas por entre las olas con las sirenas aullando a todo volumen y el nombre de Charles resuena por los megáfonos. Es como si de repente todo fuera a cámara rápida.

Unas horas más tarde, cuando recogemos las toallas y la nevera portátil, la mujer del bikini negro está sentada en la orilla, chillando y con mechones de pelo cayéndole desordenadamente por la cara; su marido está de rodillas sentado sobre los talones frente a ella, temblando en silencio de pies a cabeza; entre ellos yace el cuerpo de palidez azulada del niño: tiene los ojos abiertos y los labios ligeramente separados y trozos de alga enredados en un tobillo; su aspecto, allí tendido completamente

inmóvil, es muy bello, terso y resplandeciente. Incluso entonces, espero que de un momento a otro se despierte, agite las piernas como antes, me guiñe un ojo y se ría: era broma.

Reina el silencio en el coche de vuelta a casa. Mi madre llora y mi padre tiene la mirada fija en la carretera. Un trueno sacude el coche y se pone a llover con fuerza. Los limpiaparabrisas chirrían y repiquetean cadenciosamente. Hay un momento en que mi madre se vuelve y nos agarra la mano a Annabel y a mí.

—Niñas.

No dice nada más y esa única palabra la susurra tan bajito que podría haber estado rezando.

Desempaño el cristal de mi ventana con la mano y observo los kilómetros de playa que vamos dejando atrás, las dunas y las hierbas altas mecidas por el viento, las casitas de color rosa construidas sobre postes. Los rayos surcan el cielo para caer al mar. Tengo los hombros quemados y ahora me escuecen. En el coche hay un olor dulzón y cálido y los labios me saben a mar; tengo sed pero no sé cómo pedir agua en medio del silencio pavoroso. Annabel se ha vuelto a dormir ocupando con las piernas estiradas sobre el asiento el espacio que nos separa; tiene la cabeza en un ángulo imposible y la boca abierta. Yo no hago más que mirar de cuando en cuando para asegurarme de que sigue respirando; poso una mano sobre uno de sus pies para notar el calor, simplemente para convencerme de que está viva. En esos momentos siento que la quiero casi con virulencia.

Al final yo también me acabo durmiendo. El coche avanza por la autopista con un leve traqueteo cadencioso y soy vagamente consciente de que nuestra madre nos mira con un brillo extraño en los ojos, como si fuéramos toda una novedad, sorprendentes y especiales.

Capítulo 51

Día 184. Después de la reunión del grupo de apoyo, David me invita a tomar un café. Lo sigo en mi coche hasta Colé Valley; vive en una calle tranquila en una casa de estilo Victoriano rehabilitada, con suelos de madera oscura y total silencio en el interior.

Le da a un interruptor del vestíbulo y la casa se inunda de luz y música.

—¿Te gusta? Le he hecho un apaño a los cables para que este interruptor controle todas las luces de la casa y el encendido del aparato de música.

—¡Impresionante!

—Cuando entro, por un instante, puedo fingir que no estoy volviendo a una casa vacía.

El centro del cuarto de estar lo ocupa un gran piano con unas partituras en el atril: «Concierto para piano número 5». Apoyo un dedo sobre una tecla y se oye el sonido de una nota lastimera.

—¿Sabes tocar? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—Mi mujer —aclara—. Ella tocaba. Le estaba enseñando a Jonathan y al niño se le daba bastante bien, tenía unos dedos increíblemente largos. No sé si eso tiene nada que ver en realidad, pero Jane creía que era una buena señal.

La repisa de la chimenea y las mesitas están repletas de fotos enmarcadas: David y Jonathan a la entrada de Disneyland, Jane y Jonathan sentados a una mesa de picnic con un cubo de Kentucky Fried Chicken entre los dos, toda la familia saludando desde la popa de un ferri con la Estatua de la Libertad detrás. En una pared hay fotos de estudio en color, con decorados falsos de fondo; en un par, Jonathan está jugando con un cocker spaniel.

—¿Tienes perro?

—No —se ríe David—, nunca he tenido. El perro es parte del decorado. Como Jonathan se negaba a cooperar, el fotógrafo trajo el cachorro al estudio.

—Es una monada.

La foto me trae recuerdos de esas sesiones horribles a las que nuestra madre solía llevarnos a rastras, en un estudio de la cadena Olan Mills que había en un bloque de locales comerciales del bulevar Airport y olía a desinfectante. El fotógrafo siempre llevaba una camiseta con el logotipo de alguna universidad de quinta fila, nos decía que teníamos buenos dientes y luego nos hacía apoyar en una valla de madera sonriendo mucho y metiéndonos los pulgares por las trabillas del cinturón, como si la vida fuera una especie de pastoral bucólica, como si no viviéramos en una barriada de las afueras.

—¿Descafeinado o normal?

—Lo que sea.

David me guía hasta la cocina donde hay más fotos por las paredes, y cuando abre

un armario para sacar dos tazas reparo en los vasos para niños decorados con personajes de dibujos animados que hay dentro.

Mete dos bollos rellenos de pasta de almendra a descongelar en el microondas y empieza a preparar el café.

—Te hago la visita guiada de la mansión mientras se hace. Primera parada: el cuarto de invitados. —Sube delante de mí al piso de arriba y me lleva hasta una habitación de paredes empapeladas que parece salida de un reportaje de casas sureñas de una revista de decoración—. La verdad es que supongo que debería convertirla en un despacho, hace años que no ha dormido nadie aquí. Jane fue la última que la usó durante una temporada antes de marcharse de casa.

Sobre el cabecero de hierro forjado hay colgado un dibujo de un chaval con el pelo castaño claro y los mofletes coloreados con lápiz color melocotón.

—Es un dibujo de esos que anticipa qué aspecto se tendrá pasados unos años —explica David—. Jonathan a los once.

Hay tal precisión en los trazos que cuesta creer que no estoy contemplando una fotografía de un niño que nunca fue. David alarga el brazo para enderezar el marco. En el piso de abajo se oyen tres pitidos del microondas, que acaba de pararse.

Luego me conduce hasta un cuarto pintado de azul claro, con nubes dibujadas en un techo del que cuelgan con cuerdas maquetas de aviones. La cama individual está perfectamente hecha: sábanas decoradas con dinosaurios. Se nota la marca de una cabeza en la almohada, como si alguien se hubiera tumbado aquí hace poco. David alza el brazo y roza con los dedos el ala de un avión.

—Jonathan y yo hicimos un montón de éstos juntos. Quería ser piloto. —Sonríe —. También quería domar dinosaurios para el circo y los fines de semana iba a trabajar de vaquero. —Ladea ligeramente el avión con un dedo y éste empieza a girar sobre sí mismo describiendo espirales—. ¿Qué quería ser Emma?

Finjo no haberme dado cuenta de que ha hecho la pregunta en pasado.

—Lo que más le gusta es la albañilería. Hemos intentado reorientarla hacia la arquitectura, pero a ella lo que le gusta es el hecho en sí de construir. El año pasado Jake le compró un juego con ladrillos de plástico y una especie de polvos que se mezclan con agua para hacer cemento y se puso a levantar una pared que a ella le parecía que iba a llegar al cielo; cuando estuviera terminada, su plan era escalarla hasta llegar a la luna donde nos construiría una casa nueva en la que vivir los tres. También quería dar allí grandes fiestas a las que invitaría a los presidentes de todos los países.

—Parece que habría tenido futuro en el mundo de la política.

Futuro. La palabra suena delirante, demasiado esperanzadora, pero en los últimos tiempos también es precisamente lo único que me empuja a seguir: la vacilante llama de esperanza en que existe la posibilidad de un futuro; Emma, Jake y yo, haciendo las cosas normales que hacen las familias a pesar de que, con cada día que pasa, esa esperanza mengua un poco.

—Estos aviones son geniales —comento y, tan pronto como salen las palabras de mi boca, sé que suenan estúpidas, demasiado superficiales, y desearía que se me ocurriera algo que decir que expresara hasta qué punto comprendo a David.

Él recorre con la mirada la docena aproximada de maquetas que planean por el cuarto de su hijo.

—Tengo casi cien más en el sótano, de todos los tipos: 747, Cessna, cazas…, de todo. —Se le quiebra la voz—. Sigo esperando a que pase la pena, pero no se va; sigo esperando la mañana en que me despertaré para darme cuenta de que ya no confío en que vuelva, pero todos los días anhelo que regrese con tanta intensidad como el día en que desapareció.

Se acerca, me sujeta la barbilla con las dos manos y la levanta ligeramente para obligarme a mirarlo; yo aparto la cara y su beso acaba aterrizando en mi mejilla, un viejo truco del instituto que ahora me resulta incómodo, fuera de lugar en este mundo de adultos. Toma mi mano y me guía al otro lado del pasillo hasta otro dormitorio: en éste no hay fotos, sólo una cama con sábanas blancas, un tocador de madera y paredes pintadas de beis.

Trata de besarme de nuevo y esta vez le dejo pese a que, incluso en el instante mismo en que separo los labios, soy plenamente consciente de que no está bien que lo haga. Al sentir el roce de la lengua de David sobre la mía, al aspirar la fragancia a jabón de su piel, oigo en mi cabeza la voz de Sam Bungo: «Situación, participación, sustracción».

David encuentra a tientas los botones a un lado de mi falda y los oigo repiquetear en el suelo de madera cuando ésta cae al suelo. Ahí de pie, en ropa interior, jersey y zapatos, lo que siento no es deseo sino lástima. Se me pasa por la cabeza que tal vez él también se compadezca de mí, que quizá vea mi búsqueda desesperada como poco más que un patético intento de posponer lo inevitable.

Vuelve a besarme, desliza las manos por debajo del jersey y me acaricia los pechos, luego se quita la ropa prenda por prenda: los zapatos, la camisa, los pantalones, los calcetines…, mientras me observa con aire algo inseguro, como si esperase que me arrepintiera en cualquier momento. Yo no hago más que repetir para mis adentros: «No lo hagas».

Tiene el pecho delgado y con poco vello, un cuerpo pálido en el que se marcan las venas azuladas bajo la piel. Quizá se merece este pequeño gesto, este consuelo momentáneo: ha perdido tanto que no sé cómo negarme. Parece tan frágil aquí de pie frente a mí, un niño más que un hombre de no ser por la erección. La compasión da paso a otro sentimiento en mi interior, noto la sensación que me recorre, una necesidad abrasadora e insistente. No puedo negar que una parte de mí anhela sentir la presión cuando se abra paso, la tensión —placentera y dolorosa a la vez— que se va acumulando en busca de liberación; una parte de mí querría dejar así este mundo; una parte de mí desea profundamente este acto que me ayudaría a olvidar por un momento.

Se acerca; siento la erección en el muslo.

—Hace seis meses —le digo, y como no estoy segura de que me haya oído lo repito—: Hace justamente seis meses que desapareció.

Me empuja suavemente hacia la cama, me obliga a sentarme y me quita los zapatos con delicadeza. Cuando se aleja para apagar la luz me doy cuenta de que tiene una marca de nacimiento con forma de fresa en la cadera derecha. Pienso en Ramón —el primer hombre que vi desnudo—, en los brazos torneados, las caderas musculosas, las piernas largas y las manos sorprendentemente pequeñas. Nunca reparé en ese detalle hasta que no lo vi desnudo, y cuando las miré de verdad por primera vez sentí que me invadía la ternura.

Nos quedamos a oscuras y entonces capta mi atención el reloj digital de la mesilla de noche que proyecta unos inmensos números rojos en el techo: horas, minutos y segundos. Son los números lo que me trae de vuelta a la realidad, el pensar en Emma ahí afuera, en algún lugar, esperando.

—Debería marcharme —le anuncio al tiempo que me pongo de pie.

Él se acerca a la cama.

—No, no te vayas.

Me vuelvo a poner la falda y los zapatos, odiándome ya por lo que ha estado a punto de pasar.

David está de pie a escasos centímetros, desnudo, observándome. Estoy enfadada con él porque haya sabido, sin necesidad de preguntarlo, qué teclas tocar.

—Adiós —me despido.

—Por favor —suplica—, no te vayas, quédate aquí esta noche, no tiene por qué pasar nada.

Bajo las escaleras y salgo por la puerta principal. Conduciendo de camino a casa en medio del frío de la noche, las nubes de vapor se arremolinan delante de los faros y siento que el terreno que piso no es estable del todo, no me siento completamente viva. Evito mirar por el retrovisor o por las ventanas que reflejan todo en la oscuridad porque tengo miedo de que, si observo con suficiente atención, me reconozca a mí misma.

Capítulo 52

La fotografía tiene que ver, ante todo, con la luz. La palabra «fotografía» viene del griego *fotos* (luz) y *grafé* (escritura). Cada vez que hacemos una foto estamos escribiendo con luz.

La función del objetivo de una cámara es dirigir la luz hacia el interior, la película captura los patrones de luz transmitidos a través del objetivo y no es más que un trozo de plástico que contiene granos de sustancias sensibles a la luz que experimentan una reacción química cuando se las expone a la misma. Si entra demasiada luz a través del objetivo, reaccionan demasiados granos y la foto aparece demasiado clara y difusa; en cambio, si no se deja pasar suficiente luz reaccionan muy pocos granos y la imagen sale demasiado oscura.

La luz no sólo es esencial para el oficio del fotógrafo sino también su mayor enemigo, por eso el cuarto oscuro tiene que estar perfectamente sellado y todos tienen por lo menos una bombilla de seguridad, por lo general roja o de color ámbar, que no provoca cambios en los materiales sensibles a la luz y es la que se enciende mientras se pasan las imágenes de los negativos a papel y luego éste se va metiendo en las distintas cubetas.

No obstante, hay un momento en el que el fotógrafo está en total oscuridad, cuando se saca la película sin procesar y se enrolla alrededor de los discos del tanque de revelado. Es una operación precisa que debe hacerse con cuidado de apretar bien la película y no tocar más que los bordes: un roce de los dedos puede echarla toda a perder.

El fotógrafo confía plenamente en sus ojos, se relaciona con el mundo a través de las imágenes, de lo visual, de lo que puede ver; pero durante esos instantes cruciales, a solas en la total oscuridad del cuarto de revelado, tiene que hacerlo todo guiándose por el tacto y el instinto.

¿Qué es una búsqueda sino un ejercicio a ciegas?

En las horas posteriores a la desaparición de Emma me imaginé el área de la búsqueda como un círculo que se iba agrandando a medida que transcurrían los minutos y las horas. Ahora, al cabo de seis meses, el área de posibilidades se ha hecho tan extensa que resulta una pesadilla. El hecho es que esta búsqueda en particular no tiene límites, que Emma podría estar en cualquier parte desde California hasta Nueva York, de Londres a Madrid; lo mismo podría haber acabado en Alaska que en Alabama.

Desde el principio, he ido a ciegas.

El problema que tiene la bombilla de seguridad es que nunca es suficiente para la tarea: siempre te gustaría tener más luz, desearías ser capaz de evaluar con total exactitud la densidad del grano, la precisión del enfoque; y sin embargo, en el cuarto oscuro, agradeces inmensamente la bombilla de seguridad: una iluminación tenue es un gran alivio tras haber experimentado la oscuridad absoluta. ¡Qué no daría yo por

tener una bombilla de seguridad, una mínima pista por la que guiarme!

Capítulo 53

Y todos vamos con ellos en el funeral silencioso, el funeral de nadie pues no hay nadie a quien enterrar.

T. S. ELIOT
Cuatro cuartetos

Jake ha estado yendo al terapeuta.

—Cerrar el círculo —ha dicho precisamente el terapeuta— requiere un ritual para reconocer que ha muerto.

Eso explica el ataúd. Acompañé a Jake a escogerlo, a una funeraria de moqueta mullida y salas silenciosas que hay en la calle Geary junto a una hamburguesería. Un hombre con traje de raya diplomática nos condujo por el pasillo hasta una puerta de doble hoja tras la cual había una sala decorada para que pareciera el salón de una casa: estilo Victoriano, como les gusta a las abuelitas, con sofás de formas redondeadas en tonos malva y tres sillones tapizados. Con un largo dedo pálido, el empleado de la funeraria fue pasando las páginas de un catálogo de tapas de cuero con fotografías y sus correspondientes comentarios explicativos; trató de vendernos algo diseñado especialmente para niñas pequeñas, en blanco resplandeciente con ángeles y flores pintados a mano e interior forrado en satén de color rosa chicle.

—Puede hacerse una inscripción especial en el ataúd —nos informó para luego proceder a leernos unas rimas de autor desconocido a modo de ejemplo.

El hombre nos lanzó una mirada de desaprobación cuando Jake eligió un ataúd sencillo de roble sin ornamentos chabacanos de metal ni asas recargadas de adornos.

Eso fue hace tres días. El servicio religioso en memoria de Emma se celebra hoy a las once.

—Quiero que estés —me dice ahora Jake por teléfono con voz que suena terriblemente cansada.

Por detrás se oye el café haciéndose.

Han pasado 198 días. Esta mañana he hecho los cálculos:

4752 horas.

285 120 minutos.

17 107 200 segundos.

—¿Y bien? —insiste él al otro lado de la línea.

La verdad es que no tengo derecho a negarle nada porque no tuve el suficiente cuidado, porque aparté la vista, porque el instinto maternal me falló unos segundos, porque me equivoqué y miré en la dirección equivocada en el instante crucial y Emma desapareció. Es mi culpabilidad la que ha hecho esta ceremonia necesaria, mi imperdonable error el que reunirá a todos los bienintencionados asistentes.

—Claro que iré.

Oigo como se sirve un café, el ruido de la cucharilla contra las paredes de la taza mientras revuelve el azúcar.

—¿Vienes aquí primero y vamos juntos?

—Sí, sí.

Busco algo negro en el armario, me maquillo discretamente y voy a casa de Jake. Vamos juntos a la iglesia sin hablar, él con la mirada fija en la carretera mientras conduce y una expresión inescrutable en el rostro. Estoy de pie ante la congregación de la inmensa iglesia católica con vidrieras magníficas que tantas veces he admirado desde la calle. Ha venido la mayoría de la gente que habríamos invitado a nuestra boda junto con los compañeros de clase de Emma y sus respectivos padres, los voluntarios del centro de operaciones, el detective Sherburne y los oficiales de policía que han trabajado en la investigación. Alguien, tal vez uno de los alumnos de Jake, ha filtrado a la prensa que se iba a celebrar un servicio y por eso hay también muchos desconocidos. Hasta ha aparecido la presentadora Leslie Gray con una cámara.

Jake y yo nos sentamos cogidos de la mano en la primera fila. Él está muy silencioso, tranquilo y controla la situación; resignado.

Varias personas se ponen de pie para hablar de Emma: su profesora de quinto curso, su profesora de violonchelo, la madre de su mejor amiga. Llevamos quince minutos de ceremonia cuando aparece Lisbeth: se dirige al primer banco y, pasando a duras penas por delante de mí, se planta junto a Jake del otro lado.

Cuando me llega mi turno para decir unas palabras contemplo la muchedumbre de caras contritas y enumero todas las cosas que me encantan de Emma, cuento anécdotas y es casi como si la trajera de vuelta; hablo de las salidas graciosas que tiene y los asistentes se ríen de buen grado al oír hablar sobre su sueño de convertirse en albañil. Al final agradezco su apoyo a la gente de San Francisco.

Cuando vuelvo a mi sitio, Lisbeth se pone de pie. Se me pasa por la cabeza la idea de que tiene intención de decir algo desde el púlpito ella también, como si tuviera el menor derecho a elogiar a una niña que ni siquiera conoce. Jake la agarra del brazo con fuerza:

—No —le ordena con voz acerada y lo suficientemente alto como para que se entere la mitad de la iglesia.

Ella se aclara la garganta, trata de esbozar una sonrisa y vuelve a sentarse.

Cuando termina el servicio voy al cementerio en el coche con Jake; detrás viene el coche fúnebre con el pequeño ataúd vacío.

El entierro es una ceremonia privada: sólo estamos Jake, un par de profesores compañeros suyos, el sacerdote, la mejor amiga de Emma y su familia y yo. Lisbeth no ha venido. En el momento en que bajan el ataúd Jake se da por fin permiso para llorar en público.

Me doy cuenta de que yo también estoy llorando pero, todo el tiempo, lo que más deseo es gritar que todo esto es una mentira, que no hay verdad alguna en este ataúd y esta tumba diminuta, ni en el montículo de tierra ni en el olor a hierba recién cortada.

Emma está viva.

—Tal vez ha llegado el momento —murmura Jake camino de vuelta a su casa.

—¿El momento de qué?

—De casarnos. No tiene que ser nada complicado, simplemente podríamos ir al ayuntamiento.

Considero la posibilidad por un momento: puede que no sea tan mala idea, puede que durante los primeros meses de matrimonio consiguiéramos forjar una paz, por frágil que fuera, aprender a vivir juntos en estas nuevas circunstancias, tal vez incluso encontraríamos la manera de ser felices.

—¿Qué me dices? —me pregunta.

—Jake, ya sabes que quiero casarme contigo; ya sabes que te quiero…

—He estado pensando mucho en esto, Abby. Desde que apareció el zapato he estado pensando en intentar hallar la forma de seguir adelante. En la tele se ven padres que perdieron un hijo y han conseguido transformar su tristeza en algo bueno, significativo. Pero creo que nunca seré como John Walsh, el padre de ese niño que secuestraron y asesinaron y que luego se ha dedicado al activismo político y hasta tiene un programa de televisión; tal vez sea egoísta por mi parte pero no puedo seguir viviendo así los próximos treinta años, quiero recuperar mi vida, o al menos algo que se le parezca. Hasta puede que algún día tú y yo empecemos a pensar en tener un niño. Sé que no podemos reemplazar a Emma con nadie, sé que otro hijo no hará que desaparezca el dolor, pero tenemos que encontrar la manera de seguir.

»¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos hace ya bastante tiempo, cuando decidimos casarnos? Te dije que te quería por un montón de razones y que el hecho de que fueras a ser una buena madre para Emma era tan sólo una de ellas, y eso no ha cambiado.

—Es sólo que no me parece buen momento, Jake.

No sé qué otra cosa puedo decir, no sé cómo explicarle lo que estoy sintiendo. Hay una parte de mí que ansia estar con él, que ansia recuperar en la medida de lo posible la vida que compartíamos tan desesperadamente que me arrepiento de mis palabras en cuanto las oigo salir de mi boca; pero el hecho es que no quiero una vida construida sobre una falsedad, sobre la ilusión de que Emma ha muerto. Mi madre siempre me acusó de querer demasiado, de que cuando se me metía algo en la cabeza era demasiado testaruda para rectificar después y hacer frente a la realidad. Pero esto es lo que quiero; esto es lo que, en los momentos en que pienso con claridad, sigo siendo capaz de visualizar: Jake, Emma y yo, juntos, una familia. No menos.

Después de atender a las visitas durante un rato en casa de Jake voy a la mía, me cambio de ropa y tomo la carretera de la costa para salir de la ciudad por el sur. Son las cuatro de la tarde cuando llego a Half Moon Bay. Me paso un par de horas allí, hablando con los surfistas, enseñándoles la foto de Emma y los retratos robot de la pareja de la furgoneta. De vuelta a casa me paro en un restaurante de comida rápida mexicana, un Taco Bell que hay en Pacifica en un lugar precioso sobre la playa con

unas vistas magníficas al mar. Ha sido un buen día para hacer surf, con «ola buena del oeste», según informa la radio en el boletín meteorológico, y los surfistas —un poco aturdidos y agotados— devoran tacos y burritos con frijoles como si no hubieran probado bocado desde hace días. Pido una Coca-Cola y me siento sola en una diminuta mesa alta para dos, buscando entre las caras de la multitud.

En el carril en sentido norte de la autovía de la costa hay un tráfico muy denso de gente que ha salido a pasar el día fuera y tardo más de una hora en regresar a la ciudad. Tomo la Great Highway y giro a la derecha en la avenida Point Lobos, luego subo por Geary atravesando Richmond y pasando por el Alexandria y el Coronel. Este último acaba de cerrar después de ochenta años: otro gran cine de los de antes que desaparece. Era el favorito de Emma. Ahora en la marquesina puede leerse anunciado: «Futura ubicación del Instituto de la Tercera Edad».

Me paro delante de la iglesia y entro. Unas cuantas velas siguen ardiendo frente al altar. Me siento en un banco de la segunda fila y las contemplo con la mirada perdida, miro la talla de la Virgen María, la figura resplandeciente del Cristo con los brazos abiertos sobre una cruz dorada. La iglesia está desierta de no ser por un vagabundo dormido en la parte de atrás. Bajo el reclinatorio y me arrodillo; hago la señal de la cruz. Espero a sentir una especie de electricidad en las puntas de los dedos, a oír una voz que me susurre en medio de la oscuridad. «Jesús te llama», solía cantar el coro de la iglesia de mi infancia. Si existe alguna voz, estoy segura de que la oiré ahora.

Arrodillada con las manos entrelazadas y la frente sobre los pulgares, rezo y suplico y lloro, haciendo promesas a un Dios que nunca he conocido. Me vacío, tal como el pastor siempre decía que había que hacer, pero no hay rastro de ningún espíritu poderoso que surja de entre las sombras para llenar ese vacío. Llega un momento en que oigo unos pies que se arrastran: se está empezando a llenar la iglesia para la misa de la tarde. Mientras avanzo por el pasillo hacia la salida me topo con miradas que me analizan brevemente y luego se desvían; debo de parecer una lunática con las ropas arrugadas, los zapatos llenos de arena y el cabello apelmazado.

De vuelta en el coche enciendo la radio, sólo para que algo llene el abismo que ocupa mi cerebro. En la emisora KALW, Roman Mars está haciendo un programa con fines benéficos. En la KQED, Michael Krasney entrevista a Craig Newmark, el dueño de la web de clasificados en Internet Craiglist, y al programador que empezó con él, Jim Buckmaster. Sigo buscando emisora, dejando atrás anuncios y programas de variedades, saltándome varias estaciones hasta que por fin encuentro algo de música. Es la canción de Wilco, por supuesto, y sé que me pasaré el resto del día intentando quitármela de la cabeza.

Capítulo 54

Y tú, Mnemósine mía, escondida bajo treinta sellos y encerrada en la oscura cárcel de las sombras de las ideas: susúrrame un poco al oído.

GIORDANO BRUNO

Voy a la sesión de hipnosis el lunes: la doctora Shannon tiene una elegante consulta en Palo Alto, al lado de la plaza; las paredes del vestíbulo están revestidas de madera de roble y hay cuadros caros por todas las paredes, un único sofá blanco ocupa toda la habitación. Un joven atractivo sentado tras un escritorio antiguo mete datos en un registro; el verde de sus ojos es de una tonalidad desconcertante: lentillas de colores. Anota mi nombre y me da unos papeles para rellenar y un boli.

A la una en punto, el asistente me guía hasta una habitación espaciosa que huele a cuero donde me encuentro a una mujer robusta con un traje pantalón naranja y un fular morado sentada en una silla de respaldo alto.

—Soy la doctora Shanon —se presenta al tiempo que me tiende la mano.

Tiene una sonrisa amplia de grandes dientes parejos y el puente de la nariz cubierto de pecas que le dan un aspecto de chica de campo rebosante de salud. No es en absoluto como me la esperaba: cuando hablé con ella por teléfono y le expliqué la razón de mi visita, su voz calmada y profunda me hizo imaginarme una mujer delgada con un vestido tubo negro, alguien distante y sofisticado.

—Por favor, siéntese, Abby.

Me dejo caer en el asiento sintiéndome en desventaja de inmediato: la doctora Shanon está ahí arriba, en su silla de respaldo alto mientras yo estoy aquí abajo, tan hundida en el sillón que las rodillas prácticamente me rozan la mandíbula.

—Antes que nada, quisiera aclarar un par de cosas —me informa mirándome con una intensidad inquietante—: la primera, que la memoria es como el mar abierto.

Asiento con la cabeza, fascinada por el traje pantalón y las originales ideas sobre colorido que indica, preguntándome de dónde habrá sacado la idea de que el naranja es el equivalente moderno al negro.

—Y lo segundo —continúa la doctora—, que no podemos conquistar la memoria al igual que tampoco podemos conquistar el mar; hay que zambullirse, explorar…, pero no podemos poseer. ¿Me explico? —Vuelvo a asentir con la cabeza—. En tercer lugar, siempre hay que salir a la superficie a tomar aire. Para eso estoy yo aquí: la voy a ayudar a zambullirse y luego la voy a guiar en la subida para tomar aire.

—Muy bien.

—¿Está cómoda?

—Sí.

—Perfecto.

—Tal vez debería contarle que ya he intentado esto una vez; tenía puestas muchas

esperanzas en que me llevaría a algún sitio pero no funcionó.

—Quizá entonces todavía no estaba preparada —me responde—. ¿Cree que ahora sí lo está?

—Creo que sí.

La doctora baja la mirada a mis zapatos: botas negras de caña alta.

—Igual prefiere descalzarse para estar más cómoda.

Me bajo la cremallera de las botas, me las quito y las dejo junto al sillón, sintiendo algo de apuro al comprobar que no me he tomado la molestia de ponerme calcetines del mismo color esta mañana.

—Bueno, ahora la voy a guiar a un estado de profunda relajación y luego le pediré que me hable de ese día en la playa. Cuando salga del estado de hipnosis debería poder recordar todo con claridad. Tal vez note ciertos cambios en el cuerpo, una especie de sensación de ligereza o de pesadez, según. —Lanza una mirada hacia sus notas—. Cuando hablamos por teléfono me dijo que quería recordar los detalles del día que desapareció su niña, ¿verdad?

—Sí, es la hija de mi prometido.

—¿Hay algo en particular que le interese especialmente?

—Lo que más me interesa son los minutos anteriores a que desapareciera, después de que llegáramos a la playa; estaría bien recordar las matrículas de los coches, sobre todo cualquier cosa sobre la gente que había en el aparcamiento, en particular la pareja de la furgoneta y detalles que permitieran identificar el vehículo.

—Empecemos por cerrar los ojos —me indica la doctora para luego comenzar a hablar con voz profunda y tranquilizadora.

Me dice que estoy cómoda, que estoy cansada, que la memoria es un mar profundo y cálido. Me dice que debo confiar en ella, que me zambulla. Durante un rato no pasa nada y sigue hablando en voz baja y monótona. Llega un momento en que noto el cuerpo más ligero, como si me flotaran los brazos.

—Vuelva a ese día en Ocean Beach. Está usted en el aparcamiento con Emma. Dígame lo que ve.

—Un Chevelle naranja. Hay un hombre dentro leyendo el periódico. Tiene las ventanillas bajadas y una muñequita hawaiana en el salpicadero.

—Bien, ¿qué más?

—Veo una fila de hormigas avanzando trabajosamente por el suelo de cemento. Emma se para a mirarlas. Llevan un cangrejo muerto. El cubo de Emma es amarillo y la pala de plástico es roja, los zapatos azules: está pisando las hormigas y el cangrejo.

—Muy bien —me anima la doctora Shanon con voz apacible y suave.

La escena se hace más vivida y siento como si los detalles de ese día me inundaran: el zumbido del motor de los coches en el bulevar Ocean, la niebla que lo envuelve todo como en un sueño agradable, el murmullo de la espuma de las olas, un castillo de arena medio destruido al que sólo le queda un torreón en pie.

—Quedémonos en el aparcamiento un rato —me indica la doctora—, tómese su

tiempo.

Veo una cinta acordonando una zona del aparcamiento donde el pavimento está en muy mal estado y el muro de piedra se está derrumbando.

—«California se desliza hacia el mar» —digo a sabiendas de que lo que sale de mi boca es la cantinela que solía repetir mi madre: de niña, yo solía mirar el mapa de Estados Unidos que había en la pared del despacho de mi padre y me imaginaba que el país se desgajaba limpiamente por la frontera de California y el estado entero simplemente se separaba y comenzaba a alejarse a la deriva.

—¿Qué ve en el aparcamiento?

—Una furgoneta amarilla, la típica de los hippies con cortinas en las ventanas y demás. Dentro hay una mujer mirando por la ventana, sonriendo y saludando a Emma con la mano. La puerta del lado del conductor está abierta y junto a ella está un hombre de pie, descalzo y sin camisa, encerando la tabla.

—¿Qué aspecto tiene este hombre?

—Es guapo, sin afeitar, con el pelo rubio aclarado por el sol y los brazos fuertes. Le guiña el ojo a Emma y nos saluda. La niña alza la vista hacia mí, yo le aprieto la mano, ella me la aprieta de vuelta: es pequeña pero tiene tanta fuerza… Le han salido callos en la palma de la mano, justo donde nacen los dedos, de agarrarse a las asas del manillar de la bici.

—Hola —le contesta ella, y el hombre responde que hace un día precioso.

Tiene un ojo vago.

—¿Qué ojo?

—El izquierdo.

—Háble me de la furgoneta, ¿cómo es?

—Color amarillo pálido y la chapa está oxidada en la zona de las ruedas.

—Dijo que había cortinas en las ventanas, ¿de qué color son?

—Azules con cuentitas rojas decorando los bordes, y el parabrisas tiene una grieta tapada con cinta de bricolaje plateada.

—Muy bien, ¿qué más?

—Hay una pegatina justo debajo de la ventana por la que está asomada la mujer, con grandes letras blancas sobre fondo azul, pero la único que veo es una «T» y un dibujito de un hombre en la cresta de una ola por encima de la letra.

—Bien, ahora vamos a la parte trasera de la furgoneta, ¿ve la matrícula?

Veo el lugar donde se supone que debe estar pero no distingo más que un rectángulo en blanco, nada más.

—¿De qué color es la matrícula?

Noto que me sudan las manos y los brazos apenas me pesan. Me doy cuenta de la importancia que tiene recordar el número de la matrícula y sin embargo no puedo hacer nada. Siento el roce cálido de una mano sobre la mía.

—No pasa nada —me tranquiliza la doctora Shanon—. Mire al hombre, descríbamelo.

—Tiene las uñas de las manos muy cortas y lleva una pulsera, una cadena de plata muy fina con algo colgando. En el pecho tiene un tatuaje, una ola que rompe justo encima del pezón y, justo donde está la cresta, una mancha de nacimiento ovalada.

—¿Tiene algún tatuaje más?

—No, sólo ése.

—¿Y cicatrices?

—Me parece que no.

—Bueno, Abby ahora quiero que se concentre en la tabla.

—Es una de esas muy largas, *longboard* las llaman; la tiene apoyada en la furgoneta. Es de color rojizo.

—¿Tiene alguna marca?

—En el centro hay algo así como un insecto.

—¿De qué clase?

—No… No es un insecto, es una rana dorada.

—¿Hay algo escrito en la tabla?

—Algo grabado a un lado en la cola, la marca seguramente.

—¿Qué dice?

—No lo leo.

—Lo está haciendo muy bien —me anima la doctora—. Hablemos un poco de la mujer de la ventana. ¿Qué aspecto tiene?

—Es rubia, mayor que el hombre, con la piel curtida y demasiado bronceada. Parece un poco desequilibrada, como si no estuviera del todo bien de la cabeza.

—¿Qué le hace pensar que parece desequilibrada?

—No lo sé, es sólo una impresión.

—¿Me puede decir algo más de la furgoneta, Abby?

Busco y busco pero no se me ocurre nada.

—¿Y qué hay de los otros vehículos del aparcamiento?

—Una camioneta de correos y una moto.

—¿Qué tipo de moto?

—Pequeña, roja, una Honda quizá.

—¿Hay alguien subido en ella?

—No.

Me sigue guiando durante varios minutos más, preguntándome cosas para las que no tengo respuesta. Intento acercarme al hombre y la furgoneta amarilla pero cada vez que doy un paso parece que se alejen haciéndose poco a poco más difusos.

Noto una mano sobre el hombro.

—Es hora de volver a la superficie a por aire, Abby. Estamos en mi consulta. Ahora, lentamente, me gustaría que abriera los ojos.

La doctora Shanon ha acercado su asiento al mío. Huele ligeramente a tabaco. ¿Me lo estoy imaginando o hay una leve estela de humo suspendida en el aire que la rodea? Me suelta la mano y comienza a hacer anotaciones en el típico cuaderno de

páginas amarillas.

—¿Cómo se siente? —me pregunta.

—Bien, ¿me ha hipnotizado?

—¡Ya lo creo!

—Pues no tenía la sensación de estar hipnotizada.

—Eso es de lo más normal.

—¿Hemos conseguido algo?

—Eso me lo tiene que decir usted. Piense en la información que ha desvelado, ¿hay algo nuevo?

Me doy cuenta por primera vez de que el fular morado de la doctora tiene unos monitos en blanco: algunos sonríen, otros tienen el ceño fruncido, y otros están sentados con las manos en el regazo igual que colegiales obedientes.

Mientras hago un repaso de los recuerdos tengo una sensación de desesperanza creciente: ya he pasado por todo esto antes, por los mismos detalles manidos, las mismas pistas que no llevan a ninguna parte.

—La rana —murmuro sin embargo—, eso es nuevo. Es la primera vez que me acuerdo de la rana en la tabla, y de la pegatina.

—Eso está muy bien —me responde ella con aire que parece satisfecho aunque no sorprendido, luego se pone de pie y hace una especie de reverencia rara como para indicar que hemos terminado.

—Gracias —le digo.

—De nada, salude a su cuñado de mi parte.

Me reúno con Jake en La Cumbre: nos sentamos a una mesa al fondo, debajo de una ventanita. Él corta el burrito con el cuchillo, y los frijoles y la salsa se desbordan por el plato; mira la comida sin tocar que hay en el mío.

—Te estás quedando en los huesos.

Ensarto el burrito con el tenedor y doy un trago de refresco de naranja dulzón directamente de la botella. Por los altavoces se oyen los acordes metálicos de la música mexicana: una versión con letra en español de *Hotel California* de los Eagles. En la pared, por encima de la cabeza de Jake, hay un cuadro de una mujer ataviada con una falda roja de volantes y zapatos de tacón que está bailando.

—He ido a ver a una terapeuta —le suelto sin previo aviso.

—Eso está muy bien, Abby. —Leo la satisfacción en sus ojos—. ¿Te ha servido de algo?

—Bueno, en realidad no es una terapeuta sino más bien una…

—¿Una qué?

—Pues… una especie de hipnotizadora.

Jake posa el tenedor y apoya los codos en la mesa.

—¿Y para qué has ido a verla?

—Quería recordar; y lo hice, recordé algo nuevo. ¿Te acuerdas del tipo de la furgoneta? Durante la sesión de hipnosis fui capaz de ver la tabla con toda claridad.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Es un dato nuevo, algo que no había sido capaz de recordar hasta ese momento, y significa que hay recuerdos que no han salido a la superficie. Si he podido acordarme de ese detalle, tal vez pueda acordarme de otros.

—¿Sabes en qué tengo yo puestas mis esperanzas? —me contesta al tiempo que agita el hielo en el vaso—. No pierdo la esperanza de que, en algún momento, podamos hablar de nosotros, de nuestro futuro. Desde la ceremonia en la iglesia eso es lo que quiero, pero tú no haces más que evitar el tema.

¿Cómo decirle que, en mi cabeza, no hay futuro para nosotros sin Emma? Hasta que no la encuentre me resultará imposible seguir adelante.

—Sé que quizá es muy poca cosa —sigo hablando—, pero podría ser una pista que nos llevara a algo.

Me acuerdo de algo que me dijo Goofy, la chica de la tienda de surf, sobre la calma que se produce en el mar justo antes de que llegue la ola, ese momento que los surfistas aprovechan para remar con los brazos mar adentro: «Sin esos momentos de calma —me contó Goofy—, sería imposible pillar las olas, pero el caso es que a veces dura demasiado, en ocasiones llegas hasta donde quieres y te toca esperar y esperar y esperar, y empiezas a pensar que la calma va a durar para siempre». Yo me siento como si los, últimos meses hubiera sido algo parecido a esa calma dilatada que amenaza con volverte loca de impaciencia y ahora, por fin, tengo oportunidad de avanzar.

Pasamos en silencio el resto de la comida. Cuando Jake se levanta para llevar las bandejas a la basura veo de refilón algo pegado en la suela de su zapato: una etiqueta con el precio, todavía se distingue que es blanca. Sé que no está bien enfadarme con él, que no está bien sentir deseos de chillar, y lo que estoy pensando es que ha dado este pequeño paso: ha salido a comprarse unos zapatos; está empezando con su vida de nuevo.

Capítulo 55

Según Isaac Newton, el tiempo fluye a su modo, en un movimiento uniforme completamente independiente de la mente humana y los objetos materiales; es como un ancho río sin principio ni fin que transcurre apacible por toda la eternidad. Siglos antes de que Newton naciera, Aristóteles concibió la idea de que el tiempo es una entidad cíclica basada en la astronomía: cuando los cuerpos celestes volvieran a las posiciones que ocupaban cuando surgió el mundo, el tiempo comenzaría de nuevo.

En el siglo IV, San Agustín creó los conceptos de a. C. y *anno Dómini* o a. D., confiriendo así al tiempo una linealidad fundada en el cristianismo. También argumentó a favor de la subjetividad del tiempo postulando que éste podría no estar ligado al movimiento de los planetas. Pero fue Einstein quien revolucionó nuestro concepto del tiempo al declarar que cada sistema de inercia del universo tiene su propio parámetro de tiempo y, por tanto, éste no existe como concepto absoluto.

Estoy pensando en la señora Monk, mi profesora de tercero de primaria, la veo de pie subida en lo alto de una silla para pegar un reloj de mentira en la pared de la clase: las manillas de fieltro eran de colores —el rojo para la de las horas, el azul para el minutero y el amarillo para el rápido y predecible segundero—, y no había en aquel sistema el menor atisbo de la verdadera complejidad del concepto del tiempo, nada apuntaba en la dirección de la cifra que Nell me ha comentado hace poco: 9 192 631 770.

Es un número relativamente joven en el contexto de la larga y controvertida historia del tiempo: 9 192 631 770 es la cantidad de oscilaciones de la frecuencia de resonancia de un átomo de cesio que se produce en la unidad de tiempo que llamamos segundo. Un único y fugaz segundo. La frecuencia natural del átomo de cesio no se reconoció formalmente como la nueva medida internacional del tiempo hasta 1967. Hoy el Tiempo Universal Coordinado se define por medio de un grupo de relojes atómicos diseminados por el planeta; el más impresionante de todos es el NIST-F1, que se encuentra en el Instituto Nacional de Estándares y Tecnología (el NIST) en Boulder, Colorado. El NIST-F1 es tan preciso que no adelantará ni atrasará ni un segundo en veinte millones de años. Tratemos de imaginarlo: veinte millones de años en segundos, uno detrás de otro, formando una precisa y brillante coreografía del tiempo.

Cualquiera se da cuenta de que, en este contexto, un segundo es en sí mismo totalmente insignificante. Un segundo es irrelevante, una nimiedad, algo trivial y pasajero.

No hago otra cosa que regresar —hora tras hora, día tras día— a esos pocos segundos en la playa. En medio de la larga y elegante marcha general del tiempo no son nada pero, para una vida concreta, esos mismos segundos —cada uno de ellos, perfectos en su sincronización, todos de la misma duración exacta que el anterior y el

siguiente— lo son todo. Supongo que Newton tenía razón y el tiempo es igual que un río que fluye mansamente. Me imagino a Emma sola, de pie en la orilla, siempre igual. En mi cabeza siempre está igual que en el último instante en que la vi: una niñita con los cabellos negros en una cola de caballo y un cubo amarillo en la mano, de espaldas a mí. En el río hay una figura —yo— que va flotando. El átomo de cesio oscila adelante y atrás a una velocidad vertiginosa y con cada uno de esos minúsculos vaivenes, con cada segundo que pasa, me aleja un poco más de ella.

Capítulo 56

Día 214. Aparco enfrente de Dean’s Foggy Surf Shop. Goofy está dentro, detrás del mostrador. Me saluda con un gesto expresivo.

—¡Has vuelto!

—¿Ha habido suerte con éstos? —le pregunto al tiempo que señalo los dos retratos robot que están pegados a la pared a su espalda.

—Lo siento, pero no, nada de nada.

—Tengo una pregunta que hacerte.

Pongo una hoja de papel sobre el mostrador delante de ella, un dibujo de la rana de la tabla de surf que he hecho lo mejor que he podido.

Goofy alisa el papel con las dos manos. Tiene las uñas cortas y cuidadas, pintadas con brillo; lleva tres anillos de plata en la mano derecha, uno con un topacio, otro que es una cadena en miniatura y un tercero que parece una alianza.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

—Lo vi en la tabla; en su tabla.

—Me resulta familiar. —Se da la vuelta hacia la puerta de la trastienda—. ¡Eh, Luke!

Aparece un tipo de cuarenta y pocos que claramente está perdiendo el pelo, muy musculoso excepto por la tripa cervecera embutida en la camiseta.

—¿Sí? —Da la impresión de que acaba de despertarse.

—Mi amiga dice que ha visto este símbolo en una tabla en la playa, ¿te suena?

—Claro —responde él rascándose la cabeza—, es una Billy Rossbottom, ya sabes, la Killer Longboard la llaman.

—¡Ah, ya! —contesta Goofy—. He oído hablar de esa tabla pero nunca he visto una.

—Lo mismo le pasa a la mayoría de la gente.

—¿Qué es Billy Rossbottom? —pregunto yo.

—Quién era, querrás decir —me corrige Luke—. Tenía una tienda brutal en Pismo. Rossbottom era un verdadero artista, sólo usaba madera de balsa de Ecuador para hacer las tablas, nada de espuma de poliuretano. No hay muchas de las suyas y las que hay valen una fortuna. Es una pena lo de Billy.

—¿Una pena?

—Se mató en un accidente de avión el año pasado, iba en un bimotor Cessna a Miami para reunirse con los gerifaltes de Panamá Jack, estaban negociando con él algún tipo de acuerdo para poder usar su nombre. Hay quien dice que fue una suerte que estirara la pata antes de tener oportunidad de venderse al mejor postor.

—A mí no me parece que fuera una suerte —replico yo.

—Depende de cómo lo mires. Lo que sí que es una tragedia es lo de las tablas: después de su muerte, su hermana cerró la tienda unas cuantas semanas para pensar qué iba a hacer con ella y una noche se incendió. Se perdieron veinte tablas.

—¿Conoces a alguien que tenga una?

—Sí, claro, un neurocirujano que vive en Pacific Heights.

Señalo el dibujo del hombre de la furgoneta amarilla que hay en la pared.

—No se parecerá a ese tipo por casualidad…

—Lo siento mucho pero me temo que no es tu hombre, el médico que te digo es un respetable miembro de la tercera edad.

—Preguntaré a la gente por ahí y te cuento lo que averigüe —se ofrece Goofy—. ¡Oye, por cierto!, ¿tienes prisa?

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿te apetece que vayamos hasta el Bashful Bull 2 a tomarnos un desayuno especial de esos que te conté?

—Estaría muy bien.

Caminamos por Paraval en medio de la niebla. El repiqueteo del tren de la línea L-Taraval es lo único que rompe el silencio al pasar con un solo pasajero. Me doy la vuelta y vuelvo un poco sobre mis pasos para contemplar el océano al final de las avenidas y la playa gris.

—Esta ciudad me mata —comento—, llevo aquí la mayor parte de mi vida adulta y todavía me sigue impresionando.

—Sé a qué te refieres —asiente Goofy que también se gira y nos quedamos las dos allí de pie un minuto mirando hacia abajo.

Está entrando la niebla desde el mar, una masa blanca que avanza hacia nosotras. Una gaviota solitaria vuela en círculos por encima de nuestras cabezas.

—¿Has leído algo de Armistead Maupin? —me pregunta.

—Alguna cosa.

—Cita a Oscar Wilde al principio de *28 Barbary Lane* —me explica Goofy—: «Es curioso que siempre que desaparece alguien digan que lo han visto en San Francisco». Pero se dejó lo mejor de la cita: «Debe de ser una ciudad encantadora y posee todos los atractivos del mundo por venir».

—Suena al tipo de ciudad que me gusta.

—El problema que tiene San Francisco es lo fácilmente que te engancha —continua Goofy—, no te puedes imaginar viviendo en ningún otro sitio, así que te quedas y para cuando te quieres dar cuenta ya han pasado cinco años y no has hecho nada al respecto.

—Tú tienes veinticuatro —le digo—, hay tiempo.

—No tanto, cumplí los veinticinco hace un par de semanas.

—¡Felicidades! Veinticinco es una edad estupenda.

Me acuerdo de que, cuando tenía su edad, no veía nada demasiado claro y esa falta de claridad me resultaba liberadora: había tantas opciones, tantas direcciones en las que podía ir mi vida… Nunca me hubiese imaginado esta dirección, esta vida.

Una vez dentro del restaurante, Goofy va directa a un reservado en la parte de atrás.

—Tienes que pedir el especial número dos —me aconseja—: dos huevos, patatas fritas, beicon, salchichas, tostadas y café. El especial número uno, que es con tostadas francesas, no es nada del otro mundo.

Me fascina verla comer: completamente absorta en el plato, como si el desayuno fuera todo un acontecimiento. Engulle las patatas y luego se pone dos lonchas de beicon en una tostada.

—¿Qué me dices de esas clases de surf que iba a darte? —me recuerda entre bocado y bocado.

—Yo crecí en la costa del Golfo de México, no creo que esté hecha para aguantar el agua fría.

—Pero si vas con traje. Además, te acabas acostumbrando.

—¿Y qué pasa con la universidad? —le pregunto para cambiar de tema—, ¿no ibas a irte fuera a estudiar?

—Me lo he estado mirando y resulta que la Universidad de Hawái es demasiado cara.

—La de San Francisco es bastante buena y tiene unos precios mucho más razonables.

—Por más que me encante esta ciudad —responde ella—, necesito ver mundo. ¿Tú dónde estudiaste?

—Tennessee.

—El sur podría ser interesante, nunca he estado. —Se termina los huevos revueltos—. ¡Oye! —exclama de pronto—, ¿tienes familia?

—Una hermana que vive en Carolina del Norte. Mi madre murió hace cinco años y rara vez hablo con mi padre, que vive en Alemania.

—Mi padre se largó cuando yo tenía diez años y mi madre murió al cabo de dos. He pasado por unas cuantas familias de acogida pero he ido perdiendo el contacto con casi todos.

—Lo siento, no lo sabía.

—Es una mierda pero qué se le va a hacer. Tener muchos amigos ayuda aunque no es lo mismo. Debe de ser chulo tener una hermana.

—Pues sí, es muy agradable tener a alguien que se acuerde de cómo eran las cosas cuando estábamos creciendo, que comparta tu historia.

Nos interrumpe la camarera, que nos trae la cuenta.

—¡Bueno, hasta otra! —se despide Goofy cuando ya estamos fuera.

—Gracias por todo.

Las dos nos inclinamos hacia delante al mismo tiempo: Goofy hace ademán de darme un abrazo y en cambio yo me decanto por un beso en la mejilla, así que lo que conseguimos al final es un cruce incómodo entre los dos.

—Déjate ver de vez en cuando —me dice.

Capítulo 57

Durante las dos semanas siguientes me volqué en el trabajo: una boda en el Olympic club, la fiesta de cumpleaños en el Top of the Mark de un director general que cumplía cincuenta años, la inauguración de un restaurante en Redwood City. Mirar por el visor y encontrarte con la vida de otro es una especie de alivio, bastante parecido a la sensación de entrar en un cine a oscuras y zambullirte en la historia de otro, los problemas de otro, en una visión alternativa del mundo. Cuando las cosas se pusieron ya muy mal entre mis padres, cuando las peleas llegaron a su punto álgido, mi madre solía llenarse el bolso de refrescos y chocolatinas, agarraba un montón de billetes de la cartera de mi padre y nos ordenaba a Annabel y a mí que nos metiéramos en el coche. Entonces nos llevaba a los multicines del bulevar Airport y tiraba la casa por la ventana comprándonos inmensas bolsas de palomitas mientras veíamos una película detrás de otra. A Annabel y a mí no nos importaba que los cines olieran siempre a pis ni que las películas fueran viejas o las palomitas estuviesen rancias porque, si nos concentrábamos lo suficiente, éramos capaces de creer que el mundo que aparecía en la pantalla era más real que el nuestro, que nuestros problemas habían desaparecido. Esto es lo que se siente cuando vas por el mundo con una cámara de fotos: oculta tras el objetivo, casi logro olvidar lo que he hecho y el coste que ha tenido, aunque sólo sea durante un par de minutos.

Nell viene a casa a cenar unas cuantas noches a la semana; comemos en la mesita de la cocina mientras charlamos. Una noche, mientras estamos lavando los platos, me cuenta que se reconcilió con su hijo pocos meses antes de que él muriera, que se sentaba en su cama a darle agua con una pajita y le cambiaba las sábanas y los pañales, que estaba a su lado cuando murió.

—Pero no soy capaz de perdonarme por todos los años anteriores —me confiesa —, los años durante los que fui incapaz de aceptar que tenía un hijo gay. Si una cosa tengo clara es que nada ni nadie en esta vida te prepara para ser madre.

Me pasa una taza para que la lave: es verde con motas rojas alrededor del borde, un regalo de cumpleaños de Emma; yo estaba presente el día que la pintó en el taller de cerámica de la tienda de la calle Veinticuatro.

—Quizá ha llegado el momento —me dice Nell al tiempo que cierra el grifo y se seca las manos.

—¿El momento de qué?

—De que te construyas una vida junto a Jake. Os queréis. Antes de que pasara todo esto erais tan felices juntos… Una vez te oí decir que nunca creíste que encontrarías a alguien con quien te entendieras tan bien. ¿Es que vas a tirar todo eso por la borda?

—Por supuesto que no, pero Jake me está haciendo elegir entre él y Emma.

Nell me pone las manos en los hombros.

—En algún momento tendrás que empezar a pensar en ti, en tu vida. Ya sé que

quieres creer que sigue viva, pero probablemente no es así.

Me suelto y aclaro los dos últimos platos.

—Pensé que tú estabas de mi lado.

—Y lo estoy, lo mismo que Jake. Te necesita, Abby.

—Ella me necesita.

Cuando se marcha Nell, me pongo una chaqueta abrigada y una bufanda y salgo a la calle, voy hasta la parada del autobús y espero al 15. Me siento del lado de la ventana.

El autobús para y vuelve a arrancar mientras recorre lentamente las calles de la ciudad; y yo no paro de buscar.

Al cabo de un buen rato llamo a Jake: es más de medianoche y mañana es día de trabajo.

—Sé que estás ahí —informo al contestador—, haz el favor de contestar. —Me lo imagino sentado a la mesa con una taza de descafeinado, corrigiendo trabajos e intentando ignorar mi llamada—. Llámame —me rindo—, estaré despierta hasta tarde. —Estoy a punto de colgar pero entonces vuelvo a acercarme el teléfono a la cara y añado—: Lo siento. ¡No puedes imaginarte cuánto lo siento!

Capítulo 58

Es la mañana del día 221 y Nell me ha convencido de que la acompañe a una exposición en el MOMA de San Francisco.

—No puedo —me disculpé ayer por la noche cuando lo que en realidad quería decir era que no podía imaginarme haciendo algo así: ir a una exposición, como si todo volviera a ser normal.

—La exposición se titula «El artista de la memoria» —me rebatió ella, y eso atrajo mi atención—. Es Franco Magnani, sus pinturas increíblemente detalladas de Pontito, el pueblo de Italia donde pasó la infancia. Lo curioso es que no ha vuelto a poner los pies allí desde 1958: se mudó a San Francisco en los sesenta y sufrió una extraña enfermedad que le provocaba sueños sorprendentemente vividos de Pontito. Nunca había pintado antes de caer enfermo pero había tanto detalle en los sueños que eso le dio la inspiración de tratar de plasmarlos sobre el lienzo.

—¿Y cómo lo hace?

—Mientras pinta finge que está de vuelta en el pueblo y va ladeando la cabeza en ángulos diferentes, como si fuera fijándose en cada detalle mientras pasea; lo ve todo antes de pintarlo: su casa, la iglesia, la panadería… Se acuerda de todo como quien ve una película.

A esta hora el museo todavía no está abarrotado. Las pinturas de Pontito de Magnani están expuestas junto con fotografías en blanco y negro del pueblo tomadas en 1987 y las similitudes son sorprendentes: hay una precisión casi fotográfica en los cuadros.

Y, sin embargo, también se puede ver alguna que otra distorsión: por ejemplo, determinadas escenas son un combinado de varias vistas; en otras, los edificios aparecen magnificados, como los vería un niño pequeño. En el cuadro de la iglesia, de la que Magnani era monaguillo, los peldaños que llevan hasta la entrada son más anchos que los de la fotografía y el camino que hay detrás del templo en dirección a la casa en que el pintor pasó la infancia resulta mucho más prominente de lo que es en la realidad. Una pintura de la casa de su abuelo incluye un macizo de flores que no se ve por ninguna parte en la foto desde ese ángulo. Los cuadros ofrecen una visión idealizada del lugar.

Entre los comentarios que completan la exposición hay una cita del propio Magnani: «La memoria funciona como un proceso constructivo que no sólo reproduce sino que también filtra, modifica e interpreta el pasado».

La visita al museo no hace sino confirmar lo que yo ya sabía: la memoria no es de fiar, está demasiado a merced de nuestros deseos y emociones. Dondequiera que esté, ¿piensa Emma en el camino de vuelta a casa? ¿Se acuerda de su dirección, de su número de teléfono, del arbusto de calistemo que hay en el jardín de su casa? ¿Tiene presente la imagen del sendero estrecho que conduce a la puerta principal? Si la encuentro, cuando la encuentre, ¿se acordará de mí?

Capítulo 59

Día 229. La voz de Goofy al teléfono, casi sin aliento:

—Tienes que venir en cuanto puedas.

—¿Cómo?

—Hay un tipo que dice que ha visto una Rossbottom en Ocean Beach.

—¡No lo pierdas de vista!

Camino de la tienda, me paso en treinta kilómetros por hora el límite de velocidad y cuando llego Goofy ya me está esperando fuera con dos tipos que sonríen y saludan: no simplemente por ser educados sino con una cordialidad sincera.

—Ésta es Abby —me presenta Goffy—. Abby, éstos son Darrin y Greg.

Darrin lleva el brazo izquierdo escayolado: tendrá unos cuarenta años y un aspecto impecable, del estilo de los médicos que pueden permitirse vivir en Pacific Heights pero prefieren una zona que esté más cerca de Ocean Beach. Greg es bajo y musculoso, de unos treinta y tantos años, con patillas y la nariz torcida; él en cambio parece baqueteado por la vida de esa forma que solía resultarme tan atractiva cuando iba al instituto.

—¿Sois vosotros los que habéis visto la Rossbottom? —pregunto.

Greg levanta la mano y me doy cuenta de que lleva una de esas pulseritas que suelen llevar los evangélicos con las letras «QHJ» (¿Qué Haría Jesús?).

—Soy yo.

—¿Cuándo?

—Hará seis o siete meses.

—¡Eso es! —respondo entusiasmada sintiendo que me invade una especie de energía nerviosa—. Fue por esa época, julio más o menos. ¿Estás seguro de que era una Rossbottom?

—Segurísimo. Hacía frío y casi no había nadie en el agua. Yo estaba en la playa, esperando, tenía la esperanza de que levantara un poco el día; y entonces se me acercó un tipo que quería saber qué sitios buenos para hacer surf había hacia el sur. Lo primero en lo que me fijé fue en el tamaño de la tabla que llevaba —más de tres metros y medio—, y luego en la rana. No podía creerme que estuviera viendo una Rossbottom de verdad: toda de madera de balsa, preciosa.

—¿De qué color era? —quiero saber yo.

—Roja.

—¿Estás seguro de que no era una imitación, tío? —interviene Darrin.

—Bueno, eso pensé al principio. —Greg me mira—. Sólo quedan unas treinta de ésas en el mundo, así que la probabilidad de ver una es bastante baja, pero tenía la firma de Rossbottom, ¿sabes?, en la cola, grabada directamente en la tabla: con erre minúscula y una floritura en la eme final. Un trabajo increíble.

—¿Y qué aspecto tenía aquel tipo?

—Era rubio, supongo, tendría treinta o cuarenta años, no sé.

Me vuelvo hacia Goofy.

—¿Le has enseñado los retratos robot?

Ella asiente con la cabeza.

—Podría haber sido él —confirma Greg—, pero la verdad es que no podría decirlo con seguridad. Por aquí pasa mucha gente. Yo conozco a los de la zona pero, a los demás, los confundo a unos con otros en mi cabeza en cuanto pasa un tiempo.

—¿Sabes de dónde era?

Greg hace una pausa y trata de recordar durante unos instantes al tiempo que da vueltas a la pulsera con gesto distraído.

—No, pero dijo que tenía pensado reunirse con unos amigos ticos.

—¿Cómo?

—Ticos —me explica Goofy—, ya sabes, de Costa Rica.

—Sí —continúa Greg—, me contó algo de que quería probar la Killer Longboard en la Costa Dorada.

—Así es como llaman a Costa Rica —me aclara Goofy—, por la arena dorada de las playas.

Pienso en la misteriosa pegatina de la furgoneta amarilla, la te mayúscula. En ese momento, ¿es la memoria o la imaginación la que completa la palabra?: ticos.

—¿Dijo algo más, como por ejemplo si tenía familia o algo así? —pregunto.

—No, nada más. No era más que un tipo normal, nada que llamara la atención.

—¿Te contó a qué parte de Costa Rica tenía pensado ir exactamente?

—Hermana, ya te he contado todo lo que sé.

Darrin se golpea la escayola con los nudillos.

—Me imagino que iría a la costa Central del Pacífico, allí es donde tienen las mejores olas para ese tipo de tabla. Yo fui hace un par de años y me quedé en Playa Hermosa todo el verano. Hay muchos surfistas americanos en esa zona.

—Es verdad —corrobora Greg—, si el Señor se apiadara de mí y me bendijera con una Rossbottom estaría deseando probarla en Pavones o Boca Barranca, hasta puede que en Tamarindo. Playa Hermosa es un buen sitio para quedarse porque está cerca de todas las playas de esa zona, justo en medio. —Cruza los brazos sobre el pecho y añade—: Buena suerte.

—Gracias.

—De nada, no tiene importancia. —Greg me pilla mirando su pulsera—. ¿Sabes una cosa?: Jesús era el supersurfista; todo eso de que caminaba por encima de las aguas…, en realidad lo que pasaba era que hacía surf.

Suelto una carcajada —una de verdad—, lo que hace que maree un poco. En todo este tiempo es la primera vez que siento que hay una esperanza real. Tal vez sea otro callejón sin salida pero, por otro lado, quizá me lleve a algo.

—¿Tienes tiempo para comer juntas? —me propone Goofy.

—¡Ay, lo siento mucho!, pero ¿podemos dejarlo para otro día? ¡Te debo una comida! Tengo que hacer las maletas.

—No lo he hecho nada mal, ¿verdad? —me pregunta.

—Lo has hecho de maravilla. Me toca pagar a mí el próximo especial número dos para darte las gracias.

Conduciendo de vuelta a casa, me sorprendo tarareando la canción que ponen en la radio. Por fin tengo un siguiente paso: Costa Rica. Es algo real. Movimiento. No es cuestión de quedarse de brazos cruzados esperando, no se trata simplemente de buscar en las mismas calles de siempre para no encontrar nada. Tal vez sea irse por una tangente o un paso en la dirección equivocada, pero existe una pequeña posibilidad de que no resulte ninguna de las dos cosas.

Estoy pensando en Costa Rica, en cómo solía querer ir a ese país. Ramón se pasó un mes allí cuando estaba en la universidad y siempre hablaba maravillas sobre lo fantástico que era, sobre cómo salir a andar por los bosques pluviales te hacía sentir igual que si estuvieras en otro planeta.

—Todo está a una escala diferente —me contaba—: los árboles, las flores, los insectos. Y los colores son verdaderamente increíbles.

Resulta extraño, pero el hecho es que este viaje estaba en mi lista de cosas que pensaba que haría antes de los treinta. Me había olvidado completamente de la lista, de todas las cosas que nunca encontré el momento de hacer y, al echar la vista atrás, tengo la sensación de que fue más o menos cuando cumplí los veintiocho que el tiempo se aceleró y los meses y los años empezaron a pasar a una velocidad de vértigo. Mis fotos son prueba de ese avance rápido de la película de mi vida: miles y miles de hojas de contacto guardadas en fundas de plástico archivadas a su vez en más de una docena de carpetas de anillas que contienen registros en miniatura de rostros y lugares; imágenes que, si se ven todas juntas y en orden cronológico, relatan la historia de mi vida. Todos los años en diciembre, cuando hacía balance, caía en la cuenta de todo lo que no había logrado.

Y entonces apareció Jake, y Emma, y comencé a sentir que estaba haciendo algo otra vez, algo que iba a algún sitio. Fue así hasta ese momento en Ocean Beach, cuando todo se detuvo de repente. No más fotos, no más historia; sólo un terrible callejón sin salida.

Paso por casa de Jake sin avisar primero: dentro huele a huevos con beicon, su cena favorita. Me lo encuentro sentado a la mesa de la cocina corrigiendo trabajos.

—¿Tienes hambre? —me pregunta con naturalidad, como si la conversación de La Cumbre nunca hubiera ocurrido.

—No, gracias.

Me siento enfrente. Necesita un corte de pelo y un buen afeitado pero, aun así, sigue estando guapo. Veo lo que me atrajo de él aquel día en el instituto: el aspecto engañosamente desaliñado de un tipo que, en realidad, lo tiene todo bajo control. Pero ahora está diferente, mayor, menos a gusto en este mundo; su confianza ha desaparecido, puedo verlo en su forma de sentarse con los hombros algo cargados y en cómo sujeta el bolígrafo entre los dedos, sin fuerza, con poca convicción.

—¿Sobre qué tema tenían que escribir? —pregunto señalando con la cabeza el montón de papeles.

—Los diálogos de Platón, sobre cómo reconciliar el cuestionamiento de la sabiduría por parte de Sócrates con sus acciones resolutas y sus osadas aseveraciones sobre moralidad.

—¿Y entienden esas cosas?

—Te sorprendería hasta qué punto.

Revuelve entre los papeles y luego se para, como si hubiera olvidado qué estaba buscando. Hay un plato en la mesa, justo al lado de su codo: no ha probado bocado.

—Me voy a Costa Rica —le digo.

—¿Cómo dices?

—Es por la tabla Rossbottom. Resulta que cabe la posibilidad de que la pareja de la furgoneta amarilla esté en Costa Rica, o por lo menos que hayan pasado por allí recientemente.

Antes de que pueda decir nada le explico la conversación con Goofy y los dos surfistas a la puerta de la tienda. El sigue sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando en silencio. Cuando termino se pone de pie y va hasta el fregadero, como si tuviera que encargarse inmediatamente de algo en esa parte de la cocina, pero se limita a permanecer en pie de espaldas a mí con la mirada fija en los platos sucios.

—¿Por qué haces esto?

—Tengo que hacerlo, es el último detalle que recuerdo de ese día, la última pista sin explorar, tengo que ver dónde me lleva.

—¿Resulta que un surfista fumado cree que podría haber visto a un tipo con una rana en la tabla y eso ya basta para que lo dejes todo y te marches a Costa Rica?

—El tipo no estaba fumado y no es que creyera haber visto la tabla, la recordaba perfectamente.

—¡Muy bien! Supongamos por un momento que efectivamente era el tipo de la furgoneta: eso fue hace mucho tiempo; si de verdad era él y de verdad se marchaba a Costa Rica, no es muy probable que todavía siga allí.

—Puede que no, pero si esa gente son secuestradores tampoco estarían precisamente deseando volver a los Estados Unidos, lo más probable es que quisieran desaparecer del mapa una temporada. Además, si se toma el surf lo suficientemente en serio como para tener esa tabla, entonces cabe la posibilidad de que quiera probarla en todas esas playas legendarias.

—Demasiados «síes». Se te olvida lo que nos dijo Sherburne el primer día: al año sólo se producen 115 secuestros de niños a manos de desconocidos de un total de casi 797 500 desapariciones, un 0,0014%.

—No estamos hablando de porcentajes —le contesto—, esto no es el cubo de Rubik, los números son irrelevantes.

—Desearía que eso fuera cierto, pero no lo es. Quieres que Emma esté viva y por

eso aprovechas hasta el más mínimo detalle que encaje con eso y lo utilizas para corroborar lo que crees.

—¿Acaso es tan distinto de lo que haces tú? En tu caso, estás empeñado en creer que ha muerto y por ese motivo ignoras cualquier prueba que apunte en la dirección contraria.

—Abby, tienes que dejarlo ya.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿A Costa Rica? —me dice con total incredulidad.

—Sí.

Se vuelve para mirarme a la cara.

—Todas las mañanas me parece que no voy a ser capaz de salir de la cama y enfrentarme a otras veinticuatro horas sin Emma, pero el servicio en su memoria consiguió algo, me ayudó de algún modo, y ahora me las arreglo para llegar al final del día repitiéndome que ya no está sufriendo. ¿Tienes idea de las cosas que se me pasaron por la cabeza antes de que ese hombre encontrara el zapato? Todos los días, todas las noches… ¡No sabes qué cosas tan terribles!

—Yá, lo sé, yo también las he pensado y el problema es que sigo haciéndolo.

Jake se estremece y hace un gesto de repente, como si lo hubieran abofeteado, pero ya no puedo echarme atrás. Todo esto es demasiado importante.

—Si existe la más remota posibilidad de que siga viva —argumento yo—, ¿cómo vamos a quedarnos aquí sentados sin hacer nada? Yo consigo pasar los días porque me imagino cómo será todo cuando esté de vuelta a nuestro lado. Pienso en el reencuentro, en lo que le diremos, adonde la llevaremos, en cómo podría haber cambiado.

Jake se muerde el labio. Tiene salpicaduras en las gafas, como si no las hubiera limpiado últimamente.

—Yo te quiero, Abby, durante todos estos meses nunca he dejado de quererte, pero te hablo muy en serio cuando te digo que tienes que elegir: márchate a hacer ese viaje descabellado o quédate a mi lado y trata de formar un hogar conmigo.

—¿Y por qué tiene que ser lo uno o lo otro?

Se vuelve y empieza a sacar los platos del lavavajillas; uno a uno, va pasando los vasos de la rejilla al armario. Me acerco.

—Te ayudo.

No me mira, simplemente se limita a decir:

—Tengo mucho trabajo, lo mejor es que te marches.

—Por favor, no me hagas esto. Necesito más tiempo, eso es todo. Todavía soy la mujer con la que ibas a casarte.

—No, en eso te equivocas, los dos hemos cambiado.

Tiene razón. Sé que tiene razón.

Mientras conduzco de vuelta a casa con el aire fresco del mar entrando por las ventanillas, siento el peso de la decisión que he tomado sobre mis hombros. Recuerdo

que la noche de nuestra primera cita, al llegar a casa llamé a Annabel y estuve charlando sobre Jake durante una hora larga: estaba tan entusiasmada que no podía dormir. Cuando amaneció, todavía seguía en el sofá, mirando por la ventana, fantaseando sobre un futuro con ese hombre que acababa de conocer. Estaba convencida de que él también sentía algo y me costaba creerme la suerte de que se cruzara en mi camino. Aún me acuerdo de que el teléfono sonó a las ocho de la mañana en punto e, incluso antes de descolgar, ya sabía que era él.

—¿Te he despertado? —me preguntó.

—No, ni siquiera me he ido a la cama.

—Yo tampoco —me contestó—. ¿Puedes quedar esta tarde?

—Sí, claro que sí.

Parecía que todo estaba empezando a ponerse en su sitio.

Capítulo 60

Me paso todo el día siguiente navegando por Internet, reservando vuelos, imprimiendo horarios de autobús y mapas de ciudades, enterándome de cuáles son las playas más populares para hacer surf. La página web de las guías Frommers dice que se puede sobrevivir en Costa Rica con 35 dólares al día. En vista del saldo de mi cuenta a fecha de hoy, eso significaría que tengo para tres meses, pero además hay que pagar las facturas: si tiro de Visa para eso puedo aguantar dos meses, no más. Hay algunos clientes que todavía me deben dinero pero no mucho. Cuando me obligo a sentarme a calcular cuánto exactamente, la cifra resultante no es muy alentadora que digamos y no puedo seguir aceptando dinero de Annabel, y menos ahora que está esperando un niño. La única opción es vender algo.

La mayoría del arte que hay en mi apartamento es obra mía o de amigos con los que he hecho un trueque, y no me darían gran cosa por ninguna, pero tengo una pieza en la que mi amiga Janet está interesada desde hace años. Janet colecciona obras de Randolph Gates, un fotógrafo de principios del siglo XX conocido por sus paisajes del suroeste del país. La fotografía que yo tengo se titula *Luz de Arizona* y fue un regalo que me hizo Ramón la víspera de marcharme a la universidad de Knoxville. Entonces me encantaba la manera en que la foto capturaba la atmósfera inquietante del desierto iluminado por un gajo de luna pero no tenía ni idea de cuánto valía; sí que la había admirado a menudo en el apartamento de Ramón donde él la tenía colgada sobre la vieja chimenea de ladrillo. La última noche que pasamos juntos, estábamos tendidos en la cama y Ramón se levantó y se fue al cuarto de estar; por los sonidos podía deducirse que andaba haciendo algo allí y luego volvió a los pocos minutos con un paquete plano de papel de embalar.

—Para que te acuerdes de mí —me dijo al tiempo que lo dejaba a los pies de la cama.

Yo ya sabía lo que era antes de abrirlo.

—Pero esta foto te encanta —objeté.

—Lo mismo que tú, y quiero que la tengas.

—Quedan cuarenta y cinco minutos para mi hora de estar en casa —le respondí —, ven a la cama.

Apoyó el paquete contra la pared con cuidado y luego me dijo todas las cosas que echaría de menos de mí además de prometer que me amaría hasta el fin de los tiempos. Yo traté de encontrar palabras igual de profundas pero en mis labios sonaron falsas. Al día siguiente me marché en coche a Knoxville con la foto aún embalada y envuelta con papel burbuja en el asiento de atrás. Desde entonces, siempre la he llevado conmigo y nunca me canso de ella; no es sólo su belleza lo que me hace sentir tanto apego, también fue el último regalo de Ramón y, como tal, ha servido de algún modo para conservar su recuerdo en el tiempo. Seguramente esa fotografía

tiene menos que ver con el verdadero Ramón —el hombre del que yo no estaba suficientemente enamorada, al que abandoné— que con mi versión idealizada de él. Igual que las pinturas de Pontito que hace Magnani, la imagen que he creado de Ramón en mi cabeza no trata tanto del tema en sí —Ramón— como de la persona que yo era cuando estaba con él.

La primera vez que mi amiga Janet vio la fotografía en la pared del vestíbulo de mi apartamento me ofreció seis mil dólares por ella.

—Pregúntamelo otra vez si algún día ando verdaderamente mal de dinero —le respondí.

Janet me lo volvió a preguntar en dos ocasiones desesperadas y en ambas dije que no sin pensármelo.

—Es una oferta muy generosa —trató de convencerme—, seguramente una galería no pagaría más de cinco mil.

—Estoy empezando a creer que nunca seré capaz de venderlo.

—Avísame si cambias de opinión.

Busco el número de Janet en la agenda de direcciones y la llamo.

—¡Vaya, qué sorpresa! —me comenta—. Hace mucho que no sé nada de ti, no hemos estado en contacto desde… —carraspea, avergonzada.

—Creo que nunca te di las gracias por venir a la iglesia.

Se oyen voces y música al otro lado de la línea y me doy cuenta de que debe de haber organizado una de sus famosas fiestas; yo solía estar invitada a todas las fiestas pero, durante los últimos meses, la mayoría de mis amigos han dejado de llamarme poco a poco. Es culpa mía: para recibir llamadas también hay que hacerlas.

—Fue una ceremonia preciosa —me dice—. ¿Cómo lo llevas?

—Tengo días mejores y peores.

—Ya sabes que si hay algo que yo pueda hacer…

—Pues la verdad es que sí, por eso te llamo, ¿te acuerdas de la fotografía de Randolph Gates?

—¡Por supuesto!

—¿Y todavía te interesa?

—Desde luego que sí.

—Es un poco urgente, ¿te la puedo traer esta misma noche?

—Claro.

Al colgar noto que estoy temblando un poco. Me siento como si me estuviera entregando al mejor postor: acabo de vender un pedazo de mi propia historia por un puñado de billetes. La verdad es que habría vendido mucho más que la foto con tal de encontrar a Emma, no hay nada que no estaría dispuesta hacer, ningún trato al que me negaría. Hace años, cuando mi padre se divorció de mi madre para casarse con una mujer más joven que había conocido en un viaje de negocios a Alemania, le pregunté cómo podía haberlo hecho, cómo era posible que su conciencia le hubiese permitido abandonarla simplemente.

—Todos llevamos un Robert Johnson dentro —me contestó—. Como él, todos somos capaces de vender el alma al diablo, lo único de lo que depende que lo hagamos es de si nos topamos con él o no.

Entonces me pareció que no era más que una excusa pero ahora sé que tenía razón.

Hay algo que debería hacer antes de empaquetar la foto para Janet. Subo al piso de arriba a buscar mi cámara Leica, luego ajusto las luces del vestíbulo y pongo la foto derecha. Me siento un poco ridícula, ahí de pie, en mi propio apartamento, igual que una turista tonta sacando una foto de una foto. Pero si la revelo bien, si consigo el equilibrio perfecto de luces y sombras, puedo conseguir preservar algo del carácter del original: no será lo mismo y yo siempre sabré que es falsa, pero por lo menos la copia me servirá de consuelo.

Capítulo 61

Día 231. Dos y media de la madrugada. Calle Valencia. Está todo a oscuras de no ser por el resplandor azul de los televisores que se ve a lo alto saliendo por las ventanas de los apartamentos y las señales de tráfico lanzando destellos rojizos. Tengo unas cien octavillas más en la bandolera. Ayer por la tarde emprendí un último esfuerzo maratoniano de inundar San Francisco con ellas antes de marcharme a Costa Rica: dejé el coche en casa y me lancé a la calle a pie y en autobús, para evitar tener que andar preocupándome de dónde aparcar. En las últimas dieciséis horas he estado en todos los barrios —incluso las zonas más peligrosas de Hunters Point y los proyectos de Sunnydale—, y las piernas ya casi no me aguantan, me pican los ojos y tengo los dedos pegajosos de celo. Si estoy de vuelta en casa para las siete de la mañana, todavía me dará tiempo a hacer el equipaje, dejar una chequera con una nota para Nell pidiéndole que se encargue de pagar las facturas y llegar al aeropuerto a tiempo para mi vuelo de las dos de la tarde.

Pego una octavilla en el cristal de La Rondalla: solíamos venir tan a menudo que los mariachis que tocan ya conocían a Emma por su nombre, y a ella le encantaban los burritos medio chapuceros, las decoraciones en papel de vivos colores y la camarera de contundentes redondeces que siempre nos traía una ración extra de patatas de bolsa. Cruzo la calle hacia la librería Dog-Eared Books donde a Emma le gustaba sentarse a leer con el gato atigrado de la casa en el regazo. Ahora el animal está en la ventana, mirando hacia fuera mientras pestañea lentamente.

—¡Ey! ¡¿Qué haces tú aquí?! —le pregunto al tiempo que doy un par de golpecitos en el cristal.

El gato bosteza, se hace un ovillo y cierra los ojos. Sigo hasta la siguiente tienda con la bandolera golpeándome la cadera al caminar. El mejor momento para pegar octavillas es a altas horas de la noche porque cuando no hay tráfico, gente o sillitas de niño voy mucho más rápida. Un par de manzanas más arriba de Valencia, mientras estoy poniendo un cartel en la puerta del Good Vibrations, pasa un taxi a toda velocidad, a los pocos segundos frena en seco y da la vuelta en el más puro estilo James Bond; yo echo a andar a buen ritmo en dirección contraria dándome cuenta demasiado tarde de mi propia estupidez: todo el mundo sabe que éste no es lugar para una mujer sola a las dos y media de la madrugada. El taxi para en la acera a mi lado y yo me alejo hacia los edificios apretando el paso.

Entonces oigo una voz conocida.

—¿Sabes qué te digo?, que deberíamos dejar de vernos en mitad de la noche.

Miro por la ventanilla dentro del interior iluminado del coche: es Nick Eliot con una sonrisa de oreja a oreja digna de un pícaro colegial.

—Me has dado un susto de muerte.

—Sube, te llevo.

—Todavía me quedan cien de éstas para pegar por ahí.

—¡Venga!, tienes pinta de que en cualquier momento te vas a ir de narices al suelo del cansancio. Ven conmigo a casa, te haré algo de comer.

—Me marcho de viaje mañana —quiero decir hoy— y quiero dejar todas éstas pegadas.

—Te propongo una cosa —me argumenta al tiempo que abre la puerta—: me las dejas a mí, las puedo pegar yo mañana. Te doy algo de comer y luego te llevo a casa.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Hay gente que tiene el don de hacer que los demás se sientan bien con su mera presencia y Nick es de ésos. El habernos encontrado aquí a estas horas es tal coincidencia, tan extrañamente perfecto, que casi creo por un instante en la existencia de alguna especie de gran diseñador cósmico asomándose a la Tierra desde lo alto del firmamento y moviendo los hilos. Si fuera supersticiosa me parecería que es un buen augurio para mi viaje a Costa Rica.

Me deslizo en el cálido interior del taxi: hay un maletín en el suelo a los pies de Nick y un portatrajes en el asiento entre los dos.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? Creía que era la única que seguía levantada…

—Vengo del aeropuerto.

—¿Dónde estabas?

—En Liubliana. ¿Has ido alguna vez?

—No.

—Pues te recomiendo que vayas: unos edificios, tiendas y museos excelentes. Es un poco como Praga hace veinte años, antes de la invasión de los mochileros. —Me pone una mano en la rodilla—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias por preguntar.

El tacto de su mano es agradable, tranquilizador, y me doy cuenta de que me he alegrado de verlo mucho más de lo que cabría esperar que me ilusionara encontrarme con un conocido. Jake solía ser capaz de calmarme de este modo, con sólo tocarme, pero hace tanto tiempo de eso… Vamos dejando atrás manzanas de casas; afuera reina un silencio parecido al de una iglesia vacía. Los cables del tranvía relucen en las alturas a la luz de la luna cubriendo las calles con un toldo bajo de destellos metalizados. Nick, recostado en el asiento sin la menor consideración por estar arrugando su traje caro, va con la mirada fija al frente.

—Me alegro mucho de verte —reconozco yo.

Me sonríe.

—Lo mismo digo.

Paramos frente a un edificio de aspecto destartalado en Harrison con la Veintiuno: a pie de calle hay una taquería con un letrero de neón resplandeciendo en la oscuridad, luego un bar de lesbianas cerrado. Nicle paga y le da las buenas noches al taxista. Al llegar al portal teclea un código y se abre la puerta dando paso a una

escalera estrecha, enmoquetada y con poca luz, que apesta a tabaco rancio y basura de la taquería.

—Ya sé lo que estás pensando —me dice—, pero fíate de mí, dentro se está mejor.

—Te había imaginado en un sitio distinto, algo así como Russian Hill.

—Me compré el apartamento el año que me mudé a San Francisco, era una ganga. Además, viajo unas cuarenta semanas al año, así que la verdad es que no estoy mucho por aquí para disfrutarlo.

Al llegar al tercer rellano, Nick introduce un número en otro teclado que hay en la pared y me conduce al interior; el apartamento es increíble, y no sólo en el sentido típico de las revistas de decoración: un cruce entre chic industrial y algo salido de un catálogo de últimas tendencias en arquitectura. Se ve claramente que no hay nada de Ikea, Home Depot, Pottery Barn ni otras cadenas por el estilo en toda la casa.

—¿Qué altura tienen estos techos?

—Algo más de cuatro metros.

—¿Por si un día te da por invitar a los Golden State Warriors a cenar y tirar unas canastas?

—¡Exactamente!

Los electrodomésticos son todos de aluminio brillante; los muebles, pocos y angulosos: un sofá de color tostado que ocupa toda una pared, tres sillones en suaves tonos metálicos, una mesa de café del tamaño de mi cama. En la zona del comedor, una alfombra beis sobre la que hay una mesa con patas de acero y un tablero gris de hormigón pulido resplandeciente. Al dormitorio se entra a través de una cortina de malla metálica: una estantería *art decó* repleta de libros cubre una pared entera; debe de haber más de dos mil.

—¿Cuántos de estos libros has leído en realidad?

—Unos cuantos —me contesta con aire ligeramente avergonzado.

El apartamento es como la espátula de diseño que me trajo de Helsinki, sólo que más grande y más complicado.

—Tienes una casa increíble.

—No puedo decir que el mérito sea mío, tengo un hermano arquitecto casado con una decoradora y, hace un par de años, para mi cumpleaños, me redecoraron la casa: cambiaron los muebles, tiraron paredes… El problema es que paso tan poco tiempo aquí que todavía no me he acostumbrado del todo a los cambios, aún tengo una ligera sensación de estar en el apartamento de otro.

—Me encanta.

—Gracias. —Va hasta la cocina—. Siéntate, te voy a preparar algo, tienes pinta de tener hambre, y mucha. ¿Te gustan las tostadas francesas?

—Me encantan.

—¡Genial, porque es lo único que sé hacer!

Mientras cocina me dedico a echar un vistazo a los libros. No detecto que estén

organizados en ningún orden en particular; tiene un poco de todo: *Mi vida* de Trotstky junto a *Hacia la estación de Finlandia* de Edmund Wilson, Colette al lado de Jack London, *Lolita* y *Madame Bovary* codo con codo y a poca distancia de varios tomos de un grosor importante sobre la caída del comunismo en los Balcanes. Hay poesía de Auden, Ashbery y Plath, ensayos de E. B. White, obras de teatro de Harold Pinter, Un libro sobre música folclórica para banjo de un texano llamado Wade Williams. Una estantería entera está dedicada a los escritores albaneses Jiri Kajane e Ismail Kadare, en lengua original además de traducciones al inglés y al francés.

—Tengo que reconocer que eres el primero que conozco que tiene libros de dos autores albaneses en la librería.

—Hay bastantes cosas que no sabes de mí.

Veo unos cuantos libros en francés y alemán, una biografía de Neil Young, una enciclopedia de medicina china y varias decenas de novelas sureñas, incluida *El cinéfilo* de Walker Percy.

Nick está cascando huevos en un cuenco y batiendo algo.

—Si ves cualquier cosa que te interese —me grita desde la cocina—, llévatela.

—¿Has leído éste? —pregunto sosteniendo en alto el libro de Percy.

—Seguramente es el mejor libro que he leído jamás. ¿Eres fan de Percy?

—Intenté leer algo una vez, pero no me convenció.

—Deberías hacer la prueba otra vez —me contesta al tiempo que echa una rebanada de pan en la mezcla que ha preparado con los huevos—. Te lo tienes que llevar; de hecho te pega bastante. Hay una frase genial que releo a menudo: «Tomar conciencia de la posibilidad de una búsqueda es andar sobre la pista de algo. No andar sobre la pista de nada es vivir en la desesperanza».

—Muy bonito. Es la cosa más cierta que he oído jamás.

Nick pone la rebanada en la sartén, se oye el crepitar del pan empapado y todo el apartamento se llena de olor a mantequilla y canela.

—Nunca mencionaste que te marchabas.

—Me voy a Costa Rica.

—¿De vacaciones?

—No, es por Emma. Una historia muy larga…

—¿Y qué opina tu prometido?

—Que estoy persiguiendo fantasmas. Nos hemos peleado por culpa de todo esto. Por desgracia, «prometido» seguramente no es la palabra más adecuada en estos momentos.

Nick parece sorprendido.

—¡Vaya, lo siento!

—¿De verdad?

—Pasé por una ruptura dolorosa hará un par de años y no se lo desearía a nadie, aunque debo confesar que preferiría que no estuvieras con nadie por puro egoísmo.

Saca la rebanada de la sartén con una espátula de diseño espacial, la reparte en

dos platos rojos y sirve leche en sendos vasos para luego sentarse en un taburete junto a mí frente a la barra de la cocina.

—Pruébala.

Doy un mordisco: el pan está esponjoso y sabe a mantequilla, canela, azúcar glas y alguna otra cosa que no consigo identificar.

—Desde luego es la mejor tostada francesa que he comido en mi vida.

—Oye, ¿tienes dónde quedarte cuando llegues a Costa Rica?

—He hecho una reserva por Internet en un hotel cerca del aeropuerto de San José.

—Cancélala. Los moteles de la capital son un poco chungos. Conozco a una señora que alquila una habitación en su casa: barata y limpia, y ella es encantadora y habla un poco de inglés. ¿Cuándo llegas?

—A eso de las diez de la noche de mañana. Según United Air la ruta más corta entre San Francisco y Costa Rica pasa por Chicago y Miami…

—La avisaré de tu llegada —me contesta al tiempo que anota una dirección en el reverso de una tarjeta de visita suya—. Te apunto también un par de restaurantes. Ya sé que no es un viaje de placer, pero tendrás que comer, ¿no?

—Gracias. —No puedo evitar sonreír—. Seguro que podría decir cualquier ciudad del mundo (Budapest, Bucarest, Anchorage…) y serías capaz de recomendarme unos cuantos sitios.

Se ríe al tiempo que ensarta con el tenedor un trozo de pan.

—La verdad es que no, pero si alguna vez vas a Budapest, sí puedo decirte que tienes que ir al hotel Gellert: estilo comunista chic y tirado de precio. La última vez que estuve tenía un piano en la sala de mi suite. —Se mete la mano en el bolsillo y saca la BlackBerry—. Una cosa más: hay un tipo en Costa Rica, Wiggins se llama. —Teclea unas cuantas letras y luego apunta un teléfono en otra tarjeta de visita—. Deberías llamarlo cuando llegues a San José.

—¿Wiggins?

—Trabaja en la embajada. Igual te puede ayudar. Viaja mucho fuera del país, así que aunque no esté cuando llegues deberías seguir intentando dar con él de vez en cuando. Dile que eres amiga mía.

—¿De qué lo conoces?

—Es una larga historia.

Me asalta la duda de si la tostada es en realidad de las mejores que he probado o simplemente es que tengo un hambre feroz. Me como hasta la última miga y al alzar la vista del plato me lo encuentro contemplándome con aire risueño y una amplia sonrisa en los labios.

—Perdona —me disculpo al tiempo que me limpio la barbilla—, estoy muerta de hambre.

Caigo en la cuenta de que, de hecho, estoy disfrutando de la comida. Tal vez lo que todo el mundo ha estado diciéndome, eso de que me niego a creer, al final sea verdad: la vida sigue.

—No hace falta que te disculpes, me encantan las mujeres que comen bien. Bueno, guarda este número en lugar seguro y no te olvides de llamar.

—Te prometo que no. —Bebo un poco de leche y me sabe tan buena que sigo y me bebo el vaso entero de golpe—. ¡A ver!, ¿qué le pones a la mezcla de las tostadas?

—Nesquik y extracto de vainilla son dos de los ingredientes secretos. —Me limpia una gota de la barbilla—. Dime una cosa.

—¿Qué?

—Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, ya sabes, si tú no hubieras estado prometida y tu vida no estuviera pasando por un momento tan complicado, ¿crees que habríamos tenido una oportunidad?

No es una pregunta para la que me tenga que pensar la respuesta.

—Creo que sí.

—La sincronización lo es todo, ¿no te parece? —Recorre el borde del vaso con el dedo—. Llamar desde Costa Rica es una lata pero hay muchos cibercafés en las zonas turísticas, ¿me prometes que me pondrás unas líneas de vez en cuando?

—Hecho.

—Y llámame cuando estés de vuelta para que pueda darte la lata hasta que accedas a cenar conmigo. Sin presión, ¿eh?, no es una cita, sólo cenar.

—Claro que sí.

—Una cosa más. ¿Sabes español?

—*Un poco.*

Se acerca a la estantería y vuelve con una edición de bolsillo del típico libro de frases y una guía de viajes de Costa Rica.

—Te vendrán bien para moverte por allí —me dice.

Meto los libros en mi bolsa y le pregunto:

—¿Por qué te portas tan bien conmigo?

Se encoge de hombros.

—Porque me gustas, pero eso ya lo sabes.

—Es gracioso, las solteras siempre andan diciendo que es misión imposible encontrar un tío que esté bien y sea heterosexual en San Francisco pero yo, sin buscar, voy y me encuentro con uno. La mitad de las mujeres que conozco pagarían por tener una cita con alguien como tú.

Sonríe.

—Igual ya han salido en una cita conmigo y no quedaron tan impresionadas…

—Bueno, gracias por los libros y por todo. Será mejor que me vaya, mañana va a ser un día muy largo.

—Te llevo a casa —se ofrece—. Espera, que busco las llaves.

Luego viene la somnolencia, el olvido y por fin una mano que me sacude el hombro.

—¿Abby?

—¿Mmm?

—Te has quedado dormida.

Sigo sentada en el taburete con la cabeza apoyada en los antebrazos.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y cuarto. Sólo he tardado un minuto y te has quedado roque.

Entonces me pasa los brazos por detrás de la espalda y las piernas para llevarme en volandas; es como cuando era niña. Recuerdo que mi padre me solía acunar hasta que me dormía y luego me llevaba a la cama, adormilada en sus brazos y con la sensación de estar flotando. Nick me deja en el sofá, desaparece un momento y vuelve con una manta.

—No puedo quedarme —objeto al tiempo que me incorporo; pero el sofá es tan mullido y estoy tan cansada que apenas consigo mantener los ojos abiertos.

—Sólo un rato. —Me pone una almohada detrás de la cabeza y me tapa con la manta hasta la barbilla—. Yo te despierto mañana temprano.

Lo último que recuerdo es el sonido de Nick lavándose los dientes en el baño.

Cuando me despierto a las 5.31 reina un silencio absoluto. Voy de puntillas hasta su dormitorio y me lo encuentro en camiseta azul y boxers, durmiendo plácidamente con un pie colgando fuera de la cama: ya no tiene tanto aspecto de misterioso alto ejecutivo y tengo que resistir el impulso de meterme en la cama a su lado. Me imagino lo cálida que debe de estar su piel, la agradable sensación de sus piernas apretadas contra las mías; me imagino que, en otra vida y otras circunstancias, podría haber estado tendida en la cama junto a Nick sin otra preocupación en el mundo que los planes del fin de semana. Últimamente cada vez lo pienso más: que habría sido mejor si nunca hubiese conocido a Jake, ni a Emma. Si nunca los hubiera conocido no habría podido hacerles daño y ahora no sabría lo que me estaba perdiendo por no tenerla a mi lado.

Miro a Nick una última vez, le escribo una nota dándole las gracias, cojo mi bolsa y me marcho sin hacer ruido.

Salir así, tan temprano por la mañana, mientras la ciudad todavía duerme, las tiendas aún no han abierto y la luz rosada del amanecer se extiende sobre las calles, me recuerda las vacaciones familiares de cuando era niña. Mi madre venía a nuestra habitación antes del amanecer, nos llevaba en pijama hasta el coche tipo ranchera que teníamos y allí nos acomodaba en el asiento trasero: Annabel y yo íbamos tendidas al lado y tapadas con una única manta, despertándonos a ratos para volver a dormirnos al instante mientras el coche avanzaba por las ondulantes calles desiertas del barrio.

El olor del café de mi madre llenaba el coche y oíamos el roce de los mapas, los susurros de mis padres hablando en voz baja. En esas escapadas al amanecer, alejándonos de casa y de la rutina de todos los días, era cuando ellos dos parecían estar más a gusto juntos. Daba la impresión de que los asientos delanteros estuvieran muy lejos y, con el café y el mapa, comentando los planes en voz baja, parecían llevar una existencia secreta. Mi hermana y yo acabábamos despertándonos en algún lugar desconocido en el momento en que el coche se detenía en el aparcamiento de un

McDonald’s o un Stuckey’s. Nos cambiábamos de ropa en el asiento trasero y luego entrábamos en el restaurante para desayunar y aprovechar para ir al baño. Mientras estábamos allí, en algún momento, con la luz del sol entrando por los ventanales y la actividad del día yendo en aumento, se reanudaban nuestras vidas: nuestros padres empezaban a discutir y el viaje nocturno en pijama por las silenciosas calles parecía un sueño, un recuerdo agradable pero falso de algo que nunca había ocurrido en realidad.

Cuando le conté a Annabel que me marchaba no se entusiasmó demasiado.

—¿Estás segura de que te lo has pensado bien? —quiso saber.

—Sí.

Se quedó un minuto en silencio y luego añadió:

—Sigo creyendo lo que te dije al principio, que tienes que continuar con la búsqueda hasta que ésta llegue a su fin natural, aunque me preocupas, Abby.

—Eres mi hermana —le contesté—, es normal que te preocupes, pero no me he vuelto loca si es eso lo que estás pensando. La verdad es que resulta genial tener un plan; puede que no sea un plan perfecto pero es algo.

Voy a paso ligero hasta la parada de autobús de Folsom con la Veinte. Ya hay un par de madrugadores esperando: una mujer con uniforme de hospital y un adolescente nervioso que parece haber estado toda la noche de juerga. Nadie habla, nadie se mira a los ojos. Arranca una motocicleta a poca distancia con un único rugido sostenido y estridente. A los cinco minutos aparece un autobús por Folsom, igual que un haz luminoso en movimiento atravesando la semioscuridad que envuelve la calle, con el interior iluminado por luces fluorescentes de un fulgor increíble.

Justo antes de que llegue el autobús saltan chispas de la barra del techo que lo conecta al cable y acaba de salirse de sitio. El adolescente blasfema entre dientes, se mete las manos en los bolsillos y lo que hace a continuación me sorprende tanto que por un instante creo haberlo imaginado: se pone a llorar.

El autobús para y el conductor se baja sin prisa y, con la paciencia resignada de quien ha hecho esto cientos de veces, usa un palo largo para volver a colocar la barra en la posición correcta. Saltan más chispas y para entonces el conductor ya está de vuelta en el asiento y a los pocos segundos se detiene junto a nosotros. La mujer con uniforme se aparta para dejar que suba el adolescente primero: entra cabizbajo y se va directamente al fondo mientras a mí se me pasa por la cabeza que debe de ser por una chica, una ruptura que ahora le parece una tragedia imposible de superar, y tengo ganas de acercarme y decirle que se las ingeniará para hacerlo de algún modo, igual que encuentra uno la forma de sobrellevar las cosas más terribles; que al final siempre se encuentra el modo y los días van pasando, uno por uno; que pese al desconcierto y la desesperación se sigue adelante, transcurren los días uno detrás de otro y te dejas llevar, sorprendido y no del todo aliviado al darte cuenta de que aún estás vivo.

Capítulo 62

Volvemos a empezar nunca nos rendimos.

LARS GUSTAFSSON
Muerte de un apicultor

La tarde del día 232 me despierta la lluvia golpeando estruendosamente el tejado de onduladas planchas metálicas. Afuera, hay algo que rechina y repiquetea, y me lleva un minuto darme cuenta de dónde estoy; entonces recuerdo el vuelo interminable, la conexión perdida, la llegada a San José ya muy tarde, el confuso trayecto en taxi por las calles desconocidas.

Veo por la ventana un macetero de cañas de bambú, altas y doradas, mecidas por el viento. Aquí todo parece inmerso en un proceso de crecimiento desbocado, todo está lleno de vida. Llueve torrencialmente pero a los pocos minutos casi ha parado por completo; las inmensas gotas finales caen sobre las hojas de plátano que hay justo al lado de mi ventana; se oyen a lo lejos el canto de un gallo y los ladridos de los perros. Suena la campana de una iglesia: una, dos, tres, cuatro, cinco.

Cuando llegué hace unas horas, me recibió a la puerta una mujer de mediana edad con dos niños pequeños aferrados a sus piernas.

—*Buenos días* —la he saludado en su idioma—, soy la amiga de Nick Eliot.

—*Qué bueno* —me ha respondido—, yo soy Soledad, la estaba esperando.

Me ha sonreído y ha retrocedido un paso al tiempo que hacía un gesto para que pasara.

Me ha enseñado mi habitación y yo le he dado las gracias y le he explicado en mi precario español que ahora tenía mucho sueño.

—*Bueno* —me ha respondido ella—, entonces primero duerma y luego ya comerá.

Cuando ha cerrado la puerta me he dejado caer en la cama y enseguida me he dormido acunada por los sonidos remotos de los niños y la televisión, los ruidos característicos de alguien fregando los platos y un perro ladrando.

Ahora un olor maravilloso a comida invade toda la casa y cuando abro la puerta los niños se precipitan hacia mí para saludarme.

—*Roberto* —me dice el niño al tiempo que se da palmadas en el pecho lleno de orgullo; luego señala a su hermana—: *María*.

Me siguen por el pasillo hasta llegar al baño y se deshacen en risitas cuando intento cerrar la puerta del todo, cosa que no parece posible… Cuando salgo, María me toma de la mano y me lleva hasta la cocina donde Soledad está friendo frijoles y plátanos macho.

—¿Comida? —me pregunta Soledad.

—*Sí.*

Me indica con la mano que me siente y los niños se instalan a mi lado a la mesa de la cocina, parloteando en inglés.

—¿De dónde eres? —me pregunta Roberto en inglés.

—De California.

—¡Hollywood! ¿Conoces a Arnold Schwarzenegger? —me dice tan entusiasmado que se levanta de un bote y yo le contesto que no, que vivo en otra parte de California, en San Francisco.

María me posa la mano en el brazo y me pregunta también en inglés:

—¿Conoces a Mickey Mouse?

—Sí —le contesto—, me dio recuerdos para ti.

—¿De verdad?

—¡De verdad! Habláis muy bien inglés, ¿dónde lo habéis aprendido?

—En la tele —me informa Roberto.

—Viendo los Pitufos —añade María.

Al cabo de unos minutos la mesa está llena de comida. Soledad sirve Fanta sin enfriar de un naranja brillante en cuatro vasitos pequeños. A excepción de una magdalena medio dura en el vuelo de Miami, no he comido nada desde que salí de San Francisco, así que me empleo a fondo y Soledad me pone un segundo plato. No habla inglés mucho mejor de lo que yo hablo español pero nos comunicamos con la ayuda de los niños. Me entero de que Roberto y María son sus nietos y de que la madre de los niños trabaja limpiando habitaciones en un hotel de la ciudad.

Le pregunto a mi anfitriona de qué conoce a Nick Eliot: por lo visto él le alquiló la habitación hará unos cinco años y desde entonces ha estado en contacto de vez en cuando.

Soledad le dice a Roberto algo en español y el chaval traga una cucharada de arroz antes de traducir.

—¿El señor Eliot es tu novio?

—No, el señor Eliot no es mi novio.

—¡Sí, sí! —insiste Roberto entre risas.

Después de comer pregunto si puedo darme un baño y Soledad me trae una toalla y una pastilla de jabón. A través de la rendija de la puerta entreabierta veo a Roberto y María sentados frente al televisor con la barbilla apoyada en las rodillas y los pies de su abuela golpeteando el suelo mientras se balancea adelante y atrás en la mecedora. La vieja bañera es profunda y está en perfecto estado, y resulta muy agradable permanecer un rato en remojo para quitarse la mugre del viaje.

Después del baño le pido a Soledad permiso para hacer una llamada y marco el número de Wiggins que me dio Nick: al tercer tono responde una voz femenina.

—Embajada de los Estados Unidos —entona la telefonista con voz de que hay un millón de cosas que preferiría estar haciendo en vez de contestar al teléfono.

—Estoy buscando a Wiggins —respondo sintiéndome un tanto ridícula porque no tengo más que el apellido, no sé qué cargo ocupa ni cuál es su nombre de pila, sólo

Wiggins.

Se hace una pausa al otro lado de la línea, oigo el ruido de unos papeles y entonces:

—Un momento que le paso.

Una voz de hombre:

—¿Sí?

—Estoy buscando a Wiggins —repito.

—Está fuera del país.

—¿Cuándo volverá?

—En un par de meses. ¿Quién pregunta por él?

Le cuento toda la historia de un tirón con palabras que salen de mi boca en un amasijo de frases atropelladas: la desaparición, la búsqueda, las pistas que me han llevado hasta aquí.

—¿Ha abierto el FBI un caso? —me pregunta.

—Están trabajando con la policía de San Francisco pero éstos han cerrado la investigación.

Veo como mi caso se desmorona ante sus ojos.

—Lo siento pero en realidad este tipo de cosas están fuera de nuestra jurisdicción. Si alguien del FBI establece formalmente alguna pista a seguir aquí en Costa Rica, entonces sí que nos involucraríamos.

—Pero Nick Eliot me dijo que llamara a Wiggins.

—Nick Eliot. El nombre me suena. Oiga, si encuentra a su niña llámenos, podemos ayudarla a tratar con los locales.

—Por favor —le suplico—, tiene que haber algo que ustedes puedan hacer.

—¿Por qué no vuelve a llamar dentro de un par de meses cuando Wiggins esté de vuelta? Buena suerte.

Cuelga y cuando se corta la comunicación me siento más sola que nunca desde que empecé a buscarla pero, de alguna manera, también más decidida. Tal vez haya una posibilidad muy remota, tal vez Jake tenga razón; quizá estoy poniendo demasiadas esperanzas en detalles sin importancia, aferrándome a cualquier posible prueba circunstancial que se ajuste a lo que creo. Pero estoy convencida de que la probabilidad más alta de encontrar a Emma pasa por dar con la pareja de la furgoneta amarilla. Es mi último cartucho, la última pista sin explorar: la mujer mirando tan fijamente a Emma en el Beach Chalet, la hora en que la furgoneta salió del aparcamiento de Ocean Beach ese día, la pegatina de los Ticos, la tabla *longboard*; en mi cabeza las piezas encajan, simplemente encajan.

Me echo en la cama a leer la guía de viajes. Hay un autobús que sale de la terminal principal de San José hacia Playa Hermosa a las nueve de la mañana los días laborables. Trato de conciliar el sueño pero mi cabeza se niega a descansar. Por primera vez desde que desapareció Emma estoy verdaderamente furiosa con Jake: tendría que estar aquí, conseguiríamos mucho más juntos; no debería haberse

rendido.

No creo que Jake lo entendiese si le dijera que estar en este país extraño me produce la sensación de estar empezando de nuevo; por fin me he librado de las infinitas repeticiones que han caracterizado mi búsqueda en San Francisco: el peregrinaje diario a Ocean Beach, las innumerables vueltas a las mismas calles, los mismos callejones sin salida. Los estudiosos de la memoria tienen una teoría para explicar una experiencia bastante extendida: la sensación de que sabes una palabra pero está almacenada muy al fondo en tu cabeza y no consigues recordarla; es la teoría del bloqueo mental y según ésta esos momentos de «lo tengo en la punta de la lengua» se producen cuando nuestro esfuerzo por recordar nos aleja de la palabra en cuestión, desviándonos hacia otra. La palabra que buscamos está ahí pero no podemos acceder a ella porque nos hemos ido por otro lado, seguimos una senda equivocada. Las palabras que se interponen se conocen como intrusos.

¿Está mal pensar que Costa Rica me ayudará a aclarar las ideas, que aquí, en este lugar desconocido, los intrusos podrían desaparecer?

Cuando me despierto a las siete de la mañana del día siguiente huele a café por toda la casa. Los niños están sentados frente a la imagen borrosa del televisor viendo dibujos animados americanos mientras toman leche chocolateada. Soledad ya está en la cocina con las mangas remangadas y la carne de sus fornidos brazos balanceándose mientras remueve algo que tiene en el fuego. La escena parece tan esencialmente humana que me sorprendo no sólo esperando sino creyendo verdaderamente que Emma podría estar en este país.

—Bueno, ¿qué tal? —me saluda la mujer—. ¿Ha dormido bien?

—*Sí, muy bien.*

Me pone un plato delante, una inmensa ración de arroz con frijoles coronada por dos huevos fritos, y se queda de pie junto a la mesa con los brazos en jarras mientras como, observando.

—¿Le gusta? —me pregunta al tiempo que se seca las manos en el delantal.

—Sí.

—¡Bien, en California, desayuno *no good*!

—Desde luego como éste no… —admito yo.

La ayudo a fregar los platos, luego le pago —sólo veinte dólares americanos—, le doy las gracias y me despido de los niños para salir afuera a esperar el taxi. El conductor sale a ayudarme con la mochila, que coloca en el maletero.

—¿A la estación de autobuses? —me pregunta.

—*Sí, por favor.*

—¿Dónde va?

—Playa Hermosa.

—Es muy bonito, le va a gustar.

En la terminal de autobuses hay un hombre sentado frente a una mesa plegable vendiendo los pasajes a Playa Hermosa. Para las nueve y cuarto ya estoy en ruta con

el viento cálido que se cuela por las ventanillas retumbando suavemente en mis oídos. No hago más que pensar en lo que me dijo Nick: «Tomar conciencia de la posibilidad de una búsqueda es andar sobre la pista de algo. No andar sobre la pista de nada es vivir en la desesperanza». Necesito creer que ando sobre la pista de algo, es la única manera de seguir.

Capítulo 63

Playa Hermosa. Una cabaña en la playa, una única bombilla sin pantalla, dos camas con las sábanas sucias, una pared tan fina que oigo roncar a los de la habitación de al lado. Un espejo largo y estrecho: un descubrimiento sorprendente, un fantasma con los huesos de las caderas muy marcados y círculos negros bajo los ojos.

La lluvia golpea el techo de latón de la cabaña; comienza con un único golpecito, luego otro y otro y otro, cada vez más rápido, hasta que se vuelve un repiqueteo implacable que se me mete en el cerebro y, al poco rato, se ha convertido en una tormenta con todas las de la ley que arrecia por minutos. Huele a lluvia y a mar, y además las sábanas sin lavar están impregnadas de un olor dulzón y penetrante. Apago la luz y me tumbo vestida en la cama a escuchar el ulular de la tormenta. A través de la ventanita con mosquitera veo de vez en cuando el resplandor de un relámpago.

Hay algo en la lluvia, en el olor a mar, que me recuerda a Alabama. Un par de meses antes de que Emma desapareciera fuimos los tres a Gulf Shores en el Golfo de México. Jake nunca había estado en el sur y quería ver cómo era y hacerse una idea de dónde venía yo. Nos hospedamos en uno de los hoteles más bonitos de Orange Beach y nuestra primera noche la pasamos sentados en la arena viendo cómo se ponía el sol sobre el golfo. Luego se puso a llover y no paró en toda la semana.

Por las mañanas nos quedábamos en la piscina cubierta del hotel y por las tardes íbamos al Pink Pony Pub, donde a Emma le ponían Shirley Temples de granadina, zumo de naranja y *ginger ale* mientras yo me dedicaba al té helado con azúcar y la cerveza Bud Light. Nos sentábamos en aquel restaurante lleno de humo y contemplábamos por los ventanales los rayos surcando el cielo: a Emma le fascinaban porque estaba acostumbrada a las tormentas mucho más suaves de San Francisco; era precisamente lo que yo más echaba de menos de la costa del golfo: la lluvia torrencial y el rugir de los truenos. En San Francisco cuando llovía era todo tan sutil que casi no se podía hablar de tormentas.

—Huele raro —decía Emma—, como si el cielo estuviera ardiendo.

—Lo que hueles es el ozono, el nitrógeno y los ácidos amónicos —le explicaba Jake, siempre dispuesto a convertir cualquier conversación en una clase: era divertido ver el mundo con sus ojos, como dar marcha atrás en el tiempo de vuelta a los días de primaria cuando todo tenía una sencilla explicación científica y había respuesta para todas las preguntas.

Fue agradable estar de vuelta en casa, aunque el tiempo no acompañaba precisamente. Una tarde me llevé a Emma a la tienda de recuerdos con un tiburón gigante en la entrada, la misma a la que yo había ido tantas veces de niña, y la dejé llenar la cesta de camisetas y adornitos para sus amigas. El mejor recuerdo que nos llevamos de esas vacaciones es una foto de los tres de pie frente a la tienda Moe’s Christmas and Gun Shop que está en la carretera de la playa. Todavía me acuerdo del

hombre que nos la hizo, un señor mayor con el típico moreno permanente y una camisa que ponía «*[Ala]Bama Forever*».

Al final de la semana Emma andaba medio llorosa y cansada y estábamos todos tan pálidos como habíamos venido.

—Alabama no es exactamente como me lo había imaginado —me comentó Jake durante el vuelo de vuelta, y acordamos que nuestras próximas vacaciones en la playa serían en algún sitio exótico como Tahití o Costa Rica.

Nunca me habría imaginado que vendría sola, que las próximas fotos que me hiciera serían en solitario.

Hay una niña, se llama Emma y está paseando por la playa. Aparto la vista; pasan unos segundos y cuando vuelvo a mirar ya no está. No hago más que pensar en esos segundos, en el círculo que no para de extenderse, en cómo provoqué toda la cadena de acontecimientos, en que tengo que encontrar la manera de arreglarlo.

A la mañana siguiente recorro la playa —que está llena de surfistas y mochileros americanos— arriba y abajo. Busco la tabla Rossbottom, a la pareja rubia, la furgoneta amarilla. Conducir hasta Costa Rica no debe de ser fácil pero se puede hacer. Cuando todavía estaba en casa leí el blog de alguien que había atravesado el desierto de Sonora y después las tierras altas de Oaxaca para luego entrar en Guatemala y de allí a Honduras y Nicaragua. La frontera de Peñas Blancas es famosa por la falta de control, así que alguien a quien se le dé bien poner cara de póquer seguramente habría podido esconder a una niña en la parte de atrás de la furgoneta y pasar con ella la frontera sin ninguna documentación. Como decía Jake, hay muchos «síes» y un montón de «seguramentes», pero es lo mejor que tengo.

A última hora de la tarde encuentro una cabaña que se alquila por trescientos dólares al mes, mejor y más barata que en la que he estado la pasada noche: pequeña, sencilla, limpia y acogedora, con el techo de latón y una ventanita por la que se ve el mar. Decido que será mi centro de operaciones, mi hogar temporal.

No se tarda mucho en adaptarse al ritmo de vida en la playa: no hay ninguna necesidad de madrugar porque todo está cerrado; mi única esperanza es conocer gente —surfistas sobre todo— y la forma más fácil es ir a los bares y los restaurantes por la noche. Muchos de los habitantes de la ciudad son visitantes de temporada que vienen a pasar tres meses más o menos —hasta que se les acaba el dinero— y luego se vuelven a los Estados Unidos. En mi segunda noche en Playa Hermosa descubro un pequeño bar a pocos metros de mi cabaña. Los camareros son estadounidenses y ticos jovencitos. A lo largo de la siguiente semana acabaré por saberme los nombres de todos, cada día iré aprendiendo algo más de español y, con un poco de suerte, me iré ganando la confianza de los surfistas, pero seguiré con la sensación de no haber avanzado en mi objetivo de encontrar a Emma.

—Deberías probar —me sugiere un programador informático de unos cuarenta y tantos años de Atlanta.

Se refiere a hacer surf; se refiere a no estar tan tensa. Es mi tercer día en Hermosa

y estamos sentados al lado en la barra. Se oye a Beautiful South por los altavoces y en la tele hay un partido de fútbol americano entre los Delaware Blue Hens y el Citadel. El programador se llama Deke; me recuerda a un tipo de una serie de televisión con su corte de pelo perfecto y ese exceso de confianza con que me mira a los ojos durante largo rato. De vez en cuando alza la vista hacia el televisor y grita: «¡Vamos, Hens!». Circulan rumores de que Deke se ha acostado con la mitad de las chicas americanas de la ciudad y unas cuantas ticos también.

—El surf no es para mí —respondo—, me da miedo nadar donde cubre mucho y la velocidad y, además, no podría soportar no tener el control.

—Ésa es la mejor parte —contesta Deke al tiempo que me apoya una mano en la parte baja de la espalda para luego deslizaría hacia arriba por debajo del top que llevo puesto.

—Ándate con ojo.

Hace una broma y levanta ambas manos en alto haciendo gesto de rendirse, pero me doy perfecta cuenta de que lo ha sorprendido que lo rechazara.

Unas cuantas horas más tarde me reúno con Sami, de Galveston, que se costea su devoción por el sol y la playa trabajando de camarera y limpiando habitaciones en un motel de la zona. Tiene treinta y seis años y un novio en los Estados Unidos que fabrica limusinas y está esperando a que a ella se le pase la fascinación con Costa Rica para casarse y tener hijos.

—Vinimos juntos hace siete años. Él al final se cansó, pero yo no. El hecho es que, cuanto más tiempo llevo aquí, más pienso en la «pura vida» y menos en bebés —me cuenta Sami mientras saca brillo a la barra con un trapo húmedo.

Cuando me pregunta qué hago en Costa Rica le digo que fotos para Lonely Planet: es mi tapadera, la única forma que se me ocurre de explicar mi presencia aquí. La Leica que llevo conmigo a todas partes colgada al hombro parece ser suficiente para dar credibilidad a la historia. Sami y yo nos acabaremos haciendo amigas. Algunos días, al caer la tarde, cuando todavía hay poco movimiento, Sami le pedirá a uno de los cocineros que eche un ojo a la barra y se irá a dar un paseo por la playa conmigo, nos sentaremos en la arena a ver a los surfistas aprovechando las últimas olas antes de irse a casa hasta el día siguiente: sus cuerpos son esbeltos y resplandecen a la luz de los últimos rayos de sol, y el azul del cielo de Costa Rica es de un tono que nunca había visto antes; los cuerpos empapados que emergen entre las olas con las tablas bajo el brazo parecen los de unos bailarines y cuesta creer que no son más que chicos y chicas corrientes venidos de ciudades aburridas del medio oeste.

En mi quinto día en Hermosa, estoy sentada con Sami en la playa tomándonos un par de cervezas, saco un papel de mi bolsillo, lo desdoblo y se lo paso.

—¿Te suena?

—¿Debería?

—Es un símbolo que llevan algunas tablas.

Se mira la imagen de la rana dorada que he bajado de Internet con más detenimiento.

—¡Ah, sí, es el símbolo de la Killer Longboard! El tipo que las hacía estiró la pata hace poco, Billy Rossbottom.

—¿Has oído hablar de él?

—¡Y quién no! Rossbottom vino al bar hace un par de años. Era todo un donjuán, invitó a copas a todas las mujeres que había. Era simpático; dejó una propina muy buena, más de lo que pagó. Al día siguiente se mató. Hicimos una gran fiesta en la playa en su honor.

—Me encantaría ver de cerca una de sus tablas —digo yo—, ¿se ven muchas por aquí?

—Yo sólo he visto una. Hay muy pocas, ¿sabes?

—Y esa que viste, ¿cuándo fue?

—No sé, hace meses.

—¿Conoces al tipo que la llevaba?

—Era una chica —puntualiza al tiempo que me lanza una mirada de estar tratando de entender por dónde voy—. Pero ¿por qué te interesa tanto? Si ni siquiera haces surf…

—Estoy pensando en comprar una, un regalo para un amigo —le explico sintiéndome culpable por mentirle.

Pero no quiero enseñar mis cartas todavía, no quiero que se sepa mi historia de punta a punta de la costa. Tengo miedo de que, si la pareja de la furgoneta amarilla está aquí y se enteran de que yo también, se me escapen. Por ese motivo, todavía no le he enseñado a nadie sus retratos robot; están a buen recaudo en el fondo de mi mochila, a la espera del momento adecuado.

Sami se acaba la cerveza de un largo trago.

—Mantendré los ojos abiertos por si veo una.

—Gracias.

—Abby —añade al tiempo que le quita la chapa a otra cerveza.

—¿Sí?

—Se me da bien leer a la gente y hay algo que no me estás contando.

—¿Y por qué crees eso?

—Una mujer profesional soltera, sola en un pueblo de surfistas de Costa Rica; no haces surf, eres mayor que la mayoría de la gente que anda por aquí… —Me guiña el ojo—. A excepción de la presente, claro.

—Ya te lo he dicho, estoy trabajando en las fotos para una guía.

—No tiene sentido —replica ella al tiempo que se echa hacia atrás y se apoya en los codos alzando el rostro en dirección al sol—, si fuera así, ya te habrías marchado de Playa Hermosa a estas alturas. ¡Bueno! ¿Me vas a contar lo que pasa o quieres que lo adivine?

En ese momento tomo la decisión consciente de confiar en ella. Mi madre solía

decir que mi mayor defecto era que siempre quería hacerlo todo sola, pero que mi mayor virtud era una especie de obstinación obsesiva. Había una historia que le encantaba contar sobre como con catorce meses me pasé casi una hora intentando ponerme un calcetín sola y me negué a que me ayudara. Existen pruebas del hecho: quince minutos de película arañada en blanco y negro en la que un bebé que no se parece en absoluto a mí lucha con un calcetín blanco con puntillas y un pie regordete. Nunca conseguí ponerme el calcetín.

—Pásate por mi cabaña esta noche cuando salgas de trabajar —le respondo.

Ella tararea unos cuantos compases de la canción de la película *La dimensión desconocida* y bromea:

—Allí estaré. ¿Tengo que venir de incógnito, con capa y antifaz quizá?

Se presenta en mi puerta después de medianoche apestando a porro.

—¿Quieres un poco? —me ofrece al tiempo que se saca uno del bolsillo.

—No, gracias, paso.

—Como quieras. —Se deja caer en la cama que no uso—. Entonces, ¿cuál es el gran secreto?

—He perdido a mi niña.

—¿Cómo?

—Para ser más exactos, a la niña de mi prometido, Emma. En la playa, en San Francisco. He venido hasta aquí porque creo que la raptaron y sospecho que la gente que lo hizo podría estar en Costa Rica.

No le cuento las pocas probabilidades que hay de que esté en lo cierto, y tampoco dejo entrever el menor indicio de estar quemando el último cartucho. Tal vez lo que más necesito en estos momentos es simplemente que alguien crea en mi plan.

—No tiene gracia —se queja Sami—, deja de comerme la cabeza con esta historia.

—Es verdad —insisto, y pongo los retratos robot de la policía a su lado sobre el colchón.

—¡Joder! ¿No estás de broma?

—¿Los has visto?

—No me suenan.

—¿Seguro? El tipo tiene un tatuaje de una ola en el pecho, es de estatura media, está fuerte y tiene un ojo vago. Ella es delgada, rubia teñida y tiene un poco pinta de loca.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto la Killer Longboard?

—Esta pareja estaba en Ocean Beach el día en que Emma desapareció. Él tenía una Rossbottom.

Sami abre los ojos como platos.

—¡No me lo puedo creer —exclama—, un secuestro! Es como de película. —Enmudece durante unos instantes—. Los surfistas son una pina, ¿sabes? Lo mejor será que mantengas los ojos abiertos y la boca cerrada durante algún tiempo. Déjame

que te ayude, preguntaré por ahí sobre la tabla.

—Gracias. Una cosa más: no sé por dónde buscar, me he mirado el mapa de Costa Rica unas cien veces pero sigo igual de perdida.

—Deberías hablar con Dwight, es camarero en el Pink Pelican. No está del todo bien de la cabeza pero lleva aquí veinte años y se conoce el país como la palma de la mano. Te lo presentaré.

—Te debo una.

—¡Eh, me muero de hambre! —cambia ella bruscamente de tema—. ¿Tienes algo de comer por ahí?

—Plátanos, galletas Oreo, manteca de cacahuete, pan de molde y patatas fritas.

—Eres una verdadera tienda de productos naturales… —bromea—. La verdad es que no me importaría nada comerme un sandwich de manteca de cacahuete y plátano.

Me acerco a la mesa de debajo de la ventana que he transformado en una cocinita improvisada con cafetera, hornillo Bunsen, platos de papel y cubiertos, y preparo dos sandwiches con un montón de patatas Pringle de acompañamiento.

Sami le quita la rebanada de arriba al sandwich, coloca unas cuantas Pringle encima de las rodajas de plátano y vuelve a poner la rebanada de pan encima.

—¡Oye!, ¿has estado alguna vez en Graceland?

—No.

—Yo fui hace unos años. Lo gracioso es que la Mansión Graceland no es una mansión sino más bien una casa normal y corriente sólo que más grande y con muebles más feos, pero hay un restaurante al otro lado de la calle donde sirven sandwiches fritos de plátano con manteca de cacahuete. Son tan cojonudos que me comí dos y me llevé un tercero para el camino. Merecería la pena volver a Graceland aunque sólo fuera por esos sandwiches.

La manteca de cacahuete sabe bien, hasta la sensación que me produce en el cielo del paladar me resulta agradable, y en ese momento me doy cuenta de que llevo una semana comiendo con regularidad. Me meto los dedos por dentro de la cinturilla de los pantalones cortos y compruebo que me van un poco menos grandes. Todo el mundo me ha estado diciendo que tenía que seguir con mi vida y yo estaba convencida de que se equivocaban, de que no era posible seguir con nada mientras Emma estuviera desaparecida, pero por lo visto mi cuerpo ha tomado una decisión por su cuenta.

Pienso en Emma, dondequiera que esté, y me asalta la pregunta de si estará bien de salud. ¿Estará creciendo y ganando peso? ¿Le estará cambiando la cara? Entre las pocas cosas que he traído en el equipaje hay un álbum pequeño con una veintena de fotos suyas: en algunas está con Jake, en otras sola, y en una o dos sale conmigo en los jardines del Palacio de la Legión de Honor con la fuente a nuestras espaldas. La primera foto del álbum es en el parque de Crissy Field, un par de semanas después de conocernos, y la última la hice el día antes de que desapareciera. Incluso en ese breve periodo de tiempo, un año, se produjo una suave metamorfosis en sus facciones: se le

afinó la cara y se le empezó a notar más la línea de nacimiento del pelo que comenzó a hacerle un ligero triángulo hacia abajo. Un adulto puede tener prácticamente el mismo aspecto durante diez años o incluso más, pero durante la infancia los cambios se suceden a tal velocidad que las fotografías sacadas con pocos meses de diferencia podrían diferir de un modo increíble.

En el álbum queda sitio para cinco fotos más. Ahora no me acuerdo de si mientras hacía el equipaje decidí de manera consciente dejar esas fundas de plástico del final vacías. Me digo que habrá más fotos para completar el álbum, que el relato que comenzó con la primera foto en Crissy Field no ha terminado todavía. Me digo que hay futuro y no es uno terrible e insoportable; seguro que habrá más fotos, la historia tendrá un final feliz. En sueños, a pesar de todo, nos veo a Jake, a Emma y a mí, juntos, continuando con nuestras vidas.

Capítulo 64

Al día siguiente, tal como me había prometido, Sami me presenta a Dwight, un tipo de casi metro noventa y que no llegará a los setenta kilos. Se está quedando calvo, está muy moreno y es imposible adivinar la edad que tiene. Cuando llegamos al Pink Pelican a las diez de la mañana, Dwight está allí solo detrás de la barra, desplazándose a derecha e izquierda en lo que parece una especie de paso de baile al tiempo que sube y baja los brazos igual que un pájaro en pleno vuelo. Me recuerda a alguien pero soy incapaz de decir a quién.

—Buenos días, señoritas.

—Mi nueva amiga, Abby, necesita que le eches una mano —me presenta Sami.

Dwight deja el baile y alarga el brazo por encima de la barra para darme la mano.

—Hola, nueva amiga Abigail. ¿En qué puedo ayudarte?

Entonces me doy cuenta de a quién me recuerda: a Sam Bungo; es algo en la manera en que se le está cayendo el pelo combinado con su exuberante aire juvenil y la manera de decir mi nombre completo. Sam Bungo solía hacerlo también, se negaba a usar la versión corta porque le parecía que Abigail sonaba muy británico y sentía debilidad por todo lo que tuviera que ver con los ingleses.

—Tenía la esperanza de que pudieras orientarme sobre cuáles son los mejores sitios para hacer *longboard* —le digo.

Él agarra un trapo para sacar brillo a la barra, que ya está reluciente, y me lanza una mirada inquisidora.

—¿Haces surf?

—No, estoy haciendo una investigación de campo, por así decirlo.

—Lonely Planet —aclara Sami señalando mi cámara—. Es fotógrafa.

—Vale, tía, te dibujo un mapa, pero tienes que prometerme que me sacarás en la guía.

—¡Trato hecho!

—No sólo mi nombre, la foto también.

—Sin problema.

Dwight usa el lápiz que lleva detrás de la oreja para empezar a dibujar un mapa en el reverso de una hoja de menú: empieza por la costa del Caribe.

—Está Playa Bonita al norte de Limón, y al sur tienes Cahuita; unas playas preciosas. El mejor sitio para el surf en ese lado es Salsa Brava, la ola más hueca de toda Costa Rica. ¿Sabes lo que significa «Salsa Brava»?

Niego con la cabeza.

—Algo así como salsa enfadada, más o menos… ¡Joder, es pura poesía! La única manera de entender de qué estoy hablando es haciendo surf en la salsa. Si lo comparas ola a ola, es un viaje tan intenso como el que te pegas en cualquier arrecife de coral del mundo con tubos de derecha de dos metrazos. ¿Te gusta la poesía? Tienes pinta de ser una tía que sabe apreciar una buena metáfora.

—Sí, claro, me encanta la poesía.

—Eso me parecía. —Se inclina hacia delante sobre la barra—. Me podría hasta pillar por una tía a la que le va la poesía. ¡Oye!, ¿cuántos años tienes?

—¡Tranquilo! —interrumpe Sami—, está casada.

—¡No jodas! —exclama él clavando la mirada en mi mano izquierda—. Si estás tan casada, ¿cómo es que no llevas alianza?

—La he dejado en casa, se me hinchan los dedos con el calor.

—Ya… —No me queda claro si se lo cree o no pero vuelve a concentrarse en el mapa y empieza a dibujar de nuevo—. La verdad es que no vas a encontrar mucho movimiento en esta zona ahora. La mejor época para ir a la costa del Caribe es entre febrero y abril; en verano, cualquiera que sepa distinguir entre su culo y la quilla de la tabla está en la costa Oeste. —Sigue dibujando y hablando, señalando en el mapa los sitios con una estrella verde—. Arriba del todo está Ollie's Point, se llama así por Oliver North, de cuando todo el lío con la Contra de Nicaragua; en otro tiempo había una pista de aterrizaje secreta que usaban para pasarles armas pero no se puede llegar por carretera, hay que ir a pie. Al sur del todo, en el lado del Pacífico ya cerca de Panamá, está Matapalo, que tiene unas olas de derecha brutales, grandes como casas, del oeste. Y luego también tenemos Playa Pavones, una de las olas más perfectas del planeta. Subiendo por la costa se llega a Dominical: muy tranquila, una playa preciosa con olas todo el año. Después está Playa Espadilla a la entrada del Parque Nacional Manuel Antonio: muy turística, hay unos cuantos *trolls* de los que se quedan a la sombra todo el día y también andan por allí los típicos *waxboys*, que no paran de dar cera a la tabla, pero luego no se meten en el agua; eso sí, cuando entran olas grandes en la bahía es brutal, y la zona norte de la playa tampoco está mal. —Desliza el lápiz hacia arriba por el mapa señalando Quepos, Roca Loca, Puerto Caldera—. Y tú y yo, señorita Abigail, estamos aquí —concluye guiñándome un ojo como si acabara de compartir conmigo un gran secreto y dibuja un corazón para señalar Hermosa, a medio camino entre Quepos y Puntaneras—. Y se me olvidaba Boca Barranca, ¡ése sí que no es lugar para figurantes!

—¿Cómo?

—Ya sabes, surfistas de fin de semana, gente que no se lo toma en serio. Boca Barranca está en la desembocadura de un río a unos cien kilómetros al noroeste de San José. Va mucha peña con *longboards* porque allí el mar no hace tubos y con un poco de suerte puedes pillar olas que dan para viajes de casi un kilómetro. Además es donde se celebra el abuelo de los campeonatos de *longboard*, el de los pies en la nariz, el Toes on the Nose.

—¿Y eso cuándo es?

—A principios de junio. Va todo el que hace *long* y vale lo que pesa en vaselina.

—Gracias, me has ayudado un montón.

—¡Y todavía hay más! También tienes que ir a Tamarindo, al norte del todo, en la costa del Pacífico. Te va a encantar: está lleno de surfistas extranjeros pero tiene un

poco más de nivel que la mayoría de los otros sitios, hay balnearios, pastelerías, museos…, de todo, hasta una tienda de libros. —Garabatea un número en el papel—. Y… por si necesitas una visita privada con guía de Hermosa, aquí tienes mi número de teléfono —añade entregándome el papel.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Eh, y avísame el día que te divorcies, cielo!

—¡Hecho! —le contesto al tiempo que me pongo de pie para marcharme.

—Un momento… ¿No me vas a hacer una foto? —me recuerda él.

—¡Claro que sí! Ponte ahí de pie y sé natural.

Dwight agarra una coctelera y dedica una amplia sonrisa a la cámara.

—¡Perfecto! —digo mientras aprieto el disparador tres veces, para hacerlo más creíble.

Capítulo 65

Día 237. Paso por un cibercafé que no queda lejos de mi cabaña y me quedo un rato respondiendo a los correos electrónicos que me han ido llegando. El último de Nell dice que ha pagado las facturas y que no hay grandes novedades por el barrio, que cuándo vuelvo. Nick está en Helsinki otra vez: «He visto una chica en una relojería que me ha recordado a ti —escribe—. Le he dejado a Wiggins un mensaje explicándole quién eres», y luego hay un segundo mensaje de unos minutos más tarde: «¿Te parecería muy raro si te dijera que te echo de menos?».

Tengo dos mensajes de Annabel. «Ya se me está empezando a notar la barriga —me cuenta en el primero con fecha de hace tres días—, lo puedes ver en la foto»: sale de pie y de perfil y se distingue un poquito la tripa. Lleva su característica melena castaña rojiza más corta que nunca y le ha engordado la cara. Mi hermana es de las que están más guapas embarazadas: todo luz y redondeces.

El segundo mensaje de Annabel son sólo tres palabras: «¿Ha habido suerte?». «Es pronto para decirlo», le respondo.

Jake no me ha escrito a pesar de que yo ya le he mandado tres mensajes desde que llegué.

A la mañana siguiente saco trescientos colones del cajero automático y me subo en el autobús de las diez para Boca Barranca. Son tres horas de viaje. Un surfista americano que me suena de verlo por Hermosa va en el mismo autobús: Doug está estudiando Historia de Estados Unidos en Ole Miss, la universidad de Mississippi, y ha venido de vacaciones; este fin de semana se va a reunir con unos amigos en Jaco. Su único equipaje es un macuto pequeño.

—¿Dónde tienes la tabla? —le pregunto.

—No las puedes llevar en los autobuses, así que las voy alquilando en cada sitio. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Estoy escribiendo una guía de viajes, y además ando detrás de una Killer Longboard.

—¿Una Rossbottom? —me responde sorprendido—, ¿para qué?

—Un regalo para mi hermano. El precio no es problema. ¿Has visto alguna?

—¡Ojalá!

—Si ves una, ¿me podrías mandar un correo electrónico? —le pido al tiempo que le doy una de las tarjetas escritas a mano que me hice la semana pasada con mi dirección de correo electrónico y la frase «Busco Killer Longboard. Dispuesta a pagar buen precio».

Cuando llegamos a Jaco, Doug me da la mano deseándome suerte y me quedo sola en el autobús con una familia de turistas costarricenses, una pareja de surfistas que hablan alemán y un chaval con un bolsón de chicles Wrigley’s que parece demasiado pequeño para viajar solo.

A la media hora de salir de Jaco en dirección al norte cruzamos por un puente

sobre un río de aguas turbias. El conductor para a un lado y anuncia al tiempo que abre las puertas: «¡Foto! ¡Foto muy buena!». Salgo del autobús detrás de la familia. El niño de los chicles se ha quedado dormido y pese al barullo no se despierta. De pie en el puente, miro hacia abajo en dirección a las turbulentas aguas a más de quince metros de distancia. Seis caimanes enormes avanzan río arriba lentamente y otros cuatro están tumbados al sol en la orilla.

La familia de turistas saca unas cuantas fotos y yo también. Mientras aprieto el disparador me doy cuenta de que son las primeras fotos que hago desde que Emma desapareció que no tienen nada que ver con su busca ni con el trabajo: estoy tomando estas fotos porque lo que tengo ante mis ojos es interesante y, mientras las hago, pienso en cómo quedarán cuando las revele, y pienso que el color verde mortecino de los caimanes casi no se distinguirá sobre el tono parduzco del río y en cómo se hacen pequeños remolinos de agua a ambos lados de sus flancos rugosos mientras avanzan. Estoy pensando en el sol: demasiada claridad, esta foto saldría mejor al amanecer, con la tenue luz del alba cayendo suavemente sobre las aguas enlodadas del río.

Un par de horas más tarde nos acercamos ya a Puntaneras: hay chabolas por todas partes, apelotonadas al borde de la carretera junto a puestos de comida. Un río de aguas viscosas desemboca en el mar. El autobús se detiene junto a un motel de edificios dispersos con muros estucados que parece no haber recibido un solo cliente desde hace años. Me registro en recepción sin mayor problema: son diecinueve dólares la noche.

—Hay marea baja —me informa el recepcionista, un tico que habla un inglés casi perfecto—, el mejor momento para ver la playa. Yo que tú me iría para allá inmediatamente.

La habitación está tan sucia y tiene tan poca luz que hasta diez dólares la noche sería un robo. Me pongo unos pantalones cortos limpios y un top, y voy por el sendero de tierra hasta la playa, deteniéndome por el camino para comprar un refresco en una cantina destartalada: la bebida está helada y por suerte la acidez del sabor a tamarindo contrarresta el sorprendente dulzor.

Una lengua de tierra sobresale hacia las turbulentas aguas: la península está flanqueada a un lado por la desembocadura del río y al otro por la curva parduzca de la bahía. Bajo mis pies hay una capa de duros percebes resbalosos y se nota en el aire un olor desagradable. La playa está desierta a excepción de un chaval de unos dieciocho o diecinueve años que está sentado solo junto a su tabla con la mirada fija en el mar. Dentro hay cuatro o cinco tipos haciendo surf, todos apretujados en el mismo sitio.

Me acerco al chico.

—Hola, me llamo Abby —me presento alzando la cámara en alto—, trabajo para Loney Planet.

Se aparta de los ojos un mechón teñido de rubio por el sol.

—Jason, yo trabajo para Jason y Compañía.

Se ríe de su propia gracia.

—¿Te importa que me siente?

—Por mí, haz lo que quieras.

—¿Qué me puedes contar de este sitio?

—Una de las olas de izquierda más largas del mundo. —Sonríe—. Siempre y cuando estés dispuesto a arriesgar tu salud por una buena ola, claro…

—¿Porqué?

—¿Ves lo sucio que está el mar? Es por las aguas negras. He oído rumores de que hay gente que se ha pillado una hepatitis A o una meningitis por hacer surf aquí. Conozco a un tipo que vio un caballo muerto flotando justo en la rompiente. Y además hay que andarse con ojo con los cocodrilos.

—¿En serio?

—Está documentado, esos cabrones de agua salada que salen al estuario a comerse la carroña. No es un espectáculo muy agradable que digamos…

—¿Tú los has visto alguna vez?

—No, pero en foto sí.

Jason saca un paquete de cigarrillos y me ofrece uno.

—No gracias —le digo—, no soy de fumar mucho.

—Yo tampoco. —Con una mano saca un mechero de plástico y con la otra protege la punta del cigarro y lo enciende—. Mechero resistente al agua —me informa—, el mejor invento del mundo.

—¿Alguna vez has estado en Toes on the Nose? —le pregunto.

Entorna los ojos por culpa del sol.

—No para competir, pero bajo desde Miami todos los años a verlo.

—¿Has venido este año?

Asiente con la cabeza.

—He venido los cuatro últimos seguidos.

—¿Y no habrás visto por casualidad a nadie con una Killer Longboard este último?

Se vuelve para mirarme, mucho más interesado de repente.

—¡Pues sí!: una tabla preciosa, tía. Ya había visto un par hace años en Maui. ¡Lo que daría…!

—¿Te acuerdas del tipo de la tabla?

—Había dos, uno era australiano y el otro americano.

—¿Qué aspecto tenían?

Jason se encoge de hombros.

—De surfistas…

—¿El americano estaba solo?

—¡Vaya si preguntas, tú!

—Quiero comprar una Killer Longboard —le explico al tiempo que le tiendo una de mis tarjetas, pero no la acepta.

Un tipo con un sombrero inmenso de piel imitando a leopardo se acerca caminando por la playa y Jason levanta un brazo para saludarlo.

—¡Qué pasa, cabrón! ¡Te pesa el culo!

—Demasiada gente —responde el recién llegado—, Conan y Perro Baboso se han pillado la zona de impacto. Pensé que igual encontraba hueco entre los dos, he pillado la ola y he encadenado el segundo giro de vuelta, y luego se acabó lo que se daba.

—Bueno, tampoco pasa nada —comenta Jason—. Te presento a mi amiga Lonely Planet.

El amigo de Jason inclina ligeramente el sombrero a modo de saludo.

—Hasta luego —se despide Jason poniéndose de pie para luego sacudirse la arena del trasero.

Lo tiene increíblemente escurrido, de contorno prácticamente inexistente. Agarra la tabla y él y su amigo se marchan al trote hacia el agua. Unos momentos más tarde están ya dentro, remando.

Me paso una semana y media en Barranca hablando con todo el que se digne escucharme. Hay otra persona, el recepcionista del hotel, que se acuerda de haber visto un par de Killer Longboards durante el último Toes on the Nose pero, igual que Jason, no recuerda gran cosa sobre los propietarios.

—No he vuelto a verlos —me dice—, deberías regresar en junio. Esto es muy tranquilo todo el año pero la semana del campeonato se pone de bote en bote.

Le doy las gracias por la información y hago una reserva para esa semana.

—Mientras tanto, si ves a alguien con una Rossbottom ponte en contacto conmigo —añado entregándole mi tarjeta.

—¿Y me llevo algo de comisión?

—Por supuesto.

—De coña. —Se vuelve hacia el televisor donde están poniendo *El escuadrón del amor (The love squad* doblada al español). Por las palabras sueltas que entiendo deduzco que dos hermanos se pelean por la misma mujer—. ¿Has visto esta serie alguna vez? —me pregunta cuando ya voy camino de la puerta—. Está de puta madre.

Trato de no desanimarme por el hecho de que aún falten tres meses para el campeonato. En tres meses, una niña podría morirse de hambre o sufrir terribles abusos; en tres meses, una niña podría morir; en tres meses, puede pasar cualquier cosa.

Capítulo 66

Vuelvo a Playa Hermosa en el autobús de la tarde y mientras contemplo las colinas, las plantaciones de café y las casas de hormigón, un caballo de vez en cuando, las chabolas dispersas, siento una sensación creciente de derrota. Al llegar a Hermosa dejo las cosas en la cabaña y me voy al bar de Sami.

—No ha habido suerte, ¿eh?

—¿Tanto se me nota?

—Lo tuyo no es precisamente poner cara de póquer… ¿Y ahora qué?

—Voy a pasar un par de noches aquí y luego me marcharé a todos esos sitios de los que me habló Dwight. Si no sale nada, volveré a Boca Barranca en junio para el campeonato.

—La encontrarás —me consuela Sami, pero no hay convicción en su voz y no es capaz de mirarme a los ojos al decirlo, y no puede respaldar sus palabras de ánimo con ninguna razón objetiva.

Sé que es el tipo de persona que te dice lo que quieres oír, me la puedo imaginar al teléfono con su novio de Texas, año tras año, prometiéndole que volverá a los Estados Unidos en menos que canta un gallo, diciéndole que lo quiere, que lo echa de menos, que esto no es lo mismo sin él.

Pago por adelantado otro mes de alquiler de la cabaña en Hermosa y desde allí voy haciendo viajes de ida y vuelta en el día o de fin de semana por toda la costa del Pacífico jalonada de largas playas resplandecientes y el ocasional hotel de lujo de vez en cuando, calas escondidas y aldeas diminutas frecuentadas por surfistas, palmerales y campos de arroz. Hago preguntas, le meto mi tarjeta por las narices a cualquiera que me la acepte, a veces pregunto por la tabla y a veces describo al hombre de Ocean Beach: «De estatura media —digo—, tiene un tatuaje de una ola en el pecho. Va en una furgoneta amarilla, seguramente con una mujer rubia unos cuantos años mayor que él».

Voy cambiando la historia según quien tenga delante, a veces el tipo que busco es un hermano con el que perdí el contacto hace mucho tiempo y que ya no se trata con la familia; a veces es mi ex novio y le rompí el corazón pero me he dado cuenta de que no puedo vivir sin él. La historia se hace más descabellada dependiendo de cuánto haya bebido o si he dormido poco. Tengo una versión en la que mi madre necesita un trasplante de riñón y él es el único donante compatible; y otra en la que le debo dinero y como acabo de heredar quiero saldar cuentas; además tengo la de que he encontrado a Jesús y estoy pidiendo perdón a toda la gente a la que he hecho daño de verdad, y él es el número cinco de mi lista. También hay historias variadas sobre la tabla: es el regalo que más ilusión podría hacerle a mi hermano moribundo; trabajo para una importante productora de cine en Los Ángeles y estamos haciendo un documental que dará que hablar, una especie de *The Endless Summer* del nuevo milenio.

Se me está empezando a dar muy bien mentir: puedo mirar a cualquiera a los ojos y contarle cualquier historia, pero mis mentiras no me llevan a ninguna parte. En ocasiones alguien me comenta haber visto una Rossbottom pero los detalles nunca concuerdan con la pareja que estoy buscando y siempre ha sido hace mucho tiempo, o en otro país, o la tabla la vio un amigo de un amigo… Entre todos los rumores no encuentro ninguna pista sólida y trato de apartar de mi mente la idea de que este viaje ha sido una maniobra estúpida, simplemente una distracción prolongada que no me lleva a ninguna parte. No puedo permitirme creer que es así, no puedo aceptar que volveré a casa sin Emma. Todo depende de que la encuentre.

En una ocasión, cerca de Puerto Coyote, me escondo en la maleza a hacer pis junto a un sendero poco transitado y oigo un estruendo en las ramas de los árboles: alzo la vista y me encuentro con una pareja de tucanes con sus cómicos picos amarillos con deslumbrantes franjas anaranjadas y las puntas teñidas de un rojo muy vivo. Esas aves magníficas que en otro tiempo me habrían provocado un verdadero éxtasis fotográfico ahora significan poco para mí: son sólo unos pájaros en un sendero en medio de la vegetación.

En Tortuguero me despierto —literalmente— con el canto del gallo: en este país hay gallos por todas partes, son como un gran despertador nacional. Camino por la playa rocosa observando a las tortugas gigantes que parecen inmensos restos color ocre de un naufragio mientras avanzan lentamente bajo la superficie del mar. En el bosque de detrás de la playa, las ramas de los árboles están infestadas de serpientes y monos aulladores. Esta parte del país es muy bonita, de una belleza inquietante, el tipo de paisaje en el que una persona podría, simplemente, desaparecer sin dejar rastro. Aquí es donde me doy cuenta de la imposibilidad de la misión en la que me he embarcado: incluso si mi cuerpo aún es capaz de seguir, me preocupa estar perdiendo la cabeza poco a poco.

Imagino a Jake en San Francisco, dando sus clases y cenando solo, siempre con la puerta del cuarto de Emma cerrada. Me pregunto si pensará en mí alguna vez o si el esfuerzo de no pensar en Emma le agota las fuerzas y le roba hasta el último aliento. Me pregunto si, de vez en cuando, se acordará de cómo era estar enamorado de mí, estar a punto de casarse conmigo. ¿Alguna vez se dará la vuelta en la cama esperando encontrarme a su lado y se despertará sobresaltado al comprobar que ya no estoy?

Algo que siempre he admirado de él es lo resoluto que es, que cuando toma una decisión rara vez se echa atrás. Ahora, en cambio, esa determinación va en mi contra. Esto es lo que sé: llegados a este punto, no hay nada en el mundo que yo pudiera hacer para recuperarlo; cruzamos la línea cuando me marché de San Francisco.

«No —me digo—, tal vez hay una cosa, un imposible: traerle a Emma de vuelta».

Pienso constantemente en ese momento en la playa, en la sensación de pánico, en el miedo apoderándose poco a poco de mí. Un minuto Emma está ahí y al minuto siguiente ha desaparecido. Entre esas dos realidades —su presencia y su ausencia— hay algo: una cría de foca muerta en la playa, inmóvil, con la piel moteada y una

mirada fija e inexpresiva.

Hay noches que sueño que pongo las manos sobre la foca y ésta vuelve a la vida: transcurren unos segundos durante los que no pasa nada y luego su cuerpo gélido se estremece y empieza a respirar, me mira fijamente con los ojos muy abiertos. En este sueño, aparto la vista del animal para posarla en Emma, que está a unos cuantos metros, caminando hacia mí con el cubo lleno de dólares de arena. En este sueño nunca se alejó, aparto la mirada de la cría, veo a la niña ahí delante y pienso: «¡Qué noche más terrible de pesadillas!». En el sueño me siento tan aliviada que lo digo en voz alta: «¡Ay, pero si no era real, nunca ocurrió!». Emma deja el cubo en el suelo a mis pies y empezamos a inspeccionar los dólares de arena uno por uno.

Capítulo 67

De Tortuguero vuelvo a Hermosa. Sami no tiene novedades: ha estado preguntando por la tabla pero no ha averiguado nada.

—Seguramente tu mejor opción sigue siendo Toes on the Nose —me aconseja—, pero mientras tanto deberías darte una vuelta por la costa del Caribe.

—Dwight dice que no hay mucho surf por esa zona en esta época.

—Cierto, pero la mayoría de los turistas van a Limón en algún momento, a los americanos les encanta. No pierdes nada con probar.

Al día siguiente me vuelvo a marchar. El viaje a Limón dura siete horas. El autobús, que apesta a sudor y cebolla, se para en seco cada diez minutos más o menos para que suba y baje gente. El conductor lleva la radio a todo volumen y los pasajeros tienen que chillar para que los oiga. Al pensar en California me entran ganas de estar allí: me imagino sábanas blancas impolutas y veo la imagen de mi coche, mi cuarto oscuro siempre fresco y con su olor característico a productos químicos. El viaje en autobús me da demasiado tiempo para pensar sobre Emma, sobre Jake, sobre lo absurdo de estar aquí. ¿Cómo puedo pensar que voy a encontrar a una pareja buscándolos yo sola por todo un país? ¿Y si esta pareja en cuestión —como el hombre del Chevelle naranja, como el cartero, como Lisbeth— no es más que otra pista falsa, una más en una larga lista de «intrusos» que me distraen de mi verdadero camino? Cuando estoy sola, me resulta demasiado fácil dudar de lo que estoy haciendo, demasiado fácil creer que Jake lleva razón, que mi búsqueda interminable no tiene sentido.

Voy leyendo *El cinéfilo*. Entiendo por qué le gusta tanto a Nick: es la historia de un hombre melancólico que busca y busca pero nunca encuentra realmente lo que está buscando; va al cine; sale con secretarias y se casa con su prima. Habla mucho de lo que llama «el malestar» y entiendo perfectamente a qué se refiere.

En Limón alquilo por una semana una habitación tirada de precio en el centro de la ciudad y doy vueltas por los bares impregnados de olor a almizcle. La gente de Limón habla inglés con un acento tan fuerte que casi no los entiendo. Los sones de calipso que inundan las calles marcan el ritmo del lenguaje y la ciudad está llena de apuestos jamaicanos a la conquista de las americanas. Empiezo a enseñar los retratos robot de la pareja por ahí, a preguntar si alguien los ha visto. Limón tiene una atmósfera muy diferente a la de los pueblos de la costa del Pacífico: no es una comunidad cerrada sino más bien una jungla urbana; la gente echa un vistazo a los retratos y se encoge de hombros, y a veces me miran como si me hubiera vuelto loca.

Todos los días me ofrecen costo, cocaína y heroína decenas de veces. Voy por la calle ignorando los silbidos y los comentarios ininteligibles, esquivando a los galanes locales que se ofrecen a dormir conmigo bajo las palmeras por veinte dólares. En otro tiempo, todo esto me hubiera aterrorizado, me habría asustado leer las advertencias de las guías de viajes y los expatriados que viven aquí, pero ahora siento que tengo

muy poco que perder.

Y entonces, una noche, mientras espero a que aparezca un taxi para volver al hotel, se me acerca un desconocido: el hombre mira a su alrededor para asegurarse de que estamos solos y acto seguido me pone una navaja en la garganta y me empuja a un callejón.

—Nada de gritos —me ordena apretando el filo contra mi piel mientras me susurra obscenidades al oído y manosea febrilmente mis caderas.

El aliento le huele a tequila y la camisa mugrienta a sudor. El corazón me late desbocado y siento el tacto cálido de la hoja de la navaja en el cuello; no es un tacto frío como siempre había imaginado. Al cortar un tirante del vestido me hace un arañazo en la piel y luego se pone a forcejear con la cremallera de sus pantalones en medio de su borrachera. Tomo consciencia de que este hombre va a violarme y me sorprende no sentir pánico. Una parte de mí quiere resistirse y salir corriendo, pero otra simplemente desea rendirse. Una parte de mí cree que las cosas, de algún modo, sencillamente han llegado hasta aquí.

Pero entonces noto algo caliente y húmedo en la cara y me doy cuenta de que el hombre me está besando. Su aliento apesta y su gruesa lengua apretándose contra la mía me da ganas de vomitar; su reacción es hundir la suya aún más en mi boca. «Si muero aquí —pienso—, nadie encontrará a Emma jamás. Si muero aquí, nunca conoceré al bebé de Annabel».

—¡SIDA! —le grito en inglés confiando en que me entienda, y luego lo repito más alto todavía al tiempo que le doy un empujón—: *¡Yo tengo SIDA!* —consigo decir en español.

El echa la cabeza hacia atrás, suelta una carcajada para después arrastrar el filo de la navaja por mi garganta descendiendo luego por mis senos, y por fin me suelta; me arranca el bolso y se aleja trastabillando.

—¡Has tenido suerte hoy, gringa! —me dice volviendo la cabeza por encima del hombro—, la próxima vez no tendrás tanta suerte.

Salgo corriendo a una calle abarrotada. Noto en la cintura el roce de la bolsa estilo faldriquera que llevo debajo del vestido —el hombre estaba tan borracho que ni la ha notado— y en la que está todo cuanto tengo de valor: dinero y pasaporte. Por suerte me dejé la cámara en el hotel. Temblando aún, consigo parar un taxi.

Me quedo de pie bajo el agua en la diminuta ducha durante un largo rato y me parece notar todavía el tacto de esos dedos toscos en la piel. Siento más ira que miedo porque, a fin de cuentas, yo soy adulta y por tanto supuestamente capaz de defenderme, pero ¿y si hubiera sido una niña?, ¿qué habría hecho?

Recojo mis escasas posesiones y me tiendo en la cama sobre las sábanas a esperar a que amanezca. Los niños de la habitación de al lado están llorando y se oye una voz femenina tratando de apaciguarlos con palabras suaves y la de un hombre que grita. A la diatriba le sigue un golpe seco; la madre llora; otro golpe; y después silencio.

Me imagino a alguien golpeando a Emma; y cosas peores.

Me siento al borde de la cama con el corazón latiéndome a toda velocidad. Las imágenes del asalto se repiten en mi cabeza una y otra vez. Estoy tentada de volver a casa, de subirme al próximo avión a San Francisco para estar de vuelta mañana mismo en esa ciudad familiar con su niebla también familiar. Podría ir en taxi a mi apartamento y una vez allí darme un largo baño; podría dormir en mi propia cama y despertarme con los sonidos familiares del tráfico; podría buscar en mi armario bien ordenado una camisa y unos pantalones limpios, vestirme mientras escucho mi cede favorito —tal vez el de grandes éxitos de Al Green—, y luego podría llamar a la puerta de Nell y tomarme una taza de café bien cargado con ella.

Tengo que recordarme constantemente que estoy en este país por una razón y que, por esa misma razón, no puedo volver a casa.

Al final amanece por fin, se desvanecen las sombras y me llega el olor a beicon frito desde la calle. Dejo la llave en el mostrador de recepción, tomo un taxi hacia la estación de autobuses y me subo en el primero que sale para San José. Esa misma tarde, a última hora, después de un trasbordo y un largo viaje por carreteras sin asfaltar llenas de baches llego otra vez a Playa Hermosa. Sami acaba de salir del trabajo; nos vamos a la playa con un par de cervezas frías y nos sentamos en la arena mientras oscurece a contemplar a los surfistas saliendo del agua: sus esbeltos cuerpos empapados resplandecen a la luz del sol. Todos llevan «el invento» al tobillo para no perder la tabla en el mar: una especie de cordón umbilical en versión acuática. Incluso en grupo como ahora, todos y cada uno de ellos dan la impresión de estar completamente solos, con la tabla agarrada a un costado como una extensión de su propio cuerpo. No puedo evitar envidiarlos por la paz que parecen encontrar en su soledad.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —pregunto en voz alta—. Esto es una locura, no puedo seguir así para siempre.

—Eso mismo me dije yo hace siete años cuando me mudé.

—¿Crees que me estoy engañando a mí misma?

Sami estira sus bronceadas piernas en la arena.

—No lo sé.

La verdad es que yo tampoco lo sé pero, en cualquier caso, sigo mirando todas las tablas y escudriñando cada rostro. Constantemente, de una costa a la otra, en tierras altas y en humedales de costa, en bosques pluviales y nubosos, de día y de noche, siempre tengo presentes unas imágenes, las capas de fotografías mentales que impulsan esta búsqueda interminable: una furgoneta amarilla; una tabla con una rana dorada en el centro; un hombre apuesto con un tatuaje de una ola rompiendo sobre su pezón izquierdo; una mujer rubia con rostro ajado de fumadora, envejecida prematuramente. Llevo los retratos robot en la mochila y por las noches los estudio, memorizando hasta el último detalle de las facciones.

Y Emma, siempre Emma. En mi cabeza veo variaciones infinitas del rostro que conozco de memoria. Igual que un retratista cuyo trabajo es ir añadiendo años a la

cara de un niño desaparecido, añado elementos que podrían alterar la imagen de las fotografías: la piel tostada por el sol, un corte de pelo estilo paje, unas largas trenzas, una gorra de béisbol… Le pongo y le quito peso, me imagino los cambios que podrían haberse producido en el contorno suave de su rostro tras meses de preocupación y miedo. Le pongo marcas: una fina línea blanca en la mejilla, un corte que le ha dejado una larga cicatriz abultada en el brazo, una rozadura tremenda en la barbilla.

Vuelvo a las mismas ciudades una y otra vez, hago las mismas preguntas, veo las mismas caras. La busco por todas partes. Me despierto cada día con la frágil esperanza de que tal vez la encuentre y eso es lo que me impulsa para llegar a la noche, lo que me saca de la cama y me arrastra a la luz del sol. Es con esa posibilidad en mente con lo que soy capaz de comer, dormir y ducharme.

Cada día es un microcosmos, una instantánea en miniatura de la búsqueda. Cada día comienza con convicción y confianza: convicción de que estoy siguiendo la senda correcta, confianza en que la encontraré pronto gracias a una mezcla de lógica y perseverancia. A medida que el día va tocando a su fin, mi confianza se desvanece. Para cuando cae la noche, estoy llena de inseguridades y me acuesto preguntándome si Costa Rica no tendrá más qué ver con mi propio deseo de escapar que con la búsqueda de Emma.

Todas las noches, cuando me deslizo bajo las ásperas sábanas de alguna cama extraña, mi esperanza mengua un poco, cada instante llega un poco más tarde. Todos los días, su cara se vuelve algo más borrosa.

De noche, en medio de la oscuridad de la habitación, veo el mar en blanco y negro. Lo único que puede distinguirse desde mi ventana es el blanco de la espuma de las olas formando largas líneas que se expanden desde el centro. Esa blancura surge de un mar oscuro; no hay color, ni luz, ni forma de que el ojo juzgue lo que está y no está ahí.

Capítulo 68

Día 278. Volcán Poas. Me encuentro al borde del precipicio del cráter mirando fijamente una nube. En el interior del cráter no veo nada más que una masa blanca, unas profundidades blancas y rotundas, de un blanco tan intenso que tengo la sensación de haber llegado al fin del mundo, o tal vez al principio. Es un blanco que no dista demasiado del de la niebla de San Francisco: opaco e impenetrable.

El aire es denso y huele parecido al huevo podrido. Bajo la nube, me cuentan que hay una pequeña laguna de color turquesa con el agua en ebullición. En 1989, la laguna del cráter se fue filtrando poco a poco hasta desaparecer y los investigadores encontraron una balsa de azufre líquido de casi dos metros de diámetro, la primera de esa clase que jamás se haya observado en el planeta. Los volcanes de este tipo son comunes en Ío, la resplandeciente luna de Júpiter.

No puedo resistir la tentación de asomarme por la barandilla e inclinarme hacia el abismo. Siento algo en mi interior, una sensación imposible de nombrar ni describir; es como si el mundo se abriera ante mí y el tiempo desplegara sus alas. Un desarme peligroso.

Me acuerdo de Jake, de rodillas junto a la cama con la cabeza baja, moviendo los labios en silencio al tiempo que con los dedos va pasando las cuentas del rosario. ¿Es esto entonces? ¿Es esta sensación lo que experimenta él durante esos largos momentos de oración silenciosa? ¿Esta rendición, este olvidarlo todo?

Sin embargo, no olvido más que por un instante: mientras bajo por el sendero cubierto de cenizas dejando atrás bromelias que son el cuádruple del tamaño de mi mano, árboles de troncos retorcidos y colibríes de plumaje rojo en el pecho, dejando atrás niños parlanchines de excursión con el colegio y grandes familias bulliciosas, voy pensando —de nuevo— en la búsqueda. Voy pensando en que no ha conducido a nada: no hay niña; no hay respuestas. Nada.

El filósofo y científico alemán Hermann Ebbinghaus fue el primer investigador que, en la década de los setenta del siglo XIX, adoptó un enfoque experimental para estudiar la memoria. Rechazado por la comunidad científica predominante, trabajó solo teniéndose a sí mismo como único objeto de estudio y finalmente publicó el ahora clásico *Sobre la memoria*. El estudio culminaba con su famosa curva del olvido que mostraba lo rápidamente que se evaporan los recuerdos: el 56 por ciento de la información aprendida se olvida en la hora siguiente a haber sido codificada; al cabo de un día, otro 10 por ciento desaparece; en un mes, el 80 por ciento se ha esfumado.

¿Cuánto tardaré en olvidar ese día en Ocean Beach? ¿Cuántos años tendrán que pasar para que el sonido de las olas no me recuerde esa cosa terrible que he hecho? He intentado con todas mis fuerzas recordar cada detalle de esa mañana, pero me gustaría creer que llegará el día en que no me atormente la imagen de Emma con su cubo amarillo en la mano alejándose de mí.

Capítulo 69

Llevo dos meses en Costa Rica y ya me he aclimatado. A veces San Francisco me parece parte de un pasado lejano, de otra vida. Jake y yo sólo hemos hablado una vez desde que llegué. Lo he llamado más de doce veces pero siempre salta el contestador y, en todas esas ocasiones, me lo he imaginado sentado en la cocina corrigiendo exámenes, escuchando mi voz y no contestando al teléfono. Intento no imaginarme a Lisbeth sentada a su lado.

Hace unos pocos días llamé de madrugada: lo debo de haber pillado desprevenido porque respondió:

—¿Diga? —lo oí decir con la voz teñida de aprensión y no pude evitar preguntarme si, medio dormido como estaba, su mente no habría dado un salto de vuelta al pasado y, en ese momento de semiinconsciencia, tal vez hubiese creído que podía ser una llamada acerca de Emma.

—Soy yo.

—¿Cómo?

—Soy yo, Abby.

Una larga pausa.

—Hola.

—Siento llamar a estas horas pero es que no resulta nada fácil dar contigo.

—He estado muy liado.

No había interferencias en la línea, sólo su voz, profunda y aterciopelada, exactamente como la recordaba.

—Se te oye igual de bien que si estuvieras aquí —comenté.

—A ti también.

—Ojalá… —seguí hablando yo—, ojalá estuvieras aquí, al lado quiero decir.

—Abby…

—Sólo quería que supieras que te echo de menos.

Lanzó un suspiro.

—¿Dónde estás?

—En Tamarindo. Es muy bonito.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Voy tirando.

Todas esas veces que lo llamé y no conseguí hablar con él, sabía exactamente lo que le diría: que todavía estaba enamorada, que todavía quería compartir mi vida con él. Le diría que estaba a punto —pero muy a punto— de volver a casa. Pero cuando lo tuve al otro lado de la línea se me quedó la mente en blanco. Pude oír cómo salía de la cama, caminaba descalzo por la habitación hasta el baño y levantaba la tapa del inodoro; me imaginé el cuarto de baño con su espuma y su cuchilla de afeitar colocadas pulcramente en la estantería que hay encima del lavabo, me vinieron a la

mente las toallas azules colgadas de la barra de la ducha. Lo oía hacer pis y la intimidad de ese sonido me desarmó por completo.

—Tienes que hablar conmigo —le dije incluso a pesar de que nada más hacerlo supiera que no tenía derecho a pedirle semejante cosa, que lo que compartíamos había dejado de existir en Ocean Beach en el preciso instante en que aparté la vista.

Yo sabía que con su intento de reconciliación de la víspera de marcharme a Costa Rica se había mostrado mucho más generoso de lo que sería capaz la media de los hombres.

—Lo siento —me respondió—, pero de verdad que tengo que dormir un rato.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Volví a llamar pero no descolgó el teléfono.

Capítulo 70

Día 304. Playa Hermosa. Ahora la larga playa de arena gris rodeada de roca volcánica y bosque tropical me resulta tan familiar como Ocean Beach. La voz de Annabel al teléfono:

—¿Cuándo volverás a casa?

—Pronto.

—¿Cómo de pronto?

Un cangrejo de arena diminuto avanza apresuradamente por el suelo de baldosas de la cabina telefónica.

—Tengo una mascota —le comunico a mi hermana. El cangrejo se topa con mi pie y empieza la escalada por el dedo gordo—. ¿Te acuerdas que solíamos coleccionar cangrejos de arena cuando íbamos a la playa y que los atrapábamos con tarros de cristal? Nunca conseguíamos mantenerlos vivos más de unos días, por muy bien que cuidáramos de ellos.

—Me preocupas —responde Annabel—. ¿Qué hay de tu trabajo? ¿Qué hay de toda la gente que te quiere y está aquí? Tu nuevo sobrino va a nacer dentro de ocho semanas.

—Ya sabes que eso no me lo perdería por nada del mundo.

—No, no lo sé —me contesta—, siento como si te estuviera perdiendo. Ya casi ni hablamos.

—Hoy he estado mirando el calendario —me defiendo yo.

—Ya, cuesta creer que ya haga casi un año.

Un año que Emma se ha pasado sola, o muerta, ¡Dios sabe!

—He tomado una decisión —continúo hablando yo—, y ya me odio por ello, pero el hecho es que no sé qué más puedo hacer.

Annabel deja escapar un gritito.

—Me ha dado una patada. Cada vez está más inquieto ahí adentro. Tendrías que verme, parezco un globo.

—Voy a volver a casa después del Toes on the Nose.

Casi puedo ver la sonrisa de mi hermana.

—¡Gracias a Dios!

Incluso en el momento en que estoy haciendo esa promesa a Annabel no puedo evitar pensar: «¿Y ahora qué?». La búsqueda se ha convertido en una parte tan integral de mi vida que no consigo imaginarme pasar un solo día sin dedicarme a ella de algún modo. El trabajo sólo puede ocupar un número limitado de horas, comer y dormir únicamente llenan algunas más. No concibo tener una hora libre y pasarla haciendo algo frívolo como ir de compras, al cine, o reunirme con los amigos para tomar unas copas. No me puedo imaginar una hora de mi vida en que no tenga presente la idea de salvar a Emma —ese objetivo supremo e inalcanzable—, una hora en la que sencillamente esté viva y tranquila, continuando con las rutinas diarias de

mi existencia como si nada.

Capítulo 71

Día 329. Estoy cruzando otra vez el puente de los caimanes al norte de Jaco y siento más miedo que esperanza: después de esto, ya no sé dónde ir; si no consigo encontrar lo que busco, tendré que aceptar que no lo encontraré en ninguna parte.

A la entrada de Boca Barranca hay una inmensa bandera que dice «Bienvenidos a Toes on the Nose». El recepcionista del hotel no mentía: hay tal multitud que el lugar está irreconocible, con coches, bicis, autobuses y gente por todas partes. Se respira una atmósfera de carnaval, el volumen de las radios está alto, los vendedores ambulantes anuncian sus chucherías, las chicas de la localidad se han sentado a la sombra a hacer trencitas en el pelo por tres dólares americanos…

A las tres de la tarde el autobús nos deja a mí y a otra docena de visitantes en el hotel. Espero mi turno durante casi una hora.

—Has vuelto —me saluda el recepcionista al tiempo que desliza la llave hacia mí por el mostrador—. No pensé que volverías, estuve tentado de cancelar tu reserva.

—Yo tampoco he tenido noticias tuyas —le contesto.

—He mantenido los ojos bien abiertos pero esos dos tipos de las Rossbottom no han vuelto a aparecer por aquí. Igual tienes suerte esta semana. Este año hay más participantes que nunca.

Voy hasta mi habitación a ponerme un pareo y un top y luego me marcho directamente a la playa con la cámara al hombro. El campeonato no empieza hasta mañana pero ya hay mucho movimiento y un ambiente de fiesta: han montado un par de carpas con disyóqueis y la música retumba por los altavoces. Hay tipos vendiendo boletos para una rifa, chicas en bikinis de color fucsia regalando unos CD, ticos asando pollo para venderlo a los surfistas, bares improvisados donde tomar una cerveza o un cóctel, incluso un par de equipos de filmación de la de televisión costarricense y americana además de unos cuantos fotógrafos solitarios.

Doy una vuelta perdiéndome entre la muchedumbre con la cámara en la mano. Como siempre, voy mirando las caras, esperando, confiando, con todas las terminaciones nerviosas en tensión ante la remota posibilidad de que Emma esté aquí. Escudriño hasta el último rostro, parándome aquí y allá para hacer alguna foto. La gente es amable, está borracha y por tanto se muestra muy accesible.

—Estoy buscando una Killer Longboard —le cuento a una chica que ha venido para competir en la categoría femenina de *longboard* clásico—, ¿has visto alguna?

—No, pero la verdad es que no me he fijado, estaba pensando en mañana.

Otro fotógrafo se me acerca: lleva una camisa hawaiana desabrochada hasta la cintura y unos pantalones cortos que no son de su talla.

—Me llamo Louis —se presenta tendiéndome la mano.

—Abby.

—Estoy haciendo un reportaje para *Surfing Magazine* —me informa al tiempo que alza ante mis ojos la identificación plastificada—. Tú no llevas identificación —

añade tras lanzar una mirada rápida a mi pecho—. ¿Has venido por libre?

—Lonely Planet. Estamos haciendo una guía internacional de surf.

—¡Joder, vaya bomba! Pues yo tengo algunas fotos buenas del campeonato de Siargao, ¿crees que les interesarán?

—Puede ser, deberías llamar y preguntar.

Durante el resto de la tarde y buena parte de la noche me paso ratos sentada en la playa y otros caminando sin rumbo fijo entre la gente. Al anochecer los surfistas salen del agua y la fiesta en la playa continúa. La música sube de volumen, la multitud se vuelve más ruidosa. Todo el mundo está borracho y el ambiente es muy distendido, todo el mundo es tan joven que ya me resulta hasta ridículo y me ofrece cervezas que acepto encantada. Me aprovecho de la amabilidad de otros para preguntar si han visto a un tipo con un tatuaje de una ola en el pecho, si han visto a una niña de aproximadamente esta altura que responde al nombre de Emma.

A eso de las diez de la noche un tipo que no debe de tener más de veintidós años se sienta a mi lado en la arena, le quita la chapa a la botella fría de cerveza Imperial que trae en la mano y me la da.

—¿De dónde eres, hermana? —me pregunta arrastrando las palabras.

—De San Francisco, ¿y tú?

—De Idaho.

—Estás muy lejos de casa.

—Lo mismo que tú —me responde—. ¿Quieres que pasemos la noche juntos? Estoy en una cabaña cojonuda al lado de la playa. Y tengo una maría de primera. Además, según me han dicho soy un amante considerado. Me llamo Thor, por cierto, como el de los vikingos.

—Gracias por la oferta pero no, gracias.

—Insisto en que te lo pienses mejor.

Ahora se me ha acercado y noto su aliento fresco en la cara. Está moreno, es guapo y esbelto, y tiene unos labios muy sensuales.

La cerveza se me ha subido un poco a la cabeza pero no lo suficiente como para hacer semejante estupidez así que le contesto:

—¿Cuántos años tienes?

Sonríe.

—Los suficientes.

—Estoy segura de que harás muy feliz a alguna chica esta noche pero me temo que a mí ya hace rato que se me pasó la hora de acostarme. Y a ti también, si vas a competir mañana.

—El surf es como conducir —me responde—, se me da mejor borracho.

Me pongo de pie para marcharme y me agarra de los tobillos.

—No sabes lo que te pierdes.

De vuelta en mi habitación me tiendo en la dura cama bajo unas sábanas que no dan la sensación de estar limpias y caigo en un sueño intranquilo. Mañana. Sí,

mañana.

Capítulo 72

Para cuando salgo a las ocho de la mañana al día siguiente ya hay actividad en la playa. Los grupos de surfistas han montado sus campamentos con sombrillas de vivos colores bajo las que hay neveras portátiles y banderolas con los nombres de los respectivos clubes de surf. Varios ya están metidos en el agua calentando. Extiendo la toalla junto a la torre de los socorristas y me instalo. Mis suministros incluyen tres botellas de agua, un sandwich de queso, la cámara y unos prismáticos que me compré hace un par de semanas en Playa Hermosa y que uso para ver la rompiente pero, incluso con el aumento, esos tipos de ahí fuera se mueven demasiado rápido para poder echar un buen vistazo a las tablas.

—¡Fíjate! —me comenta el socorrista—. ¡Olas largas de medio metro que abren y además rompen en los dos picos de la playa, esto va a estar bien!

—¡Ya lo creo! —le respondo—. ¿A qué hora empieza la primera ronda?

—En treinta minutos; los jueces lo están preparando todo —me informa señalando con la cabeza hacia una mesa larga situada en la arena a escasos doscientos metros.

Hay tres jueces: todos van a pecho descubierto y uno lleva un sombrero de vaquero.

Me siento, observo y espero. La bruma matutina se va despejando y el sol empieza a calentar. Para las diez la playa está abarrotada. Los surfistas se apresuran a colocarse en la rompiente y luego a medida que se van anunciando los resultados se los ve chocando esos cinco; durante la segunda ronda hay un tipo que le dedica un saludo al público justo antes de que la ola lo envuelva.

Es como una enorme conferencia universitaria: todos están con resaca de la noche anterior pero, en cuanto entran en el agua, ponen toda la carne en el asador. Si hubiera venido a Boca Barranca por cualquier otra razón que la que me ha traído hasta aquí, realmente lo habría disfrutado mucho. Me acuerdo de todas esas mañanas durante mi último año en el instituto en que Ramón me recogía en el 7-Eleven que había al otro lado de la calle y en vez de ir a clase me marchaba con él en coche a Gulf Shores. Pasábamos el día en la playa y luego yo volvía a casa a última hora de la tarde, quemada por el sol y con alguna copa de más y me deslizaba sigilosamente hasta mi habitación sin que mis padres me vieran. Incluso entonces ya entendía que aquéllos eran días perfectos, un tesoro. El matrimonio de mis padres me había enseñado que el amor entre adultos era diferente: el que compartían mis padres tenía algo de iracundo y despiadado. Luego Ramón murió y vinieron unos años de relaciones que no llevaban a ninguna parte, en las que las piezas simplemente no encajaban. Y después llegó Jake: antes de conocerlo, había llegado al punto de olvidarme de que el sexo pudiera ser algo tan fantástico, de que las conversaciones pudiesen fluir con tal facilidad.

—Se te da muy bien hablar —le dije una vez después de escucharle un directo de

media hora sobre mecánica cuántica.

—Y a ti escuchar —me respondió.

A mediodía le dejo la toalla al socorrista para que me la guarde y me voy a dar una vuelta por la playa. Thor, el de ayer por la noche, está de pie junto a uno de los bares improvisados bebiéndose un tequila.

—¿Lo mejor para la resaca es seguir bebiendo? —bromeo yo.

—¡Y tanto que sí! —me contesta él, aunque me doy cuenta perfectamente de que no me reconoce.

Pido un Bloody Mary y me paseo entre las carpas observando las caras, los torsos, las tablas… Después de cuatro meses estudiando tablas de surf todos los días soy capaz de reconocer unas cuantas marcas y modelos: la Hobie Vintage 9′ 6″ con la cola en V; la bonita Robert August 9′ 6″ What I Ride, azul y amarilla con una quilla de diseño en fibra; el modelo Freeth 10′ 6″ de Malibu Longboards bautizada en honor al primer surfista de California. Pero no veo ni una Rossbottom.

Vuelvo a la toalla y me siento a ver la siguiente ronda. De repente hay mucho barullo en la playa y todo el mundo se agolpa en la orilla.

—¿Por qué se ha montado tanto lío? —le pregunto al socorrista.

—Ése es Rabbit Kekai —me informa señalando a un surfista solitario que va remando hacia la rompiente.

Hace unos minutos había una veintena larga de tipos en el agua y ahora está él solo.

—¿Y dónde se han metido los demás?

—Le están dando espacio. Como muestra de respeto. Rabbit es el surfista de *longboard* vivo más famoso del mundo. ¡Joder, el surfista vivo más famoso! Empezó a hacer surf en Waikiki a los cinco años, aprendió con los grandes como Duke Kahanamoku y Tom Blake. Ahora tiene ochenta y cuatro años y todavía es capaz de dejar en ridículo a cualquiera de esos otros.

Hasta yo me doy cuenta de por qué Rabbit Kekai causa semejante conmoción: da la impresión de que el agua es su elemento natural, que son uno; no lucha con las olas como hacen los más jóvenes sino que fluye con ellas. Es una maravilla contemplarlo, incluso para alguien como yo que no entiende gran cosa.

Media hora más tarde anuncian la siguiente ronda y el mar se vuelve a llenar de competidores. Una vez más, camino por la playa arriba y abajo, buscando. Por fin la veo bajo una inmensa sombrilla azul, imponente con sus tres metros y medio de alto y resplandeciendo a la luz del sol. El dueño está de pie al otro lado sujetándola con una mano; no le veo la cara ni el cuerpo, sólo asoman una pierna y un pie enterrado en la arena. Me acerco despacio con la mirada fija en la rana, sin atreverme a creer lo que ven mis ojos. El corazón me late desbocado, de hecho puedo sentir su movimiento y el bombeo frenético dentro de mi pecho.

Estoy ya a un metro y pico y no cabe la menor duda de que es una Billy Rossbottom: tiene la firma grabada en la cola, una erre minúscula y una floritura en la

eme final. Varios tipos y un par de chicas están en grupo alrededor, charlando con el dueño cuyo rostro sigo sin poder ver. Noto que me fallan las piernas.

Las olas rompen con gran estruendo, el sol calienta de forma implacable. Miro a mi alrededor tratando de concentrarme. Hay unos cuantos niños cerca: escudriño sus rostros y los miro a los ojos pero todos son demasiado jóvenes o demasiado mayores, ninguno es Emma.

Doy otro paso. La mano se mueve y la tabla gira hasta quedar de perfil permitiéndome ver al hombre que la sostiene y ahora la acaricia con la mano mientras habla con los demás. Y entonces estoy de pie frente a él, aguantando la respiración mientras lo miro a la cara.

Cabello: castaño.

Ojos: marrones.

Estatura: alto.

Tatuajes: ninguno.

Acento: australiano.

Un solo vistazo a su cara, a su torso, y sé que no es él. No es el hombre de Ocean Beach, sólo un tipo que tiene una Killer Longboard.

La playa empieza a dar vueltas a mi alrededor, la cámara se desliza por mi hombro y de repente estoy sentada en el suelo, sollozando igual que una cría, igual que una loca. Y me están mirando fijamente ese hombre que no es el hombre, y esos niños que están detrás de él y no son Emma.

Veo una mano tendida delante de mí; una mano inmensa, una cara amable.

—¿Estás bien, princesa?

Acepto su mano y tira de mí para levantarme.

—Lo siento —me disculpo—, debe de ser por tanto sol. Estoy bien.

Capítulo 73

—Casey López. Corona, California. 5 de junio de 1971. Doce años.

—Benjamin Jent. Lexington, Carolina del Sur. 6 de junio de 1986. Cuatro años.

—Miles Sevreva. Las Vegas, Nevada. 16 de febrero de 1992. Tres años.

—Joseph Moore. Welch, Oklahoma. 30 de diciembre de 1999. Dieciséis años.

—Tyrone Johnson. Chicago, Illinois. 6 de julio de 2001. Diez años.

—Jimmy Schadler. Chicago, Illinois. 6 de julio de 2001. Tres años.

—Ashley Rubin. Bridgeport, Connecticut. 7 de noviembre de 2001. Once años.

—Grace Costa. San Diego, California. 25 de abril de 2002. Dos años.

—Twyla Chandler. Richwoods, Missouri. 6 de octubre de 2002. Once años.

—Melissa Berquist. Saint Louis, Missouri. 11 de junio de 2003. Nueve años.

—Angela Simpson. Houston, Texas. 16 de noviembre de 2004. Ocho meses.

—Lily Taylor. Reno, Nevada. 21 de abril de 2005. Cuatro años.

Esa noche, en la habitación del hotelucho de Boca Barranca, no puedo dejar de pensar sobre dónde estarán esas niñas, esos niños, esos adolescentes, esa larga procesión de desaparecidos. Un momento están aquí a tu lado —en el supermercado, en el centro comercial, en el parque, en la gasolinera, en la playa— y al siguiente ya no están. Es fácil encontrar los nombres y las fechas, el lugar donde fueron raptados y la edad que tenían, pero falta la información esencial: su paradero actual y si están vivos o muertos.

Los meses de búsqueda no sirven para nada: ni la más ligera pista. Parece como si pudieran estar en cualquier parte, como si las células y la piel de que están hechos sencillamente se hubieran evaporado. Pero las leyes de la física exigen que de hecho estén en algún sitio, con o sin vida. Debe de quedar algún rastro de su paso por este mundo. Los desaparecidos no se marchan del todo, simplemente se marchan de tu lado.

Y Jake. No puedo dejar de pensar en Jake, en sus manos que huelen a tiza y a goma de borrar; en sus sandalias con olor a cuero y agua de mar cubriendo unos pies pálidos y esbeltos; en su pecho y el vello oscuro y grueso que yo solía sentir rozándome la mejilla por las noches; en su aliento por las tardes cuando iba a buscarlo a la salida de clase, que olía a la menta del chicle mezclada con manteca de cacahuete del sandwich que se había tomado para comer. Pienso en Jake a ráfagas, como en muestrarios fotográficos, nunca todo a la vez. Pienso en las partes pero no en la suma de todas ellas y sé que jamás encontraré la misma amalgama maravillosa en ningún otro hombre.

Hace tanto calor que me he destapado del todo y los mosquitos no me dan tregua. No llevo nada encima aparte de la ropa interior, y tengo un paño húmedo en la frente y otro en el estómago. Oigo al guardia de seguridad haciendo la ronda por los pasillos, los golpes cadenciosos de sus botas sobre el cemento. Hay gente de fiesta en las habitaciones de al lado. En la que está puerta con puerta, una pareja hace el amor.

Son las ocho de la tarde en San Francisco. Me imagino a Jake sentado en el sillón forrado de cuero frente al televisor mientras oscurece fuera, con el volumen apagado para poder inventar él los diálogos: solíamos jugar a eso, poníamos en boca de las rubias voluptuosas y los cachas de gimnasio de las series de moda comentarios y frases ingeniosas y sesudas. Por ejemplo, si salía una pareja en un jacuzzi y ella era una veinteañera envuelta en vapor luciendo un minúsculo bikini y hablando a mil revoluciones por minuto, Jake la ponía a citar a Hegel. Y además él hacía la voz de las mujeres y yo la de los hombres. Los gorilas de discoteca recitaban a Muriel Rukeyser, los polis se soltaban la melena comentando la obra de Diebenkorn.

Echo de menos ese juego y las largas noches de conversación. Echo de menos todo de Jake, más de lo que jamás creí posible. En mis momentos de mayor debilidad me pregunto si acaso no habré vuelto a hacerle daño por el mero hecho de venir a Costa Rica en vez de quedarme con él y, cuando eso ocurre, saco las fotos de Emma. Miro su cara y trato de recordar su voz, y leo los nombres de la lista de niños desaparecidos que tengo apuntada en la libreta. Lo que más espeluznante resulta no son los nombres sino las fechas, que se remontan décadas. ¿Dónde estarán ahora sus padres, tíos, tías y abuelos, los amigos que los quisieron? Detrás de cada caso sin resolver debe de haber una inmensa trama de desconsuelo, varias vidas que se detuvieron en seco el día que esos niños desaparecieron. Cada niño desaparecido es el recuerdo más doloroso de alguien, el punto de referencia más significativo en la vida de alguien. Por cada nombre hay otra persona, anónima, que espera que ese niño vuelva a casa.

Capítulo 74

—¿Y? —me pregunta Annabel.

—No estaba, claro que no estaba. Todo el mundo tenía razón. Se acabó.

—Lo siento mucho.

—¿Sabes una cosa? Verdaderamente estaba convencida de que conseguiría dar con ella. ¿Te acuerdas de mi último año de universidad cuando viniste a ver mi exposición de fotografías en el local de la liga de estudiantes?

—Claro que me acuerdo.

—Hay una cosa que nunca te he contado: fui la última de mi clase a la que le dieron una exposición. La última del todo. Todos los demás hicieron las suyas durante el semestre de otoño pero mi profesor pensó que yo no estaba preparada. Al final, la única razón por la que me dejó hacerlo fue que durante tres meses me pasé todas las noches en el cuarto oscuro, horas después de que todos se hubieran ido a dormir, trabajando como una mula. Y entonces, con el tiempo, empecé a hacer algo propio y conseguí que funcionara a base de pura cabezonería. Soy consciente de que jamás poseí un talento especial, de que mi arte siempre ha sido otra cosa: la testarudez. Siempre me funcionó y creí que esta vez también resultaría, que si estaba lo suficientemente decidida y me mantenía así durante el tiempo suficiente la encontraría.

—Has hecho todo lo humanamente posible —me consuela Annabel.

—No ha sido suficiente.

—¿Desde dónde llamas?

—Playa Hermosa. Estoy haciendo las maletas.

No derramo una sola lágrima. Ya no me quedan. Hasta la ira ha desaparecido. Lo único que permanece es el espacio árido y baldío, es este anhelo que nunca se desvanecerá. Este sentimiento de culpa.

—Vuelve a casa —me pide mi hermana.

—La semana que viene.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaré de vuelta la semana que viene sin falta. Es sólo que tengo pensado bajar hasta Manuel Antonio un par de días.

—No deberías estar sola. Vuelve a casa.

—Se supone que es precioso, sería una locura que, después de haber venido hasta aquí, me marchara sin conocer la mayor atracción del país.

—Ya la verás en otro momento.

—Necesito hacerlo, necesito despejar la cabeza.

—Ya hemos elegido nombres —me cuenta Annabel—. Si es niño se llamará Miles y si es niña Margaret.

—Muy bonitos.

—Y, con tu bendición, claro, nos gustaría que su segundo nombre fuera Emma si

es niña.

¿Cómo explicarle que no puedo dar mi bendición a eso? Todos estos meses tratando de recordar y ahora sólo quiero una cosa: olvidar.

Tengo un sueño que se repite en el que estoy de pie en la ladera de una colina observando cómo pasa un tren. El tren avanza por las vías en silencio y no parece tener principio ni fin. De vez en cuando echo un vistazo al interior por la ventana de un vagón y cada vez que lo hago la persona que va dentro está haciendo una tarea específica en un lugar concreto que reconozco: mi madre lavando los platos en el inmenso fregadero doble de la casa donde me crié; Annabel zambulléndose en las cálidas aguas de la isla Petit Bois desde la proa de un barco…

No he vuelto a tener ese sueño desde que Emma desapareció. Sigo esperando a soñarlo de nuevo, sigo esperando el día en que me despertaré y aún estará fresco en mi mente. Por esa ventana confiaba en que vería el momento en Ocean Beach, algún recuerdo enterrado que resolvería el misterio, pero sólo tengo sueños de lo más triviales.

La última noche que paso en Playa Hermosa vuelve el sueño. Estoy profundamente dormida, la lluvia golpea el techo de latón de la cabaña y veo el tren, la ventana y tras ésta una niña. La niña está muerta, tendida en una cama con el cuerpo cubierto a medias por una sábana. Me despierto con las sábanas de mi cama empapadas de sudor y un gusto metálico en la boca. Me digo que el sueño no significa nada. No es más que un sueño a fin de cuentas. Salgo al balcón cubierto a contemplar la tormenta sobre el océano.

Capítulo 75

El paciente de Nueva Inglaterra, H. M., era el hombre para quien el tiempo se detuvo.

Cuando H. M. tenía veintisiete años, el doctor William Scoville decidió que la mejor manera de curarle la epilepsia era extraer partes de su cerebro, incluidas la mayor parte del hipocampo y la amígdala, la pequeña porción de materia cerebral en forma de almendra que permite la activación emocional en el proceso de consolidación de la memoria. La operación fue un estrepitoso fracaso: no sólo H. M. continuó sufriendo ataques epilépticos sino que casi perdió por completo la capacidad de generar recuerdos.

Durante casi tres décadas, la doctora Brenda Milner visitó a H. M. todos los meses y durante esos treinta años H. M. no la reconoció ni una sola vez después de perderla de vista durante unos pocos minutos. «Vive el presente encadenado al pasado —escribió Milner—. Podría decirse que su historia personal acaba con la operación».

Muchos de los recuerdos de H. M. anteriores a la intervención permanecieron intactos: se acordaba de cuando de niño aprendía a nadar en una piscina cubierta, de las noches que había pasado en una gran casa en el campo, de la distribución de esa casa, de las gallinas, del papel que cubría las paredes de la cocina. Incluso recordaba el tipo de perfume que usaba su madre, pero de un minuto al siguiente, nunca sabía dónde se encontraba ni con quién estaba hablando.

En una ocasión H. M. trató de explicar a los médicos lo que significaba verse privado de la memoria: «Cada día está completamente aislado del resto, sean cuales sean las alegrías o las penas que haya podido sentir».

Qué horror y, al mismo tiempo, qué regalo: relegar el sufrimiento al pasado, un pasado que verdaderamente dejas atrás para siempre; soportar un sentimiento de culpa terrible y luego olvidarlo; despertar cada mañana empezando de cero a nivel emocional y sin ser en absoluto consciente de tus errores.

Capítulo 76

Día 332. Por la mañana temprano me reúno en el bar con Sami, que prepara unas mimosas de zumo de naranja con champán para llevarnos a la playa. Vemos la salida del sol, la resplandeciente línea blanca extendiéndose sobre el agua de un tono azul muy suave. Después me acompaña al autobús.

—¿Sólo llevas eso? —me pregunta lanzando una mirada a mi mochila y mi bolsa.

—Viajo ligera de equipaje, he tirado unas cuantas cosas.

Sami hunde el talón en la arena y entorna los ojos para protegerse del sol.

—¿Nos volveremos a ver?

—Seguro, llámame si alguna vez vienes a San Francisco.

—¡Lo haré!

—¿Cuándo tienes pensado volver a Texas?

—¿Texas? —repite sonriendo—. ¿Qué es eso?

Cuando llega el autobús a las ocho de la mañana la ciudad está empezando a despertar y los surfistas van ya uno a uno camino de la playa. Envidio la simplicidad de sus vidas, cómo la marea gobierna las rutinas de su existencia; envidio el perpetuo estado de olvido, la forma en que sus mentes están tan ocupadas con el surf que todo lo demás pasa a un segundo plano.

Si no fuese por Annabel y el bebé creo que incluso podría quedarme y, simplemente, volver a la cabaña, deshacer el equipaje, instalarme para una temporada larga y aprender a hacer surf. Es un lugar fácil para vivir, para olvidarte del resto del mundo y ¿acaso no es eso, en parte, lo que he estado haciendo yo?: escapar de Jake, de su dolor, de esa ciudad que guarda tantos recuerdos.

Cuando llevamos una hora de viaje se avería el autobús. El conductor se pasa los siguientes treinta minutos blasfemando y dando golpes a las tripas del vehículo y luego ordena a todo el mundo que baje. Permanecemos sentados en la cuneta un par de horas achicharrándonos al sol y para cuando llega otro autobús a recogernos tengo la camiseta y el pareo empapados. Tal vez debería haberme ido a casa sin más: si me hubiera marchado a San José directamente podría haber dormido en mi cama esta noche. Trato de imaginarme entrando en mi apartamento, dejando las cosas, dándome una ducha en mi baño, comiendo algo en mi propia cocina, entrando en mi cuarto oscuro, reanudando mi vida. Trato de imaginármelo pero es como una fantasía que resulta falsa. ¿Cómo voy a regresar y simplemente volver a ser yo misma?

Paso la noche en Quepos y a la mañana siguiente tomo otro autobús para recorrer la corta distancia por una carretera llena de curvas que dista del Parque Nacional Manuel Antonio. Me bajo en Playa Espadilla, una playa larga de arena gris atestada de gente tomando el sol. Camino hacia el oeste alejándome de los restaurantes y los hoteles en dirección a una zona menos abarrotada tras la cual hay un bosque de hoja perenne: la yuxtaposición del azul resplandeciente del mar y el verde intenso de los árboles, tan cerca, casi tocándose, y la manera en que la masa oscura de manglares y

palmeras se alza como telón de fondo de la inmensidad del océano resulta sorprendente.

Hace unas pocas semanas me compré en una tienda de segunda mano de Tamarindo otra Holga que ahora saco de la bolsa. Usar una Holga en combinación con estos colores y esta luz seguramente dará como resultado algo que parecerá más un cuadro que una foto, con los bordes difuminados y los vivos colores superpuestos unos encima de otros. Vine a este país a encontrar a Emma pero lo que me llevaré a casa será poco más que esto: una fotografía de una playa preciosa de Centroamérica en verano, dos o tres fotos de caimanes tendidos al sol en las orillas de un río cenagoso, el cráter de un volcán envuelto en bruma…

La playa está llena de mujeres de todas las edades: desde bebés que todavía gatean pasando por crías de diez años hasta adolescentes y mujeres hechas y derechas, morenas oriundas del país y rubias norteamericanas quemadas por el sol en varios grados; chicas bajas y altas, gordas y delgadas; chicas riéndose a carcajadas y chicas silenciosas.

Los ticos se pasean por la playa vendiendo refrescos y agua mineral que llevan en arcones de poliestireno. Hay niños con *boogies* para pillar olas, entrando y saliendo del agua a la carrera, y hombres de mediana edad que cargan con sus tablas hasta el agua y se zambullen para empezar a remar hacia la rompiente. Voy haciendo la clasificación mental separando por categorías a los locales de los *waxboys* que sólo pasean la tabla y los figurantes. Puedo mirar a cualquier surfista en medio de la multitud y saber inmediatamente si éste es o no su sitio. A estas alturas tengo la cabeza tan llena de la extraña terminología de surf que me pregunto qué habrá borrado mi cerebro para hacer sitio a toda esta nueva jerga, unos conocimientos inútiles en definitiva, simplemente un montón de palabras que siempre me recordarán que fracasé en mi búsqueda.

Lo absorbo todo con los ojos, con el objetivo de mi Holga de plástico. El sol es demasiado brillante, cegador; todo aparece velado por la resplandeciente claridad. Estoy muerta de sed pero sigo caminando, haciendo fotos y avanzando la película sin parar: son sonidos que me calman. Clic. Son los sonidos de mi antigua vida. ¡Y pensar que cuesta tan poco transformar un momento pasajero en algo que parece permanente! Basta un clic, la luz atravesando el objetivo. Luego vendrán los productos químicos y las bandejas de secado, el fijador y el baño de paro, el papel brillante en el que se plasma algo que vimos y que después procedimos a olvidar por completo.

Hacemos fotos porque no podemos aceptar que todo pasa, no podemos aceptar que es imposible repetir un momento. Libramos una monótona batalla con nuestra propia e inevitable muerte, con el tiempo que transforma a los niños en esa otra especie inferior que son los adultos. Hacemos fotos porque sabemos que nos olvidaremos. Nos olvidaremos de la semana, el día, la hora. Nos olvidaremos de cuando éramos felices. Hacemos fotos por orgullo, por un deseo de que lo mejor que

hay en nosotros permanezca. Nos da miedo morir un día y que los demás no sepan que estuvimos vivos.

Clic. Clic. Clic.

Tan sólo son fotos de desconocidos, típicas estampas de postal: la tranquilidad, la belleza de una playa tropical, la suavidad de los cuerpos bronceados, los niños risueños. Esto es lo que me llevaré a casa, esta nada que es una fotografía, esta mentira que transmite la felicidad sin complicaciones de una escena de playa en verano. Un extraño que mirara estas fotos no podría ni imaginarse el vacío que siento por dentro.

Y entonces, a unos quince metros de distancia veo una figura en la arena, una toalla verde chillón y en la toalla una niña. Un movimiento, un gesto de la mano mientras se inclina hacia atrás sobre los codos y alza la cara hacia el sol. Un perfil.

Mi corazón, como si de una máquina renqueante se tratara, va demasiado rápido. Noto un sabor acre y acartonado en la boca.

Un vestido de playa amarillo y una larga cola de caballo.

La niña alza la mano para aplastar con la palma un insecto que le revolotea por la cara. Ese movimiento, la manera en que junta los dedos cuando lo hace…

No es posible, por supuesto que no. Mi dulce sueño de un final feliz: «Estaba a punto de volver a casa, a punto de tirar la toalla y entonces, en el último minuto…».

Me acerco repitiéndome a mí misma que no es posible.

Cuando me encuentro ya a no más de cinco metros escasos, ella mira hacia donde yo estoy. ¿Me ve? Esta niña que no puede ser Emma, ¿me está mirando o mira hacia mí sin verme en realidad?

Pasa una familia de cinco ocupando el espacio que nos separa y la pierdo de vista por un momento. Luego, la familia ya no está y ella sigue ahí. Sí, mirándome.

Me deslumbra la luz del sol. Hay cientos, miles, millones de niñas. El mundo está lleno de niñas que podrían parecer Emma, niñas de su misma edad y peso aproximado, niñas que podrían parecerse a la que perdí. Juré que nunca olvidaría su cara y sin embargo ahora dudo.

Una nube oculta el sol y, en medio de la claridad ahora más suave, veo que sigue mirándome. Se protege los ojos del sol con la mano y no, no está mirando hacia donde yo estoy sin verme: me está mirando a mí, directamente, como si me hubiera visto antes en alguna parte, como si fuera alguien que conoce.

La mente te juega malas pasadas; la mente quiere que creas que no puedes hacerte esto, ni hacérselo al hombre que amas y a la niña que estaba a tu cargo. La mente quiere que creas que es imposible que la pierdas y no la recuperes nunca más.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba: no es una sonrisa exactamente, tan sólo un gesto que hace cuando algo la pilla desprevenida, un tic que le sale cuando se siente desconcertada. Igual que su padre. Me permito ese pensamiento durante un instante, me permito creer que el rostro de la niña es el de Emma y que, de algún modo, el código genético de Jake está impreso en su rostro.

Pero no, claro que no. La mente te juega malas pasadas. ¿Durante cuántos años haré esto, ir por el mundo con una vaga esperanza latente agazapada en algún recoveco de mi subconsciente? ¿Cuántos miles de veces veré una cara y pensaré por un momento que es la de Emma?

La niña alza la mano de nuevo para matar otro insecto y luego se la vuelve a llevar a la frente. Me está mirando fijamente, no aparta la mirada.

Ahora estoy tan cerca…, a escasos tres metros; dos y medio; menos de dos. Una toalla verde chillón y en la toalla una niña; demasiado pequeña para estar sola en la playa.

Ahora, hay poco más de un metro de distancia entre la niña y yo. Este sueño es Emma.

Sale el sol otra vez. Un fugaz instante de ceguera. La mente te juega malas pasadas, lo sé. Sé que no se puede confiar en la mente.

Y entonces estoy de pie junto a ella, mirando hacia abajo. La niña alza sus ojos verdes y me devuelve la mirada, y yo me digo: «es Emma». Eso y nada más. No es alguien que se le parece, no es un espejismo, no es mi imaginación. Se me doblan las rodillas, el corazón me da un vuelco, me cuesta trabajo respirar. Emma.

El implacable sol es tan brillante que me ciega.

—¿Emma?

Mi voz suena rara, no es exactamente un susurro sino más bien débil y aguda.

No me responde; se abraza las rodillas contra el pecho y me clava la mirada.

Yo en cambio miro a mi alrededor para ver si hay algún adulto con ella pero no veo a nadie, únicamente Emma sentada en una inmensa toalla verde, sola.

Porque… es Emma, ¿verdad?

No es un sueño sobre Emma. Es ella.

A su lado hay otras dos toallas extendidas en la arena, además de una botella de cerveza vacía, un cubo de plástico y una nevera portátil roja y, sobre la tapa de esta última, una revista inglesa de rock.

Me arrodillo en la arena a su lado.

—¿Emma?

No hay respuesta.

—¿Emma?

Nada.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunto.

Durante unos segundos no se mueve, luego dice que sí con la cabeza lentamente al tiempo que frunce el ceño.

Alivio, confusión, una oleada de alegría abrumadora. El suelo parece moverse bajo mis rodillas. Más que nada en este mundo quiero tocarla, posar mis manos en su cara y convencerme de que está aquí de verdad. Alargo el brazo con cautela y le rozo la mejilla. Ella se estremece.

Mi corazón no puede más; no hay palabras para describir lo que estoy pensando

ni forma de creer lo que estoy viendo.

Está demasiado delgada y se le marcan mucho los pómulos pero tiene la piel bronceada y un aspecto saludable, desprende el brillo característico de los niños en verano. Hay algo en ella que no me resulta familiar, algo en sus facciones que no es como lo recordaba. Trato de identificar la diferencia, de ponerle nombre: ¿son los ojos, la expresión de la boca, el modo de apretar la mandíbula? Tiene el pelo largo, sentada como está le cae por la espalda hasta casi tocar el suelo; y se le ha aclarado, ahora tiene mechones cobrizos. Lleva un vestido amarillo con florecillas blancas que le queda demasiado corto y no está del todo limpio.

—Te hemos estado buscando por todas partes —le digo.

Trato de controlar mi voz, intento no perder la calma, para no asustarla, pero las lágrimas están a punto de desbordarse y noto como me empiezan a correr por las mejillas formando un reguero ardiente que fluye a toda velocidad. Mis lágrimas se mezclan con la crema solar y me empiezan a escocer los ojos.

Ella aprieta los labios: sorpresa, confusión y los ojos anegados de lágrimas también.

—Os he estado esperando.

—¿Cómo?

«Me lo estoy imaginando —me digo para mis adentros—, me estoy imaginando que esta niña es Emma y estoy imaginando sus palabras».

—¿Cómo has dicho? —insisto.

—Os he estado esperando, Abby. ¿Dónde estabais? ¿Dónde está papá?

Desconcierto. Incredulidad. Emma está aquí, sentada en la arena, a mi lado. La abrazo con fuerza y no la suelto durante un rato mientras sollozo y contemplo su rostro, el rostro de Emma, sin llegar a creérmelo todavía. El cuerpito laxo de la niña que tengo en los brazos, en una playa a miles de kilómetros de casa… No me puedo fiar de la veracidad de este momento porque es demasiado increíble para ser cierto: los niños desaparecidos no vuelven a casa, eso dijo el detective Sherburne, eso dijo todo el mundo; pero yo me negué a creerlo. Lo que vuelve a casa cuando desaparece un niño son sus restos mortales encontrados muchos meses, años o décadas después. El niño no vuelve a casa, por lo menos no vivo, no siendo todavía un niño, no con un pelo largo precioso y un bronceado estupendo, no mirándote a la cara y pronunciando tu nombre.

No hay tantas sorpresas genuinas en la vida. Tal vez alguna que otra muerte repentina, por supuesto, y el ocasional golpe de suerte; pero las sorpresas buenas de proporciones monumentales, ésas, mi madre siempre me decía que no existían. Y sin embargo, ahora he aquí la prueba de que sí existen las sorpresas, los milagros. Emma en una playa de Costa Rica. Emma viva.

Me echo un poco hacia atrás y contemplo su cara otra vez. Para estar segura. ¿Veo bien? ¿Oigo bien? Pero es ella, estoy segura. Sin el menor género de duda, es Emma. Por muy imposible que sea, es Emma.

Intento recuperar la compostura e idear un plan. No veo ninguna cara familiar entre la gente que está cerca. ¿Reconocería a la pareja de la furgoneta amarilla si los viera ahora? ¿Son siquiera ellos a quienes debería buscar en este mar de rostros?

—¿Quién ha estado cuidando de ti, cielo?

—Teddy y Jane.

—¿Y dónde están?

Señala hacia el mar en dirección a un grupo de surfistas que se divisan a lo lejos.

—¿Han sido buenos contigo? ¿Te han hecho daño? —le pregunto sin pensar aunque no estoy segura de querer oír la respuesta, todavía no.

Y además no hay tiempo.

Ella se encoge de hombros, estira sus delgadas piernitas bronceadas y hunde los dedos de los pies en la arena.

—Fuimos a la granja de las mariposas y vi mariposas así de grandes —me cuenta al tiempo que levanta una mano y extiende los dedos como para reforzar las palabras con el gesto, y luego deja caer ambas manos a los lados del cuerpo y que la arena se le cuele entre los dedos de las manos, sin mirarme.

Hay tantas cosas que quiero saber, tantas preguntas… ¿Dónde ha estado viviendo? ¿Le han hecho daño? ¿Qué le han dicho sobre nosotros? ¿Y cómo se la llevaron? ¿Qué le dijeron ese día en Ocean Beach para convencerla de que se fuera con ellos? Pero todas esas preguntas serán para luego: tengo que sacarla de aquí.

Se aparta un mechón de la cara.

—¿Dónde está papá?

—Te está esperando. Y ahora hay que marcharse.

Se queda callada y mira hacia el mar.

—Bueno —accede al fin, y entonces empieza a llorar en silencio.

Le acaricio el pelo.

—No pasa nada, mi amor, estoy aquí contigo, ya estoy aquí contigo.

Alarga la mano para tocarme el brazo. Tiene las uñas mordidas hasta hacerse sangre y las lleva pintadas con esmalte color azul celeste muy despintado por los bordes. Durante todos estos largos meses me he imaginado nuestro reencuentro, he ensayado las cosas que le diría, y ahora todo eso se me olvida por completo y simplemente estamos las dos aquí, mirando hacia donde el azul del mar se encuentra con el del cielo bajo los rayos de un sol abrasador. Una gota de sudor le cae por la nuca y luego desciende a lo largo de la espalda hasta desaparecer por el escote del vestido amarillo.

El suave vello de los brazos se le ha puesto rubio. Al abrazarla otra vez siento la calidez de su piel y, en esta ocasión, ella también me abraza a mí de vuelta: no muy fuerte, es muy sutil, pero noto sus manitas apretando ligeramente.

Me doy cuenta de lo importante que es el tiempo, de que tenemos que marcharnos cuanto antes. Junto con la alegría indescriptible siento también una sensación de pánico, la responsabilidad de saber que tengo que escoger bien los próximos pasos.

Le tomo la cara entre mis manos y la miro a los ojos.

—¿Preparada?

Se limpia la nariz con el antebrazo, y hay algo en ese gesto tan infantil y despreocupado que me atraviesa el corazón y las lágrimas ya no me dejan verla. Me pongo de pie alargando el brazo para tomarla de la mano y levantarla y vivo un instante de desconcierto al darme cuenta de que ha crecido por lo menos siete centímetros y tiene una musculatura en brazos y piernas que antes no tenía.

—Por aquí —digo señalando hacia los árboles.

Emma duda y se queda quieta. Las dos tenemos los brazos estirados y en tensión, cada una tirando en una dirección.

—¿Y qué pasa con Teddy y Jane? —me pregunta.

Me arrodillo delante de ella.

—Tu padre y yo te hemos echado muchísimo de menos.

—Pero me han dicho que me quedara aquí. Me meteré en un lío.

—No te meterás en ningún lío —le contesto—, te lo prometo.

Arrodillada a su lado, tratando de convencerla para que se marche conmigo sin decir nada a nadie, casi me siento como una criminal y pienso en los secuestradores, me pregunto si se sintieron como yo ahora, si experimentaron esta sensación enfermiza de premura e impaciencia, de miedo a que algo salga mal, a que alguien nos impida escapar. De un restaurante al borde de la playa un poco más abajo llegan unos compases de música latina entremezclados con los gritos emocionados de los niños que juegan en la orilla. El sol luce muy alto en el cielo, inmenso. Mis gafas de sol poco pueden hacer frente al implacable sol costarricense de mediodía que tiñe todo de una palidez resplandeciente en tonos pastel y convierte el aire en una aturdidora sucesión de olas de calor.

Tiro suavemente de la mano de Emma y ella da un paso, luego otro, lentamente. Frente a nosotras está la hilera de árboles, la puerta abierta por la que emprender la huida. A nuestras espaldas está el mar y el peligro de que nos descubran. ¿Qué haré si Teddy y Jane se me acercan chillando que me estoy llevando a su niña? ¿A quién creerá la gente?

Mientras caminamos dejando atrás los grupos de bañistas tendidos al sol, con mis pies hundiéndose en la arena, aferrándome con fuerza a la mano sudorosa de Emma, tengo la sensación de que todo va a cámara lenta.

Y entonces, esto es lo que hago: simplemente desaparecemos. La jungla nos traga, un instante estamos a la vista de todo el mundo en medio de la playa y al siguiente en mitad de un estrecho sendero sembrado de guijarros y fragmentos de conchas marinas. Sólo en ese momento caigo en la cuenta de que Emma va descalza y tiene ampollas y cicatrices en los pies. Intento llevarla a cuestas pero ahora ya pesa demasiado y no puedo avanzar lo suficientemente deprisa cargando con ella.

—Lo siento mucho, cariño —me disculpo mientras la vuelvo a poner en el suelo —, pero vas a tener que caminar. Tenemos que ir lo más rápido posible.

Le doy mis chanclas que por supuesto le quedan demasiado grandes pero no se queja.

Pasamos un pequeño riachuelo y luego empieza una pronunciada pendiente de bajada hasta la carretera. Hay un momento en que noto que sus dedos se retuercen en mi mano y aflojo un poco pero sin soltar. No puedo dejar de mirarla, no puedo dejar de maravillarme con el milagro de su presencia, de tener a Emma aquí —conmigo, de mi mano—, de verla y oírla. Sólo ahora reconozco que hubo momentos en que pensé que nunca volvería a verla, ocasiones en que creí —igual que Jake— que había muerto. ¡Y pensar que estaba a punto de volver a casa, que podría haberme subido al primer avión hace dos días y entonces nunca la habría encontrado!

Se oyen ruidos de hojas sobre nuestras cabezas. Emma se para en seco y se queda muy quieta; me aprieta la mano para llamar mi atención.

—Mira —susurra mientras señala con el dedo el movimiento de las ramas—: son monos araña.

Hay como una docena balanceándose a toda velocidad de rama en rama por el dosel verde que forman las copas de los árboles; sus diminutos cuerpecillos grises son nervudos. Miro a Emma, que tiene la cara levantada hacia las ramas y los ojos abiertos como platos y muy brillantes. No es sólo lo que ha crecido, el pelo más largo y que esté más delgada; ha cambiado y por fin tomo consciencia de la profundidad de lo que ha ocurrido: está aquí conmigo; nos estamos escapando. ¿Estaré soñando? ¿Estaré teniendo alucinaciones? Pero el olor del mar, el sonido de los pájaros, el tacto de su mano en la mía…, todas esas cosas son prueba de que no son imaginaciones mías; esto no es un cuento de hadas, el bosque es real y la niña es real.

Hace unos minutos estaba perdida. Ahora la he encontrado.

El corazón me late tan deprisa que resulta doloroso y me falta el aire, más de puro gozo que de miedo o por el ejercicio físico. Me arrodillo y la miro a la cara, todavía intentando asimilar la realidad.

—¿Emma?

—¿Mmm?

—¿Eres tú de verdad?

—Sí, soy yo. —Hay algo en la manera en que dice «yo», en el ímpetu con que pronuncia la palabra cargándola de énfasis, en el tono rayando en la osadía que es típico de Emma. Mira hacia atrás por encima de su hombro como si ahora ella también tuviera miedo de que la atraparan—. Vámonos —dice tirándome de la mano.

Al cabo de cinco minutos salimos del bosque yendo a parar a una estrecha carretera asfaltada con mansiones a ambos lados. Para llegar a la principal tenemos que seguir caminando más de medio kilómetro, y cuando la alcanzamos, nos quedamos en la cuneta esperando a que pase un autobús o un taxi. Le compro un gran sombrero de paja y unas gafas de sol en un puesto que hay al borde de la carretera.

—Ponte esto —le pido, y me obedece sin discutir, como si comprendiera la necesidad del disfraz. El único momento en que le suelto la mano es para sacar dinero

del monedero y pagar al vendedor—. Cariño —le digo mientras esperamos—, ¿cómo llegaste de San Francisco a Costa Rica?

—En coche. —Arruga la frente—. Y tardamos un montón, y no tenían aire acondicionado.

—¿Qué coche tienen Teddy y Jane?

—Una furgoneta.

—¿De qué color?

—Amarilla. Siempre se está rompiendo. Además me hacían esconderme debajo de unas mantas cada vez que veían un policía. Me daba mucho miedo.

—Ya no tienes que tener miedo de nada, ¿sabes? Nos vamos a casa.

Pienso en el primer día, en la primera pista, en como la furgoneta no parecía una prueba sino más bien una pista falsa, una distracción, un interrogante. Ahora la busco con la mirada, igual que hice en Ocean Beach durante todos esos meses. Me imagino el momento en que Teddy y Jane vuelvan a la toalla y descubran que no está. ¿Se sentirán igual de confundidos que yo hace once meses? ¿Experimentarán luego la sensación de pánico creciente al ir asimilando que ha desaparecido? ¿Maldecirán los minutos en que desviaron la mirada hacia las olas, los instantes en que se olvidaron del hecho fundamental de que Emma estaba sola en la orilla?

Seguro que a estas alturas ya se han dado cuenta de que no está. Me los imagino corriendo por la playa arriba y abajo gritando su nombre, acercándose a completos desconocidos: «Hemos perdido a nuestra niña».

No viene ningún taxi. Para cuando aparece el autobús a Quepos da la impresión de que ha pasado una eternidad, pero miro el reloj y compruebo que sólo han transcurrido nueve minutos. Se abren las puertas dobles de cristal y Emma sube delante tirando de mí para que la siga.

—*Buenos días* —saluda al conductor en correcto español.

—*¿Buenos días, señorita?* —responde él.

—¿Quepos? —pregunto yo.

—*Sí.*

Dejo las monedas en el cajetín. Podríamos ser madre e hija de vuelta a casa después de haber pasado el día en la playa. Emma se instala en el primer asiento libre que hay, en mitad del autobús, y yo me siento a su lado. El corazón todavía me late desbocado mientras trato de pensar en los detalles de mi plan: en Quepos tomaremos un autobús a San José; en San José buscaremos un hotel y llamaremos a Jake, que no me creerá, de eso estoy segura. Pensará que en realidad no soy yo quien está al otro lado de la línea, que se trata de una broma cruel.

Suben unos cuantos pasajeros más, se cierran las puertas y el autobús vuelve a ponerse en marcha. Aspiro los olores de la playa y del manglar, el olor a Emma: a crema solar de coco y sudor de niña, a la sal de su pelo y a llevar, tal vez, un par de días sin bañarse. Me suelta la mano y me doy cuenta de que he estado apretando la suya con tanta fuerza que me duelen los nudillos; ella estira los dedos y mira por la

ventana unos segundos, luego se quita las gafas de sol y me mira a mí.

—¿Abby?

—¿Sí?

Se muerde el labio inferior, pensativa: otro gesto idéntico al que hace su padre, una imitación exacta. No recuerdo haberla visto hacerlo nunca antes. Por fin dice:

—¿Dónde estabais?

No es una acusación exactamente, sólo una pregunta, algo que no entiende. Trato de encontrar las palabras adecuadas para responder, quiero contarle la desesperación con que ansiábamos tenerla de vuelta, que pensábamos en ella todo el tiempo, pero no hay palabras para explicarlo.

—Estábamos buscándote por todas partes —respondo al fin estrechándola en mis brazos—. Me crees, ¿verdad?

—Creí que tú y papá os habíais olvidado de mí.

—¡Ay, cariño! ¡Nunca nos olvidamos, te estábamos buscando sin parar!

Llegamos a la estación de autobuses de Quepos justo a tiempo de comprar los billetes para San José. No hay tiempo para llamar a Jake. No pienso más que en sacarla de la ciudad: con cada paso que damos, el área de búsqueda se expande para Teddy y Jane; con cada minuto que pasa sus posibilidades de encontrarla disminuyen.

Somos las últimas en subir al autobús y las puertas se cierran estrepitosamente a nuestras espaldas. Va lleno pero por suerte quedan dos sitios libres en la parte de atrás, uno a cada lado del pasillo: incluso esta pequeña distancia me parece demasiado grande y me siento de lado con las piernas en el pasillo y las manos apoyadas en Emma. Me da miedo que desaparezca si no lo hago. Me da miedo que si la suelto, aunque sólo sea un segundo, desaparecerá como la niebla de un sueño.

—¿Cuándo vamos a poder llamar a papá? —me pregunta Emma.

—En cuanto lleguemos a San José.

—¿Y dónde está San José?

—A un par de horas de aquí solamente.

—¿Y papá estará en San José?

—No, está en San Francisco. Tenemos que llamarlo para que venga.

Mira al asiento de su lado donde un adolescente duerme a pierna suelta roncando estrepitosamente y luego se vuelve hacia mí otra vez.

—¿Y mamá? —me pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Mamá, ¿vendrá también?

—Cariño —le digo—, ¿estás hablando de Jane?

—No —responde con impaciencia—, de mamá.

—¡¿Has visto a tu madre?! —exclamo llena de incredulidad.

Dice que sí con la cabeza.

—Fuimos a verla a un motel. —Emma alza la mano izquierda y mueve el dedo índice a un lado y a otro para enseñarme un anillo reluciente, de los que se compran

por cinco dólares en las típicas tiendas de accesorios que les encantan a las crías—. Me lo dio mamá —añade.

Trago saliva, incapaz de creer lo que oigo.

—¿Y cómo sabes que era tu madre?

Se mete la mano en el bolsillo del vestido y saca una foto de Polaroid muy desvaída.

—Era ella —declara muy seria señalando a una Lisbeth algo más joven y delgada.

Es una fotografía de Lisbeth en el Golden Gate Park con Jake a su lado; él tiene en brazos un bebé diminuto y está sonriendo. Lisbeth no. Los dos están entornando los ojos por culpa del sol.

Siento como si no pudiera respirar de repente.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me la dio mamá.

Toma la foto de mi mano y se la vuelve a guardar en el bolsillo.

—¿Cuándo?

Se encoge de hombros dando a entender que la conversación está empezando a aburrirla.

—No me acuerdo.

Yo estoy intentando procesar la información, tratando de encontrarle algún sentido a esta revelación imposible. Me acuerdo de lo que me dijo Jake aquella noche, después de que Lisbeth hiciera su dramática entrada en escena con la conferencia de prensa y luego se presentara en su casa: «Ha tenido el descaro de preguntarme si todavía teníamos una oportunidad. Ella y yo, si… cuando Emma vuelva… Quería saber si podíamos volver a intentarlo, ser una familia».

—¿La has visto más de una vez? —sigo indagando.

—Sí, pero ahora hace mucho que no la veo. —Emma se muerde el labio, como si estuviera tratando de decidir si contarme o no algo—. Dijo que papá iba a venir a buscarme y que íbamos a vivir todos juntos, pero él no vino.

Tantas preguntas: ¿Estaba Lisbeth presente el día del secuestro? ¿Cómo encajan Teddy y Jane en la historia? ¿Qué pensaban hacer ahora? ¿Cómo la trataron?

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos juntas? —le pregunto—. ¿Te acuerdas de que estabas buscando dólares de arena por la playa?

—Más o menos —me contesta, y luego vuelve el rostro y se pone a mirar por la ventana.

—¿Me puedes contar lo que pasó ese día?

—¿Hoy puedo cenar hamburguesa?

—Claro que sí.

Hay tantas cosas que quiero saber, tantos cabos sueltos que estoy intentando atar… Pero Emma ya ha tenido bastante conversación de momento. De hecho, la total naturalidad con que ignora mis preguntas me da esperanzas: los estudios demuestran

lo bien que se adaptan los niños, su increíble capacidad para recuperarse de los traumas. Pese a su larga ausencia está más o menos como siempre, sigue siendo la niña testaruda a la que nunca le daba vergüenza decir lo que quería. Balancea las piernas adelante y atrás golpeando rítmicamente con los pies en el suelo. Tiene las manos en el regazo y ahora va mirando al frente con una expresión ligeramente desconcertada en el rostro. El motor del autobús lanza un rugido y éste se pone en marcha bruscamente. Se produce un repiqueteo de cristales cuando los pasajeros empiezan a bajar las ventanillas para que entre un poco de aire.

—Tengo sed —dice Emma al cabo de unos minutos.

Le doy una botella de agua que llevo en el bolso; está caliente pero se la bebe entera de un trago.

—Tengo ganas de hacer pis —anuncia pasado un rato.

El baño está a medio metro pero voy con ella y me quedo esperando a la puerta. Sale haciendo una mueca y tapándose la nariz con los dedos, un gesto sin importancia y universal, que hacen todos los niños y, sin embargo, me emociona vérselo hacer, me emociona verla esbozar esa mueca normal. Verla viva.

Capítulo 77

Llegamos a San José a las cuatro de la tarde. Encuentro un taxi justo a la puerta de la estación y pido al conductor que nos lleve al mejor hotel. El hombre debe de tener una versión muy personal de lo que es «el mejor» porque nos deja en un motel que no impresiona precisamente —al menos no en el buen sentido—, a diez minutos de la estación de autobuses. El recepcionista, un adolescente que luce una camisa negra con botones en las puntas del cuello, parlotea con Emma en español mientras yo relleno los formularios de rigor con una mano en el boli y la otra en el hombro de la niña. Al pagar la habitación me doy cuenta de que me he dejado la mochila y la Leica en el hotel de Quepos: con las prisas me olvidé por completo. No importa: tengo dinero y el pasaporte. Llamaré para pedir que me envíen mis cosas.

A la puerta de la habitación, peleo con el inmenso llavero de madera hasta que consigo abrir y, una vez dentro, cierro las cortinas. Huele a tabaco. Hay una tele diminuta, una silla y un par de lámparas y el suelo es de baldosas. Una reproducción barata de una pintura del «Salvaje Oeste» cuelga de la pared justo encima del cabecero de la cama de matrimonio. Emma se sienta en la silla junto a la ventana y juega con los botones del aire acondicionado. Tengo que hacer esfuerzos para mantenerme a cierta distancia, para no tomarla en mis brazos y achucharla con todas mis fuerzas.

—¿Dónde está papá?

—Voy a llamarlo ahora mismo.

Me tiembla tanto el pulso que apenas puedo sujetar el auricular. Me acuerdo de esa tarde en el Beach Chalet hace tantos meses, cuando la camarera rusa me puso el teléfono en las manos: yo dudé un instante antes de marcar el número de Jake porque sabía que tenía que llamarlo y decírselo, pero también era consciente de que una vez hiciera esa llamada no habría forma de dar marcha atrás en el tiempo.

Ahora estoy en la situación opuesta y aun así dudo otra vez, siento deseos de alargar este momento. La perdí, la encontré, está en la habitación conmigo. Es un momento de felicidad casi completa y una parte de mí no quiere hacer nada que lo perturbe lo más mínimo. En un instante en la playa destruí la vida de Jake; en los meses que siguieron vi cómo se derrumbaba; en unos minutos, seguramente segundos, comenzaré a recomponérsela.

Lo llamo a casa. No contesta nadie. Luego lo intento en el móvil. Nada otra vez. «Llámame —le digo al contestador—, es urgente».

Me avergüenzo del alivio que siento por que no haya respondido, me avergüenzo de estar agradecida por el tiempo que me da: unos cuantos minutos más a solas con Emma. Está sentada en la silla muy quieta, mirándose los pies. Tiene una mancha de ketchup en el vestido.

Me doy cuenta de que no le he dado nada de comer. ¿Cómo puedo haber pasado por alto algo tan básico y fundamental?

—Debes de tener hambre. —Ella asiente con grandes movimientos de cabeza. En el bolso llevo unas galletitas de queso, un plátano y una chocolatina: lo pongo todo en la mesita que tiene delante y le sirvo un poco de agua en un vaso de plástico—. Enseguida buscamos un poco de comida de verdad, te lo prometo —añado.

Vacío el contenido de mi cartera en la cama y rebusco entre los coloridos billetes, los tiques y las tarjetas de visita hasta que encuentro el número que me dio Nick Eliot.

—Embajada de los Estados Unidos —responde una voz neutra.

—Estoy intentando contactar con Wiggins.

—Un momento.

Pasan la llamada y me responde el contestador.

—Wiggins al habla —dice la voz—. Deje un mensaje y me pondré en contacto con usted tan pronto como sea posible. Gracias.

—Soy Abby Masón —comienzo a explicar—, una amiga de Nick Eliot. Nick me comentó que hablaría con usted para ponerlo en antecedentes de mi situación. Llámeme, por favor, tan pronto como pueda. Es urgente. Se trata de Emma Balfour. La he encontrado. Está aquí conmigo en el hotel Villa Grande en San José, habitación 212. —Luego leo el número escrito en el papel que hay pegado con celo al teléfono y añado para terminar—: Es muy urgente.

Emma se ha terminado las galletitas y ahora ataca la chocolatina. Come rápido, sin alzar la vista y casi sin masticar. Tiene un manchurrón de chocolate en la barbilla. Me la quedo mirando y voy asimilando la realidad poco a poco: está aquí conmigo, está viva, está a salvo. Se le ha aclarado el pelo, está más morena, más alta y más delgada pero sigue siendo Emma. Me acerco a la silla y cuando le acaricio la cara ya no se estremece, tampoco se me acerca, sencillamente deja de comer de repente.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí. —Se lleva una mano a la cara y el gesto hace que se le levante la falda dejando a la vista buena parte del muslo. Está demasiado delgada. La abrazo con cuidado y se aprieta contra mí—. Ahora estás a salvo. Te vamos a llevar a casa.

Por un momento tengo la sensación de que se va a poner a llorar otra vez pero lo que hace es soltarse y preguntar:

—¿Puedo ver la tele?

—Claro que sí.

Enciendo la tele y le doy el mando a distancia. Pasa de largo unos dibujos animados de Correcaminos y *Barrio Sésamo* doblado al español y por fin escoge un culebrón —en español también— que se queda viendo durante un cuarto de hora poco más o menos, fascinada. Yo me siento en la cama a esperar con el teléfono en el regazo. De vez en cuando Emma murmura algo a la tele. Se sabe los nombres de todos los personajes.

Cuando suena el teléfono las dos nos sobresaltamos. No estoy segura de estar preparada para todo lo que va a empezar a ocurrir a partir de ahora.

—¿Abby? —Es Jake. Después de todo este tiempo todavía posee la habilidad de tranquilizarme con su voz, con sólo decir mi nombre—. En el mensaje decías que era urgente.

Soy consciente de estar a punto de cruzar una línea, de que mis palabras desencadenarán toda una serie de acontecimientos.

—Jake, tengo noticias.

El silencio que se hace al otro lado de la línea me deja bien claro que no me cree, que está esperando oír algo sobre Dios sabe qué nueva pista pillada por los pelos, una prueba que no tiene nada de concluyente.

—Está aquí —digo.

Silencio.

—¿Cómo? —responde al fin.

—Estoy sentada en la habitación de un hotel en Costa Rica y Emma está conmigo. —Hay una pausa, un largo instante de incredulidad—. Es verdad —continúo—, Emma está aquí, en serio.

Un grito y un sollozo y después:

—¡Dios mío! ¿Estás segura?

—Totalmente segura.

—¿Está bien?

—Sí.

—Es imposible —objeta de pronto—. Pásamela.

Me doy perfecta cuenta de que, incluso mientras lo está diciendo, en realidad no se cree que Emma se vaya a poner al teléfono, no se cree que esta llamada sea real.

Emma sigue con la mirada fija en la pantalla, comiéndose las uñas.

—Cielo —la llamo.

Le quita el sonido a la tele y me mira.

—¿Es papá?

—Sí, quiere hablar contigo.

Estamos sentadas tan cerca que nuestras rodillas se tocan, ella en la silla y yo en la cama.

—Hola —saluda con un hilo de voz.

Me inclino hacia delante y puedo oír lo que dice Jake.

—Emma, cariño, ¿de verdad eres tú?

—Sí, ¿dónde estás?

—No me puedo creer que seas tú.

—Papá —lo interrumpe la niña—, ¿por qué no has venido?

—Voy a venir a buscarte enseguida, mi amor. ¡Te he echado tanto de menos!

—Date prisa.

Me tiende el auricular como si fuera algún objeto extraño que podría morderla o explotar y tiene la misma expresión de desconcierto del autobús.

—Dime que está bien —me insiste Jake, que está llorando tanto que las palabras

son casi ininteligibles.

—Está bien, te lo prometo.

—¡Dios mío! —Llora y se ríe y luego intenta recuperar el aliento—. ¿Dónde estaba? ¿Cómo la has encontrado?

—En una playa. Yo simplemente estaba dando una vuelta y allí estaba ella.

—No me lo puedo creer, es imposible. No lo creeré hasta que la vea.

—Tienes que tomar el primer avión —le respondo—. Llama en cuanto tengas el billete.

Sigue llorando y riéndose y respirando trabajosamente.

—No quiero colgar, me da miedo despertarme. Estoy soñando, ¿verdad?

—No, no es un sueño. De verdad que está aquí.

—Cuéntame qué aspecto tiene. ¿Está bien? ¿La notas muy cambiada?

Emma está sentada con los pies subidos a la silla, abrazándose las rodillas, y me mira fijamente con sus grandes ojos verdes y el rostro enmarcado por su larga melena despeinada. Tiene los hombros ligeramente quemados por el sol y lleva una pulsera de tobillo que no le conozco, una fina cadena plateada con un colgante diminuto de un corazón. ¿Será un regalo de Lisbeth?, me preguntó. ¿Cuántos viajes a Costa Rica habrá hecho con las maletas llenas de regalitos baratos y complicadas mentiras?

—Está guapísima —respondo yo—, más guapa imposible.

—Pásamela otra vez, no me puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad.

Le paso el teléfono a Emma; ella vuelve la cara y se pone a mirar a la ventana con el auricular en la oreja. Así permanece un rato: escuchando, asintiendo con la cabeza y respondiendo de vez en cuando con un sí o un no. En una ocasión incluso emite un sonido parecido a una carcajada.

—Te he echado mucho de menos —dice en un momento—, dijeron que ibas a mudarte aquí y que viviríamos todos juntos y yo te estaba esperando.

Esta vez no puedo oír lo que dice Jake. Al cabo de diez minutos, Emma me devuelve el teléfono.

—¿Abby?

—Sí.

—Siento mucho no haberte creído. —Hace una pausa para recuperar el aliento—. ¿Dónde ha estado? ¿Con quién?

—Con la pareja de la furgoneta, es lo único que sé.

—Tenías razón —reconoce Jake—. ¡Es increíble! Durante todo este tiempo, tenías razón. ¿Seguro que está bien? ¿No le han hecho daño?

—Está bien —lo tranquilizo—, de verdad.

La verdad… es que no lo sé seguro. Emma parece estar bien pero no hay forma de saber qué le ha pasado este último año, qué vida ha llevado con Teddy y Jane; no hay modo de anticipar los efectos a largo plazo.

—Que se ponga otra vez para despedirme. ¡Todavía no me lo creo!

Le vuelvo a dar el teléfono a la niña una vez más.

—Adiós, papá —se despide y, por un momento, un instante tan sólo, es como si nunca hubiera estado ausente.

Le dice adiós como si nos hubiésemos ido de vacaciones las dos y ésta fuera una llamada normal hecha en un día normal.

—Hay una cosa —le menciono a Jake antes de colgar.

—¿El qué?

—Lisbeth: no le digas nada a Lisbeth.

—Pero ¿por qué? ¿De qué estás hablando?

—Ha estado aquí, Jake. No tengo los detalles pero sé que ha estado aquí.

—¡Por Dios! —exclama él—. Debería habérmelo imaginado. —Oigo un golpe sordo al otro lado de la línea, probablemente un puño contra una pared—. No puedo creer que la haya tenido sentada en mi casa y no me diera cuenta. No sé cómo pude fiarme de ella.

—Su interpretación era de lo más convincente…

—Voy a llamar a Sherburne para decirle que voy para el aeropuerto —me dice. Oigo el ruido de una cremallera que se sube y el tintineo de unas llaves. Me imagino que está en su dormitorio metiendo lo imprescindible en una bolsa: cartera, pasaporte, teléfono móvil y cargador—. Gracias —sigue hablando—, muchas gracias. Dile a Emma que la quiero mucho y que llegaré enseguida.

Al colgar me invade una sensación sobrecogedora de alivio, como si cada instante del último año hubiera sido en realidad un paso más para llegar hasta aquí, a este momento excepcional: la conversación telefónica con Jake en la que le digo que todo se ha arreglado.

—Sigo teniendo hambre, Abby.

—Pues entonces vamos a comer algo.

Marco el número de la recepción y pido que nos traigan dos hamburguesas con ración doble de queso, *papas fritas*, leche con chocolate y dos coca-colas.

Al cabo de media hora llega la cena y Emma se abalanza sobre la comida como si llevara dos días sin probar bocado. Se toma su hamburguesa y la mitad de la mía, más todas las patatas, en un abrir y cerrar de ojos. Come durante veinte minutos sin parar, sin hablar, y luego por fin tira las migajas y algún resto que queda en el plato a la papelera y me pregunta:

—¿Ahora me puedo bañar?

—¡Claro que sí!

Entro en el diminuto cuarto de baño y abro el grifo de la bañera. Para cuando vuelvo a la habitación, ya se ha quitado toda la ropa y está de pie delante de la tele con las manos en las caderas, esperando.

—Ya tienes el agua —le digo sintiendo que la situación es extrañamente formal, como si Emma fuera un invitado al que no tengo muy claro cómo agradar.

—Gracias.

Cuando pasa por mi lado camino del cuarto de baño me doy cuenta de que tiene

un moratón a la altura de los riñones y se me corta la respiración: ¿no es más que el típico cardenal que se hacen los niños un día sí y otro también, o se lo ha hecho alguien? Entra en la bañera y se concentra en quitarle el envoltorio a la minúscula pastilla de jabón. Yo me siento en el borde y le acerco una toallita de felpa para que se frote con ella mientras recorro su cuerpo con la mirada buscando más moratones. Gracias a Dios no veo ninguno más.

—Cielo, ¿cada cuánto te bañabas?

Hunde la toallita en el agua y empieza a enjabonarse los brazos: salen ríos de mugre.

—Teddy dice que no nos hace falta porque nos bañamos en el mar todos los días.

—¿Sabes nadar?, ¿no te da miedo?

—Al principio sí, pero ya no. Teddy me compró un *boogie* para pillar olas y aprender a hacer surf. Era muy divertido.

—¿Te cae bien Teddy, cariño?

—No me cae mal, pero Jane es mala.

—¿Qué quieres decir con mala?

Se encoge de hombros.

—Pues… mala. Siempre estaba riñéndome por todo y a veces me pegaba.

Me invade la ira y trato de no pensar ahora en las miles de maneras en que podría haberla maltratado sino concentrarme en su preciosa cara, en cómo se apiñan las pompas de jabón alrededor de sus hombros y sus brazos.

—¿Quieres que te lave el pelo? —me ofrezco.

—Sí.

Desliza los pies hasta el fondo de la bañera y se tiende con los ojos cerrados, luego mete la cabeza debajo del agua y se queda ahí abajo unos cuantos segundos de más para mi gusto. Me acuerdo de lo poco que le gustaba antes meter la cara en el agua y de que no soportaba tener que contener la respiración. Justo en el momento en que estoy a punto de agarrarle la cabeza, la saca ella tomando una gran bocanada de aire. Le cae el agua por los hombros y tiene mechones de pelo pegados a la espalda. Me pongo champú en la palma de una mano y luego la paso por su cabeza con suavidad, pero aun así reacciona con un brusco movimiento reflejo —instintivo e inconsciente— para luego relajarse de inmediato.

En el momento en que noto que deja ir la cabeza apoyándola en mis manos me viene a la mente por sorpresa un recuerdo de la infancia: Annabel es todavía un bebé y mi madre la está bañando en una bañera de plástico azul; mi madre toma mi mano y me la coloca en la cabecita enjabonada de mi hermana, que tiene el pelo fino bajo mis dedos y una piel suave como el terciopelo. Yo no debía de tener más de tres años pero me acuerdo como si fuera ayer.

Suena el teléfono. Es Jalee, entusiasmado, que llama para darme los detalles de su vuelo. Me hace llevar el teléfono hasta el baño para hablar con Emma otra vez.

Ya está. Se acabó la búsqueda. Se acabó la pesadilla. Quiero creer que será una

especie de nuevo comienzo para mí y Jake y Emma, para la familia que una vez tuvimos intención de ser.

En la bañera, Emma ha vuelto a meter la cabeza bajo el agua y está soplando para que salgan burbujas. Al contemplarla, me doy cuenta de que habrá mil maneras en las que tendremos que volver a conocerla.

—Te estás quedando arrugada como una pasa —le digo—, ¿lista para salir? —Se pone de pie y alza los brazos. La envuelvo en una toalla—. ¿Tienes sueño?

—Sí.

—No tenemos camisón, así que nos tendremos que apañar.

Me pongo el pareo a modo de vestido y le doy a Emma mi camiseta para que duerma con ella: no está limpia precisamente pero servirá. La niña levanta los brazos de nuevo para que se la ponga por la cabeza y después se mete en la cama; la arropo y me acuesto a su lado encima de la colcha a mirarla mientras duerme; le acaricio el pelo, los hombros, la preciosa carita… Todavía no me lo creo. Todavía estoy intentando asimilarlo. Estoy tan cansada… Pero no puedo cerrar los ojos, no puedo dejar de mirarla.

A las dos de la madrugada suena el teléfono.

—¿Abby Masón?

Una voz desconocida.

—Sí.

—Wiggins al habla. Acabo de escuchar su mensaje. Siento llamar tan tarde.

—No sabe lo que me alegra haber dado con usted al fin.

Me voy a la silla y trato de hablar lo más bajo posible.

—No se emocione demasiado todavía, en realidad estoy en Honduras en estos momentos, pero ya lo he organizado todo para volver a Costa Rica mañana por la mañana. Nick me contó su historia hace ya algún tiempo. Para serle sincero, no pensaba que encontraría a la niña. A veces pasan las cosas más increíbles, ¿no? Acabo de hablar con nuestra gente de San Francisco y les he pedido que me manden los retratos robot por fax, también han hablado con el padre de Emma y en estos momentos están llevando a la ex mujer a la comisaría. Lo que necesito que me diga es cómo la encontró. ¿Vio a los secuestradores?

—No, pero sé sus nombres: Teddy y Jane.

Le cuento toda la historia y resulta un relato vertiginoso de frases atropelladas.

—Tienen una furgoneta amarilla —añado al concluir.

—¿Por dónde cree que podrían andar ahora?

—Estaban en Playa Espadilla, pero eso fue hace horas.

—Enviaré a alguien a Manuel Antonio ahora mismo. ¿Estará usted en este número mañana?

—Voy a llevar a Emma al aeropuerto a las siete de la mañana a recoger a su padre; más allá de eso, ni lo he pensado.

—Le enviaré a alguien para que las acompañe al aeropuerto y se ocupe de

cualquier cosa que pudiera surgir allí. Emma puede volver a casa, pero usted tendrá que quedarse en el país unos cuantos días, tal vez algo más, para que cuando encontremos a la pareja los identifique.

«Cuando», no «si» los encontramos. Su seguridad me tranquiliza.

—Gracias —le digo—, muchísimas gracias.

Capítulo 78

Me despierta un alarido que no puede ser humano seguido de otros similares que forman un coro de cacofonías justo al otro lado de la ventana.

—Son monos aulladores —me informa Emma al tiempo que abre los ojos y se despereza.

Tiene la bronceada piel empapada de sudor porque, a pesar del aire acondicionado, hace un calor sofocante. Me he pasado horas despierta pero luego en algún momento me ha vencido el sueño y ahora, una vez más, me abruma la bella imposibilidad de su presencia.

El reloj marca las 6.15.

—¡Hora de levantarse —anuncio—, nos vamos al aeropuerto!

—¿Ahora? —me contesta sorprendida.

—En un ratito.

—¿Y papá va a estar allí?

—Sí.

Me mira con desconfianza, como si no estuviera convencida de poder creérselo.

Veinte minutos más tarde se oye el sonido de unos nudillos llamando a la puerta. Me asomo por la ventana descorriendo ligeramente la cortina y veo a un joven con aspecto decididamente italiano; no tendrá más de veintisiete años.

—¿Quién es? —pregunto sin abrir la puerta.

—Me envía Wiggins.

Abro.

—Me llamo Pánico —se presenta al tiempo que alarga el brazo para darme la mano—, Mike Panico. —Mira por encima de mi hombro hacia el interior de la habitación, donde se encuentra Emma, descalza y con el mismo vestido sucio de ayer —. Tú debes de ser Emma. —Ella dice que sí con la cabeza y él le sonríe—. Me han contado que te ha estado buscando un montón de gente.

Ya en el aeropuerto le compro un vestido —que le queda un poco grande— y unas sandalias —que le quedan un poco pequeñas—, pero la niña da un par de vueltas sobre sí misma tan encantada con su conjunto nuevo como si fuera el más maravilloso del mundo.

Luego Panico nos lleva a un cuarto pequeño en el segundo piso cuyo único mobiliario consiste en una mesa y cuatro sillas, todo atornillado al suelo. Además, dos de las sillas tienen en los laterales unas bandas metálicas con sendas cerraduras que son lo que me hace caer en la cuenta de que las bandas en cuestión sirven para inmovilizar a los delincuentes. La pintura beis de las paredes está descascarillada.

Pánico cierra la puerta y se arrodilla para que sus ojos queden al nivel de los de Emma.

—¡Parece que te vas a casa! Dime, ¿qué es lo primero que vas a hacer cuando llegues?

—Quiero ir a tomar una hamburguesa y un batido de chocolate al Cable Car Joe’s.

—¡No me extraña —le responde él—, aquí no hay forma de comerse una buena hamburguesa! —Emma sonríe y yo noto que me relajo. Panico saca de la chaqueta un libro para colorear y una caja de lápices de colores y los pone sobre la mesa—. ¿Te gusta colorear? —Ella asiente con timidez—. A mí de pequeño me encantaba pero no se me daba demasiado bien…

Emma se sienta y empieza a pasar las páginas para escoger un dibujo. Yo me siento enfrente.

—*El gato* —murmura en español señalando el dibujo correspondiente, y luego saca el lápiz amarillo de la caja y se pone manos a la obra—. ¿Sabes español? —me pregunta Emma.

—*Un poco.*

Se vuelve hacia Panico.

—¿Y tú?

—*Sí señorita.*

Intercambian unas cuantas frases en español a una velocidad prodigiosa y él le dice algo que la hace reír. Yo sólo cazo la palabra *pastel* pero hasta eso podría no haberlo entendido bien…

Emma mete el lápiz azul en el sacapuntas que viene con la caja y se pone a afilarlo, después sopla en la punta, inclina la cabeza hacia el libro y comienza por el cuenco del agua del *gato*. El olor característico de los lápices se mezcla con otro que viene de Emma: a pesar de que se bañó ayer por la noche todavía tiene impregnado ese olor ligeramente asilvestrado —salado y dulce a la vez— de los niños que no van muy limpios.

Pánico acerca su silla a la de ella.

—¿Te puedo preguntar una cosa, Emma?

—Bueno, supongo.

—¿Dónde has estado viviendo?

—A veces en la playa y a veces en la furgoneta, y otras con amigos de Teddy y Jane.

—¿Y sabes dónde viven esos amigos?

—En muchos sitios.

—¿Te contaron cómo habían conocido a tu madre?

—Teddy es el primo de mamá —afirma Emma con rotundidad—. ¿Puedo seguir coloreando?

Emma se da un tironcito en la oreja y yo agradezco ese pequeño gesto reconocible, ese tic nervioso que tiene desde que la conozco. Alza la vista hacia mí, luego mira a Panico y por fin pregunta:

—¿Se han metido Teddy y Jane en un lío?

—Sólo queremos encontrarlos para hacerles unas preguntas —le contesta él.

Emma vuelve a concentrarse en el gato. Aquí, sentada a su lado, me siento inmensamente feliz y nerviosa al mismo tiempo. Ya no tenemos esa relación de camaradería tan natural que habíamos conseguido en las semanas previas a su desaparición y todavía estoy intentando descubrir qué elementos esenciales de su naturaleza han cambiado. ¿Cuánto de esta nueva Emma no es más que el resultado del proceso normal de crecimiento y cuánto en cambio se debe a los meses que ha pasado con sus secuestradores?

Se oye el estruendo de la voz que anuncia por megafonía las llegadas y las salidas. Contengo la respiración cada vez que oigo el crepitar del altavoz que hay en una esquina justo antes de oírse un anuncio. «Que venga con retraso. Que lo entretengan en la aduana. Sólo quiero un poco más de tiempo con ella, un par de horas más, unos cuantos minutos más». Claro que quiero que Emma vea a Jake, por supuesto que me emociona pensar en su reencuentro, pero me da miedo el momento en que se suban a un avión de vuelta a casa y se alejen de mí.

Por fin se oyen tres golpes en la puerta.

Emma se sobresalta un poco y yo también. Ella está de espaldas a la puerta y sigue con la cabeza inclinada pero de repente deja de colorear, clava la mirada en el libro y aprieta el lápiz con tanta fuerza que se le ponen los dedos blancos. Pánico abre y aparece Jake en el umbral: el único equipaje que lleva es una bolsa de bandolera al hombro y una muñeca inmensa de las típicas de la marca American Girl, con el pelo castaño, un vestido bordado y zapatos negros con lazos. Jake se queda ahí de pie un momento, con la mirada clavada en la cabeza de su hija, como si le diera miedo creerse que efectivamente es ella. Ha ganado algo de peso y lleva el pelo más largo.

Alargo la mano para acariciar la de Emma.

—Mira quién ha venido.

Ella alza los ojos hacia mí, sujetando el lápiz todavía, pero no se mueve. Jake se acerca a la mesa y se arrodilla a su lado. Cuando lo ve, se produce un cambio en ella: es como si soltara un peso, su rostro se suaviza y arquea los labios para esbozar una leve sonrisa. Jake deja la muñeca en el suelo y la abraza; durante un buen rato solloza con el rostro hundido entre los cabellos de la niña y luego por fin la aparta un poco sin soltarla y dice:

—Eres tú, no puedo creer que de verdad seas tú.

—¡Claro que soy yo, papá!

Pánico aparta la mirada: al igual que yo, debe de estar sintiéndose como un intruso que se ha colado en una escena absolutamente íntima.

Jake me mira.

—Es increíble.

—Ya lo sé.

Toma a Emma en brazos, luego da un paso hacia mí y me abraza con fuerza: huele tan bien, tiene tan buen aspecto, la sensación es tan agradable.

—Durante todo este tiempo, tú tenías razón —se disculpa—, siento mucho haber

dudado de ti.

Emma mira la muñeca que se ha quedado tirada en el suelo y en su rostro se dibuja una amplia sonrisa; se retuerce en los brazos de su padre tratando de soltarse.

—Te presento a Felicity —le dice Jake al tiempo que se arrodilla para dejarla en el suelo.

Emma acaricia el pelo de la muñeca y recorre con la punta de los dedos la puntilla blanca del borde del vestido.

—Es muy bonita —declara por fin.

Jake mira a la niña como si no acabase de creerse que está aquí realmente, como si esperara despertar de un momento a otro de este sueño increíble.

—El vuelo de vuelta no sale hasta dentro de dos horas —me informa—› ¿tienes tiempo para un café?

No puedo evitar reírme.

—¿Me tomas el pelo?

Panico avanza un paso.

—Trabajo para la embajada —se presenta a Jake—. Me reuniré con usted en la puerta de embarque para asegurarme de que no le ponen ninguna pega al embarcar. ¿Ha traído el pasaporte de Emma?

—Sí —responde Jake dándose una palmadita en el bolsillo de la chaqueta—. Gracias por su ayuda.

—No me las dé a mí —replica Panico—, Abby es la que ha hecho todo.

—¿Qué han descubierto hasta ahora? —quiere saber Jake.

Emma está entretenida atando y desatando los lazos de los zapatos de la muñeca.

—El hombre de la furgoneta amarilla es primo de Lisbeth —intervengo yo en voz baja—, por lo menos eso fue lo que le dijo a Emma.

Jake sacude la cabeza lleno de incredulidad.

Yo cargo con la muñeca en brazos y Jake con Emma mientras caminamos hasta un café seguidos de cerca por Panico. Emma no para de mirar a su padre, él no para de mirarla a ella, y yo no paro de mirarlos a los dos. Se me hace tan raro, resulta tan imposible que estemos los tres juntos, andando por un aeropuerto como una familia normal.

—Te hace falta un corte de pelo —afirma Emma pasando los dedos por el largo flequillo de su padre.

—Pues entonces tendrás que cortármelo en cuanto lleguemos a casa —le responde él con la voz quebrada por la emoción.

Pedimos café para nosotros, un batido de frutas para Emma y unos bollitos dulces.

Nos vamos a la mesa más apartada, una junto a la ventana. Jake tira de la silla de Emma hacia a la suya y comienza a cortarle un bollito en trozos pequeños tal como solía hacer, pero ella se acerca el plato y protesta:

—Ya lo sé hacer yo.

—¡Usted perdone, señorita! —se disculpa él—. Claro, ahora eres más mayor, ¿verdad? ¡Madre mía, pero cuánto has crecido! Estás mucho más alta.

Ella le dedica una gran sonrisa y parece estar a punto de responder algo, pero al final opta por llevarse un trozo de bollito a la boca.

—¡A ver! ¿Qué pasa? —le pregunta Jake.

—Yo estoy más alta y tú estás más gordo.

Nos reímos todos, hasta Emma.

—Te he echado tanto de menos —le dice él—, tanto… No puedes ni imaginártelo.

Emma se limpia la boca con el dorso de la mano y clava la mirada en el plato mientras mastica.

Sé que está haciendo esfuerzos para no preguntar todavía, para no hacer todas las preguntas obvias y aterradoras. Él la mira, fascinado.

—Tu cuarto está igual que lo dejaste —le cuenta—, y te están esperando un montón de regalos de Navidad.

La niña pone los ojos como platos.

—¿Y cuándo puedo abrirlos?

—En cuanto lleguemos a casa.

—Y también tienes regalos de cumpleaños —intervengo yo.

Eso parece confundirla.

—¿Por mi cumpleaños?

—Sí, es en noviembre, ¿te acuerdas? —le informa su padre—. Ya has cumplido siete años.

Los ojos de Emma lanzan un destello.

—¿Ya tengo siete años?

Se oye una voz por megafonía anunciando la salida del vuelo a San Francisco.

—Es el nuestro —afirma Jake—. Cariño, ¿lista para volver a casa? —Sí.

Luego él alarga el brazo por encima de la mesa y toma mi mano:

—Y tú, ¿cuándo podrás regresar?

—No lo sé, espero que pronto pero todavía queda bastante que hacer por aquí.

La conversación con Jake me resulta poco natural, como si estuviéramos representando una obra de teatro y nos hubiésemos salido del guión, como si los chistes del guión no hicieran gracia; los dos estamos hablando un poco más alto de lo necesario. Me sorprendo preguntándome si aún nos queda alguna oportunidad; cuando me marché a Costa Rica él me dejó bien claro que todo había terminado entre nosotros pero ¿acaso no es todo distinto ahora? ¿No he hecho precisamente lo que debía para recuperarlo, para conseguir que nuestras vidas volvieran a ser como antes?

No tengo cómo hacerle esas preguntas, la escena no se parece en nada a la que había imaginado, no es en absoluto el reencuentro que llevo anticipando desde que llegué a Costa Rica. Yo me había hecho a la idea de que los tres volveríamos a casa juntos, como una familia, pero la verdad es que Emma y Jake son la familia, ellos dos

solos.

Me acerco a Emma y me agacho para darle un abrazo; la estrecho con fuerza durante un rato.

—Adiós, mi amor.

—¿Tú no vienes con nosotros?

—Me tengo que quedar aquí un poquito más pero volveré a casa muy pronto.

—¡Bueno!

—Adiós, Jake.

—Gracias por todo —me responde—. Es un milagro.

Toma un mechón de mis cabellos y me lo coloca por detrás del hombro, igual que hizo en nuestra primera cita. Ese gesto sencillo basta para encender una leve llamita de esperanza en mi interior, es suficiente para que yo piense que tal vez encontremos la forma de que funcione otra vez.

Jake toma a Emma en brazos y, mientras se alejan, ella vuelve la vista atrás y me saluda fugazmente con la mano.

—¡*Adiós*! —se despide.

—*Adiós.*

Los observo acercarse a la puerta de embarque: Jake se mueve rápidamente, como si estuviera deseando salir de aquí; podrían ser cualquier padre con su hija de vuelta a casa después de unas vacaciones y yo podría perfectamente ser la novia, una variable prescindible de la ecuación que, una vez eliminada, permite llegar al resultado correcto.

Capítulo 79

Es por la tarde y estoy en una habitación de hotel en San José, esperando. Día 335. Al hacer el recuento mentalmente me doy cuenta de que esa contabilidad obsesiva de los días que he estado llevando ya es irrelevante: puedo empezar de cero. Sí, hace 335 días que la perdí pero también han pasado dos desde que la encontré.

Estoy sentada en el balcón. De la habitación de al lado me llega el estruendo de una canción en español a todo volumen, aunque no el suficiente como para tapar los sonidos de una pareja haciendo el amor; los he visto antes, en recepción, cuando han llegado; él era delgado y ella gorda y no traían equipaje. Debería estar haciendo algo: escribir notas de agradecimiento, enviar correos electrónicos, llamar a todo el mundo, pero ¿a quién voy a escribir? Y llevo toda la mañana al teléfono: ya les he dado la noticia a Annabel, Nell y Nick. Igual que Franco Magnani, el artista obsesionado con el pueblo donde pasó la infancia, mi falta de visión periférica del último año ha hecho que mi círculo de amistades se haya reducido a la mínima expresión; no hay nadie más a quien llamar.

Jake y Emma llegaron a casa ayer por la noche y los recibieron unas decenas de personas bienintencionadas que habían ido hasta el aeropuerto con pancartas de «Bienvenida a casa» y peluches. Jake me llamó desde casa para decirme que habían llegado bien.

—¿Puedo hablar con Emma? —le pregunté cuando él ya se disponía a colgar.

—Ya se ha dormido.

—¿Y mañana?

—Por supuesto. —Se hizo un largo silencio y luego añadió—: Gracias. No puedo creer que todo esto esté pasando.

Durante tanto tiempo he dedicado cada minuto a buscar a Emma que ahora no sé qué hacer con las horas. Enciendo el televisor —*Indiana Jones y el templo maldito*— y hago esfuerzos para que no se me cierren los ojos. Pienso en Emma en casa, en su cama. Me imagino a Jalee sentado a su lado hasta que se duerme; luego habrá llegado un momento en que, sintiendo el cansancio él también, se debe de haber levantado para marcharse a su habitación, pero al llegar al umbral de la puerta de la de Emma se habrá parado en seco, incapaz de apartarse de su lado. Se quedará allí toda la noche, observando cómo respira su hija, esa niña preciosa. Tal vez ella se haya despertado sobresaltada en mitad de la noche gritando y él habrá corrido a su lado pero, por un momento, quizá Emma no ha reconocido la cama ni la habitación ni los peluches en fila a lo largo de las paredes: «¿Dónde está Teddy? ¿Dónde está Jane?». Me pregunto cómo habrá respondido Jake a esa pregunta.

En la televisión se ven explosiones, serpientes y a Kate Capshaw en tanga bañándose en un río de aguas turbias. La pareja de la habitación de al lado se ha quedado en silencio; se oyen unas risas que llegan del otro lado del pasillo. Por fin me vence el sueño.

Un sobresalto. Están llamando a la puerta, con golpecitos rítmicos y briosos, igual que solía hacerlo Annabel a la puerta de mi cuarto cuando éramos niñas; era nuestro código secreto. Por un momento, mientras me voy despertando, creo que los golpecitos forman parte del sueño; pero vuelvo a oírlos. Me aliso el vestido —una de mis nuevas adquisiciones de esta mañana en un centro comercial al aire libre cerca del hotel— y voy a abrir la puerta. Es un tipo de mediana estatura, enjuto, con guayabera y sombrero de paja y pantalones anchos color caqui. Está muy moreno. Se ve claramente que es americano pero también tiene algo diferente, no es como los turistas que pasean por los mercados de San José mirando hacia atrás de vez en cuando mientras se aferran a sus carteras.

—Wiggins —se presenta al tiempo que avanza un paso—. Bonita habitación.

—Gracias.

—No lo decía en serio —me aclara.

—¿Cómo?

—Lo de la habitación: era broma.

—¡Ah, ya…!

No estaba preparada para la afabilidad de Wiggins, supongo que me había imaginado a un tipo con chaleco antibalas y botas de militar gritando órdenes por el *walkie-talkie*. La pareja de al lado vuelve a la carga.

—Siento lo de la banda sonora —me disculpo.

—Ni lo mencione, no es que lo haya planeado usted exactamente… —Se mete la mano en el bolsillo buscando algo y saca un llavero enorme—. ¿Lista?

—¿Adónde vamos?

—A la comisaría, para la identificación.

—¿Perdón?

—Necesitamos que identifique a la pareja en una ronda de reconocimiento.

—¿Me está diciendo que ya los tienen?

Me parece imposible.

—Estoy casi seguro de que sí.

Ayer por la noche le conté a Wiggins por teléfono todos los detalles de mi búsqueda y me imaginé que él a su vez tardaría semanas en dar caza a Teddy y Jane, incluso meses. Tengo la sensación de que algo no marcha, me pregunto si de verdad es posible que sea todo así de sencillo: él captura a los malos y yo los identifico. Parece demasiado fácil después de tantos meses de búsqueda, y supongo que parte de mí desearía haber estado presente cuando los arrestaron, para ver a los secuestradores de Emma acobardarse cuando los rodeó la policía. Puede que yo deseara la típica operación de las fuerzas especiales con cámaras y tiros al aire, quería que sintieran —aunque sólo fuera durante unos instantes— el terror que ha debido de sentir Emma cuando se la llevaron. Quería que supiesen lo que es que el miedo se apodere de ti.

Aparcado frente al hotel hay un Jeep con pinta de tanque y varias antenas, con el chasis muy alto y cubierto de salpicaduras de barro. Wiggins me abre la puerta del

copiloto y subo. En el interior hay un sinfín de aparatos. Él se sienta al volante y arranca: el motor no suena como me esperaba sino que ronronea suavemente, como si fuera un humilde Toyota.

—¿Qué es todo esto? —pregunto—. ¿Hay algún satélite en el espacio transmitiendo nuestra conversación directamente a Washington?

—Algo parecido. —Se inclina hacia delante y le habla al cambio de marchas—. «La blanca nieve se acumula frente a la puerta roja».

Luego se endereza y saca el coche del espacio increíblemente pequeño en que lo había metido sin el menor esfuerzo aparente.

Me cae bien este tipo. Podría imaginarme siendo amiga suya, invitándolo a cenas en las que él contaría emocionantes historias de intriga internacional repletas de personajes sospechosos llenos de claroscuros y conspiraciones increíbles.

—¿Dónde estaban? —me intereso—. ¿Cómo los han atrapado?

—Los costarricenses los trincaron hace unas horas, estaban durmiendo en una furgoneta como la que nos describió usted y sus caras coincidían con las de los retratos robot. Habían aparcado en una carretera sin asfaltar junto a la playa, a pocos kilómetros de Manuel Antonio.

—Me está tomando el pelo.

—¡Qué va! La mayoría de los delincuentes no son muy listos que digamos.

—¿Ha hablado con ellos?

—Bueno, hablar lo que se dice hablar no, pero la respuesta es que sí, han confesado. La identificación es un mero tecnicismo.

—¿Y qué pasa con Lisbeth? ¿Han dicho algo sobre ella?

—Les pagó diez mil dólares.

—No lo entiendo… ¿Cuál era su plan? ¿Acaso iban a quedarse aquí con Emma por tiempo indefinido?

—Parece que no habían pensado demasiado en el futuro. Lisbeth le ha contado a la policía de San Francisco que ella lo único que quería era pasar más tiempo con Emma, dice que Jake no la dejaba ver a la niña y que ya no sabía qué hacer. Según ella se le fue el asunto de las manos.

—Nada de eso tiene el menor sentido.

—Suele pasar. A eso me refiero cuando digo que por lo general los delincuentes no son muy listos: casi todos son incapaces de pensar un plan hasta sus últimas consecuencias, se les mete una idea en la cabeza, una historia, el escenario ideal en el que todo sale a pedir de boca, pero luego, en cuanto la más mínima cosa se tuerce, cuando las piezas ya no encajan tan fácilmente, no consiguen encontrar la forma de repensar el plan y dar con una alternativa factible.

Avanzamos por carreteras sinuosas y atravesamos Quepos dejando atrás el patio de un colegio donde los niños están jugando al fútbol, la estación de autobuses y un supermercado, iglesias de paredes blancas, oficinas decrépitas y una amalgama de hoteles para turistas. Al poco rato pasamos de la ciudad a la jungla de nuevo y vamos

dando tumbos por una carretera completamente a oscuras con las ramas golpeando los laterales del Jeep.

—¡Bueno! —digo tratando de recobrar el aliento—, entonces, ¿cuánto tiempo lleva haciendo este trabajo?

—Éste no es mi trabajo habitual, yo soy más bien… ¿cómo decirlo?… Un pacificador.

Hay algo en la manera como dice «pacificador» que no suena nada pacifista.

Y entonces, tan de repente como antes en el sentido inverso, se acaba la jungla, entramos en un pequeño claro entre los árboles y giramos abruptamente para tomar una carretera recién asfaltada; el calor hace que huela mucho a alquitrán. Un letrero enorme nos da la «bienvenida» en inmensas letras rojas: resulta excesivo para el tamaño del pueblo, que no tiene más que una única calle, y, a ambos lados de ésta, un puñado de casas de madera, un puesto de fruta, una capilla y un único edificio de una planta en ladrillo. Wiggins aparca el Jeep enfrente de la capilla donde una anciana vende la mercancía que tiene expuesta en una mesa plegable: tres peines de plástico, un par de refrescos de naranja recalentados y unas escenas de Costa Rica pintadas sobre unas tablitas de maderas.

—Por aquí —me guía él señalando con la cabeza el otro lado de la calle—. Nunca le he preguntado de qué conoce a Nick.

—Soy fotógrafa, fue mi cliente. ¿Y usted?

—Una vez trabajamos juntos en la ONU, o algo parecido.

—Nunca me había contado que hubiese trabajado en la ONU.

—Apuesto a que hay muchas cosas que no le ha contado.

Nos detenemos frente al edificio de ladrillo: no es nada de particular, sencillamente una construcción de una planta con una puerta de madera sin pintar y unas cuantas ventanas desvencijadas, pero delante del edificio hay un jardín con una buganvilla frondosa y medio silvestre.

—¿Preparada? —me pregunta Wiggins.

—La verdad es que no.

Miro a mi alrededor y respiro hondo tratando de calmarme. Me miro los pies y me doy cuenta de que tengo la marca del moreno porque no me he quitado las chanclas desde que llegué a Costa Rica; ahora que me he comprado unas sandalias de cuero, me siento fuera de lugar hasta cierto punto.

Wiggins abre la puerta y me deja pasar primero. Dentro tienen puesto el aire acondicionado y huele a papel de periódico y colonia barata. En una esquina hay una mesa frente a la que tres hombres uniformados están jugando a las damas mientras se toman unas cervezas.

—*Buenas tardes* —nos saludan.

Todos parecen conocer a Wiggins. Uno de ellos, un hombretón muy corpulento, se levanta para venir a recibirnos y sonríe dejando a la vista una ortodoncia de alambres plateados. Wiggins intercambia con los hombres unas frases vertiginosas en

español durante unos minutos y luego el del aparato en los dientes nos conduce fuera de la habitación.

Atravesamos una puerta de metal y bajamos por un pasillo con celdas vacías a derecha e izquierda, tres a cada lado. El corredor apesta a una mezcla de olor a café quemado, humanidad y un leve tufo a orina. Se me revuelve el estómago: miedo, ira, nervios…, todo formando un amasijo en mi interior. El policía mete una inmensa llave antigua en una cerradura y empuja la puerta. Noto un sabor amargo en la boca y escondo las manos en los bolsillos para que no se vea que me tiemblan. Durante los últimos once meses, cada vez que me he querido preparar para algo y me he imaginado los posibles resultados tratando de serenarme para poder enfrentarlos, al final las cosas han salido de forma completamente inesperada y sorprendente. Toda mi preparación no ha servido de nada.

Estamos en un cuarto pequeño. La puerta se cierra con un clic a nuestras espaldas. Una de las paredes consiste en una larga hilera de barrotes y tras ellos hay una docena de hombres y mujeres vestidos de calle; parecen sudorosos y aburridos. Aquí no hay aire acondicionado, sólo un par de ventiladores eléctricos en las esquinas orientados hacia el interior de la celda.

El oficial del aparato en los dientes agita levemente el manojo de llaves. Los ventiladores emiten un repiqueteo suave.

—¿Y bien? —me pregunta Wiggins.

No me hace falta estudiar los rostros, no tengo que pensármelo. Ahí están, sentados en un banco en la parte de atrás: ella lleva el pelo en una coleta bien tirante, tal como la recordaba; él ha engordado algo y tiene la cara más redonda pero lo reconozco sin dudar. Me sorprende ver que no tienen aspecto amenazador, ni tampoco criminal. Busco algún parecido de familia de Teddy con Lisbeth pero no lo veo. Teddy y Jane están sentados juntos, casi abrazados y con las manos entrelazadas como esas parejas que veía de vez en cuando en la iglesia cuando era niña, parejas a las que se les notaba claramente que aquél no era su sitio, que los habían medio sobornado para que asistieran al servicio a cambio de un pavo para Acción de Gracias o una bolsa de ropa de segunda mano.

Los dos tienen la mirada clavada en el suelo. Teddy está balanceando un pie arriba y abajo mientras se come las uñas: su actitud no tiene nada que ver con la del día de Ocean Beach; entonces irradiaba el aire despreocupado y de total confianza en sí mismo de un hombre que es consciente de su atractivo. Un par de días atrás, al ver lo delgada que estaba Emma me entraron ganas de matarlo y ahora esa furia sigue ahí, pero no es una ira ciega sino más bien una sensación de asco en el estómago.

—Son ellos —afirmo señalando con la cabeza hacia el interior de la celda.

—¿Cuáles de todos ellos?

—Los que están en el banco, los rubios.

Ella alza la vista, como si la hubieran llamado por su nombre. Nuestras miradas se cruzan y trato de leer la expresión de su cara: ¿hay remordimiento, miedo, ira? No

distingo nada de todo eso, su rostro es impenetrable, los ojos inexpresivos. Le sostengo la mirada, decidida a enfrentarme a ella aunque sólo sea en este pequeño detalle, pero la mujer aparta la vista rápidamente.

—¿Segura? —insiste Wiggins.

—Al cien por cien.

Me he imaginado este momento cientos de veces, me he visto pronunciando la frase perfecta con el tono perfecto, la que obligaría a los secuestradores de Emma a comprender la crueldad de lo que han hecho. En mis fantasías siempre encontraba el modo de vengarme con las palabras más duras y despiadadamente honestas. En cambio ahora tengo un nudo en la garganta y la boca seca; y las palabras no llegan.

Volvemos a cruzar la puerta y deshacemos el camino andado por el pasillo para llegar de nuevo a la habitación con aire acondicionado donde se oye el estruendoso zumbido de una nevera muy vieja.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—La llevaré de vuelta a su hotel —me contesta Wiggins—. Supongo que debe de estar deseando volver a California.

—¿Y con ellos, con Teddy y Jane, qué va a pasar?

—Hay que presentar los cargos y luego los extraditarán. Ya la llamaré para darle los detalles.

Afuera ha empezado a llover mansamente; oigo las gotas golpeteando los árboles, el cemento de la acera y la calle. Estamos en medio de ninguna parte, en tan sólo unos cuantos metros cuadrados ganados a la selva que parece cercar el lugar, amenazante. A lo lejos se ven unas montañas de un marrón pálido que contrasta con el cielo blanquecino.

Wiggins me abre la puerta del Jeep y luego va a su lado y se sube al coche.

—Delta 687 —dice en el momento en que mete la llave del contacto.

Suena a código secreto y me imagino a un puñado de agentes en una habitación de algún edificio oficial a muchos kilómetros de distancia inclinándose un poco hacia adelante para escuchar atentamente, tomando decisiones importantes a partir de esa exigua información. Este mundo de intriga internacional en el que Wiggins —y por lo visto Nick— viven se me hace tan alejado de mi propia realidad…, igual que la cultura del surf me lo parecía hace unos meses. Vuelvo a acordarme de todo lo que cambió ese pequeño instante en Ocean Beach, de cómo dio un vuelco a mi vida de un modo que ya no puede cambiarse.

—¿Cómo? —pregunto distraída.

—Delta 687 es el número de su vuelo; sale mañana a las nueve de la mañana.

—¡Ah, sí, claro!, pensé que…

Wiggins arranca y me mira.

—¿Sí?

—No, nada.

Contemplo el paisaje que vamos dejando atrás, las montañas, las enormes plantas

de hojas verdes que crecen en las cunetas, las diminutas casas con sus jardines de tierra marrón. Se me pasa por la cabeza la idea de que voy a echar de menos todo esto, de que echaré de menos muchas cosas de este país.

Mañana es 22 de junio. Mañana, vuelvo a casa.

Capítulo 80

Una tarde fresca en la costa del Golfo. Se avecinaba una tormenta. Eran las tres y el cielo estaba tan oscuro como si hubiera sido de noche. Se aproximaba el huracán Bertha y mi madre nos había mandado a Annabel y a mí al supermercado a por provisiones. Llevábamos el carrito hasta arriba de litros y litros de agua destilada, latas de sopa Campbell y bonito en aceite de la marca Starkist, botellas de Gatorade, dos linternas nuevas y una docena de pilas. Las estanterías habían quedado prácticamente vacías y los pasillos estaban atestados de clientes en el típico estado de aturdimiento previo al huracán. La cola de la caja llegaba hasta la sección de carnicería al fondo de la tienda. El tipo que iba delante de nosotras, con el carrito lleno de fideos *ramen* —los japoneses—, latas de Heineken, varios rollos de cinta adhesiva plateada y una bolsa de finas velas largas blancas, se volvió y me sonrió.

—¿Nerviosa? —preguntó él.

—¿Nerviosa por qué?

—Por el huracán.

Annabel puso los ojos en blanco y me dio un pellizco. Yo me encogí de hombros.

—No mucho.

—Es mi primer huracán —admitió él—, acabo de mudarme, antes vivía en el desierto. —Sus ojos se desviaban todo el rato a mis piernas y yo sabía perfectamente que aquel hombre tenía suficiente edad como para que no estuviera bien que me mirara de ese modo—. ¿Algún consejo que puedas darme?

—Mejor poner tablones que pegar cinta adhesiva.

Eso pareció desconcertarlo.

—Para las ventanas —intervino Annabel en un tono que claramente quería dar a entender que aquel tipo le parecía el más tonto que jamás hubiera conocido.

—Se pone contrachapado en todas las ventanas —le explico—, la cinta es un mal atajo.

Él cambió el peso de pie y al hacerlo se le levantó ligeramente la camiseta revelando una hilera de vello que avanzaba por su estómago para desaparecer tras la cinturilla de los vaqueros. Me pilló mirando y sonrió.

—¿Algo más?

Yo me puse roja pero no me importó, me estaba divirtiendo aquel juego. Saqué las velas de su carrito.

—¿Y éstas para qué son, una cena romántica?

Me guiñó un ojo.

—¿Quieres que te invite?

—¿Te estás ofreciendo?

Annabel cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Por favor! —murmuró entre dientes mi hermana al tiempo que empezaba a mascar el chicle con más energía.

—Ahora en serio —me dijo él inclinándose hacia mí—, ¿qué tienen de malo las velas?

—Cuando se va la luz es un buen follón, lo que necesitas son lámparas de gas especiales y linternas. —Volví a poner las velas en su sitio y tomé en mis manos la única garrafa de agua que llevaba—. Y vas a necesitar mucho más que esto a no ser que tengas pensado beberte el agua de la piscina del vecino. La última vez estuvimos sin agua nueve días.

La cola avanzó un poco y él movió su carrito hacia delante con la cadera.

—Queda claro que no estoy nada bien preparado —concluyó—, lo que necesito es una asesora personal especialista en huracanes.

—¿Y cuánto pagas?

—El salario es negociable —respondió al tiempo que posaba su cálida mano en mi hombro deslizando un dedo por debajo del fino tirante del top que yo llevaba puesto.

—¡Por Dios —interrumpió Annabel—, si todavía es una niña, sería hasta ilegal!

—No le hagas caso a mi hermana —intervine yo—, es una adoradora de Satanás.

Unos minutos más tarde aquel tipo estaba junto a la ranchera de mis padres ayudándonos a cargar las bolsas. Annabel, de pie a un lado con los brazos aún cruzados sobre el pecho, nos atravesaba a los dos con la mirada. Por encima del aparcamiento se veía a los pájaros volar un tanto atolondrados describiendo círculos mientras el viento mecía violentamente los semáforos de la carretera de Hillcrest. Cuando terminamos de meter todo en el coche, él cerró el maletero y me tendió la mano.

—Ramón.

—Abigail.

Su mano estaba caliente y apretó la mía con fuerza unos segundos antes de soltármela.

—Entonces —añadió—, ¿tengo permiso para arriesgarme a ir a la cárcel por pedirte el número de teléfono?

Annabel se llevó las manos al estómago y luego se encogió hacia delante agarrándose los costados, como fingiendo terribles dolores de estómago, para por fin hacer como que vomitaba.

—¿Por qué no me das tú el tuyo mejor?

Yo sabía que si llamaba a casa mis padres se pondrían a hacer preguntas para las que yo no tendría respuesta.

Se llevó la mano al bolsillo de atrás y sacó una billetera de cuero y de ésta una tarjeta de visita: «Ramón Gutiérrez —decía—. Fotografía artística y retratos». Me metí la tarjeta en el bolsillo y abrí la puerta del conductor.

—Sube al coche —le ordené a Annabel, que parecía estar a punto de abalanzarse sobre él y darle un puñetazo.

Mi hermana le dedicó un último comentario hiriente.

—No tengo más que una palabra para usted, caballero: asaltacunas.

Ramón la ignoró por completo, esperó hasta que se hubo metido en el coche y entonces se puso a mover la punta del pie de lado a lado sobre una mancha de aceite que había en el suelo y dijo en voz baja:

—¿Me llamarás?

—Sí —le contesté.

Entonces no entendí que estaba al principio de algo, que cada elección que realizamos lleva a otra, y luego otra, y otra, de manera que una única decisión sin importancia aparente puede tener consecuencias para toda la vida. Entonces no sabía que aquél era un momento que marcaría el rumbo de mi vida, que me pasaría los quince años siguientes a la muerte de Ramón buscando alguien que me amara tan profunda y rotundamente como él. Y sólo ahora comprendo que esa búsqueda me llevó hasta Jake, y por tanto hasta Emma.

Fue Heráclito el que dijo que «nadie se baña dos veces en el mismo río» ya que éste cambia a cada momento, no es nunca el mismo río. En el universo, todo está inmerso en un flujo constante, todo cambia, nada permanece igual.

Una vez transcurrido, un instante pasa para siempre. Cualquier decisión que pudieras haber tomado, ya la has tomado. Yo quiero bañarme otra vez en el mismo río, lo quiero de vuelta: el tiempo, las decisiones, los segundos fugaces e irrecuperables.

Capítulo 81

«Una cita de jugar», así lo llama Jake. Está al otro lado de la línea y se oye mucho ruido en su casa: la tele, platos entrechocándose al lavarlos, la voz de Emma…

—Había pensado que la podría llevar a algún sitio —sugiero yo—, de compras o al zoo.

He intentado verlos todos los días desde que volví de Costa Rica hace dos semanas. En dos ocasiones he ido a cenar a su casa. Emma comió en silencio mientras Jake y yo manteníamos una conversación forzada sobre el trabajo que me recordó a las que tenían mis padres cuando ya no conectaban sino que meramente fingían. La última vez que estuve en casa de Jake, él me acompañó hasta el coche cuando me marchaba; la puerta estaba entreabierta y no hacía más que mirar para atrás, como si Emma se fuera a deslizar por ella y desaparecer en cualquier momento.

Estábamos de pie junto a mi coche y se oía una música muy alta que procedía de una casa calle abajo, seguramente alguna fiesta de chavales de instituto aprovechando que los padres de alguien se habían ido de viaje. Me agarré con una mano el cuello de la chaqueta que llevaba sobre los hombros para combatir el frío. Las luces de las avenidas se reflejaban en la niebla; di un paso hacía él y me recosté sobre su pecho.

—Te echo de menos. —Él no dijo nada y yo lo rodeé con mis brazos—. Tal vez podríamos volver a intentarlo.

Hubo una larga pausa, su cuerpo se relajó un poco. Por un momento me sentí esperanzada, creí que había una posibilidad.

—Abby… —me respondió.

Mi nombre, eso fue todo. Y lo dijo con ese peso, con esa resignación. Me metí en el coche, arranque y me marché.

Eso fue hace cinco días. Ahora estoy intentando sonar animada, como una amiga simpática con la que tiene una relación platónica y que simplemente llama para hacer algo divertido con su hija un día de éstos.

—Me encantaría llevar a Emma a algún sitio chulo. La he visto tan poco desde que… volvió.

Se produce un silencio. Me lo imagino apartándose de la niña para que no oiga lo que dice.

—¿Te refieres a una cita de jugar? —me dice en voz baja.

—Tú también estás invitado si quieres venir —añado yo.

Me llega una bocanada de mal olor y me doy cuenta de que se me están quemando los huevos. Voy corriendo a la cocina, apago el fuego, tiro los huevos calcinados en el fregadero y abro la ventana.

—¿Todo bien por ahí? —me pregunta él.

—Sí, todo bajo control, es sólo que he tenido un pequeño percance en la cocina.

En cuanto lo digo deseo no haber confesado mi falta: cada pequeño incidente es una prueba más de mi incompetencia, de mi irresponsabilidad; cada error se va

acumulando y queda registrado en su inventario mental, en esa larga lista de pruebas concluyentes de que no conviene que pase tiempo con Emma.

Lo oigo pasearse arriba y abajo.

—¿Para cuándo estabas pensando?

—¿Igual este fin de semana? Cuando te vaya bien.

—Bueno, de acuerdo.

Cuando llega el día acordado paso dos horas preparándome: me cambio de ropa cuatro veces, no hago más que recogerme el pelo para luego soltármelo y después recogérmelo otra vez…

Llamo a Annabel, que sale de cuentas en una semana; el miércoles me marcho a verla y me quedaré hasta que nazca el bebé.

—¡Socorro! —me quejo al teléfono—, me voy a volver loca, ya me he probado tres pintalabios diferentes…

—Respira hondo —me aconseja— que no es el concurso de Miss América, sólo vais al zoo.

El zoo. No estoy pensando en tigres y jirafas, reptiles y pingüinos. Lo que me ocupa la mente es cuántas hectáreas tiene el zoo, cuántos recovecos y esquinas, cuántos baños públicos, cuántos lugares peligrosos.

—Estoy aterrada.

—Todo irá bien.

Quiero creerla y me recuerdo a mí misma que fui yo quien encontró a Emma, que mi instinto no se equivocaba y mi determinación dio resultado al final. Seguro que eso significa algo para Jake.

Llego a su casa y llamo a la puerta. Durante aproximadamente un minuto no pasa nada, así que vuelvo a llamar. Oigo ruidos dentro, pasos por la escalera. Se abre la puerta.

—Hola —me saluda Jake.

Miro por encima de su hombro hacia el cuarto de estar.

—¿Ya está lista Emma?

Está la tele puesta: *Embrujada* en TV Land, uno de los episodios viejos en blanco y negro.

—Oye, Abby. —No tiene que decirme nada, ya sé lo que viene después y noto cómo se me encoge el corazón. Él cambia el peso de un pie a otro con aire nervioso; tiene una mano en el pomo de la puerta y no hace ademán de invitarme a pasar—. Emma no se encuentra demasiado bien.

Miro hacia la escalera y la veo allá arriba, de pie en el umbral de la puerta de su habitación: a mí me parece que tiene buen aspecto.

—¡Hola, cielo! —la saludo desde abajo.

Ella me sonríe y me saluda con la mano. Jake sale fuera conmigo y cierra la puerta a sus espaldas.

—¿Qué le pasa? —me intereso tratando de dominar mis emociones para que no

se me noten en la voz.

—¿Cómo?

—Que qué tiene: ¿gripe, fiebre?

—Le ha estado doliendo el estómago, seguramente le ha sentado mal algo.

—Podría quedarme un rato y echar una mano.

Él se agacha a recoger del primer peldaño del porche una octavilla anunciando pizzas a domicilio.

—Verás, es que no es buen momento.

—Y mañana, ¿puedo pasarme por aquí mañana?

Se mete las manos en los bolsillos y evita mirarme a los ojos.

—No lo sé…

—Por favor, no hagas esto.

—Lo siento mucho —me contesta—, pero necesito tiempo. Necesitamos tiempo los dos, para estar solos, ella y yo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Está tan confusa…; sobre Lisbeth, sobre Teddy y Jane, sobre todo.

Me da una palmada en el hombro —una, con gesto forzado— y luego vuelve dentro y cierra la puerta.

Oigo que sube las escaleras. Me doy la vuelta para marcharme pero no puedo, vuelvo sobre mis pasos por el caminito que va de la valla a la puerta de la casa y llamo al timbre una vez más. No hay respuesta. Entonces me pongo a aporrear la puerta con los puños, como una versión lunática de mí misma. Sé de sobra, incluso mientras lo llamo por su nombre, que no vendrá a abrir la puerta.

Me doy cuenta de lo ridícula y desesperada que debo de parecer. Me apoyo en la puerta sintiendo el pánico, ese viejo conocido, apoderándose de mí. Pero en esta ocasión no tengo un plan para combatirlo ni método sistemático que pueda servirme para arreglar las cosas. Jake ha tomado una decisión: esta vez no está en mi mano.

Me gustaría pensar que, dentro de unos meses, pensará en mí como la persona que no se rindió, la que perseveró cuando todo parecía perdido, después de que se cerrara el centro de operaciones y la policía diera el caso por cerrado y se hiciera un entierro con un ataúd vacío. Me gustaría pensar que, con el tiempo, al final me hará un sitio en su vida. Pero la verdad es que sé que todo eso no son más que falsas esperanzas, que el momento de indescriptible alegría cuando lo llamé para decirle que Emma estaba a salvo siempre estará ensombrecido por los meses de angustia y miedo. Para él, siempre seré esto: no la que encontró a Emma sino la que la perdió. La que apartó la vista.

No sé cuánto tiempo me quedo de pie en el pequeño recuadro de césped delante de su casa, con la mirada fija en la ventana del cuarto de Emma. El suelo parece moverse bajo mis pies, como si la hierba fuera a deslizarse en cualquier momento. Y entonces, durante un instante, de hecho eso es precisamente lo que ocurre: no es más que un ligero temblor, un murmullo en las entrañas de la tierra, tan suave y sutil que

ni lo mencionarán en las noticias de la televisión ni en el periódico; pero en algún lugar, en un edificio moderno y bien iluminado lleno de aparatos imponentes, una aguja habrá oscilado registrando su llegada. Tal vez el sismólogo, a solas en su despacho, acunado por los zumbidos sordos de los equipos, se haya quedado traspuesto. Puede que una máquina pite y lo despierte: se incorporará en la silla y se acercará al sismógrafo; hasta es posible que anote algo, regocijándose en la complejidad de las placas tectónicas desde lo más hondo de su corazón de científico.

Al cabo de un rato me meto en el coche y tomo Lincoln en dirección al mar, giro a la derecha en la Great Highway y dejo atrás el Beach Chalet, luego subo la colina pasando por Cliff House hasta el aparcamiento de Land's End. En medio de la niebla, bajo por el tortuoso sendero que conduce hasta los Baños Sutro. Hay marea baja y en el interior del viejo tanque se ha formado un charco de agua turbia con cosas flotando: latas de cerveza, una pelota de espuma, una boya rota estrangulada por las algas… Deambulo por las ruinas pensando en aquel niño que se ahogó en la playa en Gulf Shores cuando yo tenía nueve años. Me acuerdo de que, camino de vuelta a casa, mi madre iba en el asiento del copiloto llorando suavemente y de cómo se volvía cada poco para mirarnos. Annabel se había dormido con sus piernas quemadas por el sol extendidas sobre mi regazo. Recuerdo sentirme muy expuesta, como si nuestros padres nos estuvieran mirando —viendo de verdad— por primera vez. Y me di cuenta de un cambio incómodo en nuestra relación, en ese momento tuve la impresión como de que nos querían demasiado y ese amor me pareció una carga excesiva.

Claro que yo sólo tenía nueve años: ¿cuánto de todo eso percibí realmente y cuánto estoy poniendo de mi cosecha ahora, con la perspectiva de los veinticuatro años transcurridos? Veinticuatro años y sigo sin poder librarme del recuerdo; no sólo de las imágenes —el niño muerto tendido en la arena; su madre con sus enormes senos, llorando; la pizca de crema solar en la punta de la nariz de él; la multitud de mujeres de pie alrededor de la familia destrozada— sino de las emociones también. Lo sigo viendo todo con una claridad meridiana, como si hubiera pasado hace unos minutos.

Y me pregunto qué recuerdos conservará Emma de aquí a veinte años, qué momentos perdurarán de sus once meses de ausencia. ¿Se acordará del miedo o sólo de la confusión? Cuando sea mayor, ¿mirará el torso de su amante y pensará en Teddy y el tatuaje que se curvaba delicadamente como la ola que representa?, ¿recordará el interior de la furgoneta, el olor del queso que sus secuestradores llevaban en un envoltorio de plástico dentro de la nevera portátil?, ¿será la playa para ella un lugar traicionero donde pueden ocurrir cosas impredecibles?, ¿o hará algún día un viaje a Costa Rica con sus hijos y sentirá una paz, una sensación de pertenecer a aquel lugar? Tal vez buscará el pequeño restaurante donde solía ir con Teddy y Jane a tomar batidos de mango…

Evidentemente, también hay otras cosas que podría recordar, cosas que van

emergiendo lentamente, cosas de las que el terapeuta habla con Jake: a veces Teddy y Jane tenían unas peleas tremendas a gritos en las que acababan llegando a las manos y, en una ocasión, a una visita a urgencias para que le escayolaran a Jane un brazo roto. Debe de haber sido terrible para Emma, acostumbrada al temperamento tranquilo y afable de Jake. Una vez, para castigarla por haber sido desobediente, la dejaron sola en la cabaña de unos amigos durante toda una noche y todo un día, con un paquete de macarrones con salsa de queso de sobre como única comida. Emma le contó al terapeuta que mezcló la pasta y los polvos de la salsa con agua caliente del grifo porque sabía que no tenía permiso para encender los fuegos de la cocina; era una de las normas de Jake que se le habían quedado grabadas: no usar nunca la cocina si no había un adulto con ella.

En unas cuantas ocasiones, Lisbeth se presentó por allí y le contó a Emma su propia versión deformada de los hechos: que nunca había querido abandonarla, que Jake la había echado a ella cuando me conoció a mí… Con el tiempo, Emma debe de haber empezado a creer sus mentiras.

Esto es lo que sé: los recuerdos dolorosos que Emma vaya a tener que soportar son culpa mía. Paseábamos por la playa. Era una mañana de verano con niebla y mucho frío. Aparté la vista, para mirar una cría de foca muerta. En ese momento se puso el reloj en marcha y el mapa mental de Emma se alteró para siempre. Ésta es la verdad y no hay forma de eludirla. Pienso en S., el hombre que no podía olvidar, y pienso que, hasta cierto punto, todos compartimos su suerte: tener memoria es el precio que pagamos por nuestra personalidad, por el privilegio de conocernos íntimamente a nosotros mismos; es el precio que pagamos tanto por nuestras victorias como por nuestras derrotas.

Me imagino mis recuerdos de este último año como un tumor incrustado en el hipocampo, una pequeña masa negra que ni crecerá ni desaparecerá, un nudo encallecido en mitad del armonioso laberinto del cerebro: diminuto, del tamaño de una almendra, pero ejerciendo una presión constante.

Hace escasos días fui a la biblioteca pública y devolví —con un retraso de varios meses— los libros sobre la memoria que Nell había sacado para mí. Habría sido más barato comprarlos que pagar la multa pero no quería quedármelos. La verdad es que preferiría sencillamente olvidar todo lo que he aprendido sobre la memoria porque no son conocimientos impersonales como el saber los nombres de las capitales del mundo, el número de anillos que tiene Saturno o la fecha en que el hombre llegó a la Luna. No: esta información estará siempre asociada en mi cabeza con esos largos meses durante los cuales Emma no estaba, son conocimientos con tara.

Si pudiera, borraría de mi mente a Aristóteles y Simónides, a Sherevsky y el anónimo N., y todos los acontecimientos que se han desvelado desde ese día en Ocean Beach. En los últimos años, los científicos han descubierto que la memoria está ligada a ciertos genes y la manipulación de éstos podría ser la manera de controlar lo que recordamos y lo que olvidamos. En un futuro, puede que sea posible

tomarse una pastilla inmediatamente después de un acontecimiento traumático —algo así como una píldora del día después— que eliminará el recuerdo de ese acontecimiento. Ya no habrá ninguna necesidad de acordarse de violaciones, robos, accidentes de tráfico o secuestros. La mente de una niña podría condicionarse por medio de fármacos para que olvide el día en que se la arrebataron a sus padres, o el momento en que se rompió un brazo, o la vez que vio un perro atropellado por un coche. ¿Y por qué detenerse ahí?: tal vez podrían extraerse paquetes enteros de recuerdos como por ejemplo un divorcio doloroso, un trabajo humillante, un fracaso académico prolongado. Esta amnesia voluntaria no tendría que limitarse a los sufrimientos individuales: me imagino a miles de víctimas de una catástrofe natural o provocada por el hombre —terremotos o atentados terroristas, tornados o magnicidios —, haciendo cola en las clínicas al día siguiente de un acontecimiento terrible para que les den la píldora del olvido. Entonces podríamos convertirnos en una nación olvidadiza, una cultura sin memoria, sin penas, sin arrepentimientos.

A la derecha de las ruinas de los baños hay un sendero de tierra que lleva a un mirador de aspecto inestable con vistas al océano. A principios del siglo pasado, podías contemplar desde aquí el Pacífico o ver a los bañistas lanzarse desde trampolines de madera en una de las siete piscinas de agua de mar. Una cúpula de cristal esmerilado cubría el conjunto. Hoy la vista del Pacífico está envuelta en niebla. De la parte más oriental del mirador sale una estrecha escalera de ladrillos con una barandilla oxidada a la que faltan largos tramos. Los peldaños descienden en picado hasta un lugar donde hay dos agujeros rectangulares en el cemento y desde lo alto de la escalera veo a través de esos agujeros las oscuras aguas y los picos afilados de las rocas. La última vez que estuve aquí bajé hasta abajo y me asomé por los agujeros buscando a Emma.

S. no tenía otra elección que recordarlo todo pero los demás recordamos lo mejor y lo peor, los momentos de gran felicidad y aquellos en los que más dolor hemos sentido. Por más que las cosas de todos los días se convierten en una nebulosa, los rostros se vuelven borrosos y los lugares en los que un día vivimos pierden su forma y color, no conseguimos escapar de nuestros peores recuerdos. Esta ciudad siempre estará llena de trampillas que me recuerden a la búsqueda, de contenedores y callejones oscuros, de tiendas, bares y bibliotecas. No es posible volver a todos esos lugares sin revivir esos tiempos terribles. En todos los barrios, en todas las calles, he buscado a Emma. Quisiera pensar que algún día esos recuerdos empezarán a difuminarse pero, ahora mismo, sin previo aviso —mientras estoy en el cuarto oscuro o en una tienda o en un bar—, es perfectamente posible que mi mente decida arrastrarme de vuelta a ese día. Y cuando eso ocurre, viene invariablemente de la mano la sensación de pánico, la cabeza empieza a darme vueltas y se me revuelve el estómago. La mente te juega malas pasadas.

Desde los baños subo por el sendero hasta Louis’s, donde empieza la acera del paseo. Echo a andar por él dejando atrás Cliff House y la Camera Obscura. La niebla

es tan espesa que casi no se ven las peñas de Seal Rocks, no son más que una tenue silueta emergiendo de las aguas grises. Una familia de turistas en pantalones y sandalias —muertos de frío— se apiña en torno a un telescopio de monedas: no me queda demasiado claro qué pretenden ver con este día… Me acuerdo de la primera vez que vine con mis padres a San Francisco de adolescente. El viaje era otro de los constantes intentos de mi madre por «salvar la familia», una expresión vaga que lanzaba cada pocos meses cuando la mutua frustración entre mi padre y ella había llegado a un punto álgido y el divorcio parecía inminente. Año tras año hacíamos estos viajes deprimentes: a San Francisco, Chicago, Nueva York, Montreal…

Durante esa visita a San Francisco fuimos en ferri a Alcatraz; hay fotos de la travesía: yo llevaba una minifalda vaquera que era escandalosamente corta y Annabel tenía un aspecto siniestro con su ropa de gótica y la raya del ojo pintada muy gruesa en negro. Hay una fotografía de las dos juntas en una de las diminutas celdas de aislamiento, las dos de pie codo con codo con las manos en las caderas, sin sonreír. Un desconocido que viera la imagen podría pensar que éramos dos hermanas a las que habían obligado a ponerse juntas para la foto, que estábamos enfadadas, posando después de haber tenido una bronca descomunal. Pero yo lo recuerdo de otra manera, lo que me dice mi memoria es que, en el ferri de camino a la isla, nuestros padres se sentaron dentro mientras que nosotras nos quedamos en la cubierta, abrazándonos para combatir el frío mientras el barco avanzaba entre la niebla.

—Desearía que se dejaran de tonterías y pusieran punto final de una vez —dijo Annabel.

Estaba hablando de la vida de mis padres juntos, de su desastroso matrimonio.

—Yo también.

Era la primera vez en unos cuantos meses que hablábamos de algo serio. Ese largo verano lleno de melancolía había estado marcado por un silencio que parecía absoluto: mis padres rara vez se hablaban; y Annabel y yo habíamos caído en una especie de letargo adolescente y sólo nos dirigíamos la palabra para las cosas más triviales del tipo «pásame la sal, por favor», «¿a qué hora sale el avión?» o «nos vemos en la Torre Coit a las 4.35». No nos sentíamos en absoluto como una familia sino como cuatro extraños al azar que habían acabado sentados en el mismo compartimento de un tren y no veían el momento de librarse de la compañía de los demás. En aquella celda tenebrosa de Alcatraz, no era ira lo que irradiaban nuestros rostros serios: era aburrimiento, una sensación de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado y con la gente equivocada.

En el viaje de vuelta de Alcatraz al embarcadero de la ciudad, Annabel se quedó dentro, tomándose un perrito caliente y unas patatas fritas chiclosas con un chaval que ya iba a la universidad al que había conocido en la tienda de recuerdos. Yo estaba sola apoyada en la barandilla observando cómo se iba acercando la ciudad; envuelta en la niebla, San Francisco parecía uno de esos lugares que se ven en sueños, como si no fuera del todo real. Era una ciudad preciosa, no había otra igual. Pensé en mis

padres sentados allí abajo, tan lejos el uno del otro como permitiera la longitud del banco que compartían, los dos rumiando su propia infelicidad, con toda la fealdad de las peleas pasadas apilándose entre ambos igual que un muro tan invisible como insalvable.

Yo me prometí que si alguna vez tenía mi propia familia haría las cosas de otro modo. Me imaginé un hombre, un hijo, la perfecta armonía de tres personas unidas por unos vínculos tan fuertes que nada podría jamás romperlos. Lo que no me imaginé por aquel entonces fue mi propia e inmensa capacidad de fracasar. Entonces no entendía que un único instante, una mala elección, una mirada en la dirección equivocada, podían resquebrajar una relación abriendo una grieta cada vez más grande hasta que el abismo era tal y la distancia tanta que ya no se podía cruzar al otro lado.

Bajo a la playa por unas escaleras. El aire huele ligeramente a pescado. Unas diminutas medusas azules muy resbaladizas cubren prácticamente la arena parduzca. El mar está sorprendentemente en calma. Al otro lado de la Great Highway el molino de viento abandonado se alza por encima de Golden Gate Park igual que un monstruo prehistórico. El fresco olor de las hojas de eucalipto se mezcla con el del mar. Me quito los zapatos y siento la fría arena bajo mis pies. La niebla se asienta por el oeste; no se ve el horizonte, sólo el blanco mezclándose con el gris. Vuelve a sorprenderme la magnificencia solitaria de esta ciudad, su belleza increíble y peligrosa.

Una figura avanza hacia mí por la playa, una surfista con la tabla al costado y enfundada en un traje de neopreno —con una franja azul que va del hombro al tobillo — mojado y reluciente. Levanta el brazo para saludar con la mano y yo miro hacia atrás esperando encontrar a mis espaldas a la persona a quien va dirigido el saludo, pero no hay nadie. A medida que se acorta la distancia empiezo a distinguir la larga melena castaña y la constitución ligera: Goofy.

—¡Has vuelto!

Me sonríe quedando a la vista sus dientes preciosos aunque un tanto irregulares.

—¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo. —Goofy me da un abrazo—. ¡Ay, lo siento, te he mojado entera! Por cierto, ¡felicidades! Lo vi en las noticias… ¡La encontraste! —Digo que sí con la cabeza—. Es increíble. —Va cambiando el peso de pie cada poco. Se queda callada un rato y luego continúa—: De verdad, lo estaba comentando con mis amigos. Pienso en ello todo el tiempo, ¡es tan chulo! —Alarga el brazo y me aprieta ligeramente el brazo—. Parece que has ganado algo de peso.

—Lo intento.

—Entonces, ¿preparada para esa primera lección que te prometí?

—¡Claro! ¿Cuándo?

—¿Qué te parece ahora?

Goofy me pone una mano en el hombro y se inclina hacia mí; puedo oler la cera de su tabla, un aroma dulce como a pomelo; y ha ido a cortarse el pelo o más bien se

ha cortado el pelo ella misma, ahora tiene un flequillo muy corto con escalones.

—Es tu última oportunidad —continúa diciendo—, mañana me marcho a la universidad.

—¿Adónde?

—Fayetteville, Arkansas. ¿Te lo puedes creer? Tengo allí un amigo que me puede conseguir los papeles para optar a los descuentos para residentes en el precio de la matrícula y con eso sale tirado. No hay playas ni surf, así que no hay tentaciones…

—¡Es genial, felicidades!

—Bueno, entonces, ¿qué me dices de esa lección?

La verdad es que no tengo que estar en ninguna parte, no he quedado con nadie: no tengo motivo para decir no. Me he pasado los últimos meses rodeada de surfistas pero nunca he hecho surf; he recorrido kilómetros de costa pero no recuerdo ni una sola ocasión en que haya metido un pie en el agua.

—¡¿Y por qué no?!

—¡Perfecto! Vamos a mi casa un momento a buscarte un traje y una tabla.

Me vuelvo a calzar y la sigo por la playa hasta el aparcamiento, me subo a su coche, un Volvo viejo tipo ranchera sin los asientos traseros. Goofy mete la tabla en la parte de atrás, arranca y nos incorporamos a la Great Highway. Vamos con las ventanillas bajadas y en la radio alguien canta «todas las canciones son como un regreso, todos los momentos ocurren un poco después en realidad».

—¡Madre mía! —exclama ella al tiempo que cambia de emisora—, estoy harta de esa canción.

Mueve el dial dejando atrás una tertulia radiofónica y un programa de grandes éxitos de los ochenta para detenerse por fin al oír la voz de Chirs Isaak cantando *San Francisco Days*.

Vive en la Avenida 46, en una casita pintada de rosa pálido a pocos metros de la acera.

—Mis compañeros de casa están en Las Vegas —me informa mientras abre la puerta— y llevo sola una semana. ¡Es fantástico!

Su habitación está junto a la entrada: minúscula, con las paredes pintadas de azul oscuro y muchas plantas frondosas. En el suelo, debajo de la ventana, hay un colchón de matrimonio y a poca distancia unas cuantas cajas de cartón ya cerradas con precinto marrón que tienen sus correspondientes etiquetas cuidadosamente pegadas: «discos», «ropa», «cocina». Una caja todavía está abierta y rodeada por un batiburrillo de objetos varios.

—¿Dónde está el resto de tus cosas?

—No tengo más, sólo me llevo lo imprescindible. —Señala con el dedo la caja abierta—. He estado guardando cosas en esta caja de los recuerdos toda la vida, ya sabes: fotos, cartas, mi primer videojuego, ese tipo de porquerías… Casi nunca la abro pero ahora me he puesto a mirar qué había y no sé si no debiera tirarlo todo a la basura. —Da una patada al montón de cosas que hay por el suelo—. En serio, ¿de qué

me sirven ahora estos cachivaches?

Me agacho a recoger un trofeo que está caído de lado, uno de esos con peana de plástico y una figurita pegada encima también de plástico pero pintada de dorado: en este caso es la de una niña con dos coletas, de pie con los brazos a los lados del cuerpo, ojos inexpresivos y la boca entreabierta; la chapa de la inscripción se ha despegado dejando una marca rectangular de distinto color.

—¿Por qué te lo dieron?

—Concurso de ortografía en sexto de primaria. Tercer puesto. —Toma el trofeo de mis manos y lo mira de cerca—. Ni siquiera me acuerdo la razón por la que lo he guardado todos estos años, igual porque fue la única vez que he ganado algo en toda mi vida…

—¿Cuál era tu palabra talismán?

—Ambivalencia, A-M-B-I-V-A-L-E-N-C-I-A. Y… esto —añade sosteniendo en alto un cuenco rojo, azul y blanco—, me lo dio Judy, una de mis madres de acogida a la que le encantaban las manualidades. Hubo un año que nos pasamos todo el 4 de julio haciendo cacharros de cocina de inspiración patriótica.

Lo tira a la basura y luego levanta la caja y la vacía en la papelera; absolutamente todo —fotos, papeles, un diario de tapas rojas con el candado roto— acaba en la papelera. Me sorprende la velocidad expeditiva con que Goofy acaba de pasar página para empezar de cero.

—¿No te da pena marcharte?

Se queda allí de pie enjarras un instante sin decir nada, pensando.

—Sí, pero ha llegado el momento de hacer un cambio. —Saca un traje de neopreno del armario—. Toma, pruébatelo —ordena al tiempo que me mira de arriba abajo—, yo creo que será de tu talla. —Sigue hablando y por fin me doy cuenta de que no tiene intención de salir de la habitación. Al principio trato de ser discreta y me lo empiezo a poner por debajo de la falda, pero es bastante difícil meterse en uno de esos trajes apretados de tela elástica y al poco rato Goofy está delante de mí tirando de él por encima de mis caderas al tiempo que comenta—: Mejor que te ayude.

Acto seguido se emplea en acomodarme los pechos en el interior y me viene a la mente un sábado por la tarde —yo tenía doce años— en que una dependienta de los grandes almacenes Gayfer’s que llevaba un traje pantalón rojo me ayudó con la talla de mi primer sujetador. No sabría decir por qué pero me echo a llorar.

—¡Eh! —exclama Goofy sujetándome la cara entre sus manos y secándome las lágrimas con los pulgares—. ¿Qué pasa? ¿Quieres que hablemos?

—No, creo que no.

—El baño te sentará bien —declara al tiempo que me da la vuelta para subirme la cremallera—. Por lo menos conmigo siempre funciona. —Pasa el dedo por un círculo irregular que tengo en la espalda—. ¿Esto es una mancha de nacimiento?

—No, me achicharré al sol cuando tenía trece años y se me peló toda la espalda excepto ese trozo. Cada año está más oscuro.

—La piel tiene memoria, dicen. —La cremallera que asciende por mi espalda está fría y me recorre un escalofrío—. Es algo así como el modo que tiene tu cuerpo de recordarte lo tonta que fuiste. Yo también tengo una. —Se levanta la pernera derecha del traje para enseñarme una cicatriz morada en una pantorrilla—. La primera vez que hice surf una ola me dio un revolcón y encima se me enredó el invento en la pierna. Hubo un momento extraño, bajo el agua, en que no sabía en qué dirección quedaban el cielo y el suelo, daba vueltas sin parar y notaba la cuerda del invento clavándoseme en la pierna; vi mi propia sangre y te juro que fue el instante más apacible de toda mi vida: no tenía ningún control sobre lo que estaba pasando, estaba completamente a merced de la ola y la sensación era cojonuda.

Volvemos a la playa en silencio. Una vez allí nos quedamos de pie en la arena, justo debajo del aparcamiento, estirando un poco el cuerpo. El mar parece inmenso e imponente. Me doy cuenta de que no estoy en absoluto preparada para esto y empiezo a pensar en la manera de decirle a Goofy que me da demasiado miedo, pero no hay tiempo porque de repente ella deja de estirar y sale trotando hacia el agua gritando: «Sígueme». Es ese trotecillo tranquilo pero entusiasta tan característico de los surfistas: da la impresión de que todos y cada uno de los músculos de sus cuerpos se tensan de anticipación al acercarse al mar. Corro detrás de ella hasta que la arena se transforma en espuma y de repente estamos caminando contra corriente. El agua está helada y es como si me hubieran dado una descarga eléctrica en el cerebro.

—Tú haz lo mismo que yo —me aconseja, y al momento estamos boca abajo sobre las tablas, remando con los brazos para alejarnos de la playa.

Me duelen los músculos, tengo los dedos entumecidos y se me llena la boca de agua pero hay algo en todo esto que me produce una sensación agradable. Remamos con fuerza durante diez minutos y luego Goofy se sienta en la tabla. Tras unos cuantos intentos fallidos durante los que ella me anima a gritos, por fin consigo sentarme a horcajadas sobre la mía, casi sin respiración.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora, a esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Quizá un minuto, quizá una hora. Tú relájate.

—Estoy muerta de miedo.

—No tienes por qué. Cuando yo te diga empieza a remar lo más rápido que puedas y luego simplemente échate hacia delante y deja que te lleve.

—Dicho así parece tan fácil…

Poco a poco, mi cuerpo se acostumbra a la temperatura. Goofy está cerca pero no habla. Se despeja un poco el cielo y asoma una resplandeciente porción anaranjada de sol que vuelve a desaparecer a los pocos minutos. Oigo el ruido de las olas rompiendo en la orilla. El mar se ondula suavemente bajo nuestros cuerpos en un constante vaivén: arriba y abajo, arriba y abajo. Siento que me invade el sopor pero al mismo tiempo estoy alerta.

—Podrías venir conmigo —dice Goofy al cabo de un rato.

Está sentada en la tabla con los pies colgando fuera sumergidos en el agua y las manos posadas plácidamente delante de ella, igual que una colegiala modosa. Éste es su medio, parece estar en casa, es como si aquí encontrara su lugar en el mundo. Me cuesta imaginármela tierra adentro, tras un pupitre en un aula de universidad mal ventilada.

—¿Cómo?

—Tómatelo como una excursión; he alquilado una furgoneta así que tengo sitio.

—Es una oferta muy tentadora pero no creo que esté hecha para Arkansas.

Las olas siguen meciéndonos arriba y abajo, arriba y abajo.

—¿Qué te retiene aquí?

—¡Montones de cosas! —respondo, pero no se me ocurre una sola—. ¿Te cuento algo para que te hagas una idea de lo pirada que está mi familia?

Goofy sonríe.

—¡Venga!

—Cuando era niña, mi madre nos compró a mi hermana y a mí unas libretas en las que teníamos que escribir una vez al año: todos los 31 de diciembre, después de desayunar, nos mandaba a cada una a una habitación distinta de la casa, a mi padre al estudio y ella se quedaba en la cocina, y teníamos que pasarnos la mañana haciendo repaso de nuestra vida y las cosas importantes que habíamos hecho o dejado sin hacer en los últimos 364 días. A mediodía convocaba una reunión familiar en la mesa del comedor y todos íbamos leyendo la lista de cosas que habíamos apuntado.

—¡Tremendo!

—Y entonces nos hacía decir qué haríamos de otra forma si pudiéramos volver atrás en el tiempo. Éramos unas crías, ¿sabes?, así que no había nada demasiado interesante que contar…, eran cosas como «No le habría quitado a Cindy Novak su portalápices de Helio Kitty» o «Habría cuidado mejor de las artemisas que compramos por correo». Para cuando mi hermana y yo estábamos en el instituto, sólo para hacer rabiar a nuestra madre, empezamos a inventarnos cosas del estilo de «No me habría ido a la cama con casi todos los chicos del equipo de fútbol».

Goofy está callada, mirando al horizonte.

—Suena bien —comenta por fin—, creo que me gustarían, las reuniones familiares quiero decir.

—Lo más raro de todo es que ahora no soy capaz de dejarlo y sigo haciendo balance una vez al año. Lo estaba pensando ayer por la noche: me siento como si todo un año de mi vida hubiera desaparecido en un agujero negro, ha sido un año de pesadilla que casi no parece ni real. Perdí a Emma; encontré a Emma; fin de la historia. Y ahora estoy atascada, no sé por dónde tirar, no tengo la menor idea de qué viene ahora.

Goofy no dice nada durante unos minutos, se limita a meter la mano en el agua y la agita suavemente a derecha e izquierda perturbando con ello la paz de un banco de

peces diminutos que se dispersan a una velocidad vertiginosa provocando un estallido de rayos plateados bajo la superficie.

—Me encantaría poder ser como tú —digo—, desearía tener las agallas de levantar el campamento y empezar de cero en otra parte.

La verdad es que no sé cómo empezar de cero y, sin embargo, tengo que hacerlo. Durante tanto tiempo, sólo importaba una cosa: encontrar a Emma. Y ahora que la he encontrado me siento, por primera vez en mi vida, completamente desorientada. Últimamente he estado haciendo listas, tratando de averiguar qué se supone que debo hacer. En casa tengo metidos en la nevera un montón de rollos de película sin revelar, de fotos que hice hace años y nunca tuve tiempo de pasar a papel. Tal vez podría empezar por ahí, con el trabajo. Y además está en camino mi nueva sobrina, Margaret, que va a nacer la próxima semana. Estoy deseando conocerla, tenerla en brazos, verla crecer.

Y luego está Nick, que sigue siendo todavía un misterio, una posibilidad que no sé muy bien cómo definir. Puedo imaginarme en su cocina: él podría hacer las tostadas francesas y yo me encargaría de freír el beicon; nos sentaríamos en extremos opuestos de su largo sofá, frente por frente, a leer en silencio. Eso estaría bien.

Desde que volví me ha llamado varias veces pero todavía no lo he visto. La primera llamada fue un par de días después de llegar de Costa Rica: sonó el teléfono en plena noche; yo estaba despierta viendo una película en la tele porque no podía dormir: En el tiempo que pasó desde el primer tono hasta que descolgué el auricular, me monté toda una película en mi cabeza en la que el que llamaba era Jake para decirme que había estado pensando mucho y se había dado cuenta de que no podía vivir sin mí, que me necesitaba, que Emma me necesitaba, que cuánto tardaría en llegar a su casa.

Pero no era Jake, era Nick.

—Me imaginé que estarías despierta —me dijo.

—¡Pues sí!

—¿Puedo ir a verte?

—Lo siento, Nick, pero no me parece una buena idea.

Una parte de mí quería verlo, quería acostarse con él, ceder a la tentación que me había estado persiguiendo desde que lo conocí. Pero otra parte aún mayor prefería permanecer fiel a la convicción que me había sustentado durante todos esos meses desesperados: que todavía podía ser la esposa de Jake y la madre de Emma, que si mantenía la suficiente perspectiva y esperaba lo bastante, todo volvería a su sitio al final.

—¿Has oído hablar de los *confabulatores nocturni*? —me preguntó Nick.

—¿Quiénes?

—Los *confabulatores nocturni*, hombres que cuentan historias de noche. Alejandro Magno solía llamarlos cuando tenía insomnio. Si no puedo verte, por lo menos deja que te cuente historias hasta que te quedes dormida.

—Está bien —accedí.

Me llevé el teléfono al dormitorio y me metí en la cama a escuchar. Esa noche la historia era sobre la ciudad libre de Christiana —en realidad un barrio autónomo de Copenhague, la capital de Dinamarca— y un inmenso islandés barbudo que lo había liado para ir a un bar muy raro donde lo obligaron a cambiar su cartera por una quena peruana.

—Te lo estás inventando —protesté.

—No —insistió él—, es verdad.

Siguió con la historia un buen rato y al final me preguntó:

—¿Te dormirás ahora?

—Creo que sí.

Y me dormí. Colgué el teléfono y dormí de maravilla. Desde entonces, en dos ocasiones más, Nicle me ha llamado a altas horas de la madrugada para contarme una historia. Me parece que es uno de los mayores regalos que jamás me hayan hecho; tal vez él tuviera razón cuando dijo que las relaciones —las verdaderamente significativas que nos cambian la vida—, al final son fundamentalmente cuestión de sincronización de tiempos. Si hubiera conocido a Nicle antes que a Jake, es posible que nada de lo que ha pasado en los últimos dos años hubiera sucedido. Tal vez estaría viviendo en el *loft* de Nicle en la calle Harrison, leyendo sus libros y escuchando sus historias, y no habría sabido nunca lo que es amar a una niña y perderla.

—Se me ha ocurrido una idea loca —me dice Goofy.

—¿El qué?

—Da igual. No debería…

—¡No, cuéntame!

—He estado pensando que podríamos ser como familia, ya sabes: tú podrías ser algo así como la hermana que nunca tuve. —Entorna los ojos un poco, avergonzada —. No tiene que ser nada demasiado intenso, igual podríamos hablar por teléfono todos los meses, algo así, y mandarnos felicitaciones de cumpleaños, ese tipo de cosas.

Me pilla totalmente por sorpresa. Lo dice de una manera que me indica claramente que lleva un tiempo pensándoselo.

—¡Claro, me encantaría!

—De coña.

El mar continúa con su lento movimiento hipnótico. Tengo la sensación de que no me pesan las piernas. El doctor Swayze; noveno de primaria: «una ola no es agua en movimiento, es simplemente agua estacionaria por la que se transmite energía».

Tengo la impresión de que ha pasado mucho tiempo cuando Goofy hace un gesto con la cabeza hacia el horizonte.

—Ahora sí que sí —anuncia mientras comienza a remar en la misma dirección en que se aproxima la ola.

La ola va ganando altura. El corazón me da un vuelco, tal vez dos. Tengo los brazos tensos y los ojos desorbitados, todas las terminaciones nerviosas en tensión. Pienso en Emma, en la primera vez que la vi, en el bolsito amarillo que llevaba, en cómo esperaba a la cola en el cine Four Star con una mano en la cadera, igual que un adulto en miniatura. Pienso en la primera vez que Jake me hizo el amor, en su olor característico a jabón y goma de borrar. Pienso en Ramón y me doy cuenta de que tengo más años que él cuando murió; siempre me pareció tan adulto, tan a sus anchas en este mundo, y sin embargo resulta que yo ya he vivido cinco años más que él. Pienso en Gulf Shores, en mi madre en la playa saludándome con la mano sentada en su toalla roja mientras yo me baño hasta las rodillas con la arena deslizándose entre los dedos de mis pies. Me acuerdo de ella al cabo de los años, completamente cambiada, mirándome con esos ojos y esa expresión en su cara arrasada por los estragos de la enfermedad. «Prométeme una cosa —me pidió—, prométeme que encontrarás un buen hombre, te asentarás y formaréis una familia». Y cuando le respondí que se lo prometía, de verdad que casi hablaba en serio. Entonces creí que cabía la posibilidad de que fuese algo que tal vez acabaría haciendo.

Ninguno de esos recuerdos parece real del todo, hasta cierto punto tengo la sensación de que pertenecen a la historia de otra persona, que son instantáneas del álbum de fotos de una desconocida. Pienso en Annabel, la única constante en mi vida, la única relación que he sabido llevar bien. Annabel en el asiento trasero del coche con los pies sobre mi regazo, respirando acompasadamente. Annabel en la foto que me acaba de enviar con su enorme tripa y el pelo corto, a tan sólo unos días de dar a luz.

Ayer me encontré un rollo de película sin revelar marcado como «Crescent City. California». Lo saqué del cubilete en el cuarto oscuro, lo enrollé alrededor de los discos metálicos del tanque de revelado y lo dejé un rato. Después de revelarlo esperé a que se secara y corté los negativos en tiras, los coloqué sobre un pliego de papel fotográfico e hice la hoja de contacto; de ésta seleccioné varios negativos para imprimir. Fue agradable estar en el cuarto oscuro otra vez, pasar por todo el lento y rítmico proceso: ampliadora, revelado, fijación, baño de paro y de agua.

Cuando las fotografías estuvieron secas me las llevé abajo y las coloqué una junto a otra en el suelo formando una naturaleza muerta en secuencia, un relato, los hechos en estado puro: Jake, Emma y yo, juntos en una pequeña ciudad costera cerca de la frontera con Oregón.

La cámara captó nuestra llegada al hotel de playa: era de noche y Emma posó de pie bajo la señal luminosa señalando con el dedo el delfín de neón. En la siguiente foto aparecía en la playa sentada junto a una gran roca con las piernas enterradas en la arena y el rostro ligeramente levantado hacia el sol. En la que seguía, ella y Jake estaban tirándose por un tobogán de agua en Tsunami Town, un decrépito parque de atracciones que conmemora el gran maremoto de 1964. El tobogán tenía una caída de seis metros y pasaba por encima de una maqueta en miniatura de las veintinueve

manzanas de la ciudad que se tragó el agua. Ahí estaba Emma en traje de baño y con el pelo en dos coletas, sentada en el regazo de Jake sobre una esterilla de plástico. En una de las fotos se les veía diminutos, un par de puntos en lo alto del tobogán, y en la siguiente estaban ya bajando, justo enfrente de la cámara, abriendo con los pies una estela en el agua que corría por el tobogán.

Ese fin de semana le dejé a Emma que probara a hacer fotos con la cámara y ayer me resultó fácil distinguir cuáles eran suyas: primeros planos hechos a menudo desde abajo, la extraña perspectiva de un niño. Había una foto del helado Häagen Dazs de vainilla y almendra que compramos en un ultramarinos de los que están abiertos veinticuatro horas, y otra del lavabo del baño con la maquinilla de afeitar de Jake —mojada— junto a la pastillita de jabón del hotel. Una foto era del interior en penumbra de un acuario un tanto deprimente: el abdomen aterciopelado de un tiburón; el hermoso reverso de una medusa; varias fotos de un caballito de mar, una criatura multicolor con su pequeña cola enroscada, solitaria y suspendida como por arte de magia en el agua turbia de un tanque.

La última foto era mía, la hice en el aparcamiento del hotel cuando nos marchábamos: Jake ayudando a Emma a subirse al coche; ella tenía los hombros morenos, iba descalza y estaba de perfil; le sonreía a su padre, que le había puesto una mano en la espalda pero no la miraba a ella sino a un coche que estaba aparcando justo al lado. Me acordé del coche, un Chevy destartalado que iba demasiado deprisa. En la foto, si te fijas, puede verse a un padre ejerciendo su papel, un padre en control de la situación, plenamente consciente de dónde estaban su hija y el coche exactamente; no apartaba la mano de la niña y tampoco apartaba los ojos del coche, atento a los potenciales peligros en todo momento. El perfil de Emma era otra historia: lo único de lo que se daba cuenta ella era de la presencia de su padre en quien tenía una confianza ciega.

Ayer por la noche me senté en el suelo durante horas a mirar esas fotos. No podía apartar la mirada de ellas. Ésta es la verdad, esto es lo que sé: era junio, verano en Crescent City. Emma tenía seis años, Jake y yo estábamos enamorados y los tres habíamos empezado a ser una familia.

Olvidamos, recordamos, la mente es testaruda.

Ahora, con las olas avanzando rápidamente hacia nosotras, hago una nota mental para recordar este instante en particular, me prometo escribirlo en cuanto llegue a casa: la extraña tonalidad naranja de la niebla iluminada por el sol del otro lado; el arco que describe la espalda de Goofy mientras rema, las líneas recortadas de Seal Rocks que están más cerca de lo que jamás las he visto; el olor fresco y dulce del Pacífico.

Pienso en Crescent City, en el maremoto que sepultó la ciudad. Pienso en esas veintinueve manzanas en las que la gente se ocupaba de sus quehaceres diarios —los cajeros de los bancos contaban el dinero, los carteros clasificaban el correo, los niños iban en fila india hacia el comedor en el colegio— mientras que, a miles de

kilómetros de distancia, un terremoto sacudió las montañas y provocó un desplazamiento en el interior de la tierra. Las profundidades del océano se removieron. Los habitantes de Crescent City, distraídos con la anodina tarea del día a día, no notaron nada; no percibieron la energía que creaba una ola tan gigantesca que asolaría su diminuta ciudad.

Incluso si los científicos resolvieran el problema de la memoria todavía tendríamos problemas. La memoria, por su naturaleza, es únicamente retroactiva, no es sino un modo de tomar consciencia de cómo hemos llegado hasta donde estamos. Nunca seremos capaces de oír un átomo de cesio y sus furiosas oscilaciones que, a cada millonésima de segundo, nos van acercando al momento de un cambio de dramáticas proporciones en nuestras vidas. Incluso si al final damos con alguna ecuación perfecta para evaluar el pasado, nunca seremos capaces de encontrar otra similar para resolver el futuro.

Goofy se mueve hacia mí. La ola está más cerca, igual que un inmenso muro gris que crece sin parar. Siento que mi cuerpo se levanta como si fuera un corcho en medio del mar; noto que la ola adquiere fuerza bajo mi cuerpo.

—¡Ahora! —grita Goofy.

Con un solo movimiento fugaz se ha puesto de pie en la tabla, con las rodillas flexionadas y los brazos extendidos; parece un ave marina a punto de emprender el vuelo.

Yo tomo aire, remo con todas mis fuerzas y espero a que la ola me lleve hasta tierra firme. El agua se arremolina alrededor de mi cuerpo al pasarme por encima, la tabla tiembla y no veo nada pero, de algún modo, sé, que estoy avanzando.

Agradecimientos

La que sigue es una relación de libros que han sido fundamentales en mi labor de investigación para escribir esta novela: *El arte de la memoria* de Frances A. Yates; *Memories Are Made of This* de Rusiko Bourtchouladze; *En busca de la memoria* de Daniel L. Schacter; *The Girl's Guide to Surfing* de Andrea McCloud; la página web imprescindible surfline.com y *San Francisco's Richmond District* de Lorri Ungaretti. En cuanto a los *confabulatores nocturni*, leí sobre ellos en el ensayo de Jorge Luis Borges *Los traductores de las mil y una noches*.

Quisiera asimismo dar las gracias a mi fantástica agente, Valerie Borchardt, por haber creído en este libro; a mi maravillosa editora, Caitlin Alexander, por su paciencia y diligente trabajo; a Anne Borchardt y Bill U'Ren por sus atinados comentarios sobre los primeros borradores; a Misty Richmond por sus conocimientos fotográficos; a Erin Enderlin y Jay Phelan por sus lecturas tempranas; y a Jiri Kajane por el delicioso *souvlaki* que prepara. También deseo expresar mi agradecimiento a la delegación de la bahía de San Francisco de la organización Word of Mouth y la gente del Simple Pleasures por el apoyo moral y las innumerables tazas de tantas variedades de café.

Siento además una inmensa gratitud por el difunto Bill White, quien me proporcionó un sitio precioso donde escribir en Costa Rica. Gracias a Lawrence Coates, Wendell Mayo y la Bowling Green State University por darme tiempo y espacio para terminar el libro durante la temporada que pasé con ellos como escritora invitada.

Por otra parte, decir que esta obra no habría llegado a publicarse sin la ayuda de Kathie Phelan y Purevsuren Sukhbaatar, quienes al cuidar de mi hijo me regalaron unas horas valiosísimas durante las que poder escribir. Y, sobre todo, gracias Kevin.